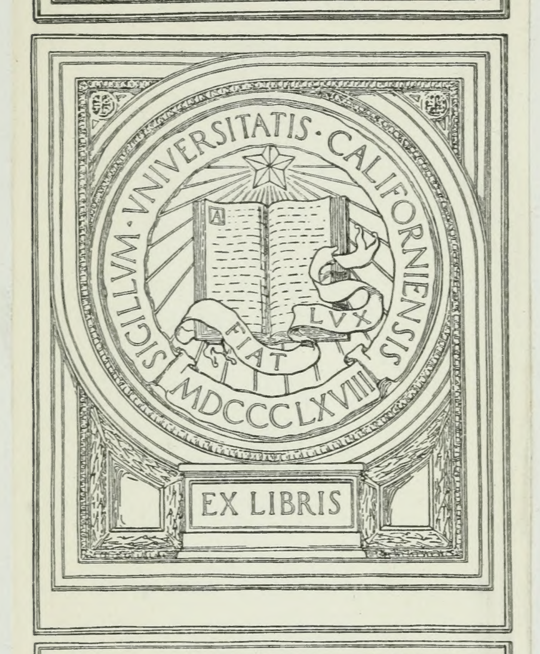

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 189 908 7


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

Al ilustrísimo Sr. Zoller

en prueba de la más distinguida

consideracion

el autor

LA WALHALLA.

LA WALHALLA

Y

LAS GLORIAS DE ALEMANIA.

NOTICIAS DE TODOS LOS PERSONAJES
QUE ALCANZARON HONROSA CELEBRIDAD É IMPERECEDERA FAMA,
ASÍ EN LA GUERRA COMO EN LA POLÍTICA,
ASÍ EN LAS CIENCIAS COMO EN LAS ARTES Y EN LAS LETRAS:
EL EMPERADOR GUILLERMO,
LOS PRÍNCIPES FEDERICO CÁRLOS Y FEDERICO GUILLERMO DE PRUSIA,
BISMARCK, MOLTKE, ROON, LA REINA LUISA DE PRUSIA,
BLÜCHER, SCHARNHORST, GNEISENAU,
STEIN, CORNELIUS, HUMBOLDT, ARNDT, KOERNER,
RÜCKERT, UHLAND, ETC., ETC.,

POR

D. JUAN FASTENRATH,
natural de Colonia, é hijo adoptivo de Sevilla.

TOMO SEGUNDO.

MADRID,
IMPRENTA, ESTEREOTIPÍA Y GALVANOP.ª DE ARIBAU Y C.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
calle del Duque de Osuna, número 3.

1874.

Á LA MEMORIA

DE MI MUY QUERIDA MADRE.

¡Solo en el mundo! De mi hogar desierto
Faltan calor y vida:
A comprender la realidad no acierto
De mi inmenso dolor, madre querida.

Tú, que en hora solemne de amargura
Aliento me ofreciste,
Y al soplo reanimar de tu ternura
Mis muertas esperanzas conseguiste;

¡Madre del corazon! Tú, mi consuelo,
Mi fiel, mi dulce amiga!.....
¡Y ya á sufrir inexorable el cielo
En sempiterna soledad me obliga!

Empero no; que vela en mi morada
Tu venerable sombra,
Sólo visible al alma contristada
Del hijo fiel, que sin cesar te nombra.

Cual en tiempo mejor ahora te miro:
Á mí los brazos tiendes,
Y, el objeto mostrándome á que aspiro,
En noble afan mi corazon enciendes.

Así al trazar la página postrera
Del libro en que la historia
Voy á mostrar á la nacion ibera
De seres dignos de eternal memoria;

Á tí, que alto valor diste á mi mente
Porque anhelára ufano
Á mi patria adoptiva hacer patente
En *La Walhalla* el esplendor germano;

A tí, madre y señora, cual ofrenda
De mi amor te presento
La última flor que de tu anhelo en prenda
Brotó de mi entusiasta pensamiento.

Y diré á mis amigos españoles:
«Al libro que os envío
»Ella existencia dió; que eran cual soles
»Su fe y su amor al sentimiento mio.

»Glorias en él de su nacion aduna
»De Hesperia á la aureola,
»La que siendo germana por su cuna,
»Tambien por mi cariño era española.»

De mi padre en union, madre querida,
Templa mi amargo duelo:
De noble inspiracion fuente escondida
Entrambos para mi sed desde el cielo.

Dadme, cual siempre, aliento peregrino,
Que preste vida á mi naciente idea;
Y si lauros alcanzo en mi camino,
Timbre tan sólo de vosotros sea.

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 16 de Marzo de 1875.

LA WALHALLA

Y

LAS GLORIAS DE ALEMANIA.

I.

El príncipe Federico Cárlos.

Jamas ha embargado mi ánimo una emocion tan fuerte como la que experimenta hoy ante la magnitud de la victoria que coloca á la capital de Vizcaya en el pináculo de sus virtudes cívicas.

Al valiente ejército español, que el 2 de Mayo de 1874 entró triunfante en la que ha sido hasta ahora invicta villa, y que ya no llamarémos sino la inmortal, la mil veces noble villa de Bilbao, honra y gloria de España; á los generales todos, que añadieron así un timbre más á los que la fecha del 2 de Mayo representaba, aquel sublime dia eternizado en 1808 en Madrid por Daoiz y Velarde, y en 1866 en el mar Pacífico por D. Casto Mendez Nuñez; al Duque de

la Torre, al Marqués del Duero, á D. Juan Bautista Topete; á los generales Lopez Dominguez, Echagüe, Martinez Campos, Letona, Laserna, Palacios, Reyes, Vega Inclán y tantos otros que contribuyeron á aquella accion gloriosa, poniendo término á las penalidades del largo asedio que sufria el pueblo bilbaíno; á los generales Primo de Rivera y Loma que derramaron su sangre en el valle de Somorrostro; al teniente general D. Juan Zavala, que reunió en brevísimo tiempo todos los elementos necesarios para que el ejército recobrára la superioridad que ha demostrado con hechos; á la heroica poblacion de Bilbao, que ha sido la misma de 1835 y 1836, y que por tres veces ha concluido con las esperanzas del carlismo, demostrando al mundo que en 1874 no han desaparecido ni el valor ni la constancia que á principios del siglo caracterizaron á los defensores de Zaragoza y Gerona, y á los vencedores de Bailén, Albuera y Arapiles; á las mujeres «bellas como vírgenes de Murillo y valientes como Doña María Coronel»; á las mujeres que, como dice el pueblo, *son las defensoras de Bilbao*, pues la mujer, móvil secreto de tantas acciones y árbitro reconocido de cosas tantas, lo es tambien siempre en la defensa de una plaza; al pundonoroso general Castillo, que, defendiendo la invencible Bilbao, ha alcanzado un renombre á la altura del de el Conde

de Mirasol y de D. Santos San Miguel; y al príncipe de Vergara, el venerable caudillo que encaneció ofreciendo contínua sucesion de glorias en defensa de la libertad, y que acaba de saludar con entusiasmo juvenil al triunfo obtenido por las tropas liberales sobre las huestes del absolutismo, dedico estos apuntes biográficos de uno de los más insignes feld-mariscales *prusianos*, de uno de los mayores maestros de la guerra, el tipo más acabado del caballero, *el príncipe Federico Cárlos*, que á la famosa Metz quitó su renombre de *doncella*, nunca rendida ni por halagos ni por fuerza.

Es necesario que no lata el corazon al empuje del sentimiento, siempre conmovedor, de la patria, para que no salte al espectáculo que ofrecieron los héroes *prusianos*, así en 1813 á 1815, como en 1870 y 1871, aquellos héroes que no por modestos y poco codiciosos de ditirambos merecen ménos los homenajes.

Ya en 1800 escribió *Jahn*: «Hay no sé qué misterioso poder, no sé qué magia secreta en el nombre de *prusiano*. *Soy prusiano*, dice el hijo de Prusia en el extranjero con patriótico orgullo; *es prusiano*, exclaman todos con asombro, como si viesen un sér portentoso y de condicion superior á la suya. El prusiano se caracteriza por su paso varonil y marcial, por su mirada firme y animosa, por su alegre saludo. Proverbiales son su astucia sutil y su espí-

ritu perspicaz. Tiene una disposicion maravillosa para ser buen soldado. Hasta los niños prusianos son más aficionados que los de otras naciones á jugar á la guerra. Valientes y leales; hé aquí lo que han sido siempre los brandemburgueses y lo que despues fueron los prusianos. Sin los príncipes de la noble casa de los *Zollern* (1), Brandemburgo hubiera quedado siempre un margraviato, y sin los brandemburgueses, los condes de *Zollern* no se hubiesen hecho sino electores. Pero en el suelo de Brandemburgo nació de la estirpe privilegiada de los *Zollern* un árbol altanero que desafia los temporales.»

Estas alabanzas tributadas al nombre *prusiano* me vienen á la mente al presentar á los españoles dos ilustres hijos de la esclarecida casa de *Hohenzo-*

(1) Objeto de várias controversias ha sido la etimología del nombre de *Zollern*. Dice la tradicion que aquel nombre se deriva de la ciudad de Zagarolo, situada en la campiña de Roma: Ferfrido de Colonna castigó al pretendiente Rodolfo de Suebia, que disputó la corona imperial de Alemania á Enrique IV, y le cortó la mano. Como recompensa recibió un campo en la Suebia, que llamaba Zagarolo en recuerdo de su patria. Así el castillo de *Zollern* se consideró un símbolo de la lealtad respecto del Emperador. El monte que en los tiempos antiguos se llamó San Miguel, se llamó ya en la Edad Media monte de *Zollern*, y, segun dice el sabio profesor aleman Pablo Cassel, monte de *Zollern* significa *monte de sol*. ¡Ojalá que el castillo de *Zollern* fuese un sol de justicia para el imperio aleman!

llern, dos príncipes y feld-mariscales *prusianos*, modelos de bizarría y decision, á saber: el *Bayardo aleman*, el «*príncipe Adelante*», el «*príncipe de hierro*», *Federico Cárlos*, que tiene por diosa queridísima la ardiente Belona que agita su lanza gigantesca, y el príncipe real *Federico Guillermo*, á quien el pueblo aleman llama con cariño y en tono familaı *Nuestro Fritz.*

Somos prusianos, decimos con orgullo en recuerdo de aquellos dos héroes predestinados á figurar en la *Walhalla*, y de nuestros labios brota el canto popular de los prusianos vertido al castellano por mi amigo D. Mariano Carreras y Gonzalez. Hélo aquí:

HIMNO NACIONAL DE LOS PRUSIANOS.

I.

¿Prusiano soy!..... lo dice mi bandera;
¿No veis que es blanco y negro su matiz?
Él anuncia que un tiempo mis mayores
Por la patria murieron en la lid.
Yo seguiré do quier tan alto ejemplo;
Sin miedo y sin temor combatiré;
Sea amiga ó contraria la fortuna,
¡Prusiano soy!..... ¡Prusiano quiero ser!

II.

Leal he de vivir al regio trono
De donde me habla un padre con amor;
Y á él unido, como al padre el hijo,
Siempre he de estar con alma y corazon.

Oye mi voto, ¡oh patria idolatrada!
Lo juro aquí de hinojos á tus piés;
La voz del rey mi espíritu penetra.....
¡Prusiano soy!..... ¡Prusiano quiero ser!

III.

Brame en redor la tempestad sañuda;
Las nubes rasgue el rayo abrasador;
Mayor estrago presenció la tierra,
¡Y jamas un prusiano se inmutó!
Si el orbe entero en el abismo se hunde,
No hará ni un punto vacilar mi fe;
Firme en la adversidad, bravo en la guerra,
¡Prusiano soy!..... ¡Prusiano quiero ser!

IV.

Do quier que pueblo y rey se den la mano,
Do quier que el uno al otro sea leal,
Allí de Dios descenderá la gracia,
Allí habrá gloria y patria y libertad.
Juremos, pues, ante la faz del cielo
Amor y lealtad á nuestro rey.....
¡Union, hermanos! y gritad conmigo:
¡Prusiano soy!..... ¡Prusiano quiero ser!

La figura caballeresca y popular del brillante húsar *prusiano Federico Cárlos*, el émulo de los *Ziethen* y *Blücher*, el vencedor de Düppel y de Alsen, el héroe de Sadowa, de Mars la Tour, Metz, Orleans y Le Mans, cautiva á los prusianos sin querer y á pesar de su rigidez militar, á pesar de su corazon tan frio como lo es su sangre en la batalla; y hasta en España, en que como verdad inconcusa decia el pueblo: «*Nunca ha de faltarnos rey que nos mande*»,

y «*Del rey abajo ninguno*», habia quien fijaba sus ojos en el glorioso príncipe prusiano, como en una estrella de esperanza, como en un nuevo Pelayo (1), como en el más digno representante de la institucion monárquica, á la cual siempre se ha tributado fervoroso culto en la tierra del Cid, de Sancho Ortiz de las Roelas y de García del Castañar.

A *Federico el Grande* no podemos figurárnosle sino con la muleta en la mano, con una trena en torno del pequeño cuerpo, con la cabeza inclinada por un lado y con la mirada penetrante; á *Blücher* le representa nuestra imaginacion siempre con la pipa de tabaco; y al príncipe *Federico Cárlos*, envuelto en su uniforme rojo adornado con la banda del Aguila Negra, aquel príncipe tan austero como atrevido, en cuya frente creemos mirar la égida firme de la ardiente Pálas, aquel héroe cuyas palabras son sólo brevísimos fragmentos, pero cuyas grandes acciones son epopeyas brillantes, se nos muestra en

---

(1) Es preciso conocer mal á los españoles para imaginar que soportarán nunca un príncipe extranjero. Hay un proverbio español que dice que el aire de Madrid es tan sutil que mata á un hombre y no apaga un candil. Todo lo que tenga apariencias de una dominacion extranjera morirá al respirar ese aire. El vencedor de Sadowa recordará la suerte de Maximiliano y la de Amadeo, y no es hombre para prestarse á hacer el papel desairado del Duque de Aosta.

los ojos y en el teatro interior de nuestra fantasía, como cabalga por el fuego enemigo; pues nació para ser el mejor caballista de toda Alemania, apto para oprimir los lomos de Babieca, de Bucéfalo, y áun de los propios caballos del Sol, si por acaso bajáran á la tierra y podia él asirlos de la brida.

El «*príncipe de hierro*» *Federico Cárlos*, único hijo del príncipe Cárlos de Prusia (hermano mayor del emperador Guillermo) y de la princesa María Luisa Alejandrina de Sajonia-Weimar, nació el 20 de Marzo de 1828 en el castillo real de Berlin, que debió su fundacion en 1442 á Federico el «*elector de hierro.*» Habitó con sus padres el hermoso palacio situado en la calle de Guillermo, cerca de la bellísima plaza de este nombre, donde el niño, que debia ser el heredero de las grandes dotes militares de su familia, creció en presencia de los monumentos de los insignes generales del gran Federico. Recibió una educacion en extremo severa, más propia á desarrollar la mente que el corazon; y careciendo de verdaderos amigos de juventud, se habia ya apoderado de su espíritu en la atmósfera de la córte una suerte de misantropía, cuando llegó á manos del reputado geógrafo, el capitan de *Roon*, que le acompañó en 1846, cual preceptor, á la Universidad de Bonn, y que despues fué el gran ministro de la Guerra, el excelente organizador militar. Su aficion á la caba-

llería la excitó en el celoso jóven su amigo y maestro, el anciano feld-mariscal *Wrangel*, dechado de caballeros, bajo cuyas órdenes tomó parte en 1848 en la campaña de Schleswig-Holstein, conociendo así ya cuando jóven el terreno que despues habia de ser el campo de sus primeros laureles como caudillo. Participó tambien de la campaña de Baden en 1849, haciendo con su tio, el príncipe de Prusia, hoy emperador de Alemania, el mismo camino por las campiñas feraces del Palatinado que hizo en 1870 en su ruta de Maguncia á Metz. Se granjeó la estimacion y aprecio de todos los buenos prusianos por la austeridad y la moralidad de sus costumbres, y se casó en 1854 con la princesa María Ana de Anhalt-Dessau, llamada por la fama universal la maga de la córte prusiana. No repetiré aquí los elogios de su belleza, sino diré con mi ilustrado amigo D. Juan Valera: «La hermosura, obra de un arte soberano y divino, puede ser caduca, efímera, desaparecer en el instante; pero su idea es eterna, y en la mente del hombre vive vida inmortal, una vez percibida.»

Despues de haber visitado la capital de Francia, nuestro príncipe dió á sus oficiales en 1859, en Stettin, como fruto de su viaje, lecciones interesantísimas sobre el ejército imperial, que fueron publicadas en Francfort por un indiscreto. En 1861 fué ascendido á general de caballería, y consiguió

hacer del tercer cuerpo del ejército prusiano, que se compone de brandemburgueses, un cuerpo modelo, así en la táctica como en la precision en el manejo del arma. El trato de sus oficiales y de su tropa ejerció la influencia más benéfica sobre el ánimo del Príncipe, miéntras él excitaba la ambicion y el afan de ganar su aplauso en los soldados, á quienes la víspera de la batalla arengaba uno por uno, como si de cada cual dependiese la suerte de la patria, y entre los cuales corre como dicho alígero la famosa frase del Príncipe: «Yo os conozco á vosotros, y vosotros me conoceis á mí, y eso basta.»

Federico Cárlos fué en 1864 el venturoso Siegfrido, que quitó á la Brunhild alemana, á Schleswig-Holstein, la cintura danesa. En Missunde, donde mereció su glorioso nombre de «*príncipe Adelante*», se hizo el primer golpe el 2 de Febrero; y satisfecho con el triunfo de aquel dia sangriento, el príncipe decia á sus soldados: «Podeis descansar como hombres que cumplieron con su deber.» Á lo que contestaron aquellos bravos: «¡Quiéralo Dios siempre como hoy!»

Imitando las proclamas con que entusiasmó á las falanges francesas el vencedor de Austerlitz, *Federico Cárlos* decia en su célebre órden del 8 de Febrero: «Bastará que diga uno: soy un artillero de *Missunde*, para que conteste la patria arreba-

tada en éxtasis profundo: Hé aquí un valiente.»

El carácter fogoso y el temperamento meridional del Príncipe se demuestran en la siguiente anécdota: Cabalgando por medio de los puestos avanzados preguntó en uno de ellos: «¿Cuándo tomarémos las trincheras de Düppel?» Cándidamente contestó un soldado: «No sé, Alteza real.» — «Yo tampoco», replicó enfadado el Príncipe apretando su caballo.

Pero ya el 18 de Abril dieron los prusianos al viento el grito de victoria; cantando: «*¡Prusiano soy!... lo dice mi bandera*», llevaron á cabo la empresa más difícil, y avanzando, llevados de su propio instinto, tomaron con un valor á toda prueba las diez trincheras de Düppel. «Quisiera dar un abrazo á cada cual del regimiento de V.», decia el Príncipe á un coronel aquel dia en que grabó en la historia prusiana la pagina más gloriosa despues del triunfo de Waterlóo. El mismo Rey de Prusia llegó á Flensburgo para dar un abrazo á su valiente sobrino en presencia de su tropa vencedora, y Berlin pagó á su ilustre hijo, el héroe de Düppel, un tributo de homenaje el 3 de Mayo, llamado «el dia de los cien cañones», á causa de la conquistada artillería danesa que fué trasportada á la córte prusiana.

Entre tanto, *Federico Cárlos* continuó cual gene-

ral en jefe, ayudado de *Moltke*, sus brillantes victorias, pasando el 29 de Junio en naves y chalupas por un brazo de mar á la isla de Alsen, el Gibraltar danés, no obstante las trincheras heroicamente defendidas: una hazaña sin igual en la historia de la guerra. Con júbilo tan inmenso vitorearon los soldados al *príncipe Adelante*, que éste exclamó: «Pero, hijos mios, gritais tanto, que ni siquiera puedo daros las gracias.»

En la guerra de 1866 fué el Príncipe general en jefe del primer cuerpo del ejército prusiano, y en su proclama del 22 de Junio decia: «Dejad, como dice la Sagrada Escritura (Makkab. II, 15, 26), latir vuestros corazones hácia Dios y batir vuestros puños sobre el enemigo.» El 28 de Junio venció á los austriacos en Münchengrätz, donde se conservaban los restos de Wallenstein, y quizá en recuerdo de que en la guerra de los treinta años el general sueco Banner habia enviado aquellos restos como preciosos despojos á la Suecia, de donde los reclamó despues un descendiente del gran caudillo aleman para conducirlos á la capilla del castillo de Münchengrätz, trasportaron los austriacos el cuerpo de Wallenstein, primero á Gitschin, cuya iglesia parroquial recuerda el templo de San Yago de Compostella, y cuando el 29 de Junio el príncipe *Federico Cárlos* ganó en Gitschin otra victoria, partieron

los austriacos con los despojos preciados en busca de otro asilo.

El 3 de Julio, el dia de Koeniggrätz, ofreció á la Prusia el memorable espectáculo de que dos príncipes de la casa real de *Zollern*, nuestro *Federico Cárlos* y el príncipe de la corona, rivalizáran en noble celo para obtener la palma de la victoria en presencia del anciano rey. La batalla gigante comenzó segun las disposiciones de *Federico Cárlos*, y terminó con una espléndida victoria, gracias á la aparicion del príncipe real que llegó despues de recibida una órden de Moltke, la cual alteraba en cierto modo el acertado plan de *Federico Cárlos*. «Tu ejército ha llevado á cabo cosas grandes», le dijo el rey *Guillermo*. «Podrá hacer aún cosas mayores», contestó éste, y su palabra se parecia á un juramento solemne y santo.

Como nunca, la palabra empeñada de un gran soldado se cumplió ésta en la guerra de 1870 (1), en la cual entró el Príncipe teniendo por lema: *Dios, Patria y Rey*, y llevando á cabo operaciones militares por sí solo, léjos del cuartel general. Él

(1) Nunca olvidarémos que en aquella guerra que hizo de Alemania el terror del mundo, un inspirado poeta belga, que se esconde bajo el pseudónimo de *Pablo Jane*, dió á los alemanes pruebas claras de amor, cantando las hazañas germánicas en himnos entusiastas, titulados *El año*

mismo decia : «La fuerza de un pueblo se demuestra en toda su plenitud sólo en el *ejército*. Su móvil no es el entusiasmo ni la ambicion, sino el celo consecuente en cumplir el deber. Cuando vi á mis soldados me sentí lleno de esperanza y de seguridad.»

Como comandante en jefe del segundo cuerpo, llegó el Príncipe á Saarbrücken cuando los prusianos, haciendo prodigios de valor, tomaron las alturas de Spichern. Saludado por el general de Stiehle con las palabras : « Su aparicion vale un cuerpo entero de ejército», entró el Príncipe en el momento extremo en la sangrienta batalla de Mars la Tour. En la madrugada del 18 de Agosto dijo á sus soldados : « Brandemburgueses, os conozco. Peleareis áun *sin oficiales*.»

En la noche del 18 al 19 del mismo mes el mariscal *Bazaine* tenía que retirarse á Metz, su último amparo, su cárcel terrible. Ante Metz brillaron así la energía incontrastable, la paciencia pertinaz del Príncipe, como la abnegacion y el arrojo de su tro-

---

sangriento. En la última obra del simpático vate, *El Canto lírico*, tuvimos la satisfaccion de encontrar los versos siguientes :

¡ Oh Rhin ! ¡ fleuve sacré ! dans tes flots d'émeraude
Étincelant sous le ciel bleu,
Dieu mit un talisman destructeur de la fraude,
Plus fort que le fer et le feu.

pa. Sesenta y seis dias mortales estuvieron aquellos bravos ante la invicta fortaleza. Hasta los inocentes hijos de *Federico Cárlos* escribieron impacientes: «Padre queridísimo, ¿cuándo volverás á vencer? Danos al fin el gusto de vencer.»

Bien sabe el mundo cómo venció el entendido y valeroso príncipe.

Como el águila deja perecer á la tortuga por su propio peso, levantándola en los aires y dejándola caer despues, de modo que se hace pedazos, así lo hizo el gran *Moltke* con la inexpugnable fortaleza de Metz, obligando á entrar en ella al ejército frances, para que éste consumiese los víveres y tuviese que rendirse lo mismo que la plaza.

«No tiren piedras los que tienen de vidrio su tejado», quisiéramos decir á los miembros del tribunal de Trianon que el 10 de Diciembre de 1873 condenaron por unanimidad á la degradacion militar al mariscal *Bazaine*, la desgraciada víctima sobre la cual el patriotismo frances humillado arroja toda la responsabilidad de un inevitable desastre nacional, á fin de apartarla de la generalidad de la nacion. Los reclutas franceses que, confiando en la gratitud de la patria, creen llevar en su mochila el baston de mariscal, deben llevarlo en lo sucesivo envuelto en una copia del fallo terrible que condenó á *Bazaine*.

No me extenderé sobre el proceso del malogrado mariscal, pero diré que su defensor, el elocuente Lachaud, leia ante el consejo de guerra de Grand-Trianon los certificados del príncipe *Federico Cárlos*, que no eran los de un enemigo, sino los de un bravo y leal militar que habia dado un mentís enérgico á una infamia. Ya el 28 de Setiembre de 1873 el vencedor de Metz habia escrito desde Berlin: «Declaro por la presente que jamas, durante el bloqueo de Metz, el mariscal Bazaine ha venido á mi cuartel general de Corny. He visto por vez primera al mariscal Bazaine la noche del 29 de Octubre de 1870, en el momento en que abandonaba á Metz, despues de la capitulacion.» Y temiendo que Bazaine fuese condenado á pena capital, envió espontáneamente este otro documento: «Declaro que profeso grande estimacion hácia el mariscal Bazaine, especialmente por la energía y perseverancia con que durante tan largo tiempo ha podido sustraer el ejército de Metz á una capitulacion, que á mi juicio era inevitable. Berlin, 6 de Diciembre de 1873.— *El príncipe Federico Cárlos.*»

Ni este testimonio, ni las palabras del mariscal, que á la pregunta de si tenía que añadir algo á su defensa, respondió: «Tengo sobre mi corazon dos palabras: honor y patria. He servido á la Francia durante 42 años, y no he hecho traicion ni al uno

ni á la otra. Lo juro ante el Cristo que nos contempla», impidieron la condenacion. No parece sino que la fatalidad se habia conjurado contra Bazaine. La justicia, como la sentimos los alemanes, llamaria al banco de los acusados al anciano que cedió al ímpetu de las pasiones populares para que les entregase aquel mariscal que los franceses llamaban ántes con orgullo un grande hombre de guerra. La justicia alemana llamaria al banco de los acusados al mismo presidente del tribunal que, sin ser competente en cosas militares ó jurídicas, ambicionó ocupar un puesto que debiera ser el trono de la imparcialidad. El juicio aleman levantaria su voz contra un acusador que en el mariscal odiaba al mandatario del imperio, y que en Bazaine condenaba á Napoleon.

Pero ¿qué dirémos de la verdad histórica, si entre franceses y alemanes existen juicios diametralmente opuestos sobre una sola personalidad? Ya Tácito dijo: *Máxima quæque ambigua sunt*, los hechos más considerables permanecen inciertos.

Los franceses dicen: «Bazaine hubiera podido salvar al ejército de Metz áun despues de las tres grandes batallas de Agosto, pero no quiso»; miéntras los alemanes decimos: «El mariscal quiso, pero no pudo verificarlo.» Llamamos la atencion del lector sobre el interesantísimo libro de un capitan del

estado mayor prusiano, el baron de Goltz: «Las operaciones del segundo cuerpo hasta la capitulacion de Metz», en que el autor demuestra que despues del 18 de Agosto el mariscal Bazaine se vió en una red de hierro que, con la lógica inexorable de un conexo causal, debia conducirle á aquella catástrofe.

¡Bazaine y Mac-Mahon! ¡Qué capricho, qué ironía de la historia, haciendo del que capituló en Sedan el presidente de la República y el dueño de la vida del que capituló en Metz! ¿Quién sabe si la posteridad dirá: «*Si nous changions de Maréchal?*»

Pero volvamos al príncipe *Federico Cárlos*. Éste recibió el 29 de Octubre de 1870, en union del príncipe real, lo que jamas alcanzó un príncipe de la casa de *Hohenzollern*, el baston de mariscal. El 4 de Diciembre de 1870 ganó el nuevo mariscal la gran batalla de Orleans, y el 12 de Enero de 1871 triunfó en Le Mans. Vencedor en tres guerras, volvió á Berlin en Junio de 1871.

Federico Cárlos ama las batallas como el elemento de su vida, y su alma, henchida de ambicion excelsa, afrenta audaz el éxito dudoso. A él podria aplicarse lo que dice *Hamlet* (1):

---

(1) Véase la excelente traduccion de *Hamlet*, por *D. Jaime Clark*.

«El ser de véras grande no consiste
Sólo en obrar con fundamento grande,
Sino en luchar con alma grande y noble
Por una paja, si al honor importa.»

Federico Cárlos, el héroe favorito de la poesía alemana, el que escribió en 1859: «Ha perdido una batalla sólo quien cree haberla perdido», brilla no sólo en el fondo grandioso del campo de batalla, sino tambien en su tranquilo aposento de trabajo, en su sencillo despacho en el antiguo palacio real. Los veranos los pasa en Glineke, castillo de su padre cerca de Postdam, ó en su finca entre Berlin y Potsdam, llamada Düppel, que tiene una misteriosa poesía por encerrar la solitaria tumba del malogrado poeta Enrique de Kleist, el autor de «la batalla de Herman.»

No podria despedirme mejor del maestro consumado en el *arte de la guerra* que añadiendo á la biografía que acabo de escribir cuatro palabras sobre este arte importantísimo, y tanto más grande, cuanto su material, los pueblos y los ejércitos, es el más precioso, y tanto más difícil cuanto hay que superar fuerzas enemigas, y quizás el más alto de todos los artes, porque su blanco es la salud del Estado. A quien dude de que la estrategia y la táctica no sólo se fundan en el saber, si no que son un arte verdadero, es decir, la realizacion de una idea, la creacion

de una cumplida obra artística, la cual es la victoria, dirémos que el más distinguido conocedor de las cosas militares, *Maquiavelo*, escribió sobre «*el arte de la guerra*», y que el *gran Federico* se hizo en 1749 el cantor del mismo «*arte.*»

En efecto, el caudillo militar que debe levantar su cabeza á la altura serena del libre obrar, miéntras todo en derredor suyo brama; él, que con alma tranquila debe prestar su oido á las revelaciones de su genio; él, que debe hallar la forma para dar la vida al pensamiento del modo más grandioso, más sencillo, más puro; él, de cuyas resoluciones dependen los más sagrados bienes de la patria, la suerte de millones de almas, la ventura del Estado; él, que en momento tan solemne respira el ambiente de la historia universal; él, que tiene que contrastar la fuerza de la casualidad por la prontitud del ingenio, superar el peligro por el valor, conocer y apreciar sus adversarios, animar é inflamar á sus compañeros y hacer áun de las medidas enemigas nuevos medios para realizar su idea, ha de ser ante todo un verdadero *artista*, y merece el mismo premio que el vate y el artista: el *délfico laurel.*

Uno de los más distinguidos capitanes prusianos, el profesor de la Academia de la Guerra en Berlin, *Maximiliano Jähns*, dice: «Podria compararse el *arte de la guerra* á la *arquitectura*. Ambas artes sir-

ven al provecho público, ambas se tocan en la fortificacion.»

Siendo profano en el *arte de la guerra*, he consultado las obras del ramo y tomo del *Sr. Jähns* las siguientes noticias: «Hay estilos del *arte de la guerra* como hay estilos de la *arquitectura*. Así la *falange helénica* tiene el mismo carácter, las mismas formas sencillas, la misma simetría que la arquitectura griega, pareciéndose á un templo dórico: el mismo Homero emplea esa comparacion poética en la Iliada, XVI, 212 á 218. La *legion*, inventada por los *romanos*, ofrece una variedad de motivos nuevos, como en la arquitectura la *bóveda*, que tambien se debe á los *romanos*. *El caballeresco sistema feudal de los germanos* tiene las mismas peculiaridades que la *catedral gótica*, pues en ésta miramos aislados haces de pilastras y caprichosos mascarones, formando cada cual una individualidad que, no obstante, se subordina á la totalidad, y los centenares de esbeltos pináculos que adornan los estribos están hechos segun la misma ley que la grandiosa torre; así tambien en el Estado germánico levántase sobre la base ancha de los vasallos el edificio del feudalismo terminando con la corona real, y todos, así el conde como el duque, están formados á semejanza del tipo real. Las empresas guerreras de la Edad Media, por ejemplo las cruzadas, recuerdan la naturaleza de-

nuestros antepasados, que al edificar sus catedrales góticas prefirieron empezar dos torres á terminar una sola. La *arquitectura gótica* y el *feudalismo* han ejercitado un poder universal como ningun otro estilo *arquitectónico*, como ningun otro estilo del *arte de la guerra*. *Italia*, que ofreció el suelo más propicio para acoger las antiguas tradiciones de las bellas artes, se hizo tambien la cuna del *arte de la guerra* de la época *moderna*. En Italia se formaron escuelas entre los *artistas de la guerra* lo mismo que entre los *arquitectos*. Así de la escuela de *Alberico Barbiano* salieron numerosos caudillos militares como del caballo troyano. La vida *moderna del arte de la guerra* empezó con la ordenacion orgánica de la infantería, ayudada de las inventadas armas de fuego. Figuran en la historia del *arte moderno de la guerra* los *suizos*, *Mauricio de Orange*, *Gustavo Adolfo de Suecia*, *el gran Federico de Prusia*, que, gracias á su poderoso genio, alcanzó sus espléndidas victorias hasta en las formas pedantescas de su tiempo, y *Napoleon el Grande*, cuyo estilo se caracteriza por la creacion de grandes unidades de masas que conducia al punto decisivo, las más de las veces hácia el centro del enemigo. Por fin, en *Prusia*, donde todos son obligados á entrar en el ejército y en la escuela, se formó una extraordinaria movilidad é individualizacion de los cuerpos del ejército, y nacieron

aquellas columnas de compañías que obtuvieron triunfos tan pasmosos en la última guerra franco-alemana.»

II.

Federico Guillermo, príncipe real de Prusia y príncipe de la corona del imperio Aleman.

Nuestro *Jahn* llama en su lenguaje, tan lleno de metáforas, al 18 *de Octubre* de 1813, al glorioso dia de la batalla de Leipzic, al dia en que los alemanes abandonaron la casa de la servidumbre como los israelitas, «el domingo de la nueva luz, el lúnes del porvenir próspero, el mártes de la resurreccion de la nacionalidad germánica, el miércoles de la guerra nacional empezada bajo los más felices auspicios, el juéves del juicio de los pueblos, el viérnes de la nueva vida, el sábado de todas las grandes fiestas venideras, la Nochebuena de una época mejor, la Pascua de la Resurreccion, el Pentecostés del entusiasmo, el dia de todos los héroes, el dia de San Miguel, en que el Arcángel hunde á Luzbel en el polvo.» Y *Jahn* fué tambien el primero que en memoria de aquel dia grande encendió en 1814 las *hogueras de Octubre*, para que la juventud jurase ante el altar de aquellas hogueras ser alemana.

Por una coincidencia feliz, el mayor dia de la

guerra de la independencia germánica, el 18 *de Octubre*, es tambien el cumpleaños del príncipe real de Prusia, del heredero de la corona imperial de Alemania, del héroe de Chlum y de Woerth, del *jóven Fritz*, que ya en la flor de su mocedad nos recuerda las hazañas del *viejo Fritz*, ese rayo de la guerra.

Con motivo del aniversario del cumpleaños del príncipe real *Federico Guillermo*, que conservó áun en el estruendo de las armas un corazon lleno de caridad cristiana, recordándonos la dulce paz en medio de los horrores de la guerra, y cuyos hechos heróicos, así como los rasgos de su noble carácter, sirven de ejemplo para excitar el sentimiento nacional, escribí en el año sangriento de 1870 una poesía, que mi amigo D. Ventura Ruiz Aguilera vertió al castellano. Héla aquí:

EL 18 DE OCTUBRE DE 1870, CUMPLEAÑOS DEL PRÍNCIPE REAL DE PRUSIA.

I.

Si hoy del mundo en que ahora vive
Bajase á la tierra el alma
De algun héroe inolvidable
De nuestra guerra sagrada;
Si descendiendo, tendiese
Los ojos por Alemania
Gnéisenau, Schárnhorst ó Blücher,
Viérala ya libre y alta.
Y con un himno glorioso

Al príncipe saludára,
Al heredero del dia
Que á Leipzic dió eterna fama.

II.

Contaria las cabezas
De los buenos de Germania
En el *domo*, donde á todos
Erigió altares la patria.
Con firme lazo hallaria
Unidas tambien las almas,
Espirando la discordia
De las edades pasadas.
Y con un himno glorioso
Al príncipe saludára
Al heredero del dia
Que á Leipzic dió eterna fama.

III.

¡ Oh , cuánto su noble espíritu
Viendo se regocijára
Resplandecer la grandeza
Y la unidad suspiradas,
Y las hogueras de Octubre
Alumbrar con roja llama
Ante la Babel del Sena,
Deshecho el poder de Francia !
Con himno glorioso, entónces,
Al príncipe saludára,
Al heredero del dia
Que á Leipzic dió eterna fama.

IV.

Sobre su augusta cabeza
Pone las manos, y exclama,
Bendiciéndole amoroso :
—«¡ Oh defensor de Alemania !
Cima y fin da, con tu padre,

Á la obra que al cielo agrada ;
Tuya ha de ser la victoria,
Aunque héroes sin vida caigan.» —
Dice, y saluda con himnos
De júbilo y alabanza,
Al heredero del dia
Que á Leipzic dió eterna fama.

El príncipe *Federico Guillermo* vió la primera luz el 18 de Octubre de 1831, y si importancia suma tiene para el pueblo aleman la fecha del 18 de Octubre, no es ménos memorable la casa del nacimiento del Príncipe, pues nació en el palacio nuevo de Sanssouci, la morada favorita del gran Federico, cuyos hechos debia completar con los suyos. Segun dice la tradicion, el héroe de la guerra de los siete años necesitaba tambien siete años para edificar aquel palacio magnífico.

Federico Guillermo heredó la indestructible alegría de sus antepasados, las ocurrencias felices de Federico Guillermo I, la vena satírica de Federico el Grande y de Federico Guillermo IV ; á su padre, el emperador Guillermo, le debe la rectitud alemana, la discrecion, el valor y la caballerosidad de los *Hohenzollern*, en fin, todas aquellas dotes que caracterizan á la Prusia vieja ; y á su madre, la emperatriz augusta, princesa de Sajonia-Weimar, la delicadeza del sentimiento y una contemplacion universal.

El compañero de sus juegos infantiles era el príncipe *Federico Cárlos*, que se divirtió con él en erigir trincheras en el parque de Babelsberg (Potsdam), y su maestro y ayudante era nuestro gran estratégico, el mayor de *Moltke*. No fué una época de tranquilidad y paz octaviana la que vió el jóven príncipe; el año de 1848, en que una mano ruda escribió en los muros del palacio del príncipe de Prusia, «propiedad nacional», era duro para él y para su padre. Desde 1850 á 1852 cursó los estudios en la universidad de Bonn , y cultivó su espíritu con viajes á Italia é Inglaterra. En los montes de Escocia conoció en 1856 á la princesa Victoria , la simpática hija de la reina de Inglaterra y del príncipe Alberto, y en una de las excursiones en que habia cogido en la cumbre más alta aquella blanca y casta flor que se entroniza cual reina en las nieves eternas , y que los alemanes llamamos *edelweis*, declaró su amor á la jóven Princesa, y sus dos almas estaban tan bien apareadas , tan bien formada la una para la otra, que no podian ménos de confundirse en un mútuo éxtasis. Y como el *edelweis* fué la flor favorita de Victoria , así se hizo ésta la flor galana de Prusia. Celebraron sus bodas en Lóndres el 25 de Enero de 1858, é hicieron su entrada en Berlin en 8 de Febrero del mismo año, siendo aclamados con entusiasmo universal. El matrimonio habita aquel

palacio situado en la calle «Bajo los tilos», que Federico Guillermo I edificó para su hijo el gran Federico, en el mismo sitio donde ántes estaba el palacio llamado del feld-mariscal, porque el gran elector le habia destinado para su feld-mariscal Schomberg; y el grado de feld-mariscal le obtuvo tambien el morador actual de aquel palacio en que vivió y murió Federico Guillermo III, el esposo de Luisa, y en que nacieron sus hijos Federico Guillermo IV y el emperador Guillermo. Se creeria cosa providencial que el palacio del *viejo Fritz* fuese tambien el castillo del *jóven Fritz*, á quien acompañaba la fortuna del gran rey. ¡Qué perspectiva tan magnífica tiene el Príncipe real desde su palacio! Preséntase á sus miradas todo lo que sirve en Berlin á la guerra, á las letras, á las artes y al culto divino; en frente del palacio está el arsenal; al lado de éste se encuentran la universidad literaria y el museo, y muy cerca la catedral.

El nacimiento del primogénito de nuestro héroe dió motivo á la siguiente anécdota: «Un comandante de artillería, despues de recibidas las órdenes respecto de las salvas con que debiera saludarse el nacimiento del príncipe ó princesa, vaciló un momento, pasándose confuso la mano por el bigote. «¿Qué os ocurre?» le preguntó el entónces príncipe-regente, padre de nuestro Federico Guillermo:

«Perdone S. A. R., replicó el precavido comandante: tengo mis instrucciones para el nacimiento de un príncipe, y tambien para el de una princesa. Pero ¿qué harémos cuando Dios nos dé á la vez ambas cosas?» Entónces, contestó el príncipe-regente, soltando una carcajada, segun el antiguo axioma prusiano: *suum cuique.*

El primer hijo de nuestro príncipe, Federico Guillermo Víctor Alberto, nació el 27 de Enero de 1859.

Desde el primer rey de Prusia ha sido una costumbre constante que todos los príncipes reales, Federico Guillermo I, Federico el Grande, Federico Guillermo II, Federico Guillermo III, Federico Guillermo IV y el emperador Guillermo, ántes de sentarse en el trono conociesen las fatigas de la guerra, la lealtad, el valor y la abnegacion de los soldados. Fiel á aquella antigua tradicion de su casa, asistió el príncipe *Federico Guillermo* á las operaciones militares de 1864 en Schleswig-Holstein, pero no como comandante, sino cual aficionado, aprendiendo para 1866 y 1870, mostrándose entre los soldados, sin ostentacion ninguna, con su corta pipa con cabeza blanca de porcelana, hablando á cada uno, animando á la tropa, y si á veces ligera nube empañaba el cielo de la discordia entre los caudillos, él la ahuyentaba.

Sus dotes eminentes, como general, las manifestó en la guerra de 1866, que le colocó á la altura de *Federico Cárlos.* Como comandante del segundo cuerpo, dijo el jóven Príncipe al anciano general *Steinmetz :* «Es un escándalo, que yo, siendo aún tan jóven é inexperto, mande en esta campaña á usted, que es tan rico en experiencia.»—«No tiene usted razon, contestó el general: los príncipes de Hohenzollern nacieron para ser los caudillos de nuestro ejército.»—«Pues bien, respondió el Príncipe real apretando la mano del noble anciano, al ménos verá usted que no cederé nunca, y que cumpliré con mi deber.» Sí, el Príncipe era siempre esclavo de su deber, áun en aquellos instantes en que desgarraba su corazon el dolor causado por la muerte de su hijo menor Segismundo; y entrando en campaña dijo á sus soldados en su alocucion del 20 de Junio: «Tenemos que vencer al mismo enemigo á quien nuestro rey más ilustre venció con un ejército pequeño.»

Como la marea ascendente invadieron los prusianos los montes, las selvas y los campos de Bohemia: *Federico Guillermo* tenía que penetrar en el corazon del país enemigo para dar la mano al centro del ejército prusiano: de una sola hora dependia la suerte del ejército, el destino de la patria. El Príncipe tuvo gloriosa parte en las batallas san-

grientas de tres dias en Nachod-Wysokow-Skalitz-Schweinschaedel, y, llamado por *Moltke*, salvó con la victoria de Chlum el 3 de Julio á *Federico Cárlos*, al rey y á la Prusia. Los dos príncipes y compañeros de la victoria, *Federico Guillermo* y *Federico Cárlos*, se dieron en el campo de batalla un abrazo muy apretado y muy prolongado. «Voy á buscar á mi padre», exclama ansioso el Príncipe real; su camino se hace una *via triumphalis ;* y al fin, á las ocho de la tarde, se encuentran en medio de los estragos de aquella batalla gigante los dos vencedores, el jóven de Chlum y el anciano de Sadowa. El Rey, á quien la emocion habia cortado la voz, estrechó á su hijo contra su corazon, y quitándose del cuello la órden llamada *pour le mérite* (por el mérito): «Toma, hijo mio, dice; la has merecido»: y lágrimas de júbilo corren por las mejillas del jóven vencedor, que en señal de la más profunda gratitud besa las manos del anciano.

El 20 de Setiembre de 1866 se verificó la entrada triunfal del príncipe *Federico Guillermo* en Berlin. La misma diosa de la Victoria que se ve en la puerta de Brandemburgo, dice el poeta prusiano Teodoro Fontane en un canto que escribió con motivo de aquel dia de fiesta, pasa la revista por la tropa que entra en la córte de Prusia, y viendo á la guardia, pregunta: — «Guardia ¿qué llevas?» — «Lle-

vo una rima nueva, que corresponde á la palabra *ruhm* (1).» — «Dímela.» — «Pues bien: dice *Chlum*, las cumbres de Chlum donde nos hemos cubierto de gloria.» — «Seas bien venida, guardia prusiana: te saludo.»

Llegó el año de 1870 en que el Príncipe real de Prusia, como comandante del ejército del Sur de Alemania, que sabía más de doce dialectos, se hizo el ídolo queridísimo, el Federico idolatrado de los bávaros, suevos y francos, la encarnacion viva del pensamiento de la unidad alemana.

Al entrar en la campaña de 1866 dió el último adios á un hijo moribundo, y ¡oh contraste singular! al entrar en la de 1870 abandonó en la cuna á una recien nacida princesa. Apénas habia recibido ésta el bautismo, cuando ya su padre montó á caballo para pelear en pro del hogar aleman; y el heredero de la corona prusiana tuvo la singular dicha de inaugurar con sus dos primeras victorias un período de triunfos inauditos.

El 26 de Julio partió para Munich y entró en la capital de Baviera en medio de las más entusiastas aclamaciones, siendo ya vencedor de Napoleon ántes de haber ganado una batalla. El 30 de Julio entró en Spira, el panteon de los antiguos emperado-

(1) La palabra alemana *ruhm* quiere decir gloria.

res alemames. «Hoy nos bañamos juntos, pasado mañana nos batiremos juntos», decia á un sargento con quien se bañó en el Rhin; y alentados por la afabilidad del príncipe, los niños de Spira se atrevieron á pasar al estanque en que nadaba *Federico Guillermo.* «Fuera, rapazuelos», les amonestó el maestro de nadar. Pero, «déjelos V., dijo el príncipe; tengo una satisfaccion en verme rodeado de un tropel de niños tan alegres.»

Ya el 4 de Agosto el anciano rey de Prusia pudo escribir á la reina: «Ante los ojos de Federico se obtuvo una gran victoria por la toma de Wisemburgo.» El príncipe entró en la casa en que se encontraba el cadáver del bravo general frances Donay: un perro guardaba gimiendo al finado, de cuyas pestañas pendia una lágrima de desesperacion.

.El 6 de Agosto el príncipe venció á Mac-Mahon en la batalla de Woerth; el 1.° de Setiembre asistió al último acto de Sedan, y el 18 de Octubre celebró sus dias en Versalles, cuyos habitantes vieron con asombro al heróico príncipe prusiano que superaba en talla á sus compañeros, como el rey Alboin, á quien un campo de espigas maduras de trigo tocaba sólo á la empuñadura de su espada. El 28 de Octubre de 1870 fué nombrado feld-mariscal, y el 18 de Enero de 1871, cuando se inauguró el imperio aleman, fué príncipe del nuevo imperio, é impulsado

por su amor filial dirigió él mismo las ceremonias de aquel dia solemne: como primer vasallo del imperio germánico se inclinó ante el Emperador, y éste le echó los brazos y le estrechó contra su corazon, miéntras se inclinaban las banderas de Rossbach, Waterlóo, Düppel, Koeniggraetz, Woerth, Gravelotte y Sedan, y miéntras por los espacios del palacio de Versalles resonaba la marcha de Hohenfriedberg.

Afortunado es *nuestro Fritz* por el amor de su pueblo, por el cariño de su esposa *Victoria* y por los favores de otra Victoria, aquella diosa que tiene laureles abundantes para el valeroso; y como él, arrebatado por su amor, habia ofrecido la galana flor de las montañas á Victoria, la hija gentil de Inglaterra, así la diosa Victoria le regaló la prodigiosa flor de las batallas, aquella cruz mil veces santa que debe llevar sólo quien no empuña la espada sino por amor á los suyos y por amor á la patria, quien lamenta el huracan de la guerra cual la plaga más terrible de cuantas afligen á la humanidad y quien llora aún por el enemigo muerto.

Saludamos á *Federico Guillermo* como príncipe del imperio aleman, como adorno futuro del trono prusiano, como ornamento de la *Valhalla.*

III.

El general Augusto de Werder.

Con el dolor en el alma, lleno de consternacion y horror por la infausta, la terrible nueva que acaba de recibir la desventurada España, y sin fuerzas para escribir una sola línea, ¿cómo podria contar la vida del bizarro general *Werder*, cuyo nombre pasará á la posteridad rodeado de la aureola de los héroes?

Resuenan en mis oidos incesantemente las últimas palabras atribuidas, no sé con qué fundamento, al heróico general *D. Manuel Gutierrez de la Concha*: «¡Muerto..... en las guerrillas!» Ayer dediqué al Marqués del Duero, al digno hijo de uno de los protomártires de la lealtad española en América, al brillante general, al gran patricio y cumplido caballero, de quien el pueblo español esperaba la salvacion del país, la biografía de un príncipe modelo, *Federico Cárlos de Prusia*, y hoy lloro ya por el trágico, pero sublime fin del ilustre caudillo que encadenó la victoria á las banderas españolas, y en cuyo acero miraba su porvenir la hispana gente. ¡Ay! La carrera del veterano soldado que hace dos meses libertó á Bilbao se ha cerrado de improviso en Muru ante las fortificaciones de Estella; aquel gran corazon ha dejado de latir; aquella vigorosa

inteligencia se ha eclipsado para siempre: cuando los partes del mismo dia de la catástrofe hacian presumir nuevas victorias, cuando todo el mundo esperaba la noticia de la entrada del bizarro caudillo en la ciudad de Navarra, cayó como una bomba la de su sensible muerte. ¡Qué pérdida tan grande y tan irreparable! ¡Qué cambio de fortuna tan dramático!

Sic transit gloria mundi.

La muerte sorprendió al general en jefe del ejército liberal, el 27 de Junio, en el momento en que vió próximo el éxito de su empresa, y cuando sus soldados coronaban las últimas posiciones.

La tragedia de Estella arrancará lágrimas de dolor á todos los hombres que sienten en su pecho un átomo de amor á la libertad, á la civilizacion y á la patria.

Sobre el cadáver del que fué en este mundo Marqués del Duero debe colocarse el último documento que salió de su pluma y que honrará siempre su carácter de español, de militar y de caballero, aquella admirable órden del dia en que recomendó á sus soldados que, al entrar en Estella recordasen que esa ciudad es española, formando así un noble y digno contraste con la feroz proclama que el titulado general carlista Dorregaray acaba de publicar, amenazando con la guerra sin cuartel.

«¡Cómo desaparece, lamentamos con *La Epoca*, en el torbellino de sucesos nunca prósperos, lo que España conserva de más noble y digno! ¡Qué preciosas víctimas las que caen heridas por el plomo ó el hierro, ó sucumben á la influencia del hado adverso y á la contemplacion de los males de la patria en nuestras discordias civiles! La más alta, la más noble de todas, el capitan general D. Manuel Gutierrez de la Concha, muerto en servicio de la patria y de la libertad, nos habla al borde de la tumba, que abierta aguarda sus despojos, con poderosa elocuencia. ¡Quiera Dios que no sea perdida para el bien de España!»

Llora, España, por tu general, que ha muerto como valiente, enfrente del enemigo; como liberal, enfrente del carlismo; llora por el héroe que, cargado de años y de laureles, te sacrificó su vida gloriosa pronunciando el *dulce et decorum est pro patria mori*, y á quien esa muerte, recibida ante sus soldados, en el estruendo de la batalla; esa muerte, más gloriosa aún que su vida; esa mejor muerte que es dable soñar á pechos esforzados, tras un breve y despreciado dolor, ceñia la corona de la inmortalidad. Llora, sí, pero levanta tu cabeza con satisfaccion y orgullo al saber á qué epopeya sublime debes la salvacion del cadáver de tu anciano general y la de tu honra. Urgia retirarle del sitio en que

habia caido herido de muerte. Hallábanse á su inmediacion únicamente su ayudante D. Manuel Grao y su criado Ricardo Tordesillas, quienes despreciando el diluvio de balas de los carlistas, que ya á sesenta pasos de distancia, venian indudablemente con el propósito de apoderarse de su víctima, lo cogieron en brazos y lo bajaron con inmenso trabajo por lo quebrado del terreno, siempre hostilizados de cerca por los enemigos. Pudieron considerarse á salvo cuando en su marcha, y ya á larga distancia del punto de partida, se encontraron con el teniente de húsares de Pavía, D. Federico Gonzalez Montero, quien, á caballo, recibió tan preciosa carga en el arzon delantero de la silla, y ayudado siempre por Grao y Tordesillas y por el médico don Justo Martinez, que más abajo se les incorporó, llegaron al pueblo de Abarzuza.

Los antiguos romances castellanos nos hablan del generoso Pero Gonzalez de Mendoza, que salvó á D. Juan de Castilla de la batalla de Aljubarrota, diciéndole:

«Si el caballo vos han muerto,
Subid, Rey, en mi caballo;
Si en pié no podeis tenervos,
Llegad, subirvos he en brazos.»

Galardon y prez merece quien esto decia; galardon y prez merecen tambien los que, si no tuvieron la dicha de salvar la vida del padre de todos los

soldados españoles, como Enéas salvó tan sólo la de su padre, llevándole sobre sus espaldas, salvaron como valientes y generosos españoles el cuerpo inanimado de su querido general, y la honra de España en aquel lugar, famoso por haber visto en la guerra de la Independencia los triunfos del intrépido y sagaz guerrillero Mina, perpetuados con una copla popular que áun recuerdan algunos veteranos de aquella lucha nacional y que dice así:

«El morrion que tiene Mina,
Morrudo y morrocotudo,
Se lo ha quitado á un frances
En el ataque de *Muru.*»

Sirve de consuelo y atenúa el dolor de la nacion española el pensar que desde el cielo de inmortales estrellas enviará á su idolatrada España sus miradas de luz y las inspiraciones de su alma, el que en la tierra, en los combates, con la espada empujó á su pueblo en el camino de la civilizacion, trazado como un surco entre lodo de sangre y lágrimas, por el dedo de la Omnipotencia. Pero es una dicha inefable para una nacion ver conservada hasta la senectud la vida de los que le dieron impulso y ejemplo.

Esa dicha la tenemos tambien los alemanes, á quienes el inapreciable favor de la Providencia ha dejado tantos ancianos caudillos que son la honra y el orgullo de Germania y que han de ser el orna-

mento de la *Walhalla.* Descuella entre ellos el que se hizo popular en el ejército aleman y en nuestra poesía, cual «*Leónidas de las Termópilas alemanas*», el general *Werder*, que, despreciando los rigores del hielo, el hambre y el mortífero fuego del enemigo, en aquellos tres dias para siempre memorables del frio Enero de 1871 en el valle de los Vosges, contra las huestes de Bourbaki, con una bravura sin igual amparó las fronteras de Alemania, formando con el reducido número de sus soldados un pueblo de encinas, un muro de bronce.

Conociendo yo todo lo que hay de noble, de elevado y de patriótico en esa vigorosa inteligencia, que lo mismo que *Concha*, á la edad de sesenta y seis años áun conserva todo el vigor de la juventud, recordaré, como aleman, que ya es hora de hablar de esa gloria legítima, de esa verdadera ilustracion militar, de ese hombre sencillo, en quien brillan las dotes de inteligencia, de ánimo y de carácter, y que ostenta las virtudes militares, prenda segura, y firme garantía de señalados triunfos. Preséntese, pues, ese gran soldado aleman en la armadura del idioma castellano.

Augusto de Werder nació en Schlossberg, finca del Duque de Anhalt-Dessau, el 2 de Setiembre de 1808, de una distinguida familia prusiana que contaba ya ocho generales, recibiendo en herencia de

su padre, el capitan Juan Cristóbal de Werder, que en la guerra de la Independencia alemana ganó tambien el grado de general, grandes lecciones en que inspirarse. Indicada estaba la carrera de Augusto: como militar debia dar un nuevo lustre el leal escudo de los Werder, y á semejanza de *Blücher*, con hechos gloriosos de armas lavar la afrenta de nuestra patria. Cuando niño vió en 1813 en Breslau al ideal de su alma ardiente, al símbolo del valor heróico y legendario, al anciano general *Blücher*, que tenía, como ningun otro general de la guerra de la Independencia, el ojo guerrero, el sentido práctico de las masas militares. «¿Qué quieres ser?», preguntó el insigne *Blücher* al niño. «General», contestó éste. «Muy bien, replicó el gran caudillo prusiano. Piensa que me lo has prometido. Y siendo general, ¿qué quieres hacer?»—«Batir á los franceses.» Y el anciano imprimió con amor un beso sobre los labios del niño patriota, diciendo al padre de éste: «Ese niño se hará un héroe.» Y, con efecto, jamas se ha dicho una profecía más verdadera.

En el mismo año el niño vió tambien, en Breslau, á un noble jóven, al príncipe Guillermo, sin que éste, que habia de ser emperador de Alemania, hubiera podido adivinar que tenía ante su vista al futuro reconquistador de Strasburgo, al héroe de

Belfort, al que fué el compendio y la personificacion de todas las virtudes de su raza.

En 1826 el jóven *Werder* fué promovido á teniente del primer regimiento de la Guardia, y en la vida monótona y tranquila de Potsdam, que se parece á un gran convento militar, teniendo fama por ser la escuela principal de los generales prusianos, cursó estudios mayores con sumo aprovechamiento, y aprendió aquella gran habilidad en la táctica, por la cual se conquistó despues la reputacion de uno de nuestros más científicos y generales caudillos. En 1833 entró en Berlin en la escuela de guerra, pero su inclinacion la tuvo por la vida llena de emociones, por lo que, si es el azote del paisano, ha de ser el verdadero elemento, el regocijo del soldado deseoso de salir de la inaccion, y de entrar en los combates; y en 1842, es decir, diez y seis años despues de haber entrado á servir de teniente en las guardias prusianas, solicitó y se le concedió el permiso de salir en union de dos amigos para la guerra del Káukaso. Pisando el suelo de Rusia respiró un aire nuevo, todos sus pensamientos, todas sus esperanzas, todas sus ilusiones volaron al remoto Oriente, donde ansiaba tomar una parte activa en las acciones de los rusos contra los pueblos salvajes del Káukaso, capitaneados por el famoso Schamyl.

«No hay cosa más triste que un viaje por los pá-

ramos en un dia de estío, dice *Werder* en la interesantísima descripcion de sus aventuras rusas. La dilatada campiña y todo lo que vive en ella, no parece sino una imágen del fastidio; hasta la tímida res muévese apénas; los carruajes pasan con una precipitacion sin igual, y sólo raras veces se ve un pieton. En cambio una excursion por los páramos en una clara noche de verano es una cosa magnífica. Aquel lúcido cielo, sembrado de estrellas, extendiéndose sobre el campo que se parece al mar inmenso, y cuyas emanaciones embalsaman el ambiente, aquella pureza de aires, aquella tranquilidad solemne de la naturaleza, no turbada por el más leve ruido terrestre, y en que nada recuerda lo terrenal; todo aquello forma un cuadro prodigioso de paz eterna, produciendo en el alma un verdadero recogimiento: por momentos se siente ésta libre de sus cadenas terrestres y vuela al Creador de cielo y tierra para unirse á Él, que es la fuente de toda luz y de toda verdad; y aunque aquella aspiracion no pueda ser satisfecha por completo, áun en momento tan santo, el alma no puede ménos de dar gracias á Dios que le dió la facultad, no de conocer, pero sí de adivinar su grandeza en sus obras y de enaltecerla.»

Por fin, en 1843 se presentó á *Werder* la anhelada ocasion de participar de una expedicion rusa;

combatió ardorosamente á la cabeza de una compañía y venció al enemigo, pero no sin haber recibido una grave herida en el brazo, que fué obstáculo para que continuára peleando. Los médicos rusos querian amputárselo ; pero no queriendo ser manco como el gran Cervántes, nuestro héroe mandó le trasportasen á las medicinales aguas de Pjätigorsk (Káukaso), cuyos benéficos efectos experimentó, y gracias al arte extraordinario de los médicos *persas*, se restableció para el bien de la patria alemana, no pudiendo, sin embargo, regresar ántes del año de 1844.

Despues de tantas aventuras, bastante tristes, concilióse con buena gana con la monotonía del servicio en el ejército prusiano, en cuyo Estado mayor se le concedió en 1846 el empleo de capitan. Nadie era más afortunado que él cuando en 1848 celebró sus bodas con la condesa Hedwig de Borcke, que le hizo padre de una hija y de un hijo, que, siendo ya oficial, no degeneró de ninguna de las virtudes de su padre.

¡ Ay ! La tumba de su felicidad conyugal es un pueblo situado cerca de Colonia, Gräfrath, donde en 1853 dió sepultura á su queridísima consorte, echando una rosa, como símbolo de amor, en el sepulcro abierto ante sus ojos.

El ayuntamiento de Gräfrath recordó con piedad

aquel profundo dolor del noble capitan, entregándole en 1871, cuando se hallaba cargado de laureles, como héroe de Belfort y salvador del Sur de Alemania, el documento en que le nombraron «hijo adoptivo.»

En 1865 fué promovido á teniente general en Stettin.

En la guerra de 1866 empezó la gloria de *Werder*, que llegó á su apogeo en la de 1870 y 1871. «Nuestro general tiene el diablo en el cuerpo» decian ya en 1866 los soldados de Pomerania profesándole el más acendrado y respetuoso cariño y la más ciega é ilimitada confianza; y en 1870 las tropas no le llamaban sino «*el tio Werder*», pues como buen tio de todos tenía para cada uno de sus soldados una palabra familiar, una palabra que los animaba, un consuelo y un bálsamo. Con aquel arrojo personal, con aquella serenidad en los peligros, con aquella temeridad propia de su carácter, peleó en la noche del 29 de Junio de 1866 en una calle de Gitschin (Bohemia) á la cabeza de sus fusileros de Pomerania, iluminado por una linterna de gas, despreciando los proyectiles enemigos.

La distinguida órden llamada «*Pour le merite*» le valió este hecho, y, jóven en la vejez, mostró nuevamente merecer aquella distincion, y áun mayores, en la campaña francesa, de que podian escribirse mag-

níficas cosas, que demostrarian su clara inteligencia militar, su movilidad extraordinaria, su intrepidez sin igual, su admirable tenacidad, su sublime abnegacion. El 3 de Agosto de 1870 se encargó del mando de la division wurtemberguesa y badense, y en 14 del mismo mes fué nombrado general en jefe de las tropas badenses que debian cercar á Strasburgo. El cuartel general se situó en el pueblecito de Mundelsheim (cerca de Strasburgo) en la casa de una vieja aldeana, con quien nuestro general se hizo ya en poco tiempo tan familiar que no la llamaba sino «abuelita.» Un dia, cuando el general en un rato de muy mal humor maldecia de todos los que le rodeaban, la buena abuela alsaciana le apostrofó: «¿Por qué rabiais así, señor general? ¡Dios mio! Podeis ser rudo, que es una alegría; pero yo digo siempre: los hombres rudos son tambien los mejores, y así lo sois vos tambien.» Pronto se calmó el general dando las gracias á su amiga por aquel elogio tan extraño.

En la noche del 30 de Agosto abrióse la primera paralela en frente de las trincheras enemigas: la artillería francesa hizo disparos, sin herir á nadie, cuando de repente apareció en medio de los granaderos badenses un hombre de mediana estatura, diciendo: «¿Esta maldita artillería no dejará de jugar hasta que esté yo en las trincheras?» Ya

habrá adivinado el lector que aquel hombre era nuestro general, que sintió arder su sangre al ver el riesgo que corrian sus soldados, y que queria estar en la primera fila para animar á los suyos y para desafiar el fuego de toda la línea enemiga.

Los mismos alemanes debian llenar de escombros á la querida capital de Alsacia: así palacios como cabañas se hicieron cenizas; pero el genio del gran arquitecto Erwin de Steinbach protegió el templo de su gloria, el monumento gigante de la grandeza alemana, la magnífica catedral que fué el sagrario de Germania, la bellísima hermana de la catedral de Colonia; y en los fuegos de Strasburgo se forjó el nuevo imperio germánico. El 27 de Setiembre capituló la fortaleza alsaciana, los soldados alemanes saltaron de alegría, y hasta la abuela de Mundolshein bailó con uno de los oficiales del Estado mayor en muestra de júbilo, pues ya se acabaron las penas que padecian los habitantes de la ciudad durante el cerco que habian sufrido. El 30 de Setiembre entró el general en Strasburgo, despues de haber dirigido á su escolta las siguientes palabras:

«Hace doscientos años que una vil traicion robó esta joya al imperio germánico. Ella nos fué quitada cuando Alemania estaba hundida en el polvo, cuando la madre patria se desangraba sin que le fuese dado amparar á su hija. Desde aquel tiempo

la venerable catedral miraba hácia nosotros cual monumento de nuestra ignominia.»

El general *Werder* adquirió fama eterna por haber cumplido los votos y profecías de los poetas alemanes, amantes de Strasburgo; y yo, aunque el más humilde de nuestros bardos, me atreví á remitir al insigne general, el dia de su entrada en la capital de Alsacia, una poesía en honor de aquella gran fiesta alemana; y aunque se vió rodeado de una gran córte de vates que apuraban en su loa el diccionario de elogios, tuvo la galantería de escribirme las más afectuosas líneas el 5 de Octubre, al despedirse de Strasburgo, el mayor teatro de sus triunfos, para volver á desnudar su vencedora espada.

El 18 de Diciembre ganó el general la batalla de Nuits; pero en vista de tantas víctimas como habia costado aquella victoria, experimentó nuestro héroe una amargura inmensa, que trataba de esconder bajo un diluvio de maldiciones.

«¡Caramba! decia al entrar en su cuarto, ¿qué significa ese mueble?» Diciendo esto, señaló un lecho, el único que habia en el aposento. «Es el lecho de S. E. —Yo no necesito ninguno, continuó *Werder*, llevado de su rabia. No dormiré esta noche, á mí me es imposible. Este lecho debe ser transportado al lazareto, donde pueda servir á un

pobre herido; pero no á quien está sano, como yo.»

Y abrumado con el peso de una victoria alcanzada á costa de tanta sangre, se tendió el general sobre un haz de paja.

Sabiendo por el cuartel general aleman que el general frances Bourbaki se proponia amenazar por el flanco al cuerpo décimocuarto, capitaneado por *Werder* desde su salida de Strasburgo, libertar á Belfort y reconquistar la Alsacia, nuestro segundo Blücher formó, en union del teniente coronel Leszczynski, el otro Gneisenau, en Dijon, en la fonda de la Campana, en la Noche-buena de 1870, su plan de operaciones. Pasando en sólo dos dias de Dijon á Vesoul, á pesar de las nieves y del hielo que hacian más penosa la marcha, el general *Werder* trató de prevenir al caudillo frances en su marcha á Belfort, y le prendió en sus redes el 29 de Diciembre en el encuentro de Villersexel, pues cuando el dia despues de la batalla Bourbaki queria ahogar al pequeño cuerpo enemigo, vió con asombrados ojos que éste habia ya desaparecido, volando hácia Belfort. Pero al general aleman le cumplió todavía pelear entre dos fuegos, la guarnicion de Belfort y el ejército de Bourbaki. Confiando en el dios que hervia en el hierro y en el vigoroso puño de sus soldados, que se multiplicaron para proteger la madre patria, tenía por divisa:

Estar firme, y por lema *Vencer ó morir*. La llave del camino que conduce á Belfort es la pequeña ciudad de Hericourt. Desde una altura de Hericourt, que la tropa llamaba despues «el cerro del caudillo», el general dirigió la batalla de Montbeliardo el 15 de Enero de 1871, cuando el termómetro marcaba 17 grados bajo cero de Réaumur y cuando alta nieve cubria el suelo. «¡Qué frio tan insoportable! decian los soldados alemanes, pero ¡cuánto más han de sufrir por él los franceses!» Y de cada cañon aleman tronaba la divisa: *Estar firme*. Sólo el segundo dia de la lucha consiguieron las fuerzas superiores de Bourbaki, en una pelea de diez horas, repeler hasta Frahier los tres batallones del ala derecha del cuerpo aleman. El momento era crítico, pues tambien desde Frahier conduce el camino á Belfort. Werder parecia inmóvil en su puesto, en el mencionado cerro, como un sér inanimado, como una estatua.

De repente exclamó: «Dios es con nosotros.» Una batería de reserva habia rechazado al frances de Frahier. «Resistid, hijos mios, decia Werder á los soldados de la landwehr, resistid todavía una sola noche.» — «Breve ha de pasar tambien ésta, contestaron aquellos valientes.» El tercer dia era decisivo: el enemigo habia perdido su vigor primitivo, y el mejor éxito coronaba la empresa de Wer-

der, que consistió en detener el paso de Bourbaki á Belfort y su invasion al sur de Alemania: bajo el amparo de sus baterías se retiró el general frances para sucumbir á una miseria sin igual.

Y ¡cosa memorable! el general Werder alcanzó aquella gran victoria, al pié de los Vosges, en el momento en que en la lejana Versalles fué proclamado el imperio aleman. El 19 de Enero recibió el siguiente despacho telegráfico: «La gloriosa defensa de tres dias en su posicion de V., con una fortaleza á retaguardia, es uno de los mayores hechos de armas de todos los tiempos. Doy mis reales gracias, y tributo los mayores elogios á V. por su mando, á las valientes tropas por su abnegacion y perseverancia, agraciando á V. con la gran cruz del Aguila roja, con hojas de encinas y espadas, en prueba de mi agradecimiento.»

Pocos dias despues de la victoria de Montbeliardo pasó nuestro héroe la noche en casa de un frances, en un pueblo cerca de Dôle, siendo recibido con las palabras siguientes: «¡Ah! ¿es V. el general Werder, que fué batido por Bourbaki, segun decian dos generales franceses que pasaban por nuestro pueblo? — Soy el mismo, contestó Werder sonriéndose, con la sola diferencia de que yo soy el vencedor y él es el vencido.»

Alemania toda honró al modesto vencedor como

al mejor de sus hijos, el emperador Guillermo le dió un abrazo estrechísimo en Nancy el 13 de Marzo de 1871, y le agració con la gran cruz de la ilustre órden de «Cruz de Hierro», el 22 de Marzo del mismo año; y para que nada faltára á la semejanza del general Werder con Blücher, la Universidad de Friburgo le nombró doctor, así como Blücher debió la borla de doctorado á la Universidad de Oxford. Y como Blücher á Gneisenau, decia Werder á su fiel compañero Leszczynski: «Siendo yo doctor, ¿no quiere V. ser boticario?»

El 2 de Abril de 1871 entró el héroe de Montbeliardo en la córte de Baden, donde tiene su residencia como jefe del cuerpo décimocuarto. Sobre el fiel custodio de las comarcas germánicas llovieron en la patria agradecida las distinciones de los príncipes y los regalos del pueblo. En breve levantará la ciudad de Friburgo un monumento gigantesco en su honor.

Si el mortal efímero ha de perecer para dar cumplimiento á la inmutable ley divina, el nombre del general Werder, el Leónidas de Alemania, trasmitido de una en otra generacion, irá viviendo de siglo en siglo para gloria eterna de la patria.

IV.

La guerra y las artes.—El Tirteo aleman Teodoro Koerner.—Los poetas Schenkendorf y Staegemann.

¡Bien haya el tiempo en que la espada ociosa se consume entre el polvo y el orin, y en que el labrador tranquilo ve coronadas las horas de su afan! ¡Bien haya la divina paz, que hace exclamar á Quintana en inspirados versos :

«A tí en los templos el incienso humea,
A tí las musas su divino acento
Sonoramente envian :
Y en cuanto el mar rodea,
En cuanto ilustra el sol y gira el viento,
De tí sola su bien los pueblos fian.»

Pero no lancemos por eso maldiciones contra la guerra, como si fuese sólo un monstruo abominable, que, respirando sangre y fuego, desease cebarse en llanto y mortandad. Pues ¡qué de veces produjo cosechas de oro ese ángel de matanza que vierte semillas de sangre! ¡Qué de veces la antorcha sangrienta que lleva Mavorte ha sido la lumbrera del genio de la humanidad! Lo que no llevaron á cabo los siglos, en un solo dia lo lleva á término con su santo temporal la inexorable necesidad. ¿Hay un espectáculo más grande y conmovedor que cuando

millones de seres se unen en un solo pensamiento, el pensamiento de la patria; se unen en el sentimiento del amor hasta la muerte, y cuando en una nacion libre despierta la mayor de las virtudes, que jamas en la paz puede manifestarse tan grande, tan infinita, el heroismo de sacrificarse? ¿Hay un espectáculo más grande y conmovedor que el ver á los ángeles de la caridad, castas vírgenes que pasan noche y dia cariñosas centinelas del que ve abierto el sepulcro, débiles y santas mujeres que se estremecen al oir el temible silbido de las granadas, pero que, dominando su terror, esperan resignadas el momento de llevar angélicos cuidados á los heridos que son conducidos al hospital de sangre? ¿Quién no se siente verdaderamente conmovido ante la conducta de la Asociacion de la Cruz roja, ante la nobilísima conducta de los ministros de la ciencia, que impávidos arrostran el hierro, ante la generosísima conducta de los ministros del Eterno, que se ven desde que comenzó el fuego en los sitios de mayor peligro, atentos siempre á llevar sus auxilios al que pueda necesitarlos? El entusiasmo unánime de una nacion entera; el jóven á quien dice la patria: «Falta me haces», y que dispuesto á padecer martirio por ella, responde: «Aquí me tienes», ¿no ofrece un espectáculo que pudieran envidiarnos los dioses en su calma eterna?

La guerra no es tampoco la enemiga de las artes. Tiene su atractivo tambien lo terrible; nos cautiva la belleza y la fuerza física de los héroes helénicos que nos canta Homero; nos dicen los últimos suspiros de aquellos héroes que hay bienes que para ellos valian más que la vida.

Terribles son los males de la guerra; junto á su rueda sanguinaria van la viudez y la orfandad que lloran; pero ¡qué objetos tan bellos para el arte son la tierna esposa y la afligida amante! Bella, tambien estéticamente bella, es la compasion, y á compasion nos mueve la tierna Andrómaca, no pudiendo templar con su memoria dolorosa el fuego de Héctor.

¿Hay cosa más bella que el nervioso movimiento, las emociones profundas, las grandes palpitaciones, la entusiasta efusion, el júbilo, el delirio de la esposa en el dia en que vuelve su esposo, en cuyo rostro brilla aún el resplandor de la última victoria, entre el humo del último cañonazo, y en cuyas sienes brilla sobre honrosas cicatrices el laurel de las batallas? ¡Oh dia tan hermoso en que vivo azul sin nubes los anchos cielos esmalta! ¿Hay cosa más bella, más poética que el regreso del ejército de una gloriosa guerra, entre víctores conmovedores, formando una armonía atronadora, verdaderamente bélica, con los ecos de las campanas de todas las

iglesias, miéntras la patria agradecida alfombra de laurel y flores el paso de tan brava tropa?

Destruye el furor bárbaro y ciego de la guerra, destruye iglesias, palacios, alcázares, pues Mavorte fiero no es amigo de la *arquitectura;* pero en cambio la *escultura* no puede carecer de la guerra, sobre todo cuando en ésta todavía se mostró el valor y arrogancia de un carácter fiero y audaz, cuando áun hablaban las manos, cuando los gallardos caballeros é hijosdalgo, vistiendo la lucida malla escaramuzaban en la vega y se retaban á sangrienta batalla. Sin la guerra no habria en Grecia aquellos frisos y témpanos inmortales, representando las luchas de los centauros, las luchas con los troyanos, las amazonas y los persas; sin la guerra no tendria sus frisos la *Walhalla*, y le faltarian tantos bustos que ahora son su honor y su orgullo.

Tambien la *pintura* se aprovechó de la guerra desde el mosaico pompeyano, representando la batalla de Isso, hasta la batalla de Constantino pintada por el divino Rafael, y la batalla de los hunnos, que salió del pincel soberano del aleman Kaulbach.

Pero la representacion de la parte ideal de la guerra está reservada á la *poesía.*

¡Inter arma silent musæ! Pero la guerra nos dió la Iliada y la epopeya de los Nibelungen. Sin la guerra no habria los romances que nos pintan al Cid, leal

á su señor y á su patria, amparo de los cristianos, azote de la morisma, defensa de la fe de Dios, rayo del cielo en la tierra; sin la guerra no habria romances relativos á Covadonga, ni romances en loor de Pelayo, que de la perdida Iberia fué milagroso restaurador; sin la guerra no se cantarian las grandes proezas de Alfonso VIII, ni del rey Santo, ni de Garci Perez de Vargas, ni del bravo Guzman, ni las hazañas de Pulgar y del Conde de Cabra; sin la guerra no habria monumentos á la fama del Gran Capitan, el cual, cuando estrecha cuenta le tomaban por parte del Rey, contestó:

«Y que tambien nombre quien
Tome la cuenta á mi lanza,
A ver si en algo me alcanza
Y si la doy mal ó bien.»

Sin la guerra careceria la *poesía lírica* de su adorno más magnífico, de sus sonidos más patrióticos, de sus acentos más enérgicos. La *poesía lírica*, y con ella la *música*, clarines y cajas y los acordes de la marcha marcial, la grave *muñeira*, la bulliciosa *rondalla*, la parlera *seguidilla* y la plañidera *caña*, todas salen á batalla entusiasmando hasta al tímido con sus mágicos sonidos, hiriendo las fibras más delicadas del alma con sus encantadoras armonías y entreteniendo á los guerreros de sus fatigas pasadas.

Y ¿quién no sabe que tambien la tragedia es un fruto de la guerra? La tragedia helénica salió de las guerras persas, naciendo en el glorioso dia de Salamina que unió de un modo tan maravilloso á los tres príncipes del teatro griego. El estruendo de la guerra resuena en las obras de Esquilo, de Shakespeare y de Schiller.

Por eso dirémos que, si triste llanto y suspiros da la guerra, da en cambio tambien alborozo y goces.

Para los alemanes, basta decir que la guerra nos dió la libertad, que la guerra nos dió el imperio, que la guerra nos dió los cantos de *Arndt* y de *Koerner*, los cantares de *Rückert*, de *Schenkendorf* y de *Staegemann*, y algunas canciones de *Uhland*.

¡Cosa extraña! *Arndt*, el nieto de un siervo, fué el libertador de Alemania, el centinela avanzado de la libertad germánica. Tuve una gran satisfaccion en encontrar en las obras de una alemana-española, Fernan Caballero, la excelente traduccion de un bellísimo recuerdo de *Arndt* (1).

Despues de haber tributado los elogios merecidos al que los alemanes llamamos *padre Arndt*, así como decimos «padre Rhin», cumple dar alaban-

---

(1) *Coleccion de artículos religiosos y morales*, por Fernan Caballero, pág. 251.

zas á un jóven que por sus rimas imperecederas heredó los lauros de Tirteo y por su heroica muerte conquistó fama eterna. Ese jóven de cuatro lustros, que fué el primero á combatir contra el extranjero por su patria y el primero á cantar para que Alemania restaurase sus egregios timbres; ese jóven de gallardo talante, para el cual la vida era lo ménos, porque el héroe era lo más; ese jóven á quien las auras patrias traian los enamorados suspiros de su novia, las postreras ánsias de su madre; ese noble mártir de la patria, cuya sangre fecunda suscitô otros héroes; ese jóven envidiable se llama *Teodoro Koerner.*

La apología de la guerra no podriamos hacerla sino con lágrimas en los ojos, pues la guerra que nos dió los sonorosos himnos de *Koerner*, tan llenos de frenético entusiasmo, nos arrebató al inspirado cantor que aliento tan vivo infundia, y encendia tanta bravura, que los guerreros eran Cides y los reclutas Gonzalos.

No quiso el destino que *Koerner*, que de Schiller heredó el entusiasmo del corazon, fuese para Alemania el Schiller redivivo en toda su plenitud; pero el vate de cuya mente creadora brotaron himnos sin fin, el bardo que con la sangre de sus venas ennobleció el suelo germano, fué al ménos el *Schiller de la cancion bélica*, y vivirá siempre en los más que-

ridos recuerdos del pueblo aleman, cual astro radiante de gloria y honor; cual igneo rayo, en cuya lumbre se inflama el aleman parnaso; cual figura ideal del doncel teutónico, cual genio de la juventud alemana en armas, que al lado de la ebúrnea *lira* muestra la ardiente *espada.* Breve primavera ha sido la vida de ese doncel, más que ninguno apasionado, que se consagró con ardor al culto del arte, y á quien ni siquiera los más cariñosos lazos, los goces del primer amor, detenian cuando le llamó la santa voz de la patria, y que al exhalar el último suspiro teñia en su sangre su última cancion. A otros vates la patria agradecida da el lauro en recompensa de sus cantares; pero al que en noble saña encendido seguia á las llamadoras cornetas y á los clarines estridentes, al que vivia como cantó, al que lidió como bueno, al que dió ardor á la espada como dió lengua á la pluma y fuego á la palabra, al que escribió su blason con su sangre, regando los laureles patrios con el licor de sus venas, á su *Koerner,* da Alemania la más rica corona de encina.

Siempre se presentará ante nuestros ojos atónitos el jóven *Koerner*, con el rostro tan hermoso, con los ojos tan grandes, con el talle tan delgado, ostentando el uniforme negro, llevando en el cinto de cuero la cadena con la cabeza de leon y blandiendo la espada que relumbraba á larga distancia. Fi-

guraos la gloria de *Daoiz* y *Velarde* unida á la de *Garcilaso*, y tendréis un *Teodoro Koerner*.

En el bolsillo del poeta soldado Jorge Manrique, que cayó muerto de una lanzada, se encontraron los versos:

A quien das vida más larga
Le das pena, etc.

¡Qué bien cuadran esas estrofas á nuestro *Koerner*, dechado de belleza y de ternura! Afortunado él, á quien una muerte temprana abrió paso al templo de la inmortalidad, no dejándole ver los lúgubres dias de la reaccion que encadenaban el espírtu de la libertad, persiguiendo y encarcelando la flor de la nacion alemana, los camaradas de *Koerner*. Duelo profundo abrumó el corazon de los germanos al contemplar la heróica muerte de su vate, pero éste les habia dicho ya en una de sus canciones: «Cuando yo falte al regreso de la gloriosa guerra, en que nuestras huestes labraron con su sangre al pueblo germánico monumento soberano de gloria, no lloreis por mí, sino envidiad mi dicha, pues lo que embriagada cantó la fatídica *lira*, lo ha conquistado la libre hazaña de la *espada*.»

Regando con llanto amargo la funeraria losa de su mejor hijo, de su mejor cantor, Alemania recogió solícita el depósito sagrado de su musa galana y patriótica. En *Arndt* todo es fruto maduro; en

Koerner todo es flor llena de esperanza, flor encantadora, delicioso modelo de fresca juventud. Pero aquellas flores tan gentiles, tan castas, tan virginales, que parecian dulcísimos tesoros de cándida hermosura, la muerte precoz del poeta las convirtió en siemprevivas, que nos excitan á la melancolía.

Arndt tiene la fuerza varonil y los acentos sencillos y cordiales de la musa popular, miéntras *Koerner* tiene la inflamada pompa retórica. Pudiera llamarse el ruiseñor de nuestra guerra de la Independencia.

Teodoro Koerner, hijo de un magistrado del tribunal de Justicia, nació en Dresde el 23 de Setiembre de 1791, preciándose de ser hijo de aquella sin par madre de héroes, la brava Sajonia, que resistió tanto tiempo al gran emperador Carlo-Magno, y que engendró los Enriques y los Othones, los Luteros y los Mauricios.

El jóven Teodoro recibió la educacion más esmerada en la casa paterna, mansion de luz y de armonía, cuyo preclaro huésped era el rey de los cantares, el gran *Schiller*, que en las cercanías de Dresde escribió su drama inmortal *D. Cárlos*, el mismo D. Cárlos que inspiró á un distinguido amigo mio, D. Gaspar Nuñez de Arce, su aplaudido drama *El Haz de leña*. ¡ Qué fortuna tan grata oir en casa de sus padres en estupor profundo los cantos inimita-

bles, los poderosos acentos, los blandos sonidos de *Schiller!* Así en el corazon del tierno jóven creció la ardiente llama de inspiracion divina. Despues de haber arrastrado bayetas en Freiberg y cursado los estudios en Leipzic, donde ya le placia la espada, el juguete y el arma del estudiante aleman, tanto, que debia abandonar á la ciudad para huir la pena de ser encarcelado, buscó alivio de una fiebre en los baños de *Carlsbad*, que son, por excelencia, los baños de los poetas, esos Prometeos cuyas entrañas roe incesantemente un buitre espantoso, creciendo éstas por la noche en la misma proporcion que fueron roidas por el dia.

El jóven *Koerner* se hizo el bardo de *Carlsbad*, donde se respira como en ningun otro baño un perfume de la poesía que habita por cima de la tierra y es vecina del cielo. ¡Qué costumbres tan sencillas, tan patriarcales, tan bellas hay en *Carlsbad*, el principal de los baños austriacos! Desde 1852 ha cesado aquella famosa costumbre de recibir á cada bañista con un saludo de trompetas que se daba al aire desde la torre de las Casas Capitulares. Pero todavía cada 1.º de Mayo se verifica en medio de un cordon interminable de bañistas un acto verdaderamente religioso y poético, la bendicion de las fuentes que universalmente se consideran sacras. Aquella tierna ceremonia me recuerda la bendicion de las

aguas en Sanlúcar de Barrameda, de que habla Fernan Caballero, aquella procesion en la que sacan los marineros á su protectora, la Vírgen del Cármen, llevándola á la playa para que bendiga al mar.

En *Carlsbad* estuvieron los héroes de nuestra literatura, desde el pío *Gellert* hasta el olímpico *Goethe* y el heróico *Schiller*, que fué todo mártir, mortificado por un mal inexorable que le concedia sólo treguas en que podia consagrarse con amor á sus producciones, pulsando la vibrante lira que debia inspirar al orbe amor á lo bello y á lo grande. *Schiller* estuvo en *Carlsbad* en 1791, cuando su mente creadora se ocupó del más grandioso de sus dramas, el *Wallenstein*.

No hay en *Carlsbad* ningun templo, ninguna cruz, ningun obelisco, ninguna roca que no haya cantado la musa juvenil de nuestro *Koerner* al soplo saludable de los céfiros, inspirándose en la frescura y en la tranquilidad benéfica de la naturaleza, ese venero de consoladoras esperanzas y de misterios divinos. Desde Carlsbad salió en Agosto de 1811 para Viena, donde su genio extendió sus alas de un modo portentoso, como si hubiese adivinado que le serian concedidos sólo breves años para su vuelo brillante. En el corto espacio de un año escribió quince dramas y comedias, gozándose de todos los triunfos que otros poetas alcanzan sólo en una lar-

ga vida y á largos intervalos. Aquellos dramas, entre los cuales se encuentran *Zriny*, *Rosamunda* y *Hedwig*, le valian los más legítimos y calorosos aplausos y el nombramiento de poeta del teatro imperial. En Viena encontró tambien su afortunada musa, su novia, la estrella de su contento, la maga hermosa que le encantaba, la reina de sus ojos, la bella actriz *Toni Adamberger*, tórtola que vivia al arrullo de su pareja. Así nada faltó para colmar su dicha, por hacerle el más envidiable de los mortales, de modo que con motivo de su vigésimo segundo cumpleaños podia escribir á sus padres. «Jamas el 23 de Setiembre me ha encontrado tan feliz. La corona del amor me ciñe ya, y todas las flores que vosotros en mí criais, las abrió con sus ardientes besos á una primavera eterna el sol de mi sentimiento más santo, mi idolatrada Toni.»

Pero llegó la tormenta universal que lo destruyó todo, flores, primavera y eden del poeta entusiasta que habia vivido al dulce amparo de tan dichosa estrella. El 10 de Marzo de 1813 escribió á su padre: «¡Germania se alza! El águila prusiana despierta con su atrevido vuelo en todos los leales corazones alemanes la grande esperanza de una libertad alemana. Mi arte suspira por su patria; déjame ser su digno discípulo. Sí, queridísimo padre, quiero hacerme soldado; quiero arrojar con júbilo la

vida tan feliz y libre de pesares que ya he ganado aquí, para conquistarme una patria, aunque sea con toda mi sangre. No lo llameis arrogancia, inconsideracion, fiereza. Hace dos años pudierais llamarlo de ese modo; ahora, cuando sé cuál bienaventuranza puede madurar esta vida; ahora, cuando todas las estrellas de mi dicha lucen sobre mí; ahora ¡por Dios! es un sentimiento digno que me impulsa, es la persuasion poderosa de que ningun sacrificio es demasiado grande para el mayor bien del hombre, la libertad de su pueblo. Quizá tu corazon paternal dirá: —Mi Teodoro nació para propósitos mayores, pudiera prestar servicios más importantes en otro campo, debe todavía mucho á la humanidad.—Pero yo creo, padre mio, *que para sacrificarse en aras de su patria, por la libertad y por la honra de su nacion, nadie es demasiado bueno, pero muchos son para eso demasiado malos.* Si Dios, en efecto, me dió más que un espíritu vulgar, que aprendió á pensar bajo tu educacion, ¿cuál es el momento en que mejor podria demostrarlo? Un tiempo grande quiere grandes corazones, y yo me siento con la fuerza de una peña en esos escollos universales: tengo que salir y arrojar el esforzado pecho contra las ondas turbulentas:—¿Debo yo con entusiasmo cobarde cantar mi júbilo detras de mis hermanos victoriosos?

¿Debo yo acompañar el marcial grito solamente con mi lira? ¿Debo yo escribir comedias para el teatro de la farsa, miéntras que me sienta capaz de figurar en el sangriento teatro de la guerra?—Sé que habrás de experimentar muchos pesares, mi madre llorará. ¡Dios la consuele! Yo no puede preservaros de eso. Me he preciado hasta hoy de ser el hijo mimado de la Fortuna; esa no me abandonará. Doy mi vida por la patria; es poca cosa, áun cuando esta vida está ornada de todas las coronas del amor, de la amistad y de la alegría. No me impondria el sacrificio de causaros el menor pesar si el premio no fuese tan alto. Toni me ha demostrado tambien en esta ocasion la grandeza de su alma tan noble. Llora, sí; pero la campaña terminada enjugará sus lágrimas. Perdóneme mi madre el dolor que la causo; quien me quiera no me desconocerá, y tú has de encontrarme siempre digno de tí.»

¡Qué alma tan hermosa! Aquella carta de oro, hija del más noble sentimiento, habla por sí misma. No tendrémos que añadir otra cosa sino que el jóven cumplió al pié de la letra todo lo que habia escrito.

Tomando ora la espada, ora la pluma, se alistó el voluntario de la gloria en la primavera de 1813 en el *cuerpo franco de Lützow*, compuesto de artistas, literatos y estudiantes. En breve se hizo por

sus ardorosos cantos el ídolo de aquel cuerpo de *cazadores negros* (1), cuya firme y santa union le inspiró el canto inmortal: *La Caza audaz y fiera de Lützow.*

Lützow le nombró su ayudante, y un ministro del altar los bendijo en la iglesia de una aldea. Pero poco tiempo despues *Koerner* fué herido en las inmediaciones de Leipzic, y creyendo ya llegada la hora de su muerte, expresó sus sentimientos en el bellísimo soneto que empieza: «Arde la herida, tiemblan los pálidos labios.» Aunque su vida corria mil riesgos, se salvó, y sus camaradas le trasportaron á *Carlsbad*, donde el enfermo pasó quince dias, debiendo su restablecimiento al cuidado de generosas mujeres. ¡Qué diferencia entre su estancia en *Carlsbad* y la de 1811! No cantó ahora idi-

(1) Áun hoy gime y solloza lánguido en las encinas el viento por los *negros cazadores de Lützow*, que abrazados á su bandera se inmolaron á la patria, y laurel eterno corona la frente augusta del que en 1813 convocó á aquellos bravos, el *baron Luis Adolfo Lützow*. En la tropa de éste, que por su ardimiento excitó la ira de Napoleon, habia tiradores del Tirol, y tengo una satisfaccion en decirlo, hasta nobles y bizarros españoles, hijos del pueblo de las gargantas del Bruch, del pueblo de las colinas de Salamanca, del pueblo de Bailén, de Tamames y de Albuera, ante el cual zozobró la nave que habia de estrellarse en la roca de Santa Elena. La tropa de *Lützow* era como el Fénix que resucita de sus cenizas. *Lützow* murió en 1834.

lios como hacia dos años; no cantó las ninfas del rio Tepl ni el festin de un baile, sino solitario va á *Dallwitz*, pueblo vecino de Carlsbad, donde se alzan tres majestuosas encinas. Ante la altiva frente de aquellas robustas y nobles encinas exhala de su volcánico pecho un suspiro profundo, una queja llena de ira, el famoso canto: «Pueblo aleman, el más glorioso de todos, *firmes están tus encinas, miéntras que tú has caido.*»

En aquella cancion exclama tambien: «*Todo lo noble* lo destruyó el tiempo; *todo lo bello* lo arrebató una muerte temprana; pero á vos que no teneis cuidado ninguno del hado fiero, os amenaza en vano el tiempo destructor: y creo oir en vuestras ramas: *¡Todo lo grande* ha de vivir eternamente!»

Aquellos árboles altaneros, cuya rudeza aumenta el bramido del huracan, están todavía firmes cual símbolo de la fuerza de Germania, cual monumentos de *Koerner*, y nos parece que éste está oculto en su cima animándonos á la virtud al són de un himno marcial. Ante esas añosas encinas, cuyo sereno tronco no vacila por mucho que la tempestad azote sus ramas frondosas, dirémos lo que D. Mariano de Eguía decia del árbol de Guernica:

«Devorando el tiempo en noche inmoble
Esconde tus orígenes primeros;
Él pasa, imperios descuajando enteros,
Él pasa, tu raíz dejando inmoble.»

Como todos los alemanes que visitan los baños de Carlsbad, yo tambien he peregrinado poco há á las tres inmortales encinas que elevan al cielo la espesa copa, y que ademas de ser signos de *Koerner* y de Alemania, son para mí signos de la más cordial amistad. En union de los otros bañistas austriacos, un *rabí* y un catedrático, estuve en *Dallwitz*, cuando dos señoras se nos acercaron, no sabiendo donde estaban los famosos árboles. El *rabí*, sereno como el tronco de las grandes encinas, y movido de repente de una idea cómica, levantó sus brazos como el árbol que extiende su copa; nosotros, movidos de un solo impulso, hicimos lo mismo, y presentándonos, dijo el *rabí* á las damas: «Señoras mias, las tres encinas, vedlas aquí.» Despues los tres hombres-encinas conducimos galantes y entre alegres risas á las amables señoras á los verdaderos robles, que son tan grandes, que entre las seis personas que allí estábamos no podriamos abrazar el tronco. ¡Qué ratos tan buenos pasamos á la sombra de aquellos árboles inmortalizados por el genio de Koerner, y quién se figurará mi sorpresa, cuando una de las señoras, declarándose paisana mia, midió las encinas con una vara de *Colonia!* Despues de la vuelta á mis lares, cuando solitario soñé en Colonia con mis dos hermanos, los robles austriacos, tuve la fortuna de recibir un recuerdo de ellos,

una inspirada prédica del rabí con la dedicatoria: «Una de las tres encinas de *Dallwitz* extiende sus ramas al Rhin abrazando el tronco de un hermano.» ¡Ojalá que el rabí, esa noble encina de Austria, permanezca erguido y henchido de poesía como las encinas de *Koerner!*

Pero volvamos á éste. Apénas curado en *Carlsbad*, regresó *Koerner* junto á sus camaradas, y en el alba del 26 de Agosto, ántes del combate, escribió en su librito de memoria en una selva de abetos el célebre *Cántico de la espada*, que debia ser su canto de cisne, pues el mismo dia, aquel leal corazon fué mortalmente herido por una bala enemiga. Fué sepultado en Woebbelin (Mecklemburgo), á la sombra de una encina, su árbol favorito; y la tradicion dice que pocos dias ántes de su muerte descansó bajo aquella encina escribiendo su canto *Oracion durante la batalla*, y de repente, movido de un presentimiento de su muerte, dijo á sus camaradas: «Cuando perezca, sepultadme bajo este árbol.» Allí duerme el sueño de la muerte el heróico cantor en quien vivia el águila y la paloma, unido á los restos mortales de su hermana que, devorada por un dolor profundo á causa de la muerte de Teodoro, falleció en 1815 al lado de sus queridos padres.

Nunca muere quien muere de esa suerte.

Léese en la corteza de la encina de Woebbelin

el ilustre nombre de *Koerner*, y me parece que las ninfas del bosque que, segun dice Baltasar de Escobar, entallaron los sentidos versos de Fernando de Herrera en cortezas de árboles, hicieron lo mismo con los versos de Koerner.

«Y porque, tiempo, tú no los consumas,
En estas hojas trasladadas fueron
Por sacras manos del castalio coro:
Dieron los cisnes de sus blancas plumas,
Y del rio las ninfas esparcieron,
Para enjugallos, sus arenas de oro» (1).

Antes veíase en un hueco del tronco de la encina de *Koerner* un cordoncillo de reloj tejido de los cabellos de su novia *Toni Adamberger*, pero aquella reliquia la robó una mano sacrílega. ¡Qué de veces los cazadores negros de Lützow fijaron sus pensamientos en la encina de Woebbelin! Uno de ellos, de nombre Schnelle, convino con los otros en suspender en aquella encina la espada del que cayese el primero. Y así lo hicieron, suspendiendo allí la espada de Schnelle, que murió la muerte de los héroes en la batalla de Ligny.

No podria despedirme de *Koerner* sin haber dado al lector una prueba de sus cantares. Complaciéndome, como siempre, en mi deseo, D. Mariano Car-

---

(1) Soneto de D. Baltasar Escobar en loor de D. Fernando de Herrera.

reras y Gonzalez vertió al castellano la última cancion del héroe, el diálogo entre el caballero y la espada.

Héla aquí:

LA CANCION DE LA ESPADA.

¡Oh espada de combate,
Cual en mi cinto brillas!
¡Qué fúlgida mirada
Mi amor sorprende en tí!
—Me lleva un caballero,
Cuanto patriota, bravo;
De un libre soy el arma;
Por eso brillo así.
—Es cierto, espada mia;
Soy libre, por fortuna;
Te amo con toda el alma;
¿Quieres mi esposa ser?
—¡Unirme yo contigo!
¡Oh dicha no soñada!...
¿Cuándo, mi dulce amante,
Darásme ese placer?
—Ya anuncian nuestras bodas
Los bélicos clarines;
Ya truenan los cañones,
Ya vuelo á tí, mi bien.
—¡Oh suspirado instante!
Te aguardo con anhelo;
Vén, toma mi corona;
Vén á mis brazos, vén!
—¡Cómo en la vaina tiemblas,
Espada brilladora!
¡Cuál gimes y te agitas!
¿Qué quieres de mi amor?
—Quiero mostrarme luégo
Contigo á la luz clara;

Quiero seguirte al punto
Al campo del honor.
—Quédate ahora, quédate
En tu mansion tranquila;
Espera, que muy pronto
Vendré por tí, mi bien.
—No, llévame contigo,
Llévame á coger flores
Tintas en sangre roja,
Para adornar mi sien.
—Sal, pues, espada mia,
Sal de tu estrecha cárcel;
Te llevaré en mis brazos
Hácia el paterno hogar.
¿Veis cómo al sol fulgura?
¿Cuál vibra y se cimbrea?
Ya su presencia anima
La fiesta militar.
¡Al campo, caballeros!
¡Sús, bravos alemanes!
Por tan hermosa dama
¿No ardeis en patrio amor?
Si ántes brilló furtiva
A vuestra izquierda mano,
Tendedle ya la diestra,
Y la asiréis mejor.
Imprímase en su boca
De hierro vuestro labio,
Y serle siempre fieles
Juradle en el altar.
¡Ea! Danzad con ella
Hasta que en rayos arda.
¡Hurra! Acerada esposa,
¡En danza hasta espirar!

¡Honor á Alemania por haber engendrado vates y patriotas como *Arndt* y *Koerner!*

Una palabra sobre Goethe, el príncipe de nuestra literatura, que parecia el ménos patriota de los poetas alemanes.

Como á un príncipe le trataba Napoleon miéntras que despreciaba los reyes y humillaba los príncipes de sangre, mostrando así que respetaba más al espíritu que al blason real, y quizá no sin un oculto temor de que él mismo sería vencido por aquel poderoso espíritu, por las armas de la literatura alemana, nuestro último lazo despues de caido el imperio. Tenemos un júbilo inefable en saber que tambien en nuestro *Goethe* despertó por fin en 1815 la idea de la patria; despertó en Colonia bajo la impresion de la más grandiosa de las catedrales, donde respira el alto pensamiento de otros siglos: despertó en la sociedad del *baron de Stein*. Pues el mismo *Goethe* confiesa: «He conocido en este viaje cuanto hasta ahora habia echado de ménos y cuanto habia perdido, siendo limitado á una pequeña parte de la patria, en consecuencia de la maldita servidumbre y de la infausta guerra.»

Despues de *Arndt* y de *Koerner*, que tienen alzado un templo en el alma del pueblo germánico, y ademas de *Rückert*, al cual dedicaré un capítulo especial, son dignos de figurar en la *Walhalla* los dos otros cantores de nuestra guerra de la independencia, *Schenkendorf* y *Staegemann*.

Koerner, el hijo mimado de la fortuna, tuvo la dicha de ser cantado por *Rückert*, cuyo pensamiento se extasiaba en todas las glorias alemanas, miéntras que *Arndt* consagró sentidas endechas á la memoria de *Schenkendorf*. Para éste la literatura era una vírgen cristiana y pura, dulcísimo ángel, sér creyente, tierno, cándido y atrevido. *Schenkendorf* es el cantor más dulce y más cristiano: en cada uno de sus cánticos suenan acentos como los siguientes de D. Pedro de Madrazo:

«Es caña la diestra armada
Si *Dios* el brazo no guia;
Sin su ayuda todo esfuerzo
Se quiebra cual seca arista.
«Quien de Dios sigue el impulso
Lidiando se justifica;
Mas, ¡ay del que sustituye
Á la ira de Dios sus iras!»

Maximiliano de Schenkendorf, hijo de un oficial prusiano, nació el 11 de Diciembre de 1783 en Tilsit; alimentó su espíritu con los cantos de Novalis, uno de los poetas románticos de Alemania, y ocupó despues de la guerra de 1813 á 1815 un puesto en el gobierno de Coblenza, donde murió el 11 de Diciembre de 1817. Su tumba se encuentra en un atrincheramiento de la fortaleza de Coblenza. Felicitamos, pues, al cantor aleman por ser su corazon tan fiel tambien en la muerte, escudo y defensa segura

del Rhin, baluarte de honor y símbolo de libertad.

El otro cantor patriótico, *Federico Augusto de Staegemann*, hijo de un cura protestante, nacido el 7 de Noviembre de 1763 en Vierraden (Ukermark), se dedicó al estudio de la jurisprudencia, y se hizo un distinguido hombre de Estado, siendo uno de los pocos que quedaron fieles á las tendencias liberales de Stein. Murió el 17 de Diciembre de 1840, dando ejemplo de entusiasmo prusiano en sus patrióticas poesías.

Si la fe triunfadora en la guerra de la independencia estuviese desterrada de Germania, se la deberia encontrar en el corazon de *Luisa* y de su admirable cantor, el jóven *Koerner*, y en el corazon de los *Arndt*, *Rückert*, *Schenkendorf* y *Staegemann.*

Dos observaciones ántes de concluir. En la guerra de 1813 á 1815 alzaron su poderosa voz sólo cinco ó seis poetas alemanes, cuyas odas trasmitirá el tiempo á las generaciones futuras, cual cantares que al númen délfico alborozan, miéntras en 1870 hendia el aire el cántico marcial de centenares, sin que ese coro de vates lograse sacar todo el fruto de aquella guerra gigantesca, quizá porque á su ardoroso entusiasmo hacia falta el romanticismo de los bardos de 1813; y los poetas modernos conocieron cuánto trabajo, cuánto sudor, cuánta inteligencia costaria á los alemanes para vencer á un enemigo

tan formidable. La guerra de 1870 á 1871 es un drama sin segundo, escrito por la diosa de la Historia, es un tesoro colosal que aguarda en balde al atrevido que le cobre, es un mar inmenso que jamas podrán agotar la poesía ni el arte.

Y ¿qué diré de la poesía bélica de *España?* Despues de admiradas las odas de *Quintana* y los romances del *Duque de Rivas* relatando los triunfos de 1808; despues de oidas con placer las estancias dedicadas á la gloriosa guerra de Africa por el *Marqués de Molins*, *Hartzenbusch*, *Campoamor*, *Arnao* y tantos otros que libraron de la parca héroes y proezas; despues de leidos con entusiasmo los ecos nacionales de *Aguilera*, me pregunté muchas veces: ¿No habrá quien en 1873 reanime á España con un cántico de guerra, con un grito de venganza? Gracias á Dios, ya se cumplieron mis votos. Se alzó un poeta, cuya voz canora, cuya mente rauda vuela en la altura, *D. Vicente Barrántes*, que desde Portugal dirigió á sus hermanos en la gaya ciencia los versos:

«Donde se alce una bandera
Con castillos y leones,
Bendecida,
Allí estará mi alma entera,
Mi laud y mis canciones
Y mi vida.
¡Ay! ¡Adios patria! ¡Adios gloria!

¡ Pasado que se derrumba !
¡ Adios todo !
Pueblo que llenó la historia
Está mejor en la tumba
Que en el lodo.»

V.

La correspondencia entre Pío IX y el Emperador de Alemania.—Complemento de los artículos sobre el Príncipe de Bismarck.—El filósofo Juan Amadeo Fichte.

«Despues de todo lo grande que ya hemos visto, no estaria yo descontento si la historia universal parase un rato», decia el Príncipe de *Bismarck* á la diputacion que le entregó el diploma declarándole hijo adoptivo de Berlin.

Pero á pesar de aquel deseo de nuestro estadista, la historia universal sigue dando pasos gigantescos, y el sol de cada dia nos muestra en nuevos fulgores á los campeadores germánicos, á los hijos de la *Walhalla.*

Despues de haber presentado al lector los grandes poetas de nuestra guerra de la independencia, me propuse hablar de un sabio profundo, de un eminente escritor, de un varon venerable, del más entusiasta defensor de la libertad del pensamiento, el filósofo *Fichte.* Pero ántes reclama la atencion lo

que llevó el dia presente; volvieron á cruzarse la espada eclesiástica y la espada imperial, cuyas luchas llenaban la Edad Media; y la ilustrada Alemania, que tiene todavía el sentimiento de la libertad y del honor, dice, haciéndose el eco del mundo civilizado: en aquella primera batalla del espíritu ha vencido la espada imperial; pues ella defiende, no el cesarismo, como en la Edad Media, sino á la par la libertad política y la libertad religiosa, y ántes faltará el suelo de las plantas, el oxígeno de la atmósfera, que la libertad, la libertad de la conciencia, al pueblo germánico.

El 2 *de Setiembre* de 1873 encendia los corazones alemanes el santo fuego de la patria, cuando se inauguró en Berlin la majestuosa é insigne columna de la Victoria, la columna de Sedan; universal clamor hendia los aires; himnos de placer henchian el viento, y con elocuencia hablaba el sentimiento en torno á aquel monumento, que, inundándose de luz, parece una hoguera inmensa que, contenida por la piedra de la basa roja, penetra por la rotunda, por los trofeos del fuste que se presenta en forma de lirio, y por la reja del capitel, para levantarse al cielo en la figura de la Victoria que se baña en aquella hoguera.

Y ya el dia siguiente, el 3 *de Setiembre*, erigióse en el preclaro pueblo berlinense otro monumento no

ménos majestuoso, no ménos insigne, no ménos digno del nuevo imperio, del Emperador y de su gran Canciller. ¿Cuál es ese monumento, brillante cual alabastro, duradero cual bronce? Es la *carta* que el *Emperador de Alemania*, ocupando las almenas del siglo, representando la conciencia lúcida de nuestros dias y de nuestro pueblo, dirigió al *Jefe supremo de la Iglesia católica romana* en contestacion á su epístola. Es más que una carta dirigida al sucesor de Pedro por el jefe del protestantismo prusiano y del imperio aleman; es una gran *hazaña;* es un eco de la Reforma; es una obra digna del sucesor del *filósofo de Sanssouci.* Aquella carta, por la cual se entusiasma el patriotismo aleman y se exalta la conciencia de los protestantes; aquella carta que no hubiera desaprobado el mismo Cárlos V; aquella carta, en que cada frase es un batallon del espíritu, la podria haber escrito el esforzado caballero Ulrico de Hutten, ó el mismo doctor Martin Lutero.

No seré yo el que arroje fango asqueroso á la frente donde brilla aureola gloriosa; no seré yo el que robe á la rosada aurora su bello ropaje de zafir y topacio; no seré yo el que manche un nombre venerando para todos los católicos, y sobre todo para los españoles, en el idioma de Santa Teresa y de Luis de Leon, en aquel idioma

«Que, como el Tajo, aurífero y abundo,
Cual flor de almendro de melífluo aroma,
Compite siempre con el mar profundo,
Ya cuando ruge como hambrienta fiera,
Y espanta y mueve y ensordece al mundo,
Y ya cuando en la alegre primavera
De amor suspira al declinar el dia,
Besando cariñoso la ribera» (1).

Pero aunque rindo culto al benigno anciano, en que el católico fiel mira su dulce amparo y que ofrece ejemplo digno de virtud; aunque he admirado tantas veces al piloto de la Iglesia que rige el timon, sereno, si entre montes de espuma sumergida vacila la alta nave; y aunque siento en el alma que la publicacion de la carta de Pío IX al emperador Guillermo amenace producir una discordia religiosa, celebro cual aleman la franqueza evangélica del Emperador, que tambien tiene su mision dada por el Eterno, y saludo á aquel documento, que llamaré *Berolina locuta est*, cual bandera de la libertad, cual testimonio vivo de que no habrá *otra Canosa*, cual símbolo de victoria del Estado moderno en su lucha contra las ideas de Alejandro III y de Gregorio VII, que viven aún hoy en la *Encyclica* y en el *Syllabus* y en la carta de *Pío IX*.

Pues desde las pretensiones de Gregorio VII contra Enrique IV, de Bonifacio VIII contra Felipe el

---

(1) Cárlos Rubio, en su cancion *Á unas aves.*

Hermoso, y de Adriano contra Enrique II de Inglaterra, no se oyeron en los labios de un Papa palabras como las de hoy, palabras que en nuestros dias parecen un anacronismo, tratando el Pontífice de extender su jurisdiccion sobre los protestantes; pero tambien desde José II de Austria y Napoleon I no se ha oido contestacion tan fulminante, contestacion tan noble, contestacion tan orgullosa como la de Guillermo I, la cual parece un rayo funesto al Vaticano, como las tésis de Lutero, como el relámpago que lanzaron las manos de Alberto, elector de Brandemburgo, cuando éste hizo tronar sus culebrinas en pro de la Confesion de Augsburgo.

En el año 1873, en que escribo estas líneas, hace ochocientos años que ascendió á la Santa Sede Gregorio VII, aquel papa que fundó el sistema de la jerarquía romana, el sistema cuyas consecuencias fueron los decretos vaticanos del 18 de Julio de 1870, el sistema que traia consigo una lucha contínua entre Papa y Emperador. El imperio que revive, sabiendo que la impotencia de Germania era el fruto infeliz de las aspiraciones romanas, conoce bien á sus eternos enemigos; el imperio que revive recuerda que Pío IX expresó el 24 de Junio de 1872 la esperanza de que «la piedra del sueño de Nabucodonosor destruiria el pié del coloso», es decir, el imperio germánico; pero los alemanes, confiando en su Emperador,

recuerdan hoy con satisfaccion que ya el 12 de Setiembre de 1871, cuando visitó la célebre sala de concilio en Costanza, decia Guillermo ante el fresco representando al emperador Segismundo que conduce de la rienda el caballo del papa Martin : « Yo he tenido que aceptar la herencia de los emperadores, pero jamas tendré las riendas » (1).

Es un efecto verdaderamente trágico de la histo-

---

(1) Dediquemos una palabra á la bellísima ciudad de Costanza, situada en la orilla del lago del mismo nombre, el mar aleman, el mar de Suebia, que ya cantó el gran poeta de la Edad Media, Wolfram de Eschenbach. Costanza es la escena de aquella tragedia cuyos héroes son los mártires Juan Hus y Jerónimo de Praga. El florentino Juan Poggio Bracciolino, testigo ocular de la muerte de Jerónimo, dice : « Mucio Scévola no se hizo quemar su brazo con mayor heroismo que Jerónimo su cuerpo entero, ni Sócrates apuró el cáliz de veneno con mayor firmeza que éste subió á la hoguera. » En un arrabal de Costanza, llamado Brühl, se ve en el campo una mole, *la piedra de Hus* (*Husenstein*), marcando el lugar donde se quemaron aquellos dos mártires de Bohemia, Juan Hus y Jerónimo de Praga.

En el *Kaufhaus* (Aduana) de Costanza, situado en la orilla del lago, tuvo lugar en 1417 el cónclave, que restableció la paz de la cristiandad turbada por el cisma de tres Pontífices, eligiendo el papa Martin V. Este abandonó á Costanza el 16 de Mayo de 1418, sentado en un caballo blanco cubierto de escarlata, cuyas riendas tenía el mismo emperador de Alemania, Segismundo, que tambien el año anterior, en union del Elector del Palatinado, habia conducido el caballo del Papa en la procesion que partió para la

ria que en la gran lucha entre la Iglesia y el Estado, los dos jefes, el papa Pío IX y el emperador Guillermo, sean los caractéres más benignos. ¡ Ojalá que en Roma resonase la voz de los que se precian de ser á la par buenos alemanes y buenos católicos, diciendo: la Iglesia puede y debe cumplir su sagrada mision sobre la base del estado nacional, miéntras los ultramontanos que emplean su poder político en el servicio de su desenfrenado deseo de reinar, quisieran que la Iglesia destruyese los Estados fuertes, cuyos gobiernos no se someten á sus exigencias.

Hé aquí la version de las cartas publicadas por la *Gaceta oficial* de Prusia:

Carta de Su Santidad al Papa:

« *Vaticano, el 7 de Agosto de* 1873.

»Majestad: Todas las disposiciones tomadas de »algun tiempo á esta parte por el gobierno de Vues»tra Majestad tienden á destruir el Catolicismo. Y »miéntras reflexiono conmigo mismo acerca de las »razones que podrian haber causado aquellas durí-

---

catedral, con motivo del homenaje que se tributó al nuevo Pontífice. El *Kaufhaus* fué restaurado en 1866, y los distinguidos pintores Pecht y Schwoerer fueron encargados de adornar la gran sala del primer piso con frescos, entre los cuales se encuentra aquel cuadro, representando al Emperador en el acto de tener las riendas del caballo del Papa

»simas medidas, confieso no poder hallar ninguna.

»Por otro lado me aseguran que V. M. no aprue-»ba la conducta de su gobierno y no aplaude el ri-»gor de las medidas contra la religion católica. »Pero si es cierto que V. M. no aprueba, y las »cartas que V. M. me ha dirigido en otro tiempo »demuestran bastante que no puede aprobar lo que »pasa actualmente, ¿cómo prosigue, pues, su go-»bierno el mismo camino aumentando las vejaciones »y el rigor contra la religion de Jesucristo, veja-»ciones que, miéntras perjudican á ésta, no han de »dar otro resultado que el de minar el trono mismo »de V. M.?

»Hablo con franqueza, porque mi bandera es la »verdad, y hablo para cumplir un deber mio que »me obliga á decir la verdad á todos, áun á los no »católicos, pues cuantos han recibido el bautismo »pertenecen en alguna parte y de algun modo, lo »cual no tengo que explicar aquí, pertenecen, de-»cia, al Papa. Estoy persuadido de que V. M. aco-»gerá mis reflexiones, con su cortesía acostumbra-»da, y tomará las medidas necesarias en el caso »presente. Miéntras ofrezco á V. M. la expresion »de mi afecto y de mi respeto, quedo pidiendo á »Dios que se digne estrechar en un mismo abrazo »de compasion á V. M. y á mí.—Pío» (1).

---

(1) Tan importante es ésta correspondencia histórica, que inserto á continuacion el texto italiano de la carta del Papa.

«Maestá: Tutte le disposizioni chi si prendono da qualche

Contestacion de S. M. el Emperador:

«*Berlin, el* 3 *de Setiembre de* 1873.

»Celebro que Vuestra Santidad me haya hecho »el honor de escribirme como otras veces, y lo ce-

---

»tempo dal Governo di Vostra Maestá mirano sempre piú »alla distruzzione del Cattolicismo. E mentre rifletto meco »stesso alle cause che possono aver dato luogo á queste du»rissime missure, confesso di non trovarne nessuna. D'al»tronde mi si dice che V. M. non approvi la condotta del »suo Governo, e non lodi la severitá delle misure contro la »Religione Cattolica. Ma se é vero che V. M. non approva, »e le lettere ch'Ella ha scritto nel tempo passato, prove»rebbero á sufficienza ch'Ella non púo aprovare quanto »ora si sta facendo, se V. M. dissi non approva, come poi »si prosegue dal suo Governo nel cammino intrapreso che »moltiplica le misure di rigore contro la Religione di G. »Cristo, che mentre recano tanto pregiudizio alla me»desima, si assecuri Maestá che non fanno altro che mina»re il Trono della stessa Maestá Vostra? Parlo con fran»chezza, giacché la veritá é la mia bandiera, e parlo per »esaurire un mio dovere il quale m' impone di dire a tutti »il vero, e anche á chi non é Cattolico, giacchè chiusque »é battezzatto appartiene, in qualche parte, e in qualche »modo che non è qui luogo a spiegare, appartiene, dissi, »al Papa. Sono persuaso che la V. M. accoglierà con l'usata »sua cortesia le mie reflessioni, e prenderà quelle misure »que nel caso si richiedono, mentre con pienezza di osser»vanza ed ossequio prego Iddio a unirlo meco coi vincoli »della stessa caritá. — *Dal Vaticano*, 7 *Agosto* 1873.

Pío P. M.»

Para que la contestacion á esta carta fuese del todo alemana, el Emperador mandó escribirla, no en el idioma de los diplomáticos, sino en aleman.

»lebro tanto más cuanto que así me proporciona la »ocasion de rectificar los errores en que, segun la »carta de Vuestra Santidad, fechada el 7 de Agos»to, está respecto á los asuntos germánicos. Si los »relatos hechos á Vuestra Santidad sobre los asun»tos germánicos contuviesen sólo verdad, no sería »posible que Vuestra Santidad pudiese presumir »que mi gobierno siguiese un camino no aprobado »por mí. Segun la Constitucion de mis Estados, no »puede suceder eso, porque las leyes y las medidas »gubernamentales necesitan en Prusia de mi real »asentimiento.

»Experimento un dolor profundo al ver que una »parte de mis súbditos católicos se ha constituido, »hace dos años, en partido político que pretende »turbar, con manejos hábiles de Estado, la paz re»ligiosa que reina en Prusia hace muchos siglos. »Desgraciadamente, muchos prelados católicos, no »solamente han aprobado este movimiento, sino que »han formado parte en él, hasta oponerse á las le»yes existentes. Vuestra Santidad habrá advertido »que hechos parecidos se verifican actualmente en »muchos estados de Europa y en algunos de Ul»tramar.

»No me cumple examinar las razones por las »cuales los sacerdotes y fieles de una de las religio»nes cristianas podrán ser movidos á apoyar á los »enemigos de todo órden en su lucha contra el Es»tado. Pero me cumple amparar la paz y mantener »la autoridad de las leyes en los Estados, cuyo go»bierno se me ha confiado por Dios. Sé que daré

»cuenta á Dios del modo de cumplir este mi real »deber, y defenderé el órden y las leyes en mis Es»tados contra cualquier ataque, miéntras Dios me »conserve el poder. Este es mi deber cual monarca »cristiano, tambien allí donde, á pesar mio, tengo »que cumplir esta vocacion real contra los minis»tros de una Iglesia, de la cual supongo que ella, »lo mismo que la Iglesia evangélica, reconocerá el »deber de obediencia que tiene á la autoridad tem»poral cual emanacion de la voluntad divina reve»lada. Siento que muchos clérigos sometidos á »Vuestra Santidad renieguen en Prusia de la doc»trina cristiana bajo este punto de vista, obligando »á mi gobierno, apoyado por la gran mayoría de »mis fieles súbditos, así católicos como evangélicos, »á obtener por fuerza la observacion de las leyes »del país. Me complazco en esperar que Vuestra »Santidad, mejor instruido del verdadero estado »de las cosas, empleará su autoridad para terminar »la agitacion, fomentada por lastimosas falsifica»ciones de la verdad y por abusos de la influencia »eclesiástica. *La religion de Jesucristo, lo juro á »Dios ante Vuestra Santidad, nada tiene que ver »con estos manejos; tampoco la verdad, cuya bande»ra, invocada por Vuestra Santidad, reconozco yo »tambien sin reserva alguna. Tampoco otro aserto de »Vuestra Santidad puedo pasarlo sin hacer una pro»testa, aunque aquel aserto no se funde en relaciones »erróneas, sino en la fe de Vuestra Santidad, á sa»ber: que cuantos han recibido el bautismo pertenecen »al Papa. La fe evangélica que yo, como debe saber*

» *Vuestra Santidad, profeso, lo mismo que mis antepa-*
» *sados y la mayoría de mis súbditos, no nos permite*
» *admitir en nuestras relaciones con Dios otro inter-*
» *mediario que Nuestro Señor Jesucristo.* Esta dife-
» rencia de fe no me impide vivir en paz con los que
» no participan de la nuestra, ni dejar de ofrecer á
» Vuestra Santidad la expresion de mi afecto y de
» mi respeto personal. —GUILLERMO.»

Nadie desconocerá en la carta del Emperador la mano maestra y vigorosa, la mano de hierro del *Príncipe de Bismarck.* El mayor mérito de *Guillermo* es haberse inclinado siempre ante la superioridad intelectual en vez de temerla, haber respetado el talento en vez de suprimirlo, haber llamado á sí los hombres de genio, y haber, no sólo no impedido sus planes, sino haberlos fomentado.

Añadamos pocas líneas para completar el retrato del que figura en el primer plano de la escena universal y que *puso en la silla á la Germania*, conduciéndola hácia el sol; volvamos un rato al *Príncipe de Bismarck*, cuya divisa gloriosa en la política interior consiste en *ser más constitucional despues de cada guerra*, y que despues de vencido el enemigo exterior, el enemigo visible, entró en batalla en union del Austria y de Italia contra nuestro enemigo invisible, el enemigo más encarnizado de la grandeza germánica, el *jesuitismo.*

Lo demuestra la vida de *Bismarck:* el progreso humano camina á traves de los siglos, nadie puede detener la corriente de las ideas, existe una fuerza superior á nuestra voluntad que nos lleva adelante. ¿Quién sabe si el *liberalismo* de su abuelo materno, el Sr. Menken, el amigo de *Stein*, no era una semilla que durmió en el alma del «reaccionario Bismarck» madurando tranquila sin que él mismo lo sintiese, hasta que de repente salió á luz? Con un solo hidalgo Clío no sabía hacer gran cosa; pero cuando la arrogancia estudiantil de *Bismarck* se habia convertido en humor espiritual, podia encargarse de la gran mision que le habia reservado el destino. *Amalgamarse con el espíritu revolucionario de su tiempo, y cual pedazo de aquel espíritu, detenerle aquí y adelantarle allí invisiblemente*, hé aquí las doctrinas que el eminente hidalgo brandemburgués aprendia durante su aprendizaje en Francfort, en San Petersburgo y en París.

Cuéntase que el filósofo Hegel decia de sí mismo: «De todos mis discípulos sólo uno me ha comprendido, y éste me ha comprendido mal.» Podria aplicarse esto á *Bismarck* despues del famoso coloquio con el Conde de Karolyi, el embajador austriaco, pues entónces no le comprendia siquiera la córte de Berlin, mucho ménos le comprendia la dieta prusiana, y los diplomáticos que le comprendian,

le comprendian mal. Para quien no sea el «espíritu familiar» de *Bismarck*, es imposible penetrar enteramente en los misterios profundos de su arte diplomático, el cual, sin embargo, como todo lo grande en la naturaleza y en el arte, estriba en una sencillez infinita. Bien dice un escritor aleman, el Sr. Brachvogel, que ha tratado á Bismarck: «Hasta el gran canciller, la diplomacia nos ha parecido siempre una cosa obscura semejante al Consejo de los Diez en Venecia, pareciéndose los diplomáticos al Shylock del Rialto, que queria cortar á Antonio, segun dice el drama de Shakespeare, un pedazo de carne en cualquiera parte del cuerpo. Inventando nuevas leyes para la diplomacia, *Bismarck* se hizo el Isaac Newton de la política moderna. ¡Qué ojos tan maravillosos tiene nuestro *Bismarck!* Y si en los ojos se retratan el corazon y el espíritu, los ojos de *Bismarck* han de ser, para quien quiera descubrir almas, los más interesantes de los países desconocidos. Sabido es que los Bismarckes son parientes de la gente de los Katten, que tenía en su escudo el gato con el raton, y por eso atribuyó un escritor frances á los Bismarckes la naturaleza de los gatos rapaces. Si, en efecto, Bismarck tiene en sus venas *sangre de gatos*, esa sangre será sin duda más sangre de *Leon.*» Nadie ha seguido con mayor firmeza las buenas tradiciones de su fa-

milia que Bismarck, y su vida demuestra que la tradicion constituye la fuerza del pueblo germánico, pareciéndose al áloe que produce siempre nuevas flores encantadoras. En medio de los escollos del tiempo, *Bismarck* tenía siempre fija la mirada en el único faro, el cual es el trono y la patria. Miéntras que *Moltke*, cuya figura es flexible como una buena espada, y cuyo rostro tan fino tiene en sus surcos las huellas de contínuo trabajo intelectual, infunde admiracion y respeto; *Bismarck* inspira, no sólo respeto, sino asombro y miedo. Nos figuramos estar ante un armario lúcido, ante una coleccion de armas peregrinas, no sabiendo qué arma debemos tomar, pues ignoramos cual está cargada. Unas veces se hace un estruendo ya al más mínimo contacto, otras veces podemos contemplar tranquilamente y sin miedo alguno aquel organismo extraordinario. Produce admiracion y hasta asombro á los mismos diplomáticos, y áun á los reyes y emperadores, la sin igual franqueza con la cual *Bismarck* expone, y siempre expone oportunamente, sus más íntimas ideas, sus más grandiosas concepciones, sus más atrevidas conclusiones. Así sabe hablar *Bismarck*, miéntras *Moltke*, aunque posee siete lenguas, prefiere ser el gran taciturno, de modo que los oficiales prusianos dicen de él que «sabe callar en siete idiomas.» Aquel ingenio satí-

rico que produce la tierra arenosa de la Marcha, desde que *Voltaire* la habitó y desde que *Lessing* se desarrolló allí, se encuentra tambien en *Bismarck*.

Tiene gracia lo que decia en Viena hace pocos dias á un poeta aleman, el Sr. Dingelstedt, que arregló á la escena alemana el drama de Shakespeare, *Enrique VI*. «Tiene Vd. razon, decia el canciller aleman, en haber suprimido en su drama de Vd. á mi colega el canciller; hay tanta gente en la córte que se puede carecer fácilmente del canciller.»

Sin embargo, en la córte de Prusia, en la córte de Alemania, en el teatro universal, no se puede carecer del canciller, si éste se llama *Bismarck*, y éste tampoco dejaria suprimirse. *Bismarck* me recuerda las palabras siguientes que leí en una carta de Castelar: «El alma nacida para la direccion material de los pueblos indica las grandes eminencias de la sociedad con el mismo ímpetu que el águila codicia las grandes alturas del planeta.»

Contaré todavía una anécdota característica para el gran canciller. Cuando éste, en 1871, celebró su primera conferencia con Mr. Thiers declarándole con la mayor calma las cosas más inauditas, las condiciones bajo las cuales la Prusia queria concluir la paz con la Francia, y más exorbitantes todavía que las que fueron aceptadas despues

Mr. Thiers, asombrado, no sólo á causa de la altura inmensa de las exigencias prusianas, sino tambien á causa de aquel tono glacial usado por el canciller, se alzó de su silla prorumpiendo en las palabras: «*¡Ah c'est une vileté!*» (¡Eso es una barbaridad!)—«Siento, replicó *Bismarck* con su calma de ántes y con su ironía acostumbrada, haber conocido, por esa frase para mí ininteligible, que no poseo bastante el frances para poder continuar las negociaciones en ese idioma. Tendrémos, pues, que usar el aleman, tanto más, cuanto no sé por que no hicimos eso ya al empezar nuestro coloquio.»—Desde aquel momento *Bismarck* habló aleman, y Thiers se vió obligado á contestarle en la misma lengua; pero habia para él tantas dificultades gramaticales, que en medio de éstas se olvidó pronto de su cólera francesa, y se calmó en tal grado, que *Bismarck*, viendo á su adversario al fin arrastrado á toda suerte de concesiones, dijo sonriéndose: «Pues bien, sobre la base de las últimas proposiciones de V. estoy dispuesto tambien á continuar las negociaciones en frances.»

El príncipe de los estadistas que, ya por su estatura, se parece á uno de los antiguos caballeros del Norte, de que habla la epopeya alemana, el gigante que trata de identificar los intereses populares con los intereses dinásticos, sólo tiene en Prusia

un solo hombre que le iguale. Y ¡qué contraste! este hombre, un diputado elocuentísimo, un varon justo é intrépido, un tribuno audaz y atrevido que trata de establecer la paridad de la soberanía de la nacion y de la soberanía del monarca, este hombre es un hijo del Ghetto, es un judío que tiene la habilidad de su raza y una figura liliputiense. Jamas ha presenciado el mundo luchas más interesantes y más grandiosas que las entre el gigante *Othon de Bismarck* y el enano *Eduardo Lasker.*

Los mayores enemigos de nuestro *Bismarck* son el insomnio y los nervios. Podria escribirse un capítulo entero, un capítulo humorístico, sobre los nervios de *Bismarck*. Por la irritacion y la rabia de sus nervios, el referendario *Bismarck* se despidió de la carrera de la administracion prusiana; despues irritáronse los nervios bismarckianos, aquellos nervios tan sensibles y autocráticos, en la Dieta prusiana cuando se hablaba de libertad y de Constitucion; pero gracias al curso del tiempo y á la corriente de las ideas, sus nervios se acostumbraban á todo, al constitucionalismo, á las elecciones directas y á los judíos. Benditos, pues, sean los nervios del bizarro canciller, y esperamos que ellos serán bastante fuertes para vencer á sus últimos enemigos los *ultramontanos*. Recordamos que ya sobre el jóven *Bismarck* ejercia una mágica influencia

su preceptor en la religion, el liberal teólogo *Schleiermacher*, el cuñado de *Arndt*, el más noble representante del protestantismo, y ¿quién no reconoce el verdadero espíritu del protestantismo, el espíritu de la libertad religiosa, el espíritu de la paz religiosa tambien, en la carta del Emperador al Papa, inspirada por *Bismarck?*

Ya es hora de hablar del grande hombre, del gran filósofo, del gran patriota *Juan Amadeo Fichte*, el predecesor de *Arndt*, un varon de la talla de los *Luteros* y de los *Stein*, la lumbrera de Jena, el astro de Berlin, la gloria de Alemania; él, que lidió contra todo lo malo de su época, contra la falsa religiosidad, contra el egoismo en el Estado y en la sociedad, y contra el eterno enemigo de nuestra patria, el frances; él, que era amigo de *Goethe*, y segun éste, «el carácter más honrado que puede imaginarse.» Él, que era el sacerdote más celoso de la verdad, la personalidad más severa, rígida y soberbia, una personalidad eminentemente germánica por su grandeza moral y su honradez inflexible, un maestro del pueblo aleman en que cuadran las palabras del profeta Daniel, que se leen en el obelisco de su tumba en el cementerio fuera de la puerta oraniemburguesa en Berlin: «Los maestros brillarán como el fulgor del cielo, y los que conducen á muchos á la justicia, como las estrellas siempre

y eternamente.» Y ¿quién lo creeria? Este héroe que á traves de los siglos vive en sus obras y en la memoria de su nacion, logrando póstumos honores despues de haber sufrido el embate de la persecucion y el infortunio; este grande hombre que decia que cada progreso del espíritu nacional de los alemanes significaba un progreso del género humano, *Fichte*, uno de los pocos sabios *que querian pagar su puesto en la humanidad por hazañas*, no brilla en la *Walhalla* donde se encuentran los *Kant* y los *Schelling*.

Quien quiera formarse una idea del busto de *Fichte*, de aquella frente tan alta y tan fria, á la cual se asociaba un corazon tan ardiente, contemple la imágen del gran elector en el monumento de bronce del Puente Largo en Berlin, labrado por el eminente estatuario Schlüter. A mí me toca bosquejar lo que dijo y lo que hizo el *profeta de la filosofía moderna*, el que en el seno de la familia era, á más de un tierno esposo y un buen padre, un patriarca que hablaba cada noche sobre un rezo del Nuevo Testamento, cuyo espíritu, deshaciéndose del mundo terrenal, ascendió al cielo de las ideas, varon recto que tenía por divisa las palabras de Horacio: *Si fractus illabatur orbis, impavidum ferient ruinæ.*

Juan Amadeo Fichte, hijo de un honrado tejedor, nació el 19 de Mayo de 1762 en el pueblo de Ram-

menau (Lasacia superior). Un dia un rico gentil-hombre visitando aquella aldea sintió haber llegado demasiado tarde á la iglesia y no haber oido el sermon. « Conozco á un chico que guarda gansos y recita de memoria los sermones », le dijo su huésped, y llamó al jóven Fichte, que entró en aquel brillante círculo, y luégo recitó el sermon con asombro de toda la sociedad. El gentil-hombre viendo el talento del niño le hizo dar una esmerada educacion (1). A los doce años de su edad el alumno del saber entró en el renombrado claustro *Schulpforta*, que está situado en la márgen del Saale, cerca de la ciudad de Naumburgo, en un verde rincon de montes cubiertos de hayas, descollando sobre los edificios la torre de la iglesia cubierta de pizarras. Aquel claustro llamado *alma mater Portensis* rebosa en gozo

---

(1) ¡ Honor al caballero que conoció el talento del niño, y por su generosidad contribuyó á desarrollarlo ! Se llama *Ernesto Haubold de Miltitz*, prole de una esclarecida familia de Sajonia, y amigo del ilustre poeta Gellert, que le llamó su discípulo predilecto. Su residencia era el magnífico castillo Siebeneichen (Siete encinas), cerca de la ciudad de Meissen (Sajonia). Aquel castillo, rodeado de un gran parque, tiene fama por haber sido el asilo de los mayores genios y patriotas de Alemania ántes de la guerra de la independencia, pues allí desplegaron su actividad tranquila contra Napoleon los Kleist, de la Motte Fouqué, Koerner, padre é hijo, y Fichte, invitados por el Sr. *Dietrich de Miltitz*, el cual no es ménos ilustre que su pariente Ernesto Haubold Miltitz.

maternal por muchos hijos suyos que se hicieron glorias alemanas, pero sobre todo por dos ínclitos alumnos que Germania cuenta entre los más férvidos patriotas. El uno es *Klopstock* que en su *Mesías* cantó al Dios-Hombre, consagrándose con toda el alma á aquella obra titánica llevada á cabo en Marzo de 1773, despues de veinticinco años de contínuo trabajo, y que en sus inspiradas odas encendió, cual nadie de sus contemporáneos, y cual nadie ántes de él, el amor á la patria, á la noble y generosa Germania, cuya palabra es fuerza y cuya espada es decision, pero la cual no está manchada con la sangre de los otros pueblos. El otro es *Fichte*, en quien siempre hallarémos númen y ciencia, y en cuyos escritos beberémos rios de inspiracion.

Los alumnos de *Schulpforta* vivian á dos en celda, siendo el menor encomendado á los cuidados del mayor, llamado «Obergesell» (compañero mayor). Pero sucedia á veces que éste abusaba de su poder maltratando al compañero menor. Así nuestro *Fichte* tuvo que sufrir mucho por el que era más su tirano y opresor que su compañero. Un dia el profesor sorprendió al jóven *Fichte* en el momento en que arrojaba un libro desde la mesa al suelo ora con la mano izquierda, ora con la derecha. «¿Qué haces?» preguntó el profesor asombrado. Y medio riendo, medio avergonzado, replicó el niño: «Me ejercito

en el arte de dar bofetadas, para que cuando sea yo compañero mayor pueda darlas con la misma habilidad que mi compañero mayor me las da ahora.»

No se rian los españoles del método reinante en nuestra envidiada escuela de *Schulpforta*, alcázar donde habita Minerva y fiel traslado del Liceo ateniense, pues ellos (pido perdon por mi franqueza, hija del más entrañable amor) habrán de hacer todavía grandes esfuerzos para que los otros pueblos no hablen de la «falta de instruccion que hoy dia hay en España», aquella España que ántes se vanagloriaba de tantos santuarios del saber, y se gozaba con orgullo en la memoria de tantos sabios pensadores. Hace algunas semanas que un oficial carlista preguntó á un oficial prusiano (el Sr. de Wedell), que está en el campamento de D. Cárlos: «¿Hay tambien uvas en Alemania?» A que el prusiano contestó: «¡Caramba! ¿No ha oido V. nunca hablar del vino del Rhin?»

Pero volvamos á *Schulpforta*. El mal tratamiento de su compañero mayor era tanto, que *Fichte* resolvió huir del colegio para ir, cual otro Robinson Crusoé, en busca de un asilo en cualquiera isla lejana. Pero de repente recordó que así jamas volveria á ver á sus padres, y arrepentido regresó á la escuela, donde despues de haber confesado su culpa, tuvo

la dicha de ser encomendado á otro compañero mayor.

En 1780 estudió en Jena la filosofía protestante. De la escuela del grave afan salió el carácter de *Fichte*, corroborándose por el *imperativo categórico* de *Kant*, el cual dice al hombre: *¡Debes, y por consiguiente, tambien puedes!* En 1790, despues de haberse presentado al autor de la *Crítica de la razon pura*, el célebre *Kant*, que le habia recibido con aquella fria cortesía que se usa enfrente de un desconocido, escribió en una fonda de Koenigsberg su primera obra filosófica para recomendarse con ella al gran filósofo de Koenigsberg. Aquella obra en que demostraba la necesidad de la revelacion divina, se tituló *Crítica de toda revelacion*, y salió anónima. La crítica alemana la saludó como obra del sublime *Kant*, y gracias á la par á aquel error y á su propio mérito, el jóven *Fichte* se levantó ya á la cumbre de la gloria, y viendo sereno el porvenir, se casó con su amada, una señorita suiza, la sobrina de Klopstock, á la cual escribió aquellas palabras memorables: «El medio más seguro para convencerse de que hay una vida eterna, es el de pasar la presente de tal manera que se desee la futura. Quien sienta que si hay un Dios debe contemplarle clemente, á éste no mueven ningunas razones contra la existencia de Dios,

ni necesita razones para ella. Unidos, no sólo para esta vida tan breve, sino para la eternidad, queremos corroborarnos en aquella persuasion, no por razones, sino por acciones.»

Respírase el aliento de la libertad en sus obras originales, el libro que escribió en 1793 para justificar la revolucion francesa, cuyo primitivo vuelo ideal le entusiasmó, y al cual no queria ver desconocido áun cuando el sol de la libertad se habia puesto ya en un rio de sangre. Mereció el nombre de «demócrata» tambien por otra publicacion no ménos atrevida, que se tituló *Reclamacion de la libertad del pensamiento de los príncipes de Europa, que hasta ahora la suprimian, en el último año de las antiguas tinieblas.* Exclama en aquel librito en que arde la celeste llama del entusiasmo: «¡Oh pueblos, sacrificadlo todo, todo; pero no la libertad del pensamiento. Dad vuestros hijos á la batalla para que lidien hasta la muerte contra hombres que jamas los ofendieron; quitad vuestro último pedazo de pan al niño hambriento y dadlo al perro del favorito, sacrificadlo todo. Sólo este paladio divino de la humanidad, esta prenda de que á ella está reservada todavía otra suerte que la de sufrir y de ser hollada, esta prenda guardadla y defendedla siempre.»

Y este intrépido defensor de los derechos humanos, que nos conmueve todavía hoy con los exquisi-

tos toques de su docta pluma, fué llamado á la universidad de Jena como profesor de filosofía, por el atrevido duque *Cárlos Augusto.* El mismo *Goethe* llamó á aquel nombramiento «hijo de la temeridad.»

La pequeña Jena era entónces la Aténas alemana, cuna y emporio de las ciencias, y como Platon dió gracias á los dioses por haber visto la luz del mundo en Aténas en los tiempos de Sócrates, así habrá hecho lo mismo alguno en Jena en los bellos dias de *Schiller* y de *Fichte.* Pero ¡qué diferentes son aquellos dos grandes hombres, el poeta y el filósofo! *Schiller* escribió á *Goethe:* «Sólo el poeta es el verdadero hombre, y el mejor filósofo, comparado con él, es sólo una caricatura. En la poesía todo es sereno, vivo, lleno de armonía y de una naturaleza humana, miéntras en la filosofía todo es severo, rígido, abstracto é innatural.»

La notable *doctrina* de *Fichte*, saliendo de la esfera de lo comun hasta la paradoja, brotó de su *personalidad originalísima*, de su noble *entusiasmo moral*, de su vida en Dios. Ya ántes de ir á Jena habia formulado aquel sistema filosófico que consiste en el gran pensamiento de que la *única realidad* es la *idea moral*, y que por eso Dios puede ser comprendido sólo cual *principio moral*, cual poder moral y creador que sacrifica á nuestra voluntad dándonos fuerza para el bien.

Permítame el lector que le conduzca á las regiones de la filosofía. Todo lo que nos circunda podemos figurárnoslo sólo bajo las leyes del espacio y del tiempo. Pero espacio y tiempo ¿qué son *en sí?* No podemos figurarnos *en sí mismo* al espacio vacío ni al tiempo en que nada ocurre. *Kant* decia, pues : « Espacio y tiempo no son una realidad , sino sólo formas necesarias de nuestra contemplacion , y por consiguiente, no podemos conocer cuáles son las cosas *por sí.* » Tratando de penetrar hasta la claridad, decia *Fichte :* « Cierto por sí mismo es el *Yo* que se piensa á sí. Ese *Yo* alcanza la conciencia de sí mismo, poniéndose límites. Aquellos límites se presentan al *Yo* cual *No-Yo* , cual mundo exterior, y por consiguiente, este mundo exterior no es otra cosa que un reflejo de nuestro propio espíritu. No hay, pues , cosas *por sí* ; sólo el espíritu existe y se conoce á sí mismo. » Despues continúo diciendo : « Para quien se levante á la conciencia de su carácter meramente moral , este mundo que nos rodea, este orbe con todas sus riquezas, este sol y los mil veces mil soles que le circundan, este universo infinito , cuya idea hace temblar al alma sensual , no es otra cosa que, en ojos mortales, un mezquino reflejo de nuestra propia existencia eterna que ha de desarrollarse en todas las eternidades.»

¡ Qué espíritu tan ideal y tan altivo es el espíritu de *Fichte!* No pudiendo conocer el mundo, ni pudiendo dominar su poder, llega hasta negar á la materia su realidad. Jamas habia *idealismo* más repugnante contra el sentido comun. Para *Fichte*, segun dice bien *Goethe*, el mundo era sólo una bola que el *Yo* arroja y que despues vuelve á coger. *Fichte* proclamó su sistema como perfeccion de la filosofía de *Kant*; pero se comprende que el filósofo de Koenigsberg no queria aceptar aquella perfeccion. No obstante, dirémos que *Fichte*, que vivia en el éter más puro del pensamiento, nació para ser maestro de filosofía; tenía vocacion para los ejercicios del pensamiento y de la palabra, vocacion para la cátedra, no por lo que proclamaba con la evidencia propia de su persuasion, sino por su manera de despertar el espíritu pensador, pues el oyente creia oirle, si puedo expresarme así, llamar á las puertas del palacio de la verdad.

La mayor influencia sobre el ánimo de los estudiantes ejerció en Jena por sus lecciones sobre la *vocacion del sabio*. Aquellas lecciones las inspiró una austeridad ideal.

En cuanto al cristianismo, *Fichte* le llamó la única religion verdadera; pero miéntras en 1806 decia: «Ante el Nazareno se inclinarán humildísimos, hasta el fin de los dias, todos los sabios», escribió en

1810, pocos años ántes de su muerte: «La especulacion es el verdadero Paracleto, al cual nos hizo esperar el cristianismo que sólo valía algo bajo ciertas condiciones temporales.»

En 1799 el Elector de Sajonia, en una epístola dirigida á la córte de Weimar, acusó á *Fichte* de ateo y de predicar doctrinas que sólo podrian dar por resultado minar los tronos. *Fichte*, dirigiéndose al público, protestó en un memorable escrito, cuyo sentido es el siguiente: «La existencia de Dios, cual *principio moral*, es lo más cierto que hay; pero la razon no nos obliga á presentar á Dios cual personalidad; al contrario, cada personalidad tiene su limitacion, la limitacion de la individualidad, de modo que por aquella nocion limitariamos la divinidad renunciando á la infinidad divina.»

Volvemos á decir: la filosofía de *Fichte* es todo *moral*, y consiste en el deber y poder categórico del *Yo*, cuya cuna es el mundo trascendental y cuyo reflejo es el mundo sensual, consiste en la creencia de la omnipotencia del bien y en la única oracion para que llegue aquel reino divino. Citamos todavía una frase de nuestro filósofo: «Vanini sacó de la hoguera, en que debia ser quemado cual ateo, una caña de trigo, diciendo: si fuese yo tan infeliz que dudase de la existencia de Dios, esta caña me persuadiria.» Y á Dios dirigió *Fichte*, lleno de respeto

santo y profundo, la oracion siguiente: « ¡Oh, sublime voluntad, á la cual ningun hombre llama, á la cual ninguna nocion encierra, puedo atreverme á alzar mi ánimo hácia tí, pues tú y yo no estamos separados! Tu voz suena en mí, la mia suena en tí, y todos mis pensamientos, cuando son verdaderos y buenos, son pensados en tí.»

En vez de *ateo*, dice *Fichte*, se me podria llamar *acosmista* (1), pues niego un mundo sensual existente por sí mismo. Pero aunque *Fichte* no es ateo, negó por aquellas palabras un mundo creado por Dios, manchado con el pecado y redimido por Jesucristo. Si *Fichte* erraba, erraba por el respeto profundo que profesó á la grandeza de Dios, y bien dice un distinguido catedrático de la Universidad de Jena, el Sr. Hase: «Pedro negó al Señor, *Fichte* negó sólo al mundo.»

Fichte nos parece sublime recordándonos la figura venerable de *Galileo*, á quien el fallo rudo de los jueces condenó á *honrosa penitencia*.

«Crece la horrible saña; pero el sabio
Faltar á su conciencia no podia,
Y su mirada desmintiendo al labio,
Repitió que la tierra se movia» (2).

---

(1) *Acosmista* quiere decir el que niega la existencia de un mundo sensual.

(2) Ventura Ruiz Aguilera.

El duque *Cárlos Augusto* no se parecia á los verdugos de Galileo, sino que queria á la par respetar la libertad de la ciencia y apaciguar la Sajonia; pero el orgullo impetuoso de *Fichte* que amenazaba con la declaracion de su dimision ántes de ser humillado por una censura, obligó al Duque á destituirle, áun cuando *Fichte* declaró que hubiera aceptado una reprimenda que dejára intacta la libertad de la ciencia. Así la Universidad de Jena perdió á su más preclaro catedrático, no sin que él tuviese una parte de la culpa. El senado de la Universidad le dejó partir; sus colegas murmuraron en secreto, pues creian violado el principio de la libertad del espíritu; pero sólo la entusiasta juventud hablaba y se honró á sí misma, rogando al Duque no les quitase su querido maestro. Todo fué en vano.

Desde la hora de la dimision, Jena parecia un infierno al que fué el celestial encanto de la austera filosofía. Pero cuando Sajonia invitó á los gobiernos de la Alemania del Norte á tomar parte en los procedimientos contra *Fichte*, el rey de Prusia, Federico Guillermo III, dijo: «Si *Fichte* está en pié de guerra con el buen Dios, á mí no me toca arreglar eso; el buen Dios se entenderá con él.» Y *Fichte* halló una segunda patria en Prusia.

En Berlin reformó su sistema filosófico, despues de haber bebido áun más en la fuente de la *religion*,

á la cual le habia conducido aquella catástrofe de su vida, el infortunio; aunque no negarémos que tambien el centro de su doctrina primitiva era la fe. El *Fichte* de ahora se entregó á los *místicos* de la Edad Media, para los cuales el *Yo* no es otra cosa que un vaso para la vida divina, y para los cuales el mundo se desvanece como una ilusion y se disipa como la estrofa de una poesía, pues ellos tienen su goce solamente en la vida en Dios. Aquella mística la encontramos ya en el profundo Angelo Silesio. La misma energía de la persuasion, la misma inflexible consecuencia que ántes le distinguia la demostró tambien ahora, y su nueva conviccion religiosa se levantó hasta la poesía, segun prueban sus renombrados sonetos filosóficos.

Los primeros hombres políticos fueron en Berlin sus discípulos; pero ¿quién lo creeria? la Academia de Ciencias de Berlin no le consideró digno de ser admitido en su seno.

En 1806 estalló la guerra de Prusia contra Napoleon; el entusiasmo era general, y el patriótico *Fichte* sintió vivir en una época que habia separado la vocacion del sabio y la del guerrero, no concediéndole lo que habia concedido á un *Esquilo* y á un *Cervántes*, que confirmaban sus palabras con sus hazañas varoniles. Aquellos tiempos, tan grandes y tan bellos, *Fichte* quisiera restablecerlos, ó al

ménos quisiera acompañar al ejército, hablando con la voz del trueno y con el ardor de la espada; pero su generosa oferta no fué aceptada en 1806, lo mismo que en 1813.

Los franceses vencieron en los montes de Jena, y en 1807 escribió *Fichte* á su esposa desde Copenhague: «Los caminos de Dios no eran los nuestros; yo creia que la nacion alemana debiera conservarse; pero ¡ay! ya se extinguió.» En aquellos tiempos tan tristes para Alemania, cuando falleció la reina *Luisa*, cuya muerte fué la de una santa y cuya peregrinacion por este mundo era una serie no interrumpida de virtudes, *Fichte* podia repetir con el poeta:

«Mi regocijo es llorar,
Mi reir gemir contino,
Mi placer es lamentar,
Y mi descanso pensar
Tanto mal como me vino!»

No obstante, no desesperó, sobre todo cuando, segun la palabra del rey Federico Guillermo III, «el Estado trataba de reemplazar por fuerzas espirituales lo que habia perdido en fuerzas físicas.» Lo cual se realizó por la fundacion de la Universidad de Berlin.

¡Cosa rara! Tres hombres, que apénas se conocian, hallaron, el uno independiente del otro, el

mismo remedio para salvar á Alemania. Estos hombres eran *Stein*, *Scharnhorst* y *Fichte*, y su remedio consistia en la renovacion de la fuerza popular por abajo. Segun aquel principio, *Stein* queria reformar la Constitucion del Estado, *Scharnhorst* el ejército, y *Fichte* la educacion.

A este fin pronunció, durante el invierno de 1807 á 1808, en el aula de la Academia de Berlin, sus célebres *Discursos á los alemanes*; á riesgo de su vida, tronaba el héroe del espíritu contra el héroe de las bayonetas y de los cañones, miéntras los tambores franceses sonaban por la calle, y miéntras un mariscal frances era gobernador de la capital. Nada podria compararse á aquellos patrióticos discursos sino los que *Demóstenes* pronunció contra Felipe de Macedonia.

¡Oh ceguedad humana! La reimpresion de aquellos discursos, que siempre han de ser el más rico manantial de amor patrio, fué prohibida en Berlin en 1824, diez años despues de la muerte de su patriótico autor.

Cuando pronunció aquellos incomparables discursos, *Fichte* se inspiró en el estilo grandioso y sencillo de Tácito.

Réstame decir que nuestro patriótico filósofo era el segundo rector de la Universidad de Berlin; pero pronto se vió obligado á presentar su dimision. Pasó

los últimos años de su vida pensando siempre en la Germania, en el triunfo de la Prusia, en la victoria de la libertad. Nada más curioso que aquel trozo de su diario, aquel monólogo digno de un sabio, de un héroe, de un santo, en que, la mano puesta sobre su corazon, habla de sus deberes en la guerra de la Independencia, y concluye con la firme resolucion de entrar en la campaña cual orador y cual sacerdote, no para brillar, sino para santificar á los guerreros. Ya sabemos que su noble ofrecimiento no fué aceptado; pero la patria le ha de agradecer, si no la hazaña cumplida, la santa voluntad. El grande hombre se resignó, continuando hablando desde la cátedra ante los estudiantes, lo que se habia propuesto decir en el campo ante los guerreros. Tambien participó de los ejercicios militares del *Landsturm* (aquel cuerpo de ciudadanos que sirve á la defensa del país), por si la fortuna le concediese defender la patria con la espada en la mano. ¡ Afortunado el filósofo, que vió todavía las primeras victorias de las armas alemanas! ¡ Afortunado el sabio, cuya muerte fué la de un héroe y la de un santo!

La esposa de *Fichte* era la primera que, á impulso de éste, acudió á los hospitales de sangre, y despues de cinco meses de tan generosa actividad, cayó enferma de una fiebre nerviosa por inficion. Pero ¡ ay! miéntras ella se restablecia, la misma enfer-

medad costó la vida á su fiel esposo, inficionado por ella á consecuencia de sus cariñosos y tiernos cuidados. *Fichte* falleció el 27 de Enero de 1814. «No necesito más medicina, ya estoy convaleciente», decia poco ántes de su muerte. El mal del filósofo era la rebelion de la naturaleza física contra su espíritu; pero éste ha de triunfar.

Ante su triunfo, repetiré con un poeta:

No están las dichas en el oro pulcro
Ni en el fausto del necio que delira,
Si todo es farsa, ostentacion, mentira,
¿Dónde está la verdad? En el *sepulcro.*

Fichte no fué agraciado con ninguna cruz; pero sobre su féretro debiera colocarse una palma y una espada, pues luchó por la religion y murió por la patria.

¡Afortunado el filósofo, vuelvo á decir, afortunado por haber tenido un hijo (Manuel Herman Fichte), que escribiendo la vida de su padre, el sabio, el bueno, el virtuoso, que del lauro del martirio se ceñia la frente, le consagró un monumento que vale un puesto en la *Walhalla!*

Pero allí, en el templo sacrosanto de las glorias germánicas, le aguarda ansioso su amigo el insigne historiador *Juan de Müller;* allí le esperan con anhelo los héroes *Blücher*, *Scharnhorst*, *Gneisenau* y el gran Stein:

En tanto que en el cielo
Gozará del Señor su alma pura
Libre de afan, de celo,
De ódio, de amargura,
Y léjos de esta cárcel baja escura.

Me place llamar la atencion sobre el fenómeno interesante de que tantos de mis héroes alemanes están en alguna relacion con *España*, á saber: el rey *Luis I de Baviera*, el poeta *Arndt*, y tambien el filósofo *Fichte*, que tradujo al aleman, no sólo el primer canto de la *Divina Comedia* del Dante y un trozo de las *Luisiadas* de Camoens, sino tambien algunas poesías *españolas*.

VI.

Stein.—Scharnhorst.—Una palabra sobre el conde Guillermo de Bückeburgo, el feld-mariscal Boyen, el general Bülow, el feld-mariscal York, el general Grollmann, el jóven Friesen, el mayor Schill, el ciudadano Nettelbeck, el baron de Doernberg, el librero Palm, el ventero Andrés Hofer y el mayor Beitzke.

La *Walhalla*, el panteon de la grandeza germánica, es un Olimpo de gloriosísimos nombres, donde con igual honor alternan los sabios distinguidos, los grandes poetas, los eminentes estadistas y los ilustres héroes. En el encumbrado asiento de este Olimpo donde hemos echado de ménos al filósofo *Fichte*, el gigante del pensamiento, el místico pen-

sador, el gran moralista, cuya doctrina, producto de sus insomnios y vigilias, es su retrato moral, el trasunto exacto y fiel de su vida; en este Olimpo donde nuestras miradas buscaron en balde la imágen soberana del que tiene en su historia ya su templo augusto, la imágen del *padre Arndt*, que eternamente debe citarse como modelo de patriotas, y que veia congregados en torno de su hogar, al término de su carrera, á todos los miembros de la familia germánica; en este Olimpo donde hemos echado de ménos tambien al heroico *Koerner*, que tuvo los años, el corazon, la fantasía, el entusiasmo y el fuego de un jóven, pero lo arraigado de sus creencias, lo vigoroso de sus concepciones, lo brillante de sus pensamientos, la riqueza de sus composiciones adornadas con las galas de una versificacion fácil, armoniosa y sentida, autorizarian á cualquiera á duplicar su edad; en este Olimpo germánico que se llama *Walhalla*, encontramos por fortuna los venerandos bustos de los *Stein*, *Scharnhorst*, *Gneisenau* y *Blücher*, aquellos varones, cuya admirable vida y cuyas heroicas empresas deben considerarse como festividades de la historia, que se reproducen á largos intervalos.

Hélo aquí, el gran *Stein*, el águila germánica cruzando la azulada y ancha esfera, hijo de la roca é hijo del sol; el gran *Stein*, que ya cual jóven su-

mergia su alma en el éter de la luz, anhelando el ígneo rayo del astro del dia, el gran *Stein*, la roca más firme, la columna más fuerte, el apoyo más leal de la patria, el gran *Stein*, que estuvo inquebrantable cuando no sólo hombres de menguado espíritu, sino hasta los valientes y los reyes desmayaron, sin esperar un Oriente que alegrase su rostro y disipase sus negros presentimientos; el gran *Stein*, por el cual la Germania volvió á conquistar el prestigio de su historia, el que era sosten y guia de la nacion y piedra angular en que Dios, que elige sus instrumentos entre los buenos y valientes, manifestó su grandeza.

Cuando los alemanes volvian sus ojos á todas partes buscando el cable que les ayudase á salir del Océano rugiente que hácia el abismo los atraia, *Stein* los salvó, unido á *Arndt* por los estrechísimos lazos de una amistad que tiene su igual sólo en la de *Goethe* y *Schiller*. Si el sentimiento patrio no se extinguió en el pecho de los germanos, y si vemos escritas tantas y tantas glorias alemanas con sangre heroica en el suelo, con labradas piedras en los aires, por el sol de Leipzic, de Waterlóo, de Metz, de Sedan y de París en el azulado espacio, el mérito es de los *Stein* y de los *Scharnhorst*, que hicieron del ejército una escuela del honor, de la disciplina, de la abnegacion para todo el pueblo;

el mérito es de nuestro *Stein*, el sin par caballero que representa la verdadera nobleza, teniendo por lema el honor, por norte el deber, por divisa la verdad y el derecho, por bandera la patria y la libertad.

Stein significa *piedra*, y los contemporáneos agradecidos le llamaban *piedra fundamental del bien, piedra angular del mal, piedra preciosísima de los alemanes.* Fundado en el espíritu de equella «piedra», el Estado ha de estar firme cual granito. Como Sierra Nevada coronada de robles domina con su augusta frente á los vecinos montes, así sobresale la gigantesca figura de *Stein* entre los héroes de Alemania.

Prole de una clara estirpe, ostentando en su noble escudo el blason de los caballeros del imperio germánico, *Enrique Federico Cárlos, baron de Stein,* nació á 25 de Octubre de 1757 en Nassau, sobre el Lahn. Despues de haber estudiado la jurisprudencia en Goettinga, conoció el *Reichskammergericht* (el tribunal del imperio germánico) en Wetzlar, el *Reichstag* en Ratisbona, y el *Reichshofrath* en Viena; pero aquello no bastaba para el jóven *Stein*, cuya alma estaba sedienta de hazañas, y viendo en Berlin á la estrella del gran Federico, entró al servicio del rey de Prusia.

En 1804 fué ministro prusiano; pero es ley de

la historia, es triste y constante proceso de la humanidad, que el genio que debia legar á la patria un blason de eterna gloria, sea ora desconocido, ora oprimido. Así tambien el gran *Stein*, ministro sin mancha alguna, fué ofendido por su soberano, el rey Federico Guillermo III, como si fuese un rebelde, de suerte que pidió su dimision. En el retiro de Nassau pensaba el aristócrata generoso ya en Junio de 1807 en la resurreccion de Alemania, inspirándose en la idea de que la independencia podria ser conquistada sólo por un pueblo libre, por un pueblo que tome parte en la administracion, en las cosas así nacionales como comunales. *Stein* queria libertar al pueblo, otorgándole por las leyes, por el mismo Estado, una actividad política, dándole una libertad que no significase el baluarte del egoismo, sino trabajo comun, deber político, faena patriótica; *Stein* queria hacer del Estado un pedazo del pueblo, una escuela para el carácter, dirigiendo todos los espíritus hácia una actividad patriótica. *Stein*, á la vez el más fiel hijo de la Iglesia protestante y el amigo más leal de la Iglesia católica, queria que el Estado cultivase todas las fuerzas espirituales, cultivase la religion, cultivase la instruccion pública.

Grande como la ofensa era tambien la reparacion de *Stein*, y con patriótica abnegacion olvidó el agra-

vio en el momento de la desgracia comun, en los lúgubres dias de la paz de Tilsit, que quitó al rey de Prusia la mitad de su Estado. Aunque se hallaba enfermo, siguió la vocacion de su rey, y casi un año, desde Setiembre de 1807 hasta Noviembre de 1808, pudo dedicarse á la realizacion de sus ideas regeneradoras. ¡Cosa extraña! El mismo *Napoleon* habia recomendado á *Stein*, para ministro, al rey de Prusia.

Por todo el reino derramó sus rayos el incomparable sol de *Stein*, despertando al espíritu comun, y pronto alzáronse sus creaciones inmortales como faros del bien, como antorchas de la edad futura. Pero en medio de sus patrióticos proyectos y de sus grandiosas empresas que preparaban el porvenir de Alemania, le hirió el rayo del ódio napoleónico: el tirano, el que representaba para los alemanes todo lo malo, todo lo perverso, todo lo cruel; el que fué llamado por el patriótico Jahn, el padre de la gimnástica alemana, no más que «El»; Bonaparte, viendo por fin que el gran ministro le sería funesto, declaró á Stein enemigo de Francia, diciendo en el famoso decreto dado en Madrid el 16 de Diciembre de 1808: «*Dicho Stein* (le nommé Stein) debe ser arrestado donde le sorprendan nuestros ejércitos ó los de nuestros aliados.»

Pero en vano el ódio anhelaba detener su raudo

vuelo. ¿Qué importaba al sol que pudiesen un momento eclipsarlo maléficos vapores, si tornaba á mostrar su vivo resplandor?

Prusia no podia defender á su gran ministro: *Stein* tenía que huir; y encontró un asilo en Bohemia, hasta que en 1812 el emperador Alejandro le llamó á San Petersburgo. Sin tener empleo alguno, el libre, valiente y atrevido abogado de Alemania ocupaba allí, sólo por la mágica fuerza de su personalidad, un lugar como ningun hombre privado ántes de él ni despues de él habian ocupado. Con severo buril ha trazado la historia entusiasmada lo que en Rusia hacía el genio ardiente de *Stein* en union del fiel *Arndt*, trabajando contra Napoleon, trabajando áun léjos de la patria, en beneficio de ella, y atizando el fuego en Alemania, hasta que despues del incendio de Moskow partieron para Koenigsberg, cuidando de que los rusos no inundasen á Germania como opresores, sino como libertadores.

La verdad, decia yo, era la divisa de *Stein*. Lo demuestra tambien el rasgo siguiente. Cuando una emperatriz, la madre de Alejandro, que nació princesa de Wurtemberg, decia en presencia del eminente repúblico, despues de la batalla de Borodino: « Si un solo soldado frances escapase pasando nuestras fronteras, me avergonzaria de ser alema-

na»; *Stein*, ardiendo en cólera, el rubor en las mejillas, exclamó: «Hace muy mal V. M. en hablar así de un pueblo grande, leal y valiente, al cual tiene V. M. la fortuna de pertenecer. No debiera decir V. M.: «Me avergüenzo del pueblo aleman», sino «Me avergüenzo de mis hermanos y primos, los príncipes alemanes. Pues si los príncipes alemanes hubieran cumplido con su deber, jamas un frances hubiese pasado el Elba, el Oder ó el Vístula.» A que contestó la Emperatriz avergonzada: «Doy á V. las gracias por su leccion, señor Baron.»

Participando de la entrada triunfal en París, *Stein* devolvió á la frente de Napoleon la proscripcion que éste habia lanzado contra él, y despues de la guerra de la Independencia mostró en la política interior el camino á la edad futura. *La reforma de Alemania bajo la direccion de la Prusia;* hé aquí lo que el patricio insigne anhelaba esparciendo en nosotros la inspiracion que le sobraba, y hé aquí lo que se cumplia en nuestros dias. Por eso el pueblo le ofreció la mágica aureola, honrando la memoria de sus hazañas como espejo de la dignidad varonil, como manantial del amor patrio, como escudo contra el egoismo y la holganza; por eso se enorgulleció de *Stein* el pueblo germánico, ya ántes de que el Emperador de Alemania rindiese tributo á su imágen soberana.

Solitaria era la última etapa de su vida. Dió su alma al Señor el 29 de Junio de 1831, último caballero de una raza esclarecida que habia florecido en el valle del Lahn más de siete siglos. Cuando el postrer dia de su vida el cura le dirigió la palabra llamándole «excelentísimo señor», el moribundo se incorporó en su lecho exclamando: «No diga V. excelentísimo señor; aquí está un pobre pecador que quiere confesar sus pecados al Redentor.» Dando pruebas de humildad en la grandeza, el baron de *Stein* legó un ejemplo de cómo debe prepararse para comparecer ante la divina presencia un caballero cristiano; y si debiese compararle con otro, le compararia con un antiguo general del ejército español, el Sr. Calonge, que al acercarse á las puertas de la eternidad recibió la sagrada forma con la entereza, serenidad y compuncion de un gran soldado, miéntras su casa se habia convertido en una ascua de oro, miéntras la familia y los amigos íntimos, vestidos de etiqueta; los hijos, con la pena retratada en su semblante y las lágrimas brotando de los ojos, pero de riguroso uniforme; los criados de negro, todo anunciaba que se recibia, no ya la visita de un monarca de la tierra, sino la del Rey de los cielos.

Con el reformador ilustre que se hundió en los misterios de la vida ultra-mundana, se extinguió el nombre de los *Stein*, pero jamas se extinguirá

en el pueblo aleman la llama de su espíritu, ni podrá el tiempo con mano fiera borrar el glorioso nombre del *baron de Stein*, que ha de brillar miéntras el mundo exista. Descansa en el mausoleo de su familia en el pueblecillo de Frücht, cerca de Ems, pero desde el 9 de Julio de 1872, el finado insigne tiene la guardia del Lahn, la guardia de los escombros de su castillo secular, ocupando su monumento el terrazo de una colina vecina de Nassau, en que le miramos firme cual peñon en medio de las borrascas, desafiando al gigante del siglo, no curando de la opresion ni de la debilidad de los que queria salvar, sino resistiendo con pertinacia invencible y lanzándose con ímpetu irresistible, con fuerza incontrastable contra cada enemigo de la patria, del derecho y de la verdad. En su derecha tiene un documento llevando la fecha memorable del 11 de Junio de 1807, en que escribió su Memoria sobre la reorganizacion del Estado prusiano. Su izquierda hace un movimiento enérgico, como si quisiera trazarnos un nuevo horizonte. En el campo occidental de la basa del monumento léense las palabras: «Dedicado por el pueblo aleman», y en el campo meridional se encuentra la inscripcion: «Concluido en el año de la resurreccion del imperio germánico.» Aquella estatua, alzada al gran ministro de Prusia, cuyo renombre se grabó en la concien-

cia de Europa, se descubrió en presencia del Emperador, de la Emperatriz de Alemania, del Príncipe de la corona del imperio germánico, del presidente del Reichstag aleman y de un biznieto de *Stein.* ¡ Qué corazon aleman no late, qué pecho no respira henchido de placer al contemplar aquella imágen ! Veo animarse la estatua helada ; veo que se abren los labios del gran patriota y que dicen : « ¡ Prez, honor y gloria, no á mí, sino á la patria, al gran imperio aleman ! »

Con la grandeza del imperio aleman está enlazado tambien el glorioso nombre de *Scharnhorst*, el cual, si era hijo de un humilde labrador, tenía la aristocracia del mérito, siendo compañero, socio y hermano del *Baron de Stein.* Ya en 1813 decia *Arndt* en los versos más sonoros de su patriótica musa: «¿ A quién se debe la palma ? Sólo á aquél que creaba tranquilo, á aquel que sin vacilar iba continuando el paso firme de héroe, á aquél que creaba en secreto caballos y caballeros , guerra y armas. La palma se debe al noble *Scharnhorst*, *el armero de la libertad alemana.* Cánticos de alegría, cánticos de júbilo, cánticos de gloria, himnos de libertad, himnos claros como el sonido de los órganos, se deben á *Scharnhorst*, el hijo valiente de Alemania, que no desesperaba nunca de la patria, aunque el mundo estuviese lleno de diablos.»

Y todavía el mismo año se debieron á *Scharnhorst* las más sentidas endechas; al venerando *Scharnhorst* ofreció *Arndt* una lágrima y un recuerdo, llamándole el mensajero de honor que los dioses eligieron para que dijese en el reino de las sombras: «Se alzaron los hijos de Teut, se levantaron los hijos de Alemania.» ¿Quién era digno de estrechar la mano de Arminio y de mirar el rostro de los gloriosos abuelos? Ninguna de aquellas almas tan pálidas que tiemblan ante cada aquilon, aniquiladas por el miedo. Sólo un héroe debe ser mensajero para los héroes, sólo el mejor hijo de Germania debe anunciarles que ya llegó el dia de la venganza. Por eso *Scharnhorst* debia bajar al sepulcro; *Scharnhorst*, espejo de eminentísimos varones; *Scharnhorst*, cuyo túmulo se alza como símbolo sagrado, como prenda segura de que la ignominia habia de abandonar al país de las encinas verdes, á la santa tierra germánica. ¡Oh qué magnífico reverdece el túmulo de *Scharnhorst*, en torno del cual eternamente bate la gloria sus alas de oro! Aquí dirigen sus pasos los patriotas, conjurando contra la mentira, conspirando contra la traicion. Aquí, cuando tibio el crepúsculo, hora de misterio impenetrable, nace de la luz y la sombra, arma el padre á su hijo, aquí le manda que jure guardar la fidelidad á la patria hasta la muerte.

Pero ¿dónde está la cuna del que por su vida y por su muerte inoculó el gérmen bendecido en el pueblo aleman? El pueblecito de Bordenau, situado en Hannover, distante una legua de la estacion de Wunstorf en la orilla derecha del Leine, se precia de haber mecido la cuna de *Scharnhorst*, que nació el 12 de Noviembre de 1756, hijo de un aldeano. Pero la cuna espiritual de *Scharnhorst* fué el Wilhelmsstein, á la par escuela de guerra y fortaleza, fundada en 1765 por el *conde Guillermo de Bückeburgo* en la isla artificial de un lago llamado «mar de Steinhude» y situado en la frontera de Hannover. En dos horas se llega de Bordenau al Wilhelmsstein, en que *Scharnhorst* entró alumno en 1773. El Wilhelmsstein era el modelo de una escuela militar, y *Scharnhorst*, que abandonó á aquella Academia en 1778, despues de la muerte de su bienhechor, el conde Guillermo Bückeburgo, reconocia que jamas recordaba, sin un sentimiento de entusiasmo, las sábias disposiciones del fundador de Wilhelmsstein. En efecto, el conde Guillermo, cuya vida escribió el ilustre Varnhagen de Ense, era una figura peregrina entre los pequeños príncipes del siglo XVIII. Instruido para el servicio militar en Holanda, en el imperio germánico, en Inglaterra y en Portugal, cubierto de gloria por los triunfos que alcanzaba en la guerra de siete años y en Portugal,

trató no sólo de publicar sus opiniones acerca de la guerra, sino tambien de introducirlas en el pequeño territorio que le pertenecia. Las instituciones del conde Guillermo, que se proponia emplear la ciencia de la guerra para impedir la guerra, ó al ménos para disminuir sus males, se hicieron el tipo de las que se introducian en Prusia por *Scharnhorst*. El mismo *Gneisenau*, el digno sucesor de *Scharnhorst*, reconoce que la landwehr y el landsturm (1) prusiano, en fin, todo el armamento popular de 1813, era una imitacion exaltada de proporciones gigantescas de lo que en dimensiones pequeñas ya habia sabido é introducido el conde Guillermo. Réstame dar unas breves noticias sobre la vida de *Scharnhorst*.

Gerardo David de Scharnhorst era en 1782 maestro en la escuela de artillería de Hannover, alcanzando justa celebridad por sus escritos militares, y despues de entrar en 1801 al servicio de Prusia, ejercia como director de la Academia la mayor influencia sobre el ánimo de sus alumnos. Despues de la paz de Tilsit fué director de la comision que se ocupaba en la reorganizacion militar, é introdujo en el ejército prusiano su célebre sistema, que consis-

---

(1) *Landsturm* significa el llamamiento de todos los hombres capaces de manejar las armas para defender la madre patria contra una invasion del extranjero.

tia en crear una reserva en el pueblo por medio de la constante instruccion de reclutas y el licenciamiento condicional de los instruidos, que esperan en sus hogares el llamamiento de la patria. Napoleon, que habia conocido el genio de *Stein*, tan peligroso para él, adivinó tambien en *Scharnhorst* su gran adversario, pero era ya tarde. El sistema de *Scharnhorst*, interrumpido en 1810, revivió en 1813, pero el ilustre creador del ejército prusiano, el jefe del Estado mayor, el gran *Scharnhorst*, vió terminada su carrera en 1813 ya con la primera batalla, la de Grossgoerschen, recibiendo una herida mortal. Falleció en Praga el 28 de Junio de 1813.

Eternamente tributará Alemania acatamiento y culto á los héroes de aquel tiempo, en que hasta una jóven que no tenía más tesoro que su preciado cabello se lo hizo cortar, y tan grande fué el resultado de su patriótico sacrificio, que el precio de los anillos hechos de aquellos cabellos subió á cien thalers. El pueblo prusiano pagó con su sangre á la estirpe de los *Hohenzollern* todo lo bueno y todo lo grande que habia recibido de ella durante siglo y medio. El pueblo, creado por los *Hohenzollern*, salvó á su rey, cuando éste era demasiado débil para salvar la herencia de sus abuelos. Por primera vez, despues de muchos siglos, estalló en 1813, grandioso, cual fuerza de la naturaleza, el entusiasmo po-

lítico en el pueblo aleman. ¡ Qué bien adivinó el vate germánico el porvenir de su patria! ¡Qué bien pintó el inspirado Rückert á los tres camaradas, diciendo: «Tres camaradas combatieron contra el »frances; el uno un prusiano, el otro un austriaco, »el tercero hijo sólo de Alemania. Y cuando los »tres cayeron á la vez mortalmente heridos, gritó »el uno: «¡Viva la Prusia!» el otro «¡Viva el »Austria!» y el tercero muriendo tranquilo excla»mó: «¡Viva Alemania!» Lo oyeron los dos, y gri»taron tambien: «¡Viva Alemania!» Y el ángel de »la muerte, llevando una palma, vió la huella de »aquellas palabras todavía en los labios de los tres »camaradas, y batiendo sus alas en torno de ellos »los llevó al empíreo.»

¿Quién nombra todos los héroes, aquellos severos hombres de asíduo trabajo y austera virtud, que volvieron la perdida honra á la patria? Despues de *Scharnhorst*, ¿quién es el segundo? El anciano *Blücher*, que parecia el mismo Mavorte. ¿Quién es el tercero? El pensativo y discreto *Gneisenau*, el consuelo en el consejo, el rayo en la batalla alemana. ¿Quién es el cuarto? Un héroe que por su mansedumbre se parecia á un niño, *Leopoldo Herman Luis de Boyen*, el padre y protector de la landwehr, el eminente general patriota y poeta que nació en Kreuzburgo (Prusia oriental) el 18 de Julio de 1771

y murió de feld-mariscal el 15 de Febrero de 1848. La *Walhalla* no nos presenta su busto, pero *Arndt* le cantó, y la historia le llama compañero de *Scharnhorst*, el fundador de la landwehr.

¿Quién es el quinto? El distinguido general prusiano baron Federico Guillermo *Bülow*, conde de Dennewitz, el héroe más afortunado que jamas fué vencido, el glorioso vencedor de Grossbeeren, de Dennewitz y de Laon, el primero que el 19 de Octubre de 1813 asaltó las puertas de Leipzic, y el que poderosamente contribuyó á la victoria de Waterlóo. *Bülow* no amaba sólo las bélicas armonías del clarin y el rudo són de redoblado parche, sino que cultivaba con elevado talento la música sagrada, componiendo una misa y los salmos 51 y 100. Nació en Falkenberg (en la Marcha vieja) el 16 de Febrero de 1755 y murió en Koenigsberg el 25 de Febrero de 1816. El rey Federico Guillermo III le levantó en Berlin una estatua de mármol.

¿Quién es el sexto? El intrépido feld-mariscal conde *Hans David Luis York de Wartenburg*, que por su atrevida hazaña, el convenio de Tauroggen, sin ser autorizado por su soberano, el rey de Prusia, sino inspirándose sólo en la gravedad del momento, en la salud pública, en la libre resolucion que cumple á los héroes en circunstancias tan extraordinarias áun contra el espíritu de la ley y con-

tra su deber como soldado, declaraba nulo el tratado entre Prusia y Napoleon, inaugurando así la libertad de Alemania. *York*, hijo natural y despues legitimado de un teniente, nació en Potsdam el 26 de Setiembre de 1759 y murió el 4 de Octubre de 1830.

¿Quién es el sétimo? Un héroe que desde su juventud hasta la edad madura peleó contra el frances en cualquiera parte del mundo, donde resonaban tambor y clarin. *Grollmann* se llama aquel príncipe de la guerra, de quien hablan el Ebro, el Tajo, el Danubio, el Rhin, el Elba y el Sena. El general *Cárlos Guillermo Jorge de Grollmann* nació en Berlin á 30 de Julio de 1777. Le llamaré el héroe de dos guerras de la Independencia, pues llegando á Cádiz en la primavera de 1810, participó en España de las campañas contra el frances, y fué más tarde uno de los generales más eminentes en la guerra de la Independencia alemana de 1813 á 1815, dirigiendo el ejército al lado de *Gneisenau.* Murió en Posen el 15 de Setiembre de 1843. Figurará siempre entre los hombres de ciencia. Si la *Walhalla* no le admitió todavía en su recinto, lleva en cambio la gloria de haber merecido los mágicos sonidos del laud privilegiado de *Arndt.*

Lo mismo diré del noble hijo de Magdeburgo, el piadoso y esforzado caballero *Friesen*, que parecia un rayo de hermosura como Garcilaso y un héroe

de la talla de Siegfried, y como éste cayó, no en la lucha caballeresca, sino que airados aldeanos franceses le mataron traidoramente en las Ardennes, en una noche oscura de invierno. A causa de la muerte del bizarro jóven se hizo pálida la flor de la belleza, las vírgenes alemanas lloraban por él como por el gran *Scharnhorst*, y *Arndt* le consagró tambien su delicada musa.

¿Y qué diré de un generoso mártir de la patria que no vió la gloriosa guerra de la Independencia de 1813, pues queria anticiparla ya en 1809, y así su vida tan brillante se hizo una tragedia conmovedora? Hablo del bizarro mayor *Fernando de Schill*, que nació en la Silesia superior en 1773. Á él, á *Gneisenau* y á *Nettelbeck* se debe la heróica defensa de la fortaleza de Kolberg en 1807. La campaña de *Schill* contra los franceses en 1809, la celebró *Arndt*. *Schill* salió de Berlin con 600 caballeros y 1.000 tiradores. No le envió ningun emperador, no le envió ningun rey; siguió sólo la vocacion de la libertad y de la patria. En Dodendorf teñia la tierra con sangre francesa, y expelió al enemigo de la fortaleza Doemitz, situada en el Elba. Despues entró en la Pomerania y enfermó en la fortaleza de Stralsund. ¡Ay! Allí se perdió el corazon más esforzado, allí fué traspasado el corazon más leal, y aquellos bárbaros, aquellos salvajes, aquellos malvados,

los franceses, insultaron aún al héroe muerto, dando sepultura al cuerpo como á un perro, despues de cortada su cabeza, que vendieron á un holandes. Así la santa cabeza de *Schill*, el blason de Alemania, llegó — ¡la pluma se resiste á escribirlo! — al museo anatómico de la universidad de Leiden (Holanda). Pero ésta la entregó en 1837 á la ciudad de Brunswik, que le dió honrosa sepultura al lado de las preciosas cenizas de algunos oficiales de su regimiento, fusilados allí, á los cuales la ciudad de Brunswik habia ya alzado un monumento insigne. «¡Oh *Schill*, oh *Schill!* ¡quiero vengarte de los franceses!» debia clamar cada caballero en la guerra de la Independencia.

La tragedia del ardiente patriota y generoso mártir prusiano *Fernando de Schill* ha entusiasmado á muchos poetas alemanes, así Rodolfo Gottschall le dedicó en 1850 un drama lleno de patético interes, y *Maximiliano de Schenkendorf*, el mismo que en 1813 cantó la muerte de *Scharnhorst*, le consagró en 1809 una sentida poesía titulada: *Una voz de arriba* ó *Una voz del cielo.* Aquel lindísimo canto le vertió al castellano mi querido amigo el inspirado bardo *D. Jaime Clark* (1), conservando el metro del

---

(1) Áun á trueque de parecer apasionado, diré que *Jaime Clark* es una verdadera esperanza para las letras. Ya le

original y reproduciendo la idea del poeta con todo el vigor y encanto que le prestan la concision y energía del idioma aleman.

---

deben las literaturas alemana y española la excelente traduccion castellana de las poesías líricas de Heine, Uhland, Rückert, Hoffmann de Fallersleben, Guillermo de Humboldt y otros poetas alemanes. Pero su obra principal, que para él no es un trabajo cualquiera, sino un verdadero culto, y que le valdrá el sobrenombre de *Schlegel español*, es su version castellana de los dramas de Shakespeare, en cuyo trabajo sigue hoy ocupado, habiendo publicado ya tres tomos de la coleccion. ¿Y quién es el que hizo un *Lázaro* de la *Julieta?* ¿Quién es el que, despues del *Marqués de Dos-Hermanas*, tomó sobre sí la tarea gigantesca de verter al idioma castellano las obras del cisne del Avon? Es un *extranjero áun jóven*, pues *Jaime Clark* nació en Nápoles el 20 de Enero de 1844 de padres ingleses. Estuvo allí los primeros años de su vida, pasando á los 17 á Alemania, donde estudió tres años en la Escuela politécnica de Dresde. En dicha ciudad conoció á algunos españoles, tambien estudiantes, y aprendió en pocos meses á hablar y áun á escribir el castellano: tal era la aficion que despertó en su ánimo la lectura de las obras de Calderon, Garcilaso, Cervántes, Tirso, Lope y otros autores del siglo de oro de la literatura castellana. No teniendo aficion alguna á la carrera de ingeniero mecánico, á que le destinaban sus padres, partió de Alemania y pasó á España, llegando á Madrid en la primavera de 1864, desde cuya fecha se ha dedicado casi exclusivamente al estudio del idioma castellano, escribiendo en periódicos y revistas. El primer trabajo del Sr. Clark, que vió la luz pública en el semanario *La Ilustracion Española y Americana* en Enero de 1865, fué un artículo de costumbres titulado: *Una Nochebuena en Alemania.* A mediados de 1865 pasó á Barcelona y logró entrar en la redaccion de uno de los principales periódicos

Hé aquí la version de mi amigo, á quien no sé si debo llamar poeta inglés-español, ó italiano-español, ó aleman-español:

SCHILL.

I.

No lloreis mi muerte, hermanos,
Que el alma vuele dejad
A la mansion donde moran
Los héroes de dicha y paz.
Por la libertad luchando
Al fin logré libertad;
Llegué al fin de mi jornada,
Hora es ya de descansar.

---

de aquella ciudad. Regresó á Madrid en 1867, ejercitándose constantemente en la poesía. Poco despues de la revolucion de 1868 publicó una coleccion de artículos políticos, titulada: *Guía del buen ciudadano.* Asuntos de familia le obligaron en 1869 á volver al lado de un tio suyo establecido en Viena, adonde llegó despues de un largo viaje de seis meses, en el cual recorrió la Andalucía y gran parte de Italia. Permaneció seis ó siete meses en Viena y Praga, volviendo luégo á Italia y fijando su residencia en Nápoles, su ciudad natal. En 1870 se trasladó á Irlanda, donde se detuvo medio año. Visitó en 1871 los campos de batalla de Saarbruck, Metz y Strasburgo, y al llegar á Madrid el mismo dia en que falleció el general Prim, dos ántes de la entrada de D. Amadeo I, publicó en la *Revista de España* una reseña de su viaje por el teatro de la guerra en Lorena y Alsacia. El Sr. Clark, para el cual la poesía es el único objeto de sus esfuerzos y aspiraciones, ha escrito tambien composiciones poéticas en castellano, que en breve saldrán á luz.

II.

La lealtad del hombre honrado,
Prenda de remota edad,
Nunca troqué por lo nuevo,
Por ley extraña jamas.
Pero el vil que nos amaga
Ha roto la valla ya,
Y el siglo, con voz de trueno,
Lanza al viento grito audaz;

III.

Y en las almas, donde mora
La justicia, zumba ya:
Sólo el varonil arrojo
Esta edad podrá salvar.
¡Por tanto, fomenta el ódio,
Lucha con brío, aleman!
Como al morir aquel héroe
Di: «¡Paso á la libertad!»

IV.

Yo tambien caí gozoso,
Feliz mirando su faz;
Voces oí de las torres,
Vi en alto la luz brillar.
Dia del pueblo, que arriba
Festejaré, rayarás;
Y me dirá mi rey mismo:
«¡Alma fiel, descansa en paz!»

Una palabra todavía sobre *Schill.* Cuando éste el 28 de Abril de 1809 abandonó á Berlin con sus escuadrones para emprender aquella expedicion atrevida que debia terminar con su muerte, entusiasmó

á sus oficiales con el recuerdo de los *españoles* que conquistaron su libertad, y con el nombre de la reina *Luisa*, y hablando de ella mostró á sus compañeros una cartera que le habia regalado la Reina, y que contenia la dedicatoria: «Al bravo señor de *Schill.*» Fernando de Schill era de una naturaleza vehemente, pero simpática; carecia de ilustracion, pero su mente no era vulgar y tenía un gran corazon.

Siempre le quedará la gloria de que su expedicion, aunque desventurada, era el relámpago que anunciaba ya la tempestad, que se cernia pocos años despues sobre la cabeza de Napoleon para hundirle en el polvo.

Joaquin Nettelbeck, compañero de *Schill* en la defensa de Kolberg, es el modelo del heróico ciudadano aleman. Hijo de un cervecero, nació en Kolberg el 20 de Setiembre de 1738, y despues de haber navegado por todos los mares del mundo desde 1753 á 1782, fijó su residencia en Kolberg. Pero en aquel puerto vió vendavales más violentos que todas las iras del piélago profundo, que todos los furores de los revueltos mares. Pues siendo anciano tenía que defender su país natal contra el ímpetu de los franceses en 1807, dando prueba del patriotismo más puro, como ayudante civil del comandante *Gneisenau*, y distinguiéndose como piloto de puer-

to en las empresas más peligrosas. El Rey le permitió llevar el uniforme de almirante prusiano, y le concedió en 1817 una pension anual de 200 thalers. Murió en su pueblo natal el 19 de Junio de 1824, legando un tesoro sin ejemplo, un espejo para la juventud alemana; su biografía escrita por él mismo con su pluma de oro subleva el entusiasmo de una generacion. ¿Hay escena más tierna, más delicada, más conmovedora que la en que vemos al anciano *Nettelbeck*, al benemérito ciudadano, ante los reyes Federico Guillermo III y Luisa, cuando éstos el 21 de Diciembre de 1809 pasaron por Stargard (Pomerania)? Los reyes le habian reconocido ya por su uniforme, y le invitaron á comer. Despues de la comida estuvo sin testigo alguno ante ellos. Ya habia trascurrido media hora, cuando de repente se apoderó de *Nettelbeck* un sentimiento de inefable dolor. Pero cedamos la palabra á él mismo: «¡Dios mio, pensaba yo, qué infeliz es mi rey! É involuntariamente levantáronse mis miradas y mis manos hácia el cielo. Mi aliento cesaba. Entónces el Rey ponia su mano sobre mis hombros, preguntándome con bondad infinita: «¿Tiene V. todavía algo que pese so»bre su corazon?» Y mis pensamientos prorumpieron en las palabras: «¡Ah, viendo así ante mí á V. M. »y á mi bondadosa reina, y pensando en la honda »pena que tienen que sufrir todavía, me parece que

»mi corazon debiera romperse! ¡Dios conserve á »vuestras majestades otorgándoles fuerza.» Á estas palabras el Rey inclinó su cabeza sobre el pecho, y las lágrimas brotaron de sus ojos; la Reina le acarició las mejillas, llorando tambien. Este espectáculo conmovedor hizo correr abundantes lagrimas á mis cansados ojos, y mi corazon se ensanchó siempre más, y decia yo á aquella gran mujer: «¡Oh, Dios »conserve tambien á V. M., mi bondadosa reina, »para ser el ángel de consuelo de mi rey, pues sin »V. M. se hubiera perdido ya en su desgracia.» Así estábamos todavía algunos instantes en entrañable coloquio, sin que nuestros ojos se enjugasen. Despues de haber recobrado mi espíritu, dí gracias á los reyes por tanta merced, y el Rey concluyó diciéndome: «Vele V. en su buen pueblo por la mo»ral y el órden.»

Y por Dios, por ella veló hasta el último suspiro el bueno é inolvidable *Nettelbeck*, con el cual, al par que una individualidad notabilísima, desaparecia una fuerza social.

Entre los héroes brilla tambien uno, en cuyas venas circuló la sangre de los bravos Katten, el baron *Fernando Guillermo Gaspar de Doernberg*, que lo mismo que *Schill* queria ya en 1809 sacudir el yugo frances. Se proponia sorprender al rey de Westfalia, Jerónimo, pero un traidor le delató al

Rey, y *Doernberg* se vió precisado á huir. En la guerra de 1813 le encontramos de nuevo, cabalgando en un bridon sin igual en el correr, empuñando su centelleante espada, y teniendo á Dios por protector. *Arndt* cantó en 1813 la patriótica empresa de este noble caballero, que en 1850, en Kassel, bajó á la tumba á la edad de 82 años.

Entre los mártires de la patria hállanse todavía dos, que vivirán siempre en la memoria de los alemanes. El uno es el malogrado librero de Nuremberg, *Juan Felipe Palm*, que fué fusilado por los franceses por haber remitido á otro librero en Augsburgo un patriótico folleto titulado *Germania en su más honda humillacion*. De las cenizas de *Palm* salió el fuego del más ardiente patriotismo. El otro mártir fué *Andrés Hofer*, el esforzado hijo del Tirol, la tierra clásica de la fe y de la lealtad, el glorioso ventero de Passaier, que fué fusilado en Mantua, á 20 de Febrero de 1810, por haber guardado la fidelidad al imperio austriaco. Goza de merecida inmortalidad en los cantares populares de Alemania, en el canto tan sentido y sencillo de Julio Mosen y en el canto de Rückert, como el héroe que con la lealtad más acrisolada ocupaba hasta la muerte su puesto de comandante del Tirol.

Lloramos por la muerte del fiel *Andres Hofer*, como el noble fundador de la *Walhalla*, el rey *Luis I*

de Baviera, miéntras llamamos afortunado á un jóven, que viendo regresar á sus hogares los victoriosos héroes de 1814, lloraba por no haber participado de la guerra de la Independencia. Pero la fortuna sonrió á este jóven—se llamaba *Enrique Beitzke*, y contaba entónces 17 años;—la guerra estalló de nuevo en 1815, y Enrique entró de voluntario en la campaña, y demostrando siempre valor é inteligencia, ascendió á alférez. No pudiendo obtener el empleo de teniente, porque le faltaba la instruccion necesaria, estudiaba tanto, que fué el primer oficial que salió airoso del nuevo exámen. Y subió á tanta altura, que fué nombrado doctor *honoris causa* por la universidad de Jena. Dió pruebas repetidas de su patriotismo, de su amor á la libertad, así como de su ilustracion y facilidad de palabra en el Parlamento prusiano. Amigos y adversarios harán siempre justicia al esforzado campeon, que sentó plaza de soldado, y brilló en el partido democrático, al benemérito historiador de la guerra de la Independencia, el mayor *Beitzke*, que con la espada y la pluma contribuyó á la grandeza de Alemania. Tales son los laureles postreros que cubrirán la losa de su sepulcro. La parca ha cortado el hilo de sus dias en el año de 1867.

¡Dios mio! ¡Qué de héroes ha producido mi patria, la tierra de los buenos y de los bravos, el

campo fructífero de todo género de aristocracias! No fué disminuyendo en Alemania el capital copioso de inteligencia, de energía, de autoridad moral y de jerarquía.

Cuando *Scharnhorst*, el alma de la guerra de 1813, se hundió en el sepulcro, le sustituyó *Gneisenau*. Cayó á tierra un gigante, y otro coloso cubrió el vacío.

Cuando se hable de *Scharnhorst* se habla tambien de *Gneisenau*, el socio ilustre de la *Walhalla*, y al hablar de *Gneisenau* se habla de Blücher, el héroe de los héroes, el «mariscal Adelante.»

Dedicaré, pues, el próximo artículo á *Gneisenau* y á *Blücher*, contentándome por hoy con recordar al lector que el dia en que escribo estas líneas, el 10 *de Noviembre*, es el cumpleaños del patriótico *Schiller*, que decia: «Estrecha á la patria, como á tu querida, y ámala con todo tu corazon.»

VII.

Los feld-mariscales prusianos Conde de Gneisenau y Blücher, príncipe de Wahlstadt.—Una palabra sobre Cárlos de Austria, Schwarzenberg, Barclay de Tolli y Diebitsch.—El maestro de escuela Juan Enrique Pestalozzi.

Entre los hombres cuya existencia fué fructífera para su país, entre los que con la sangre de sus ve-

nas amasaron la libertad de Alemania, entre los que rompieron el ominoso yugo del Corso y con justicia merecieron el aura popular y el bien de la patria, figuran en primera línea dos varones fuertes, dos caudillos, dos héroes, orgullo de la historia germánica y socios de la *Walhalla*, *Gneisenau* y *Blücher*.

Ellos desplegaron sus alas, y

«El genio nacional, ántes dormido
En la profunda noche del olvido,
Llenó los aires con su voz sonora,
Como el alegre pájaro en el nido
Cuando le llama la naciente aurora» (1).

El que entre los héroes ocupará siempre un puesto privilegiado, el *feld-mariscal Augusto, conde Neithardt de Gneisenau*, vió la luz primera el 27 de Octubre de 1760 en el humilde pueblo de Schilda, provincia de Sajonia, perteneciente á Prusia, de padres tan modestos por su posicion como por su fortuna.

Reclutador austriaco y ausente del hogar despues de la temprana muerte de su mujer, el padre no curaba del hijo, que cuando niño guardaba los gansos como *Fichte*, y en piernas iba á la escuela, hasta que á los nueve años de su edad su abuelo materno le

(1) D. Gaspar Nuñez de Arce.

acogió en Würzburgo dándole una buena educacion. Visitó la universidad de Erfurt, pero su vocacion le impelió á hacerse soldado. No hay carrera más limpia ni más exenta de todo género de lunares que la suya.

En busca de la libertad, viajaba por lejanas tierras y turbulentas olas, pasaba el Océano partiendo para la América, donde conocia las preferencias de un ejército popular, y enriquecia su espíritu con ideas fecundas, que despues realizó en su patria. A su vuelta ingresó de capitan en el ejército de Federico el Grande. Adivinando el talento del impetuoso y valiente capitan, *Scharnhorst* le nombró comandante de Kolberg en Abril de 1807, y la heróica defensa de aquella fortaleza le alcanzó una gloria legítima, pues ella era un bálsamo á nuestras heridas, un consuelo en la desgracia universal, un rayo de luz en la noche oscura de nuestros infortunios, cuando ni teniamos esperanza, ni fe, ni patria apénas. *Arndt*, que publicó apuntes biográficos de *Gneisenau* en 1843, celebró tambien en sonoros ritmos la defensa de Kolberg, la que llama «la danza de *Gneisenau* en el llano verde de Kolberg.»

Como los otros reorganizadores del ejército prusiano y los restauradores de la patria, se hizo tambien *Gneisenau* sospechoso á los franceses, y debió pedir su dimision en 1809. Abandonó á Prusia,

porque Napoleon lo queria, y regresó en 1813, dedicándose á su amado país con todas las fuerzas de su alma, con su centelleante tizona, con su valiente espíritu, con su inspirada palabra, con su docta pluma. ¡ Hurra ! Repetíase mil veces aquel baile tan alegre de Kolberg con los franceses, y el animoso *Gneisenau* era el bailarin.

¡ Qué tiempo tan grande ! ¡ Qué fortuna participar de los raptos de férvido entusiasmo que henchian el corazon de los buenos hijos de esta tierra ante las águilas del primer Bonaparte ! La Prusia oriental era la cuna de la independencia alemana : allí, en Koenigsberg, se inspiró *Arndt* para su canto incomparable *¿ Cuál es la patria del aleman?* *Koerner* entonó robustos y valientes cantos ; robustos como el sentimiento patriótico que los inspiraba ; valientes como el corazon de donde partian ; *Koerner*, el Tirteo aleman, en cuyos cantares sublimes late el alma generosa de Germania ; *Koerner*, el niño mimado de Talía ; *Koerner*, el jóven que

«Cerró, cual varon fuerte,
Gloriosa vida con heróica muerte.»

¿ Con quién podria compararle sino con *D. Manuel Breton de los Herreros*, el ilustre anciano que acaba de bajar á la tumba, el sucesor de Moratin, el gran maestro que logró inspirar simpatías en las creacio-

nes de su juguetona musa, el célebre autor de *Marcela*, de *Muérete y verás*, de *El qué dirán y el qué se me da á mí*, y de tantas otras obras dramáticas de indisputable mérito; el que en sus mocedades, cuando empuñando el fusil de voluntario asistia como actor y como testigo presencial á los hechos más gloriosos de su patria, cantó himnos bélicos, como el Duque de Rivas, cuya espada brillaba en los campos de batalla, miéntras de su espíritu fecundo brotaba la cólera inspirada del poeta despertando de su letargo á la nacion de Lepanto y de Pavía?

El espíritu religioso que reinaba en aquella viril generacion de Alemania, cuando marcó en nuestro país su iracunda huella el rayo de la guerra y del destino, no podria expresarlo mejor que con los versos siguientes de *Schenkendorf*, traducidos al castellano por mi amigo *D. Mariano Carreras y Gonzalez*:

CANTO BÉLICO DE LOS ALEMANES.

I.

¡Sús!.... ¡Sacudid el sueño perezoso:
Alzad del suelo ya!
Los corceles nos dan con sus relinchos
Saludo matinal.
Brillan las armas á la luz del alba
Con vívido fulgor,
Y sólo sueñan en vencer los bravos
O morir con honor.

II.

¡ Oh, Dios ! Desde tu solio diamantino
Míranos con piedad ;
Tú mismo has consagrado nuestras huestes
A la lucha marcial.
Deja que de laureles coronados
Lleguemos hasta tí ;
La bandera de Cristo nos cobija ,
Tuya es, Señor, la lid.

III.

Pronto del tiempo en el revuelto giro
Un dia hemos de ver,
Que los buenos anhelan y los ángeles
Nos anuncian tambien.
El sol entonce alumbrará sin nubes
Sobre el pueblo aleman.....
¡ Oh , vén , despunta ya , dia bendito,
Dia de libertad !

IV.

Se agitarán de júbilo las torres
Y los pechos de amor ;
Sucederá la calma á la tormenta
Y la dicha al dolor ;
De la victoria el cántico sublime
Resonará do quier,
Y dirán con orgullo los aceros :
« ¡ Nuestra la gloria fué ! »

Gneisenau y *Blücher* son los héroes de aquella guerra : suyos son los grandes hechos , suyos los triunfos. Notables individualidades , como los *Gneisenau* y *Blücher*, debieron formarse en una época en

que la inteligencia y el carácter, el prestigio y la jerarquía significaban algo ; en la que la sociedad tenía instinto de conservacion y la juventud ideal, en la que habia estímulo y premio al mérito, simpatía y unanimidad para cuanto redundára en beneficio de la patria. «Los hombres ilustres, dice un distinguido articulista de *La Epoca*, tienen mucho de su tiempo y de la atmósfera en que nacieron; contribuyen á formarlos los sucesos, y cuando la atmósfera no es propicia y los sucesos carecen de grandeza moral, la esterilidad en el campo de la inteligencia y del mérito es tan natural como en la comarca convertida en arenal por las avenidas y las inundaciones.»

Despues de la muerte de *Scharnhorst* ocupó *Gneisenau* el puesto del insigne finado, como jefe del Estado Mayor. Él era la armonía cumplida y la misma modestia. Así un dia, cuando haciendo alusion á *Blücher*, que habia caido con su caballo en la batalla de Ligny, preguntaba uno: «¿Qué se habria hecho el ejército, si el feld-mariscal no se hubiera salvado?», y otro contestaba: «Le hubiera sustituido el gran *Gneisenau*», le interrumpió éste diciendo: «¿Cree V., pues, que uno de nosotros hubiese podido reemplazar al anciano *Blücher?* Su *Adelante* fulgura en sus ojos y está grabado en el corazon de nuestros soldados.»

Entre tanto *Blücher* decia á los que quemaban incienso en su honor: «Tributad esos elogios á Dios, que ha favorecido nuestras empresas, y á *Gneisenau*, que ha sido el alma de la campaña; yo no hice más que seguir sus planes con arrogancia.»

Diez y seis años despues de la guerra en que habia perseguido al enemigo con el último aliento de hombres y caballos, el valiente y magnánimo *Gneisenau* descansó en los brazos de la muerte: falleció el 24 de Agosto de 1831 en Posen, víctima del cólera. El que recogia la más abundante cosecha de laureles en el campo de batalla, pertenece no sólo á Prusia, sino á Alemania entera, como *Scharnhorst* y *Blücher*.

¿Quién no conoce al héroe más popular de Alemania, al feld-mariscal que pintó en la oriflama nacional su bélico *Adelante*, el anciano *Blücher*, el padre del ejército prusiano, el magnífico veterano, que en su corcel, rápido como el huracan, iba en la revuelta lid como flecha que dispara el cazador?

Al general *Blücher*, que podia decir, azuzando á su buen corcel de batalla:

Hoy se mancha tu vestido,
Mas ¡vive Dios! que mañana
Te he de poner el de grana
Si entramos en la ciudad.
Y te llevaré á paseo,
Y se parará la gente

A mirar tu continente
Marchando con majestad.
¿Sientes mi espuela?
¡A escape..... á escape, bridon!
¡Oh, cómo vuela!
¡Hurra! ¡Viva la nacion! (1):

al general *Blücher*, el compatriota de la reina *Luisa*, saludamos con los versos de *Arndt*, que respiran pólvora y humo, y que tienen el sello de aquella familiaridad popular con la cual los soldados prusianos trataban á su *mariscal Adelante*. Hé aquí los versos vertidos al castellano por mi amigo, el autor de los *Ecos nacionales*, D. Ventura Ruiz Aguilera:

POESÍA DE ARNDT EN HONOR DE BLÜCHER.

I.

Ya suenan las trompetas, ¡lanceros (2), adelante!
En su corcel brioso, como una exhalacion,
El mariscal, tranquilo y sonriendo, vuela,
Su espada centelleante blandiendo vengador.

---

(1) D. Ventura Ruiz Aguilera.

(2) Aguilera me escribe: «Debo hacer, respecto de la »traduccion, algunas advertencias, á fin de que vea usted »si pueden pasar las pequeñísimas libertades que me he »tomado en obsequio de la misma traduccion: 1.ª He »puesto *lanceros* y no *húsares*, porque aunque con es»ta palabra, lo mismo que con la otra, resultaria un verso »de igual medida, perderia en rotundidad y movimiento. »2.ª Llamo, como usted, *mariscal* á Blücher, si bien nos»otros llamamos al militar de tal jerarquía y graduacion »*general*.»

II.

¡Oh, ved cómo sus ojos serenos resplandecen!
¡Oh, ved sus nobles canas como una enseña ondear!
Del vino añejo tiene su edad la alegre fuerza,
Por eso las batallas dirige sin rival.

III.

Cuando se hundia todo, él fué — varon constante —
Quien á la faz del mundo su acero desnudó,
Jurando, en santa cólera, mostrar á los franceses
Cómo el germano lidia volviendo por su honor.

IV.

Cumplió su juramento. Al grito de la guerra
El bravo anciano azuza su intrépido alazan,
Y barre con escoba de hierro bien templado
Su tierra profanada por extranjero audaz.

V.

De Lützen en el campo su gente belicosa
Millares de franceses exánimes tendió;
Millares como liebres huyeron asustados;
Diez mil á sueño eterno la muerte condenó.

VI.

Experto, luégo enseña del Kátzbach en las olas
Tambien á los franceses el arte de nadar:
¡Partid, partid, franceses! Buscad el mar del Este,
Y tumba en la ballena tal vez podréis hallar.

VII.

Vióle Wártburg, que á orillas asiéntase del Elba,
Ni pueblo ni castillo protege al invasor;
Cual liebres los franceses huian por los campos,
Oyendo tras sí el *¡hurra!* de Blücher vencedor.

VIII.

De Leipsic en el llano su espada fulminante
Segó del enemigo la gloria y suerte igual ;
Envueltos allí en sangre desmayan los franceses,
Allí su nombre Blücher ganó de mariscal.

IX.

¡ Sonad, sonad, trompetas ! ¡ Lanceros, adelante !
Y tú, Blücher insigne, cual rayo vuela en pos
Aquende el Rhin y allende tras la victoria cierta,
Y de la Francia misma penetra en la region.

El anciano *Blücher*, la figura más caracterizada entre los generales de la guerra de la Independencia, una personalidad eminentemente nacional, pareciéndose á un diamante rudo, trasportó el sello áspero y duro de una época pasada en la nueva época que por gran parte era obra suya. Lo mismo que *Stein*, segun dice *Scharnohrst*, no conocia temor á ningun hombre. Su hermosa cabeza, brillante con las galas de sus venerables canas, tiene algo de fascinador, y nos cautiva su personalidad rodeada de mil anécdotas. Era el más jóven de los ancianos y uno de los más curiosos tipos de nuestro siglo ; singular por su conservacion física, lo es mucho más aún por la sorprendente firmeza de su ánimo. Los años, los servicios, las fatigas de su vida agitadísima, no hicieron más que mantener y afirmar esa naturaleza privilegiada. Sin ser erudito ó culto, era

el hombre más galante del mundo, y representando el papel de Fígaro, sabía extraer de la sociedad de las damas, y por cierto de las más hermosas, esa eterna frescura de impresiones y de sentimientos, esa juventud eterna del espíritu. ¡ Qué de veces bailó el galante húsar con su bella soberana, la reina *Luisa*, cuando ésta en sus dias felices tenía todavía el ánimo sereno!

Las alemanas (y las inglesas) le amaban, le obsequiaban, le adoraban, no sólo por sus hazañas belicosas, sino por su aspecto, por sus modales, por su conversacion, por su sentimiento, por su frescura que desafió á los años; y los alemanes le amaban y le amarán siempre hasta el frenesí por el entusiasmo sin segundo con que se dedicaba á libertarlos; por su eterno ódio á los franceses, aquel ódio en que se encontraba toda la savia de su gloriosa vida.

Vástago de una familia noble y antigua, el *general feld-mariscal Gebhardo Lebrecht Blücher, príncipe de Wahlstadt*, nació en Rostock el 16 de Diciembre de 1742. Como jóven, hidalgo é hijo de un capitan, no se consagraba á otra cosa que á ejercicios corporales y militares, á la caza, á la equitacion, á la esgrima. Fugóse del hogar doméstico y entró al servicio de Suecia y fué hecho prisionero por un húsar prusiano de aquel regimiento que

él debia guiar despues por el camino de la gloria. En 1760 ingresó en el ejército prusiano. Como prueba de su franqueza soldadesca dirémos que escribió á Federico el Grande: «El Sr. X., que no tiene otro mérito que ser hijo del margrave, me ha sido preferido; pido, pues, mi licencia.» A que contestó el Rey: «El capitan de Blücher ha de quedar en prision hasta que mude de consejo.» Trascurrieron nueve meses, y viendo que nuestro hidalgo perseveraba firme en su resolucion, á pesar de haber sido condenado por eso á prision, el Rey escribió: «Tiene su licencia el capitan de Blücher y puede irse al diablo.» Pero aunque el gran Federico licenciaba al atrevido hidalgo, le tuvo siempre en gran consideracion, y le prestó hasta 150.000 thalers que despues le regaló.

Paso en silencio lo que hizo Blücher hasta la funesta campaña de 1806, en que debia capitular el 2 de Noviembre, pero no sin haber logrado ántes que se escribiese en la capitulacion que la habia aceptado sólo por falta de municiones y de víveres.

El rey Federico Guillermo III se vió precisado á separar á *Blücher* por haberse atraido el ódio de los franceses. Entre tanto preparaba éste la guerra de la Independencia. Habia quien decia en 1813: *Blücher* es demasiado viejo, demasiado temerario, demasiado rudo para tener el mando en jefe del ejér-

cito. Pero el anciano, el osado y rudo *Blücher* no defraudó las esperanzas de su rey, el cual le puso al frente del ejército de Silesia, y despues de la brillante victoria del Kátzbach le nombró príncipe de Wahlstadt.

La víspera de la batalla de Leipzic decia nuestro héroe con su elocuencia, verdaderamente soldadesca, á sus guerreros: «Quien no muera esta noche, ó no se embriague de alegría, habrá combatido como un perro maldito.» En la plaza de Leipzic el emperador Alejandro le dió un abrazo llamándole «libertador de Alemania.»

La pluma de *Blücher* era su espada, su cátedra el campo de batalla, y sus procesos los combates. Esa es la única semejanza que tiene con un doctor en jurisprudencia, y eso bastó á la Universidad de Oxford (Inglaterra) para nombrar *doctor juris* el anciano *Blücher*, aunque éste estaba en pié de guerra, no sólo con los franceses, sino con la gramática y la ortografía. Pero cierto es que en nuestro proceso contra los franceses era un verdadero *doctor juris*, el mejor abogado del derecho aleman.

Su viaje á Inglaterra en 1814 fué un manantial inagotable de homenajes y ovaciones de todo género. Nuestro insigne poeta Rückert ha popularizado en sus versos dos anécdotas, que no dejan de tener

gracia, en las cuales fué tambien el héroe el que lo era siempre en las batallas. Al arribar á las costas de Albion el buque que le conducia, fué saludado por la multitud, que le miraba desde tierra, con mil aclamaciones de entusiasmo. Hallábase presente un hombre del pueblo, un atleta, que se habia hecho célebre por sus fuerzas y sus habilidades y resistencia en el agua. Este, á quien pudiéramos llamar monstruo marino, concibió la idea de traer á tierra en sus hombros á nuestro invicto general. Concebido el proyecto, nadó hasta el buque, subió sobre cubierta, y haciendo presa en uno á quien tomó por Blücher, lanzóse con él al agua, pronunciando este nombre. El infeliz á quien llevaba á cuestas, enterado con esto de la equivocacion, le gritaba:—¡Qué no soy Blücher, que no soy Blücher! —¿Qué no eres Blücher? pues ahí te quedas.— Y abandonándole en el agua, apareció segunda vez sobre cubierta, queriendo repetir la fiesta en medio de las carcajadas y los gritos de cuantos se hallaban á bordo.

Sabido es que un héroe aleman, el caballero Goetz de Berlichingen, á quien inmortalizó Goethe en su drama del mismo nombre, tenía una mano de hierro. Nuestro Blücher, en cambio, imaginó el ardid de hacerse una de cuero. Sucedió que paseando en coche por las calles de Lóndres, se veia á cada paso interrumpido por las damas que, en el fervor del

entusiasmo patrio que despertaba en todos su presencia, querian besar su mano y hasta le hubieran abrazado. Blücher con la paciencia de un santo puso su mano en la ventanilla del carruaje, y dejó que se la estrujasen y besasen cuantas personas le reconocian en el tránsito; pero calculando que con un par de dias se quedaria sin mano, se mandó construir una de cuero, que colocada hábilmente en la ventanilla y cubierta con su guante, recibió durante una tarde los besucones de sus admiradores, hasta que un inglés, sospechando la burla, exclamó: «Mucho me temo que esa mano no sea la misma que venció á la Francia.»

Quien quiera conocer perfectamente á *Blücher*, debe verle el 16, el 17 y el 18 de Junio de 1815 en las batallas de Ligny y de Waterlóo. ¡Qué magnífico estuvo en Ligny, entre una lluvia de balas, montado en su caballo blanco, que cayó al suelo mortalmente herido, llevándose detras al jinete! Al verlo se dirigen á él multitud de coraceros franceses, pero no tan pronto que no pudiera un dragon prusiano levantar á su general y ayudarle á montar en otro caballo.—Gracias, amigo mio, dijo al soldado, hemos llevado un buen porrazo, pero ya le repararémos. Y la revancha fué *Waterlóo. Blücher* prometió á *Wellington* unirse con él para acometer á Napoleon, y á pesar de sus heridas, se apresuró

á cumplir su palabra. Cuando el cirujano queria echar bálsamo en sus heridas y mudar sus vendajes, exclamó: «Deje V. eso, ¿qué importa á nadie que entre yo hoy en el otro mundo embalsamado ó no?» Y montó á caballo, por más que le despedazaban los dolores. Entre tanto la lluvia caia á torrentes, y *Blücher* la saludó con sus palabras: «¡Bien venido seas, nuestro aliado del dia de Kátzbach! Gracias á tí ahorrarémos al Rey mucha pólvora.» Parecia imposible que la artillería se abriese camino y llegase á la hora fijada, y de las filas de los soldados que hicieron esfuerzos extremos para penetrar por el fango, resonaba ya el grito: «Es imposible, es imposible», cuando *Blücher* clamaba con la fuerza suprema en tan grave momento: «¡Adelante, hijos mios! *Es preciso* ir adelante. *Es preciso*, porque lo prometí á mi hermano Wellington. ¿Ois bien? lo he prometido. Y no querréis, presumo, que falte yo á mi palabra.» Y con todas las armas los buenos prusianos iban adelante. Así se ganó la batalla de *Waterlóo.*

Un coronel de Sajonia, el Sr. Ricardo de Meerheimb, dice en su obra *Mundo de los príncipes*, que acaba de publicar, haber leido una curiosa carta de *Blücher* acerca de Waterlóo, concebida en los términos siguientes, que demuestran otra vez la falta de instruccion de nuestro héroe, pues en el original

aleman hay tantas faltas ortográficas como palabras: «Amigo mio.—Madrugada del 19.—Hemos alcanzado la victoria más brillante. Seguirán los detalles. Creo que ya se acabó la historia de los Bonapartes. No puedo escribir más, porque tiemblo en todos mis miembros. El esfuerzo ha sido demasiado grande.»

Letrado ó no, no hay general más eminente ni más dotado con el *instinto* de la táctica que *Blücher*. El 31 de Octubre de 1815 se despidió del ejército victorioso diciendo: «He llegado á la tarde de mi vida y no temo la noche.» Recordamos todavía su célebre bríndis en un banquete del Duque de Wellington: «¡Ojalá que no perdiesen las plumas lo que ganaron las espadas!» Pues temia que los diplomáticos alemanes no sacarian todos los frutos de aquella guerra inmensa.

El anciano héroe cayó enfermo en 1819, en Carlsbad, en los baños celebrados por otro héroe, el jóven *Koerner*. «Muero con mucha gana, decia al ayudante del Rey, porque no valgo para más. Diga V. al Rey que he vivido fiel para él y tambien para él muero.» Y á un amigo suyo dijo: «Mucho ha aprendido V. de mí; aprenda V. ahora como se muere tranquilo.» Falleció en su finca de Kriblowitz (Silesia), el 12 de Setiembre de 1819. Pero ¿qué hizo al entrar en el cielo? Un vate aleman,

Federico Rückert, lo dice en una bella poesía. (Conténtese el lector benévolo, en vez de ella, con mi humilde prosa.)

Cuando el gran Federico de Prusia iba al encuentro del héroe de la Independencia alemana, éste pasó, sin mirarle, al sitio donde estaba la reina de las mujeres, la incomparable Luisa prusiana, le prodigó sus respetuosos saludos, é inclinándose ante ella le dió las memorias del rey su consorte y le habló circunstanciadamente de las victorias alemanas. Concluida esta audiencia y cumplidos así sus negocios obligatorios, se presentó al gran Federico.

Blücher parece otro *Gonzalo Fernandez de Córdoba*, por su extremado valor, su destreza en las armas, su claro entendimiento, su ilustrísima cuna y gallarda presencia. «Os ruego, amigo mio, le dijo un dia el rey de Prusia Federico Guillermo III, que no deis mal ejemplo jugando sumas tan grandes.»—Tranquilícese V. M., contestó *Blücher*, no perderé jamas la gloria de mis prusianos.»

Un monumento levantado á *Blücher* en su pueblo natal y labrado por Schadow, una estatua de bronce erigida en Berlin y modelada por el célebre Rauch, otra estatua en Breslau cincelada tambien por Rauch, y su busto en la *Walhalla*, este mapa arquitectónico de los innumerables acontecimientos que conserva

la Germania monumental, son señales históricas de la gloria alemana, hojas brillantes de nuestro libro político, monumentos que pertenecen al universo entero; y siempre tenemos que rendir culto á aquellas insignias gloriosas, á aquellas joyas monumentales que, segun dice bien un escritor español (1), «lucen en la sobre haz cual si fueran medallas en el pecho de los valientes.»

La *Walhalla* ostenta tambien los bustos de otros cuatro héroes de las guerras contra el primer Bonaparte. Entre éstos figura el renombrado *Cárlos, archiduque de Austria* y general feld-mariscal imperial, hijo del emperador Leopoldo II y de María Ludovica, hija del gran *Cárlos III, rey de España.* El recuerdo de su mayor triunfo, de su hecho más glorioso, está consignado en el nombre de Aspern, pues allí venció al que no veia frontera ni horizonte que no alumbráran los rayos de su sol. Pero ¡ay! el Archiduque no aprovechó su victoria, y la planta de Napoleon pudo hollar los campos de Wagram. Despues de aquel desastre en que se eclipsó su estrella, el Archiduque no volvió á aparecer en el campo de batalla; pero gozando de justa fama, vió sin envidia desde su retiro las glorias de Leipzic y de Waterlóo. Cárlos nació en Florencia el 5 de Se-

(1) D. Jerónimo Martin Sanchez.

tiembre de 1771, y murió el 30 de Abril de 1847. No sólo sus hechos guerreros, sino tambien sus excelentes escritos militares, perpetuarán su memoria. Otro socio de la *Walhalla* es el feld-mariscal austriaco *príncipe Cárlos Felipe de Schwarzenberg*, que estuvo al frente del ejército austriaco en la batalla de Leipzic. Nació en Viena el 15 de Abril de 1771, y murió en Leipzic el 15 de Octubre de 1820. Los otros dos héroes son el feld-mariscal ruso *Miguel, príncipe Barclay de Tolli*, que tenía el mando en jefe del ejército de los aliados en la batalla de Leipzic, y el feld-mariscal ruso *conde Diebitsch Sabalkansky*.

Es justo que los bustos de prusianos, austriacos y rusos se hallen juntos en la *Walhalla*, como representantes de aquella alianza que unió á tres grandes naciones para un asunto grande, para una causa santa, la libertad de Europa, la independencia de la patria y la inmortalidad de sus nombres. Despues de los *príncipes de la guerra* cumple hablar del *maestro de escuela.* El lector recordará la poesía de Ruiz Aguilera, *El Maestro no viene;* el maestro esperado tanto tiempo por los españoles, siempre en igual tormento y en igual inquietud; el maestro que les dirá tantas cosas que ahora ignoran. Este maestro vino á Alemania; este maestro, el amigo de los niños, el padre cariñoso de los pobres, el

preceptor del pueblo; este maestro, á quien bendice mi patria cual su mejor bienhechor, se llama *Juan Enrique Pestalozzi.*

El gran reformador de la escuela popular, el padre de los huérfanos, el hombre generoso que se hizo mendigo por el exceso de su amor, tuvo su cuna en Zurich, donde nació el 12 de Enero de 1746, y falleció el 17 de Febrero en Brugg (canton Torgau en Suiza). Vayan VV. al pueblo de Stanz (Suiza), para ver lo que hizo *Pestalozzi* de los huérfanos suizos, que á fines del siglo XVIII vagaban entre ruinas humeantes llorando por sus padres y por el pan cotidiano. Lleno de compasion, de amor, de mansedumbre, de abnegacion, remediaba todas las faltas, todos los defectos de aquellos niños descuidados, siendo para ellos á la par señor y criado, padre y madre, guarda y enfermero, preceptor y libro de escuela. Y ¿en qué consistia el secreto del sabio preceptor? Trasportaba la educacion doméstica á la educacion pública; hacía de la escuela una *casa paternal;* estaba en medio de sus niños desde el despertar de la aurora hasta el ocaso del sol. Oigamos á él mismo. Escribia así á su amigo Gessner: «Todo el bien que se hizo á los niños en cuerpo y en alma, les vino de mi mano. Cada ayuda, cada alivio en su pena, cada instruccion, les vino inmediatamente de mi mano. Mi mano se ponia en

la suya; mis ojos descansaban en los suyos. Mis lágrimas corrian con las suyas, y mi sonrisa acompañaba á la suya. Ellos estaban separados del mundo, separados del pueblo de Stanz, estaban solos conmigo, y yo estaba con ellos. Su sopa era la mia; su bebida era la mia. Yo no tenía nada, ninguna familia, ningun amigo, ningun criado, sólo los tenía á ellos. Si estaban buenos, estaba en medio de ellos; si caian enfermos, estaba á su lado. Dormia entre ellos; yo era el último que se acostaba por las noches, y el primero que se levantaba por las mañanas. Rezaba y los instruia todavía en la cama hasta que se entregaban á Morfeo.»

Así *Pestalozzi*, el maestro religioso por excelencia, despertó las facultades intelectuales y físicas de sus niños. Pero si algunos de ellos le daban las gracias merecidas, ¡qué ingratitud tan negra habia de ver en los padres y parientes que se atrevian á insultarle, llamándole loco, ó mendigo, ó hereje, así como tambien cuando *Colon* pasaba, algun villano decia con mofa y desden: «está loco», no adivinando que aquel loco tenía las llaves de un mundo, y que un dia el orbe asombrado aplaudiria *el sueño del loco*. No cesaba *Pestalozzi* de ser el bienhechor de la humanidad hasta su postrer aliento. Ya he dicho en el artículo XX del tomo primero cuánto este divino maestro atraia las miradas y la admiracion de la rei-

na de Prusia *Luisa.* Un ángel debia comprender al otro. Añadiré aquí que la misma Reina escribió: «Si me fuese posible, iria luégo á la Suiza, para dar gracias con lágrimas en los ojos y con un apreton de manos á aquel noble varon. Le tributaria agradecimiento en nombre de la humanidad.»

Un país que produce hombres como *Pestalozzi*, el apóstol de la humanidad, es más envidiable y más rico que las Indias y el Perú con todo su oro y sus tesoros.

¡Ojalá que Alemania no olvidase jamas cuánto debe á sus *maestros de escuela*, y ¡pasados por siempre sean los tiempos en que se den á los maestros sólo la esperanza de un premio en la otra vida, negándoles el pan de cada dia sobre la tierra!

Fué el gran *Stein* el que aprovechaba para Prusia las reformas de *Pestalozzi* en la instruccion pública, reformas que aumentaban la espontaneidad del espíritu, y excitaban todos los nobles sentimientos del hombre.

¿Qué ha hecho grande á mi patria? Dígalo un extranjero, el italiano Civinini: «Si las armas prusianas realizaban materialmente el gran pensamiento de la unidad alemana, precedia á eso una actividad intelectual empezando con Leibnitz y continuando hasta nuestros dias. Filósofos y poetas, historiadores y críticos contribuian, de suerte que puede de-

cirse que la regeneracion de Alemania es por excelencia la obra del pensamiento y de la ciencia. La ciencia y la literatura, la historia y la filosofía han dado al pueblo germánico el profundo sentimiento de su nacionalidad, y le han enseñado á contemplarse destinado á una gran mision histórica, haciéndole un deber del cumplimiento de aquella mision. Es la señal singular del movimiento aleman haber sido primero una obra del espíritu, ántes de hacerse una obra de la fuerza material. La idea precedia á la hazaña, como el relámpago precede al trueno; y ántes de que los alemanes se hicieran el pueblo más poderoso de Europa, eran ya el pueblo más ilustrado: la hegemonia política es una consecuencia y un efecto de la hegemonia espiritual. Quien crea que el espíritu significa algo en el mundo, no confiará en la estabilidad de obras, que son el fruto sólo de operaciones políticas y militares, sin que éstas tengan una bastante preparacion espiritual y moral. Pero donde un pueblo tiene ya una filosofía, una historiografía, una poesía, una ciencia, una música verdaderamente nacional, creada por todos y comun para todos, y donde desde hace más de un siglo el desarrollo, siempre creciente, ha fundado ya la unidad en el campo de la inteligencia y del saber, allí pueden llegar Sadowa y Sedan, pues allí hallarán un suelo propicio para producir buenos frutos. El

imperio aleman es, pues, no como se dice inconsideradamente, el hijo de la fuerza, sino el fruto lentamente madurado del pensamiento, la manifestacion política de la civilizacion espiritual, el triunfo de un constante trabajo de cultura alcanzado por la aplicacion de la fuerza en el servicio de la idea.»

Al influjo benéfico del sol de Alemania regenerada reverdece más el invicto laurel de Stanz, aquel laurel del *maestro de escuela.*

Jamas el pueblo aleman relegará á olvido injusto á su *Pestalozzi*, el gran modelo de ciencia y de virtud, el eminente sabio, cuya frente era claro espejo de candor y modestia, y su memoria la venerará el mundo, aunque su busto no se encuentre en la *Walhalla.*

«Dichoso el que en tí aprenda,
Menospreciando terrenales dones,
Á seguir por la senda
De los sabios varones
Que ejemplo han sido y gloria á las naciones» (1).

VIII.

El poeta Federico Amadeo Klopstock.

Es una verdad como un templo: no hay sentimiento más grande, y á la vez más delicado, que el sentimiento de la patria.

---

(1) Don Angel Gallifa.

¿Quién fué el primero que encendia en Alemania el espíritu patriótico y religioso, que hacia de ella un solo hombre, y de este hombre un héroe en la guerra de la Independencia? ¿Quién ha sido el verdadero aleman, aleman por su austeridad y profundidad, aleman por su severidad moral y su energía, aleman por su corazon y su ánimo, cuando los otros alemanes, haciéndose esclavos de inteligencias extrañas, menospreciaban los usos y costumbres de su propio país, para causar lástima ó escarnio á las naciones á quienes querian imitar? ¿Quién trató de dar vida al espíritu de nacionalidad, de nuestra santa nacionalidad, y con ella al nombre y al bienestar de nuestra patria, cuando la patria de los germanos era sólo una abstraccion careciendo de realidad sensual? ¿Quién hizo el primero entre sus contemporáneos con una dignidad, con un atrevimiento, con un entusiasmo sin igual, la apoteosis de Germania, penetrando por ella en los yermos y las soledades de nuestra historia antigua, en las tinieblas de la mitología del Norte, y formando su estilo por la locucion vigorosa de Lutero? ¿Quién infunde valor por su acento soberano al que cobarde sea?

Klopstock, el gran *Klopstock*, el cantor más grandioso, más patético, más inspirado, más majestuoso; el profeta de la patria que dijo: «Libre has de

hacerte ¡oh Germania! Un siglo y libre serás»; profética palabra que se cumplió al pié de la letra. Él podia preciarse con orgullo, y á la vez con dolor y cólera patriótica, de haber contribuido más á la grandeza de la patria que la mayoría de los príncipes alemanes, y sólo celo patriótico le animaba cuando lanzó el rayo fulminante de su ódio indestructible contra el gran Federico.

Klopstock, cuyas grandiosas odas, rebosando el más ferviente amor á Germania, trasportan y entusiasman, como verdaderos cantos nacionales; *Klopstock*, que abrazó de corazon la noble causa de la musa patria, aborreció de muerte al gran Federico de Prusia, porque éste, amante y partidario de la literatura francesa, escribió en versos franceses sátiras contra las poesías alemanas, menospreciando el noble y virginal idioma aleman, que los mismos romanos no consiguieron profanar; aquella sonora lengua de Thuiscon, que se parece á la voz de la tempestad bravía que silba y brama á la márgen de la selva, miéntras en la selva más profunda sus ecos se convierten en blandos y halagüeños acentos; aquella magnífica lengua que sabe dar á los pensamientos vigor y energía con la misma facilidad con que los héroes alemanes ganan batallas.

Nadie fué enaltecido por los más nobles ingenios de Alemania tanto como *Klopstock*, la estrella ma-

tutina de una nueva época, el príncipe de los vates de su tiempo, el ideal de la grandeza germánica, el elegido de Cristo, el sacerdote de Dios. Y ¿quién, ¡Dios mio! es ménos leido hoy dia que el mismo *Klopstock*, el bardo de la patria, el cantor más entusiasta del universo, de la amistad, del amor y del Eterno; el poeta que tenía por corona de todos sus cánticos, por base comun de todos sus nobles sentimientos, la religion, la religion cristiana; el vate angelical, cuya alma era sedienta de Dios, el vivo, infinito y omnipotente, y de la patria de los bienaventurados, el cielo; el santo poeta en que los dogmas cristianos se hicieron verdad viva y cuyos himnos sagrados producen en nuestra alma la misma impresion que la calma sublime y la majestad peregrina de una portentosa catedral gótica?

¿Cómo se explica la aparicion extraña de este poeta, al cual los jóvenes más líricos y más cultos que formaban en Goettinga la sociedad llamada «*Hainbund*», levantaban altares como á un dios; el poeta, cuyo *Mesías* era la lectura del Elector Maximiliano José de Baviera; el poeta, al cual los príncipes más ilustrados de su tiempo, el margrave Cárlos Federico de Baden y el rey Federico V de Dinamarca tributaban su homenaje, y de quien otro príncipe, *Goethe*, habla en su *Werther* con la mayor

veneracion, haya casi desaparecido de la memoria del pueblo aleman, de suerte que la palabra de Lessing: «el *Mesías* será más encomiado que leido», se hizo la signatura del culto *klopstockiano?*

Yo lo explico por tres razones: en primer lugar, *Klopstock* escribió sus odas á la patria cuando el sentimiento patriótico era todavía nebuloso, no teniendo ningun objeto visible; en segundo lugar, todas sus poesías requieren, para ser comprendidas, el esfuerzo más grande de nuestro pensamiento y toda la fuerza de nuestra alma, pues hay en ellas neologías demasiado atrevidas, á veces latinismos en las construcciones, y ademas, un afan de metáforas, un lenguaje siempre seráfico y raras veces plástico, un coturno demasiado elevado que no puede ser elogiado, así como tambien el estilo del mismo Esquilo y de Píndaro fué censurado por Aristóteles á causa de sus exageraciones. Y por último, podria decirse que el cristianismo de *Klopstock* es más individual, más subjetivo que objetivo, careciendo á veces de la quietud propia del genuino cristianismo.

Pero sin duda era mengua, baldon y reprensible olvido para Alemania el no haber perpetuado como debia la memoria de su *Klopstock*, repitiendo con alegría y veneracion los versos cadenciosos del poeta que tiene la palma de cantor patriótico y cristia-

no, y que labró el asiento en la cumbre que al cielo se avecina.

Hoy la patria ha de ser justa para su bardo; la patria unida y poderosa debe dar el tributo de su profundo agradecimiento al que contribuyó á levantar el edificio soberbio de Germania y que enseñó á los jóvenes «á reflejar sobre la idea noble, y á la par aterradora, de hacerse dignos de la patria»; el pueblo aleman debe entusiasmarse siempre por el cristiano *David*, por el segundo *Aquino*, por el nuevo Píndaro; por él, que abrasado en santo amor del bien avivó la luz en los altares, y cuya cítara suave llenó los ámbitos con torrentes de armonía. El pueblo aleman, cuyo nervio, cuya fuerza vital es el cristianismo evangélico y bíblico, debe prestar su oido al testigo de Cristo que enaltecia la vida y la muerte de Nuestro Señor, amonestándonos: «Adorad al que murió, fué sepultado y resucitó.»

Recuerda, pues, el pueblo germánico lo que decia *Rückert* en uno de sus bellísimos cantos: «Cuando todavía la esclavitud nos circundaba, volaron ya frescos aires de la libertad desde la tumba de *Klopstock*, dando prodigiosa fecundidad á esta tierra calcinada por la planta del déspota.» La gloria de *Klopstock* se ocultó como se oculta la radiante y benéfica luz del sol en las olas del bravo y proceloso mar; pero ya llegó el instante en que ha de cesar la

noche infanda del olvido y en que la gloria del poeta ha de brillar honrada como ántes. Su frente se adornará de nuevo laurel, que el tiempo no puede deshojar, y todos le llamarán otro *Luis de Leon*, otro *divino Herrera*, otro *Rioja*, otro *Ercilla*, y áun más, el *Murillo* ó el *Palestrina* de la poesía.

Ántes de hablar del poeta, hablemos de sus poesías.

Hago mias las palabras del eminente crítico aleman *Gervinus* : «Sabiendo hermanar en sus obras las más diversas tendencias, las más vàrias aspiraciones de su tiempo, *Klopstock* alcanzó la armonía perfecta. Simpatizó no sólo con la sabiduría socrática de *Hagedorn*, sino tambien con *Bodmer* en su veneracion de *Young* y de *Milton* ; atendió á la gramática y á las reglas como *Gottsched*, y se inspiró en la viva fuente del habla popular y de los clásicos, ostentando asimismo en sus poesías el elemento pintoresco y musical de *Haller*. Nadie ha alcanzado como él el tono de los bardos antiguos de Germania, la grandeza sencilla y majestuosa de la poesía hebráica y el espíritu genuino de la antigüedad clásica, de suerte que ya en sus primeras odas creemos oir, ora á *Horacio*, ora á *David*, ora—lo que es más peregrino, más extraño —á *Ossian*, ántes de que el mundo tuviese conocimiento de *Ossian*. Aquel dón maravilloso no lo tenía siquiera *Lessing* ni

Wieland, y despues de *Klopstock* lo tenian *Herder* y *Goethe*, el uno sólo para imitar, el otro para crear libre é independiente.

»Con todas aquellas dotes la musa armoniosa de *Klopstock* nació cual Minerva armada. Abrazó de modo igual la poesía del Norte, la del Oriente y la de la antigüedad, dejando á *Wieland* sólo el elemento caballeresco. En las odas encontramos juntos los tres elementos de la poesía *klopstockiana*: unas son religiosas, pareciéndose á himnos de David y de los profetas; otras son teutónicas, escritas en el tono de la *Edda* y de *Ossian*; otras—y por cierto las mejores—son clásicas antiguas recordando á *Píndaro* y á Horacio; pero celebramos que tambien en ellas se manifieste, cual poeta moderno del sentimiento y del pensamiento, lo mismo que *Goethe* en su *Ifigenia*.»

Klopstock abrió el camino á todos sus sucesores: él fué el primero que, en union de *Lessing*, decia á la juventud alemana: «El artista, el cantor, es monarca en su esfera, dando leyes al mundo del arte»; en él hallaron su apoyo los despreciadores de los franceses y los admiradores de la musa británica; á él siguieron los helenófilos como *Ramler*; él enseñó á *Herder* á adivinar é imitar el espíritu de tiempos lejanos y extranjeros; él presentó á los alemanes su héroe nacional en *Arminio*; él tuvo el más entraña-

ble amor á la lengua alemana, amándola con orgullo patrio y haciéndose su creador, miéntras *Goethe* llamó á la que fué la fundadora de su inmortalidad, « la materia más ingrata. » De *Klopstock* salieron los bardos guerreros, lo mismo que los dulces cantares de suaves idilios. Quien quiera apagar su sed de patria y libertad en un poeta aleman ántes de Schiller, debe beber en los himnos de *Klopstok ;* quien quiera gozarse en el elogio del vino, como lo hicieron *Horacio* y *Hagedorn*, debe leerlos tambien ; y el que crea que una lágrima humana derramada por compasion vale más que el orbe entero, tendrá la satisfaccion de ver aprobada su opinion por *Klopstock.*

Nuestro vate era del todo musical, inspirándose en los grandes músicos de su tiempo *Haendel*, *Bach* y *Gluck*, y, por consiguiente, es él el poeta clásico de la oda, aquel metro que ha de ser musical en sí mismo. *Herder*, el más entusiasta admirador de las odas de *Klopstock*, dice que cada una de ellas tiene su melodía, su modulacion especial. Campea en todas una entonacion conveniente al asunto, y podrian llamarse sus odas vivas danzas de sílabas aladas.

Por ser tan musical, *Klopstock* no podia producir ningun buen epigrama ; y su epopeya, el *Mesías*, se hizo un himno épico, un oratorio, careciendo de todo lo plástico. Eso se explica por el tiempo en que vivia el poeta : el *Mesías* musical, el *Mesías* de

Haendel, compuesto siete años ántes del *Mesías* de *Klopstock*, se empoderó del todo de su espíritu, miéntras el plástico *Milton* perdió su influjo sobre su genio. Pero, ¿qué poeta se alzó en su fe más osado que *Klopstock*, del polvo inmundo al seno del eterno dia, y quién recibió de Dios sentimiento más rico y alma más ardiente que el autor del *Mesías*, el hijo predilecto de la sagrada inspiracion? En aquella titánica creacion, los sentidos embargados en deliquio perciben los angélicos acentos, aspiran la fragancia del cielo, viendo etéreas glorias y sublimes seres ideales. El protestantismo no ha producido ninguna obra tan grande y tan pura é impregnada toda del aroma religioso, modelo de uncion y de celestial belleza como las creaciones de *Klopstock* y de *Milton*, cuyo prodigioso númen se fecundó en las regiones del Empíreo. *Klopstock* buscaba siempre los asuntos más grandes, más sublimes, y en todo lo que escribió se echa de ver la firmeza de sus creencias y el elevado concepto que le merece todo cuanto se relaciona con nuestra santa religion, sus tradiciones, sus misterios, sus doctrinas, lo que contribuye á que exprese ideas que llevan la conviccion al entendimiento y la insinuacion á la voluntad. Así ya en sus odas al cantar la belleza de la naturaleza canta la majestad del Creador, canta á Jehová en su creacion, y ésta es para él el sagrario, en que

adorando al Omnipotente queria siempre buscarle y hallarle.

Pero si encontramos en su contemplacion de la naturaleza la majestad del canto de *Job*, la grandeza de los salmos de *David* y el vigor de *Jesaías*, hallamos tambien en las odas de *Klopstock*, junto con una forma suave, vaporosa y trasparente, la amistad más pura y delicada, un exceso de ternura y dulzura sorprendentes en una alma tan vigorosa como la suya.

No sólo verdadera amistad, sino tambien verdadero amor respiran sus odas. ¿Qué es el amor?

« Es el amor la luz encantadora
Que disipa las sombras en el alma,
De un nuevo dia la brillante aurora
Y la esperanza de celeste calma» (1).

Klopstock no cantó la belleza del cuerpo, sino el amor, ese mágico ensueño, ese eco armonioso, esa flor aromática, esa centella radiante, es para él el rasgo más divino de la imágen de Dios en el hombre, y por eso son inseparables para él amor y virtud y nobleza del alma.

Desde *Walther von der Vogelweide*, ningun trovador aleman tuvo en sus cantos amorosos tanto amor, tanta pasion, tanta verdad, tanta ternura indefini-

---

(1) Doña Patrocinio de Biedma.

ble y dulcísimo encanto como *Klopstock*, el amante y esposo de *Meta*. Con ella vivia la vida más poética del mundo, y no existia entre los dos otra contienda que la de amarse á porfía recíprocamente, que la de amar á Dios con todo el fervor de sus almas.

Ella se conceptuaba feliz porque le era permitido ayudarle en el *Mesías*, que llenó su alma de una vaguedad infinita y embriagadora ansiedad, siendo siempre ese poema titánico el gran asunto en su círculo donde el destino de Abbadona (una de las figuras del poema) se consideraba como una causa de interes comun, como un asunto de familia: áun habia tertulias que pedian al poeta la redencion de aquel ángel caido llamado Abbadona. Y hoy — ¡qué diferencia! — es moda preciarse de no haber leido el *Mesías*, miéntras en aquel tiempo la madre de *Klopstock* parecia al poeta *Gleim* la misma Vírgen.

Es verdad, el gran poeta cansó al escribir aquella obra, por la cual olvidó á *Homero*, *Píndaro*, *Horacio* y *Ossian*, despues de haber olvidado ya á los tres primeros por *Ossian*.

Despues de haber renunciado á cantar cual patriota un héroe germánico, el rey Enrique I, cantó cual ferviente cristiano, el Redentor. Los tres primeros cantos salieron en 1748, pero el poeta se sentia agotado por el esfuerzo supremo; espantosa le

parecia la carrera que debia correr, y ya en 1750 le llenó de una melancolía profunda el anhelo de la muerte; pero queria vivir hasta que hubiese concluido el canto de Cristo. ¡Ojalá que hubiese podido escribirlo de un solo golpe, con entusiasmo igual y con el brío de la juventud! Pero si el cielo le negó ese favor, y si escribió los postreros cantos más por deber que por inspiracion, el poeta no podia ménos de entonar un ardiente himno de agradecimiento, cuando, despues de un trabajo gigantesco de veinte y cinco años, llevó á término el *Mesías*, que colocará á su autor en el primer lugar del Parnaso aleman. En el mes en que escribo estas líneas, en *Noviembre*, hace cien años que *Klopstock* terminó el *Mesías* en la ciudad de Hamburgo. ¡Sea, pues, bendito este mes, y conmemore la patria la grandeza de su hijo, la intuitiva y divinal creencia del cantor sublime de Cristo, que nos mostró el sol de eternal belleza!

Es un mérito literario de *Klopstock* haber menospreciado la rima, que en su tiempo se habia hecho una gala vana, y haber introducido en la poesía épica de los alemanes el hexámetro, que empleó tambien *Voss* en su *Luisa* y *Goethe* en su *Herman y Dorotea.*»

Réstame una palabra sobre la persona de *Klopstock*. Ésta fué en extremo simpática. Nada recordaba al hombre de ciencia, sino todo parecia anunciar,

segun el testimonio de *Goethe* y de los otros contemporáneos, al caballero cumplido y al diplomático, que imponia á los cortesanos por su porte, por su noble aspecto, por la gracia de sus modales y por su habilidad en la equitacion, en la esgrima y en el arte de patinar. Respirando la atmósfera de la córte, no bajó jamas á vil lisonja. Sus ojos lanzaban rayos de profundo y verdadero amor, y recordando su pasada felicidad escribió cuando anciano: « Desde hace años ya he visto tu tumba y su tilo, ¡oh Meta mia! aquel tilo esparcirá sus flores tambien sobre mí, no sobre mí, sino será sólo mi sombra, sobre la cual han de caer aquellas flores, así como tambien fué sólo tu sombra sobre la cual cayeron ya tantas veces. »

Federico Amadeo Klopstock nació el 2 de Julio de 1724 en Quedlinburgo, y fué alumno de la nombrada escuela *Schulpforta*, donde ya nació su gran pensamiento de cantar el Redentor del mundo. En 1745 principió á estudiar la teología en la Universidad de Jena y á escribir en prosa, lleno de estático ardor y de místico delirio, los primeros cantos del *Mesías.* Su primer amor, cuyo objeto era su sobrina, la célebre *Fanny* de sus odas, no fué correspondido; pero halló gratísimo consuelo en la ilustrada *Meta*, la hija discreta de un comerciante de Hamburgo, con la cual se casó en 1754. La implacable muerte

se la robó ya en 1758. Invitado por el rey Federico V de Dinamarca á terminar en su país el *Mesías*, llegó en 1751 á Copenhague, donde permaneció hasta 1771. En 1774 siguió la invitacion de otro Mecenas, el margrave Federico de Baden, y vivió un año entero en Carlsruhe. Pasó los últimos años de su vida en Hamburgo, donde murió el 14 de Marzo de 1803. Jamas se hicieron á un poeta exequias tan solemnes como al cantor del *Mesías* y de la batalla de Herman (Arminio). Sus restos descansan al lado de su *Meta* en Ottensen cerca de Hamburgo, y la bella inscripcion llama al polvo del poeta religioso «semilla sembrada por Dios para madurar el dia de la cosecha.»

Pero el espíritu inmortal de tan glorioso vate, que en sus himnos habrá inflamado el viento el dia de la independencia alemana, no ha de descansar en el polvo de las bibliotecas, sino ha de vivir en la memoria de su pueblo, llenando el universo en la voz poderosa de la fama.

Excuso decir que Luis de Baviera le destinó el premio de colocar su busto en la *Walhalla*, donde aparece encumbrado como genio, como patriota y como cristiano.

IX.

El poeta Federico Ruckert.

Descúbrese el más acendrado patriotismo tambien en las composiciones de *Rückert* y de *Uhland*, que á la patria consagraron un culto, del que son expresion sus inspiradas poesías. No necesito yo abogar por la colocacion de sus bustos en la *Walhalla*, el museo público de nuestra nacionalidad: viven y vivirán siempre los destellos de su inspiracion en el pueblo germánico, que entre sus mejores poetas líricos cuenta á *Rückert*, el autor de los *sonetos armados de coraza*, y á *Uhland*, el autor de tantas baladas y romances en que hace gala de su legítimo orgullo por las glorias patrias y de su respeto á las tradiciones nacionales.

Hablemos primero de *Federico Rückert*, el prodigioso maestro, cuya fácil vena, semejante á la de Lope, produjo los sonetos á puñados, los epigramas por gruesas, endecasílabos griegos, alejandrinos, gacelas y makamas (1) persas, ritmos chinos y es-

(1) *Makamas* (novelas árabes) son un conjunto de prosa rimada y gacelas llenas de refinadas comparaciones orientales, imágenes deslumbradoras y juegos infinitos de palabras y de sonidos.

Sabido es que las gacelas son el metro favorito de los

trofas germánicas de los Nibelungen no sé cuántas, tercetos, cuartetos, octavas, ritornelos, sicilianas y dísticos infinitos, mostrando que no le arredraba la traba de los consonantes, aunque fueran los más extravagantes y abigarrados.

Rückert es el rey de la rima, el héroe de la forma, el artista de la versificacion, el platero de cuya mano maestra sale la filigrana más preciosa, semejante á la de los artífices cordobeses de mérito que ha habido en el siglo XVI, Cristóbal Gutierrez y Juan Ruiz, llamado el Vandalino. *Rückert* es el arquitecto de la lengua, el más ingenioso y grandioso creador de millones de palabras que nos recuerda á *Fischart*; *Rückert* es el más prodigioso representante de la riqueza maravillosa é inagotable del idioma aleman, el músico del ritmo, el hechicero de la melodía, el trovador por excelencia, el intérprete más entusiasta de esos sentimientos dulces y tiernos, que llevan el encanto á la mente y el regocijo al corazon; el poeta oriental que abunda en las más sublimes verdades, en pensamientos nobles y elevados, en máximas y sentencias filosóficas de gran precio, escritas en un estilo ameno y florido, enriquecido con las galas de la más fácil versificacion, que hace

---

persas, que consiste en breves composiciones líricas, de estrofas de dos versos unidos por la rima del segundo.

el encanto de quien lee. *Rückert* es el bardo más espontáneo, más impregnado de sabor poético; pues no esperando la inspiracion, pulsa en cada minuto su lira tan llena de sonoros acordes, pareciéndose á un monarca en el reino tranquilo de los sueños, del sentimiento y de la fantasía. Segun él mismo decia con legítimo orgullo, brotaron cada dia de su pluma más poesías que flores en el campo.

El arte prodigioso de *Rückert* en la forma poética y en la técnica me recuerda el númen de aquel cocinero que formó un plato sabroso de un botin viejo, probando así que lo bueno y lo nuevo está en la forma:

«Y en el vate más orondo
Y el marmiton de una fonda,
Se ve, si se echa la sonda,
Que en ellos la forma es fondo» (1).

No obstante, dirémos que á veces en *Rückert* predomina la forma sobre el fondo.

Al leer las brillantes poesías de *Rückert*, cuyas flores nos presentan un vistoso juego, creemos vivir en un cielo que es de aroma, region encantada de fragantes rosas y jazmines; bajo bóvedas moriscas que deslumbran con la viveza y variedad de sus co-

(1) Don Jerónimo Borao.

lores, creemos soñar fuentes trasparentes en deliciosas grutas de cristal y cielos de rubíes y hermosos perfumadores, cuya vagorosa nube se levanta al techo de oro; por do quier hay músicas y cantares, todo respira deleite: la flor, la hierba, el susurro del viento, el murmullo del agua; hablan las pintadas aves; hablan las flores que embalsaman el aire, y hablan aún las perlas y las piedras preciosas, y en el mármol de la fuente están entalladas poéticas leyendas, máximas y sentencias en que se descubren en toda su fuerza el genio y la fantasía de los árabes. Creemos soñar bajo el arteson dorado de la Alhambra, que guarda

«Un recuerdo en cada flor,
Y en cada columna hermosa
Una página gloriosa
De la historia del amor» (1).

La musa de *Rückert* se viste con todas las riquezas orientales, poniendo sobre su alta frente perlas, aljófar, oro y pedrería. Su poesía es el lugar de las delicias de dulcísimos recreos, un palacio radiante de hermosura, un Generalife, junto al cual se halla una modesta casita blanca con un fresco jardincito y una clara fuente, que nos embelesa con sus mur-

---

(1) Don Juan Arolas.

mullos, diciendo: Aquí mora el poeta, el sabio, el patriarca aleman, el artífice de aquel mágico palacio oriental con sus techos de estrellados artesones, con sus pechinas estalactíticas, enriquecidas con lindísimos dibujos, con sus aéreas galerías, con sus caladas puertas, con sus preciosos alhamíes, con sus bellos motes árabes, sus graciosas combinaciones de capricho y sus juegos de figura, con sus alcatifas primorosas, con sus mármoles y marfil, con su púrpura y brocado, con sus patios, con sus grutas de jazmin y hiedra.

Las poesías de *Rückert* me dicen lo mismo que se lee en una de las magníficas orlas de letras floreadas de la Alhambra:

«Soy de forma muy preciosa;
Son prodigio mis labores
Y belleza,
Soy creacion maravillosa:
¿De quién no arranca loores
Mi grandeza?»

Lo que *Voss* es para la literatura griega y *Schlegel* para la literatura moderna, es *Rückert*, el segundo *Herder*, el maestro de *Platen* y el sucesor de *Goethe*, para la literatura oriental. Él es el poeta eminentemente cosmopolita, á quien la poesía en todas las lenguas habla un solo lenguaje, que resonó en el paraíso ántes de haberse corrompido en el

campo terrenal. Y ¿quién lo creeria? Hay quien dice en Alemania de ese genio de alta fama, que recogia la esencia de los ingenios del mundo, los granos de oro de todas las poesías para esparcirlos sobre el campo aleman, y que hacía suyas las formas y melodías extranjeras: «*Rückert* no es un verdadero poeta, sino sólo un aficionado á la poesía.» Eso equivale á decir de *Góngora*, que presentó la mayor riqueza de imágenes, la mayor variedad en las formas, la mayor fuerza en el color, la mayor lozanía en el estilo: «Todas las poesías del vate cordobés se parecen á la lobreguez de una noche encapotada.»

Negar el estro poético á *Rückert* es negar los rayos al mismo sol.

Como la personalidad de *Rückert*, así tambien sus producciones son una amalgama extraña de suavidad y aspereza, de dulzura y robustez, de halago y nervio, de gracia ligera y festiva y gravedad varonil, de finura y estatura heróica, de discreta reflexion y fuego de la inspiracion lírica, de candor aleman y brillantez oriental. Si hubiese aún vivido en el año actual, cuando el Shah de Persia pasó por Europa, éste le hubiera saludado indudablemente cual *Firdusi* aleman, cual *Hafis* germánico, cual *Shah* de la poesía persa. Hay tanta variedad de tonos en las creaciones de *Rückert*, que parece impo-

sible que el mismo vate haya producido los *Sonetos heróicos*, *La Primavera de amor*, *Las Rosas de Oriente* y las *Canciones á Amarílis.*

Hijo del poético rio Mein, como *Goethe*, y de la bella Franconia, cuna de tantos trovadores, del zapatero-poeta *Hans Sachs* y del célebre *Platen*, nuestro *Federico Rückert*, el poeta clásico de los lirios y de las rosas, que me recuerda los dulces versos de *D. José Selgas y Carrasco*, y las exquisitas y delicadas cantilenas de *D. Estéban Manuel de Villegas*, vió la luz en Schweinfurt el 16 de Mayo de 1788, cuando la naturaleza toda se levantaba fecunda en flores, y cuando los ruiseñores lucian su voz en armoniosos trinos. Su padre era abogado. Estudió Derecho y despues Filología en Jena. Es en extremo interesante echar la vista en el alma del jóven poeta en 1813, mirar el cáos de sus varios proyectos, de sus estudios de la literatura *española*, italiana y alemana, el revuelto tropel de sus pasiones, el diluvio de sus romances y sonetos, dorados por un rasgo de amor, cuando ya se acercaba el estruendo de las armas, el clamor de la guerra de la Independencia, la planta de hierro del destino.

« A menudo me digo á mí mismo—escribe en 1813 á su amigo, el baron de Stockmar—que la poesía es mi único campo de batalla, y, no obstante, el ruido de las armas, resonando por mi soledad, me des-

pierta á veces en medio de mis trozos de papel. ¡Ojalá que pudiera sacudir la poesía, que me abruma más que una mujer y diez rapazuelos! Entónces estaria yo en medio de los voluntarios prusianos. Pero eso será imposible, si no se hacen humo todos mis proyectos. Adjunta te remito una poesía contra los franceses, que bastará cual vanguardia ligera de otras tropas que han de formarse despues.»

Ántes de lanzar sus famosos sonetos patrióticos, *Rückert* compuso una corona de sentidos y armoniosos sonetos en memoria de una adorada, ya difunta, la bella *Agnes*, niña de 16 años. El dolor del poeta se explaya con acentos tan tiernos y verdaderos, que penetra el corazon como las odas de *Lope* á la *barquilla*, aquellas célebres elegías en que Fabio llora la muerte de Amarílis.

Desde hace casi dos siglos, á saber, desde *Pablo Flemming*, ningun poeta aleman habia escrito sonetos, y nadie sonetos tan perfectos como *Rückert*, el primer petrarquista germánico, de modo que *Platen* le llamó el «tercer autor de sonetos al lado de Petrarca y de Camoens.» Pero recordando tantos bellísimos sonetos *españoles*, los sonetos amorosos de *Garcilaso*, los sonetos bucólicos de *Francisco de la Torre*, los de *Fernando de Herrera* y de *Francisco de Rioja*, la elegancia y la perfeccion de los sonetos de *Juan de Arguijo*, el magisterio con que los *dos*

Argensolas manejaban el metro de Petrarca, los sonetos de *Lope de Vega*, *Góngora*, *Arjona*, *Espronceda*, y en nuestros dias los magníficos sonetos de *Francisco Rodriguez Zapata* y de tantos otros inspirados poetas, diré que *Rückert*, á quien siguieron *Platen* y *Guillermo de Humboldt*, alcanzó en sus sonetos la galanura *española*, el lujo poético, los colores bellos é ingenuos, la armonía y rotundidad en los versos, la bizarría de expresion, la lozanía, la pompa, la grandeza, las gracias propias y nativas de los vates de Hesperia. Ningun ritmo corresponde más al talento peregrino de *Rückert* que este metro lírico-didáctico, por ser un conjunto de sentimiento y de contemplacion, de movimiento y de quietud.

Desde Petrarca, el soneto dulce y sonoro, ameno y halagüeño, habia sido el metro clásico para cantar el amor á Baco y á la primavera; pero *Rückert* es el primero que le dió la robustez y el nervio, la fuerza guerrera, los sonidos de la trompa bélica, la expresion de la ira, el tono ditirámbico de la victoria en sus patrióticos sonetos, titulados *sonetos acorazados*, que salieron á luz en 1814, colocando á su autor al lado de los *Arndt* y los *Koerner*, los bardos y valientes que supieron hacer nacion.

Se necesitaria el talento de *Jáuregui*, el esclarecido traductor del *Aminta* de Torcuato Tasso

para verter al castellano aquellos sonetos en que la cadencia, la belleza de la forma, está en armonía con el raudo vuelo de los pensamientos. Me limitaré, pues, á decir que *Rückert* dedicó un sentido soneto á *Teodoro Koerner*, el autor de la cancion *La Caza atrevida y fiera de Lützow*, y de tantos otros cánticos guerreros. Ya he dicho en otro capítulo que entre los voluntarios de *Lützow*, los camaradas de *Koerner*, habia tambien *españoles*. Así, un amigo mio, el jóven y amable poeta *D. Pedro María Barrera*, ha enaltecido tambien las glorias españolas, accediendo á mi ruego de verter al castellano la cancion titulada:

LA CAZA FIERA DE LÜTZOW.

Héla aquí:

I.

¿Qué es lo que brilla á los rayos
Del rojo sol en la selva?
Ruge, y del rugido el eco
Se oye cada vez más cerca.
Ya bajan filas sombrías
En ordenada carrera,
Y el són de trompa estridente
El alma de espanto llena.
Si á los *Camaradas Negros*
Preguntais por tal empresa,
Contestarán: —Es de Lützow
La caza atrevida y fiera.

II.

¿Quiénes son los que entre ramas
Á traves del bosque vuelan,
Y corren de monte en monte
Las cimas tocando apénas?
Ya es de noche: ya se emboscan:
Silba el ¡hurra!, el plomo truena,
Y los esbirros franceses
Mueren mordiendo la tierra.
Si á los *Cazadores Negros*
Preguntais por tal empresa,
Contestarán: —Es de Lützow
La caza atrevida y fiera.

III.

Allí do crecen las vides
Y raudo el Rhin se despeña,
Creyó encontrarse el tirano
Libre de toda molestia.
Pero, cual rayo, veloces,
Ellos las ondas revueltas
Cruzan con brazo robusto
Y alcanzan la orilla opuesta.
Si á los *Nadadores Negros*
Preguntais por tal empresa,
Contestarán:—Es de Lützow
La caza atrevida y fiera.

IV.

¿De qué batalla el estruendo
Ronco en el valle resuena?
Jinetes de alma indomable
Luchan allí como fieras;
Chócanse los escuadrones,
Los aceros centellean,
Y brota, entre fuego y sangre,

El sol de la independencia.
Si á aquellos *Jinetes Negros*
Preguntais por tal empresa,
Contestarán:—Es de Lützow
La caza atrevida y fiera.

V.

¿Quién espira entre enemigos
Que gimen y se revuelcan?
Ya la muerte descompone
Todos los rostros que besa.
Los héroes pierden la vida,
Pero sin miedo ni pena;
Pues por la patria lidiaron
Y en salvo la patria queda.
Si alguno á los *Héroes Negros*
Pregunta por tal empresa,
Contestarán: —Es de Lützow
La caza atrevida y fiera.

VI.

Sí, sí, la caza alemana,
Caza audaz, caza sin tregua,
Que á verdugos y tiranos
Abre sepultura eterna.
Vosotros que nos amais
Dejad el llanto y las quejas,
Que ha de ver libre á la patria
El dia que ya alborea.
Y si hoy vencemos muriendo,
Desde hoy nuestra descendencia
Siempre dirá: —Fué de Lützow
La caza atrevida y fiera.

Alemania tenía su *Koerner*, su *Arndt*, su *Rückert;* y la desgraciada *España* de hoy tiene su ***Ruiz Aguilera***, el cual, como el buen samaritano, pone

un bálsamo en la herida de la patria, contestando á Vicente Barrántes:

«¡No! No es raza envilecida
La heredera de mal grave,
Que, sin tino,
Aspirando á nueva vida
Va cual ciego que no sabe
Su camino.

—

¡Patria mia! Los que, crueles,
Te juzgaron vil matrona
Degradada,
Despues viéronte en laureles
De Bailén y de Gerona
Coronada.

—

Si otros pueblos de la gloria
Hoy reciben los honores
En el templo,
No compraron la victoria
Mas que á costa de dolores
Sin ejemplo.

—

Yunque eterno las naciones,
Sobre él labran incesantes
En pelea
Mil y mil revoluciones,
Como cíclopes gigantes,
Cada idea.

—

¡Oh legion, sagrado coro
De poetas..... adelante!
¡Dios no engaña!
De esperanza y fe, sonoro,
Diga el himno triunfante:
«¡Viva España!»

Pero volvamos á nuestro *Rückert.*

Si los *sonetos acorazados* se reputan justamente por una gloria de nuestra literatura, no puede decirse lo mismo respecto de las poesías en que *Rückert* se burla de los vencidos, mofa indigna de un hombre honrado, de un caballero, de un verdadero aleman. Es extraño que los poetas alemanes hayan sido ménos justos para con el vencido, ménos justos para con Napoleon, que los generales alemanes y el mismo pueblo aleman. Despues de la caida del gigante, el ódio del pueblo germánico se apagó, la suerte trágica purificó al héroe de sus lunares, la nube, que ya desde 1806 habia principiado á cubrir su gloria, desapareció por encanto, y los alemanes vieron al ilustre desterrado con simpatía y compasion en su lecho mortuorio, rodeado de pocos leales, y volvieron á ver en el finado lo que en él es inmortal. Sabido es que tambien *Gneisenau*, el más espiritual de los generales que combatian contra Napoleon, le llamó un «Prometeo encadenado», y que *Hegel* le comparó con los tres corifeos de la historia universal: Alejandro el Grande, César y Carlo Magno, miéntras que un profundo sentimiento anti-napoleónico impedia á los *Rückert* y á los *Arndt* hacer justicia al «hombre del destino.»

Amamos, en cambio, á *Rückert*, estrechándole la mano cuando logra conmover el corazon, como,

por ejemplo, en las tres endechas consagradas á los sepulcros de Ottensen, pueblo vecino de Hamburgo: el primer sepulcro es el de 1.200 infelices que, expulsados por el gobernador frances, el cruel Davoust, murieron de miseria, hallando una sepultura comun en la pradera de Ottensen; el segundo sepulcro, hallándose en el muro de la iglesia de Ottensen, contiene los restos del duque Cárlos Guillermo Fernando de Brunschwik, el patriótico general que, herido en la batalla de Jena, acabó su vida en Ottensen, donde descansa rodeado de aquellos 1.200, como general de un ejército de desgraciados. El tercer sepulcro es el de Klopstock. No hay, pues, lugar más santo para los buenos alemanes que el cementerio de Ottensen, y no hay elegías más sentidas que aquellas tres de *Rückert* que salieron á luz en 1817, formando parte de un libro de cantos titulado *Corona del tiempo.*

Pero cuando la reaccion defraudó las esperanzas de los buenos alemanes, cuando una guerra grande habia concluido por una paz pequeña, la musa de *Rückert* huyó enojada y disgustada de Alemania, hallando solaz y gratísimo consuelo en los cantos eróticos y en los mágicos huertos de Oriente. En 1817 estuvo en Roma, la metrópoli del arte, participando de las fiestas de los artistas alemanes *Cornelius*, *Overbeck* y otros, y en 1818 conoció en Vie-

na al distinguido orientalista *Hammer-Purgstall*, que le introdujo en las bellezas del Oriente, tan simpático para el genio florido de *Rückert*, cuyo verdadero elemento era la sabiduría brahmina y el amor enriquecido con las galas de la fantasía oriental, con el aroma de lirios y rosas.

El fruto más sazonado de sus estudios orientales es el cielo de poesías titulado *Primavera de amor*, una novela amorosa en 300 cantos, cuya heroína es la bella y simpática *Luisa*, la que fué la esposa de *Rückert* en Diciembre de 1821. ¡Qué verdad tan poética, qué sentimiento, qué delicadeza, qué ardor, qué gracia, qué candor, qué claridad, qué variedad hay en aquel maravilloso poema aleman-oriental, un verdadero evangelio de amor que nadie podrá leer sin creerse enamorado! Dice el célebre *Juan Pablo Richter*, cuya musa soñaba tantas veces sentada en las orillas del Mein: «El amor puro es una poesía breve, así como la poesía es un amor largo.» Pero en *Rückert* amor y poesía eran áun más: su amor era una poesía que concluyó sólo con su vida, y su poesía era un amor eterno. Uniré, pues, los apuntes biográficos de nuestro vate con la descripcion de sus composiciones poéticas.

Ya ántes de la *Primavera de amor*, *Rückert* habia pintado con verdadera candidez alemana una pasion de amor, pero una pasion sin corresponden-

cia, en sus lindas poesías á una ingrata, á su amada *Amarílis* que, á pesar de su halago, no acertaron á conseguir de la dama lo que no habian podido los rendimientos y obsequios del galan. En cambio la *Primavera de amor*, un conjunto sin par de escenas de amor, es la historia de dias de gloria de nuestro trovador que ama á su querida, la rosa del verjel de sus amores, obedeciendo á una fuerza celestial, á una necesidad, á un encanto peregrino, amando á su amiga como la rosa á su rosal, como el sol á sus fulgores. Aquellas poesías, rivalizando con algunas de *Hafis*, son ejemplares de abundancia, de sensibilidad y de jugo. Hay entre ellas algunas que me recuerdan tambien las letrillas españolas y los cantares de *Melchor Palau*.

No hay cantares españoles más bellos que los de *Rückert*. Me he atrevido á verter al castellano el siguiente, que caracteriza bien el alma enamorada de la apasionada jóven, vírgen de amor:

Desde el dia que le quiero,
Madre mia, te amo bien,
Porque á tí debo la vida
En que brilla tal placer.

¿No es tan delicado el pensamiento de este cantar como el que está expresado en la siguiente cancion popular de los españoles?

«El dia que tú naciste
Nacieron todas las flores,
Y en tu pila del bautismo
Cantaron los ruiseñores.»

Tambien los tercetos que Garcilaso introdujo en la poesía castellana usa *Rückert* con la gracia propia del vate español y del poeta frances-aleman *Chamisso.*

Despues de haber pasado una temporada en el castillo de Nuremberg, donde *Platen* le visitó disfrutando sus consejos literarios, *Rückert* fijó su residencia en Coburgo, en 1820, siendo á la vez sabio y poeta.

En las *Rosas de Oriente*, que siguieron á la *Primavera de amor*, en 1822, el poeta amoroso, á quien la musa de su vida, el ángel de su esperanza, su Luisa, tesoro de virtudes, fresca y pura como Abril, dió en su beso regalado el néctar de su amor, se manifiesta de repente como cantor del Baco oriental, de vino y de ninfas bellas. ¡Oh maravilla! El tierno Villegas se convirtió en el festivo y sensual Baltasar de Alcázar. No lo extraño sin embargo, pues el verdadero poeta es un Proteo, y

«Todo rumor que se extiende,
Todo aroma que se escapa,
Toda luz que el aire hiende,
Toda la vida que empapa
El universo y desprende;

Todo el poeta lo acoge
Y en sus versos lo interpreta :
Esos son
Los amores del poeta» (1).

En 1826 nuestro *Rückert* fué profesor de los idiomas orientales en la universidad de Erlanga. Allí escribió las *Makamas de Hariri*, en que la musa alemana lucha con gloria suma con la musa persa de Hariri que, natural de Basra, vivió desde 1068 á 1138 y cultivó con gran talento el ritmo de la Makama, inventado un siglo ántes por el poeta persa Hamadani. Las makamas de *Rückert* no son una traduccion, sino una imitacion libre, así como tambien el delicado poema épico *Nal y Damajanti*, que salió en Erlanga en 1828, cual fruto de estudios indios y cual monumento eterno de la fidelidad de la mujer, la cándida y pura Damajanti, que nos encanta como la Ifigenia de la antigüedad pintada por Goethe, y como la Gudrun de la Edad Media.

Otra imitacion no ménos feliz, la de una parte del gran poema « el Shah-Nameh » del poeta persa *Firdusi*, debemos á *Rückert*, á saber, el poema épico *Rostem y Suhrab*, que salió en 1838 representando en toda su fuerza al antiguo heroismo.

---

(1) D. Jerónimo Borao.

Pero la mayor obra de *Rückert*, la que le hace el mayor poeta didáctico de los alemanes, es la *sabiduría del brahmino*, que vió la luz en 1836. Esta es un mar de pensamientos, epigramas, sentencias, parábolas, cuentos y fábulas escritas en alexandrinos.

Dignas de ser mencionadas son tambien las canciones del chino *Confucio*, imitadas por *Rückert*, que usó una version latina del texto chino. En los años de 1836 á 1839 publicó cuentos y cantares árabes y persas, y en 1839 los cuentos de los brahminos, escritos en alexandrinos. Entre dichos cuentos se distingue el que se titula *Sawitri*, pero sería prolijo hablar de todas las producciones de tan fecundo poeta, el hijo amado de la gloria, que alimentó sus ritmos con su vida. Paso, pues, en silencio el poema didáctico escrito en alexandrinos, *La vida de Jesus*, en que *Rückert*, que en su *Primavera de amor* principió por tener la sencilla y piadosa fe cristiana, y que en Erlanga, lleno de alegría oriental, concluyó repudiando los dogmas del cristianismo que convierten el mundo en un valle de lágrimas, no alcanzó en ninguna página las bellezas sublimes del Evangelio.

Siguiendo la vocacion del rey de Prusia, Federico Guillermo IV, que le nombró profesor de las lenguas orientales en la universidad de Berlin, llegó

á la córte de Prusia en 1841. Pero el amante de la naturaleza, que blandamente recostado bajo la linfa de fontana pura, eximiéndose del mundanal ruido y apartado de las pompas vanas, pasaba los veranos en el pueblo de *Neuses*, vecino de Coburgo, donde hallaba la soledad del campo, el reposo del puerto dulce y seguro, no podia gozarse durante los inviernos en la arena de la bulliciosa capital, y usando la mofa con que Lope habla del Manzanares, se burlaba del rio Sprea, que como cisne entra en Berlin, para salir como puerco. Disgustado por la atmósfera de la córte, nuestro *Rückert* se hizo solitario, y su única satisfaccion consistia en dar un paseo por la histórica calle « Los Tilos », que le presentaba la página más bella del libro de nuestra patria.

En Berlin escribió sus dramas históricos, que en vez de dramas llamarémos cuadros del desarrollo de la humanidad. Distínguese entre ellos *Cristóbal Colon*. ¡Qué palabras tan bellas dice en aquel drama el prior del monasterio de la Rábida (1) á Cris-

---

(1) Recuerdo con gusto los versos que mi amigo *D. Fernando de Gabriel* cantó en 1855 con motivo de la restauracion del monasterio de la Rábida:

« Héroe inmortal, á cuya voz un mundo
Brotó del seno de los anchos mares,
Digno premio á tu esfuerzo sobrehumano;
Regocíjate ¡oh genio sin segundo!
Hoy que restaura tus piadosos lares
Un príncipe de aliento soberano. »

tóbal Colon: «Cristóbal te llamas, y como tu santo, has de llevar á Cristo por encima del mar en alas de tu entusiasmo, trasportando la luz del orbe á un nuevo mundo. Te llamas Colon, y has de colonizar el nuevo mundo, llevando en ambas manos la espada y la cruz.»

Feliz el poeta á quien la fortuna concedió pasar cantando el otoño de su vida en la idílica villa de Neuses, donde habia vivido y cantado su primavera de amor! Desde Marzo de 1848 hasta el fin de sus dias, vivia el sabio *Rückert* en la soledad de Neuses, pareciéndose á una encina de los sagrados bosques de Germania, á un olivo de las tiendas de Abrahan, á la palmera solitaria de Abderrahman, á una fuente cristalina que susurra entre mirtos y entre rosas y corre por encima de arena de oro. Será siempre uno de mis más queridos recuerdos haber estrechado, cuando estudiante, en 1858, la mano del venerable y majestuoso anciano que ya por su estatura gigantesca, por los sueltos rizos de sus cabellos largos que ondeaban sobre sus hombros, y por su frente vigorosa, recordaba las edades pasadas de los héroes, miéntras la sonrisa, ora sentimental, ora irónica, de sus labios, y la pipa larga en su boca, le daban una expresion simpática. *Rückert* no era sólo la palma inmortal, la planta real, en que se mira el sol del mediodía, sino tambien el verdadero

aleman, el genuino hijo de Neuses. Aquel pueblo gentil, bañado por el Lauter, representando la mayor variedad de montaña y llanura, de selva y pradera, de campo y parque, de soledad y ruido, se retrata tambien en los clásicos ritmos de *Rückert*, que allí habia recibido las primeras impresiones de su juventud: el horizonte meridional de aquel cielo que habia iluminado su primavera de amor, encerró el paraíso de su infancia, el país natal de sus sentimientos y de sus poesías, y el teatro de la pasion juvenil que le habia inspirado la zagala Amarílis. Aquí, en el Norte de Franconia, que se extiende en la márgen meridional de la selva de Turingia, habia respirado en la feliz edad de flores con el aire embalsamado los recuerdos de Dante y de Petrarca, y aquí habia hallado el estilo primoroso de sus sonetos en el sepulcro de la delicada Agnes, y le habia limado en el fuego de su pasion á Amarílis, la ninfa alemana de aquel Vaucluse de Franconia; aquí se dedicó todavía el anciano á la contemplacion poética de la naturaleza, á las dulces ilusiones de la risueña estacion de los amores, á los ensueños de jazmin y oro y á las inspiraciones del estío. Aquí le rodeó el recuerdo histórico de *Lutero*, que, segun la tradicion, habia escrito su mágico canto religioso *¡ Una atalaya firme es nuestro Dios !* en aquel antiguo castillo de Coburgo, que podria llamarse el tipo,

el modelo y la ilustracion de una firme atalaya.

Sereno tendia el cielo su manto sobre el vate, hasta que en 1857 murió el eco encantador de su primavera de amor, el manantial de sus dulces alegrías, su estrella bienhechora, la luz de su existencia, la flor de la maravilla, su querida esposa *Luisa*, que brillaba así en la vida como en los versos del poeta.

Contemplando su vida y sus versos, decia el bardo: «Estoy contento, pues contenta ha de ser el alma que aspira á la perfeccion.»

Los últimos acordes de su musa los consagró á la patria, á Schleswig-Holstein, en 1864.

«Creo oir los murmullos de las fuentes del paraíso», decia en sus últimos dias á su hija María, y siguiendo la vocacion del Señor de la armonía, que sobre la tierra hace poetas y en el empíreo hace sonar coros de ángeles, falleció el gran bardo el 31 de Enero de 1866: los alelíes, los lirios y las rosas, todas las flores que en el mundo enseñan á amar, y las auras y fuentes que suspiran, y los ruiseñores, cuyo corazon es un raudal de música y cuya última armonía es el último suspiro de su amor, habian perdido su cantor.

Murió él, que habia derramado sobre el idioma aleman un espíritu de Pentecostes, haciéndole hablar en todas las lenguas, y que habia aumentado

la lengua alemana con palabras y locuciones más que *Herrera* la lengua castellana. Murió él, para quien la poesía era un idioma nativo, una lengua innata. Murió él, que habia sido otro *Frauenlob*, el cantor de las damas, el cantor del amor, y entre los que le acompañaron á la última morada, se vieron tambien las mujeres de Coburgo, llorando por él, que fué puro como el aliento de los jazmines.

Llorando por la muerte de *Rückert* pienso yo en su bellísima cancion *La Flor moribunda*, en que la flor, naciendo apénas por el beso de Mayo, se queja de su triste suerte, suspirando: «Otras flores, semejantes á mí, brotarán despues de mí, pero entónces yo habré dejado de existir.» Poco despues el enojo y la cólera de aquella flor, gracias al sol, se deshacen en lágrimas, y la flor moribunda dice resignada al sol: «Acoge mi vida fugaz ¡oh sol eterno! Hasta el dolor de mi alma ahuyentas por tu rayo, y todo lo que me llegó de tí te lo agradezco al morir. Te agradezco el manso vuelo de las auras, los céfiros apacibles, las mariposas, que trémulas é inocentes, plegaron sus lujosas galas en mi seno; te agradezco los ojos que encantó mi fulgor y los corazones que disfrutaron de mi aroma. Te agradezco por haberme creado de aroma y fulgor. Cual adorno, aunque pequeño, del mundo, me dejaste florecer en el campo terrenal como las estrellas en el cam-

po celestial. Mi postrer aliento no ha de ser un suspiro, echaré la vista otra vez hácia los altos cielos y al mundo encantador. ¡ Oh sol! corazon de fuego del mundo, déjame apagarme en tí. ¡ Salve, oh primavera, á tus galas! ¡ Salve, oh auras matutinales, á vuestro vuelo! Sin duelo me adormezco, sin esperanza de levantarme.»

Seis años dormia ya el bardo del amor en el cementerio de Neuses, cuando de repente, en el año de 1872, él mismo hablaba—¡oh maravilla!—desde la tumba á nuestro corazon, en nuevos sonidos, en mágicos acentos. Pues el hijo del poeta, el ilustre catedrático de la Universidad de Breslau, Enrique Rückert, publicó un tomo de cuatrocientas cuarenta y ocho canciones y elegías que *Federico Rückert*, el poeta lírico que hasta su senectud hallaba en sus lares, en el seno de su familia, una fuente inagotable de inspiraciones, trasladó al papel como lágrimas y perlas desde 1833 á 1834 en el lecho mortuorio y sobre el sepulcro de sus dos niños favoritos que bajaron á la tumba, la hija Luisa, en la tierna edad de tres años, el niño Ernesto á los cinco de edad. El mundo no conocia aquellas elegías que llegan al alma cual acentos peregrinos de un arpa eólica, recordándonos dos ángeles muertos hace ya 38 años. No hay nada en la literatura que pueda compararse con aquella preciosísima obra pós-

tuma, con aquellos mil detalles poéticos, con aquel brillante tropel de elegías, sino las treinta y ocho que mi amigo *Ruiz Aguilera* dedicó á la prenda de sus entrañas, su querida Elisa. En las elegías de *Rückert* no hay frio estoicismo ni sentimentalismo exagerado. Llorando por los desprendidos pedazos de su sér, nos describe el tierno padre el dolor de los dolores ante dos cunas vacías:

Ya no hay en mi casa,
Ya no hay alegría.

Pero describe su dolor cual varon fuerte, cual ingenio eminente que sale airoso de la lucha con los golpes crueles del destino, diciendo con Calderon: «Cobardes son las calamidades, pues siempre llegan en tropeles.» Y clamando con el romancero español: «Con los ojos de mi alma vos miro claros como ántes, pero con los ojos que vos miraban lloro por haberos perdido.»

En una de aquellas canciones coloca *Rückert* el consonante en medio del verso, al modo de los árabes, lo mismo que *Garcilaso* en su Egloga segunda.

Perdiendo sus niños, el poeta ganó joyas líricas, tesoros de sentimiento, galas del mundo, derramando sobre los cadáveres de sus hijos los rayos divinos de la poesía. Por una delicadeza infinita quitó aquellos cantos sagrados del dolor paternal á la vista de los hombres, pero ahora, gracias al hijo que sobrevive,

brillan á la luz del dia y en los labios del mundo, juntos con *Federico Rückert* y su esposa, los dos niños *Luisa* y *Ernesto*.

Concluyo con las palabras de *Carolina Coronado:* « Al poeta su mismo dolor le sirve involuntariamente para rendir culto á la gloria. »

X.

El poeta Luis Uhland.

Hay quien dice en España: Me gusta más Tamayo que Moratin, Espronceda que Meléndez, Quintana que Cienfuegos, Fernandez-Guerra que Forner, Cañete que Huerta, y Hartzenbusch que Iriarte. Y en Alemania dicen muchos: Nos gusta más *Uhland* que *Rückert*. Pero á mí me ocurre la frase de Goethe cuando se disputaba sobre quién era el mejor poeta, Goethe ó Schiller: « Los alemanes debian celebrar el tener dos hombres como Schiller y yo. »

Rückert y Uhland son dos glorias alemanas; no puede decirse más sobre este punto.

Rückert, produciendo composiciones poéticas en cada momento de su existencia, se parece á un árbol siempre verde, en que nuevos brotes reemplazan en seguida las hojas caidas; miéntras en Uhland, que luchaba cual incansable héroe con las rudas

fuerzas de la vida y con las grandes empresas de la ciencia, escribiendo siempre una prosa excelente, la Castalia fuente intermitia su curso á veces durante largos años. Rückert es el vate lírico que expresa sus sentimientos individuales; las flores de su poesía brotan del tronco de su personalidad; miéntras Uhland es el poeta épico, representando en sus cantos los sentimientos de otros, ó refiriendo sus sentimientos á contemplaciones históricas, pues, segun él mismo decia á su esposa á los setenta años de su edad, no le gustaba la poesía que, apartándose del pueblo, expresa sólo los sentimientos individuales, sino que, como en España D. José Zorrilla, queria la poesía que tiene sus raíces en la religion, en las tradiciones y en las costumbres de su nacion, y si se ocupó en las literaturas *española* y francesa y en la escandinava, lo hizo casi sólo en cuanto éstas tienen relacion con la literatura y la historia del pueblo aleman. Rückert es el aleman cosmopolita; Uhland es aleman, y no más que aleman; es á la vez el patriota y el poeta de Suabia, cuna del canto; es el bardo clásico del rincon que le vió nacer, y al cual dedicó sus cantos en la primavera de su vida, convirtiéndole en el santuario de su musa; y debia hacerse verdaderamente nacional, porque, imitando el ejemplo de Goethe, se sumergia en los mitos germánicos, en los escritos de nuestra anti-

güedad, en nuestra poesía popular, empresa digna de ser recomendada á cada vate aleman, segun Uhland escribió ya en 1809 á su amigo el poeta Cárlos Mayer.

La corona de las poesías de Uhland, aunque no brille por la abundancia, luce por la variedad de sus ramas, flores y frutos, y por el más noble perfume. Uhland es el cantor, así de lo grande y heroico, como de lo tierno y delicado; es el cantor de la tímida inocencia, de la infancia feliz, de las cándidas vírgenes, más puras que el rayo azul con que despunta el dia, y de las mujeres bellas, que el poeta llama «la luz del canto.» Como los bardos de que habla en su grandiosa balada *La Maldicion del bardo*, cantó la feliz pasada edad de amor y ventura, la hermosura de las damas, y la libertad,

«Y da tema á su cancion
Cuanto ennoblece la vida
Y da aliento al corazon:
La virtud esclarecida,
La sincera devocion» (1).

Despreciando la pompa y los honores de la córte y amando á la naturaleza, se parece Uhland al héroe de una de sus baladas, escrita en Setiembre de 1816,

(1) D. Jaime Clark en su excelente traduccion de *La Maldicion del bardo.*

El Copero de Limburgo, recordándonos los tiempos de las antiguas repúblicas. Aquellos versos sublimes que cito á continuacion en sencilla prosa, «No hay príncipe soberano ni mortal tan augusto que pueda tener sólo en sus manos la riqueza de todo derecho para darla á los pueblos cuándo ó cómo le parezca», ¿no son dignos del mejor repúblico?

El genio de Suabia decia á Uhland lo mismo que él hizo decir al amante ante los restos frios, ante la yerta faz de su querida en la sentida cancion popular, la corona de las canciones, *La Hija de la ventura*: «Ántes te amaba, hoy te quiero, y te amaré eternamente.» Y cada aleman contesta: «Ántes te amaba, hoy te quiero, y te amaré eternamente.»

Los cantos de Uhland tienen por base la sencillez, la verdad, la honradez, y las bellezas que nos presenta parecen arrancadas del seno mismo de la naturaleza, cuyo retrato animado son.

Eternamente vive en sus poesías la naturaleza de su hermoso país natal, la ciudad de *Tubinga*, coronando el monte, con su viejo alcázar cuadrangular, con sus viñas, con sus jardines, con sus valles de esmeralda dorados por el sol, con el frondoso, solitario, apacible y melancólico valle del Ammer, y con el risueño valle del Neckar, adornado de añejos tilos, con las dos capillas que miran hácia el valle y

con la montaña llamada « Alb de Suabia », famosa por las ruinas del castillo de los Hohenstaufen y el alcázar de los Hohenzollern.

En Tubinga debia aprender el jóven Uhland lo que es el aliento de sus poesías patrióticas, el amor á la justicia, pues el emblema de la ciudad es un hombre enrodado, una tosca figura que se ve en el desnudo muro exterior de la iglesia colegial. Segun la tradicion, dos mozos, el uno rico, el otro pobre, regresaron á sus hogares, concluido su aprendizaje, y ante las puertas de Tubinga convinieron en que el pobre entrase primero en la ciudad, llevando el traje del rico, para sorprender á sus padres. Pero cuando así lo hizo el pobre, despertó la sospecha de los padres del rico, y éstos le acusaron, y el infeliz fué torturado y sufrió tanto, que al fin se declaró culpable, y luégo fué enrodado cual asesino. Dos dias despues llegó su compañero, que derramó amargo llanto al oir la funesta relacion de lo ocurrido, y la ciudad, arrepentida, eternizó el recuerdo de su culpa por aquel suceso, inspirando la justicia á todos los hijos de Tubinga. Y por cierto que Uhland fué uno de los más justos.

En la iglesia colegial de Tubinga, que ostenta por fuera la figura de un dragon toscamente esculpida en la antigüedad en obsequio de San Jorge, el santo tutelar de la iglesia, se inspiró el poeta para

cantar el Siegfried altivo, que, cual otro Jorge, venció á los dragones en selvas y campos. Y recordando el magnífico coro de aquella iglesia, donde en largas filas se ven las piedras sepulcrales de los condes y duques de Wurtemberg con sus esposas, hijos é hijas, que allí descansan, los varones llevando su armadura, las mujeres su traje de monjas, las niñas adornados los cabellos con una corona, escribió Uhland su canto *La Tumba de los antepasados.*

En los cantos de Uhland, como en los de sus compañeros *Gustavo Schwab* y *Justino Kerner*, se refleja tambien la poesía de la vida estudiantil de Tubinga; por ejemplo, en el delicado canto *La Despedida.* Y dice bien mi compatriota Eduardo Paulus: «Hasta en la personalidad de Uhland, que fué extremadamente tímido en sus modales, pero atrevido en su fantasía y en sus pensamientos, se retrata la imágen de Tubinga con sus calles tan estrechas, pero con sus perspectivas grandiosas en su encantadora campiña.»

En las poesías de Uhland viven tambien las capillas de Tubinga y el convento de Bebenhausen, cerca de Tubinga, cuyo refectorio adornan hermosos frescos representando las hazañas de los freires de *Calatrava*, que, segun la bella expresion del rey Sancho III, eran «corderos al tañido de las campa-

nas, leones al són de las trompetas.» Se ve aún, junto con el convento fundado por los condes palatinos de Tubinga, la covacha del mastin, recordando la aficion á la caza que distinguió á aquellos condes palatinos.

Eternamente vive en los cantos de Uhland el último conde palatino de Tubinga, y la dinastía de los condes de Wurtemberg, desde el valiente Eberhardo I y su hijo Ulrico, que vivian en la última mitad del siglo XIV, hasta Eberhardo II, el fundador de la Universidad de Tubinga, que en 1468 hizo una peregrinacion á la Tierra Santa, y, segun la tradicion, quitó de allí, como recuerdo de la corona de espinas del Redentor, una rama de espino que plantó despues en su país en el castillo de Einsiedel, cerca de Tubinga. En el otoño de 1810, cuando Uhland estuvo en París, recordó las florestas de su hermosa comarca, las dulces sombras de su verde país natal, y dando un paseo por el jardin del «Palais Royal», dedicó una sentida poesía á Eberhardo II, espejo de caballería. Tesoros de poesía épica son las baladas consagradas en Junio y Julio de 1815 á Eberhardo I, encanecido en luchas caballerescas y ardides, corazon de hierro respecto de Ulrico su hijo vencido, pero arrodillándose lleno de duelo paternal ante su féretro, amigo y amparo de los aldeanos leales, pero enemigo implacable de

los caballeros altivos y de los merodeadores que, llevando oculta su intencion, se metian por las encrucijadas. Lo que al pueblo español es el Cid Campeador, eso es al pueblo aleman, gracias al mágico pincel de nuestro Uhland, la gran figura de Eberhardo. Levántase ante nosotros el espíritu de la Edad Media al leer aquellas baladas, como si estuviésemos en su mismo teatro, en la ciudad de Reutlinga, vecina de Tubinga, que habla al alma con su magnífica catedral gótica consagrada á la Vírgen Santísima, con los recuerdos de la gran batalla del 21 de Mayo de 1377, en que cayó Ulrico, hijo de Eberhardo I, y con el majestuoso castillo llamado *Achalm*, segun dice la tradicion, á causa del último suspiro de un caballero que, queriendo decir: «¡Ay Omnipotente!» (*Ach Allmaechtiger*), pudo pronunciar sólo las primeras sílabas: ¡Ay Omni...! (*Ach Allm...*) (1).

---

(1) La tradicion que se refiere al castillo *Achalm* me recuerda la palabra española *Almaden*, con que se designa uno de los promontorios más imponentes de la sierra Mágina, en la provincia de Jaen. Dice, respecto de Almaden, don Jerónimo Martin Sanchez: «¿Será arbitraria esta denominacion, ó procederá de alguna corrupcion de lenguaje? Nada de esto: tiene su importancia política y guerrera, como el primer paso de una conquista, en donde no pudiendo subir por sus forzadas pendientes los soldados que capitaneaba D. Hernando Quesada, de la órden de Calatrava, con ánimo decidido de tomar la torre que los moros de

Pero áun cuando Uhland canta los héroes de la Edad Media, aquellos modelos de fuerza y de arrogancia, de grandeza de alma y de entereza de carácter, es el poeta *moderno* que habla, colocando en el templo de su poesía los bustos de nuestros heroicos antepasados, espejos claros, fulgurantes é inflamados de altas hazañas.

Vive en los cantos de Uhland la naturaleza entera cual símbolo de la naturaleza moral. Así el olmo verde en las ruinas del convento de Hirsau, situado en la Selva Negra, é incendiado por los franceses en 1692, recuerda al poeta el árbol que, cual rayo de luz que penetra las tumbas, creció en el monasterio de Lutero en Wittenberg.

Castillos viejos, historias caballerescas, la naturaleza siempre jóven, la primavera en que hasta las espinas llevan rosas, el corazon aleman que no pregunta de dónde el hombre vino y adónde va, sino que está persuadido de que ha de llegar «de la ma-

---

Alhabar defendian en lo más alto del cerro, desde donde hacian una guerra mortal á los valientes que desde Ubeda habian acudido á la toma de los castillos de Cambil; y avisado del retroceso que algunos tercios verificaban por la izquierda de la montaña, pronunció estas históricas palabras: «Que suban, aunque el *alma den.*» Así está consignado en un escudo que perteneció á los señores de Villarrubia, y así lo confirma el infante D. Enrique en una cédula declarándolos dueños de aquellos terrenos.»

no de Dios en la mano de Dios»; el corazon aleman, que en profunda religiosidad se goza el dia del Señor, oyendo en la soledad del campo los sonidos de la campana matutinal, todo eso vive en los cantos inmortales de Uhland, que dió una voz armoniosa á todo lo que le rodeaba. Como el P. Arolas, pudo decir:

«Plácenme historias pasadas
De andante caballería,
Y en ser las noches llegadas,
Olvidar penas del dia
Con los cuentos de las hadas;
»Y luégo en lecho de flores,
Si las hadas me dejaron,
Ir soñando los amores
Que tuvieron y cantaron
Los antiguos trovadores.
»Tambien es bello soñar
Al que sin ver á su dama,
Llegándose á enamorar
Por las nuevas de la fama,
Quiso verla, y surcó el mar.
»Léjos de nativa playa
La muerte fuiste á buscar,
Mísero *Rudel de Blaya*,
Tan delicado en amar,
Tan docto en la ciencia gaya.»

Canta tambien á Carlo-Magno y á Roldan, canta á *Macías, el enamorado*, y á aquel devoto caballero (llamado *Antolinez* por el Romancero) que estuvo en la compañía del conde castellano Garci Fernandez, y oyó una misa, miéntras un ángel, tomando

su figura, peleó en la batalla contra los moros, salvando así el honor del hidalgo que de Dios fué muy abogado.

Inspirado cantor de caballeros honrados, Uhland era tambien un caballero como el que más, enseñando por su vida que

«La caballería dice :
Lustre, honor, lauro, nobleza ;
Home noble no hace tuerto,
Ni de burlas, ni de véras.»

El autor del curiosísimo libro *Histoire du Lied, ou la chanson populaire en Allemagne* (París, 1868), Mr. Edouard Schurée, caracteriza bien á los *Uhland* y *Arndt* con las siguientes palabras : «Si *Uhland*, que es el tipo de la lealtad alemana, hubiese vivido en el siglo XII, habria participado, sin duda alguna, de la cruzada del emperador Barbarroja, y habria muerto con él. Arndt hubiera sido compañero de Odoacro, se hubiese precipitado con una maza sobre las legiones romanas.»

Ocupémonos un momento de la vida de nuestro poeta, que no ménos que á las selvas frondosas, á los pintorescos valles, á los campos feraces, á las tradiciones y leyendas de su país natal y á la honradez, á la lealtad, á la laboriosidad de sus compatriotas, queria á la gran patria alemana, le-

vantándose á la cumbre más alta del amor patrio y del sentimiento nacional.

La gloriosa patria de los altivos Hohenstaufen, la ilustre patria de los sabios Keplero, Schelling, Hegel y Strauss, la celebrada patria de los grandes poetas Schiller y Wieland, la famosa patria de la libertad y de la poesía, la romántica Suabia, donde la vid pomposa, fresca y lozana muestra su fruto, y donde saltadores arroyos fecundan los prados, es tambien el país natal de *Juan Luis Uhland*, que nació en una de las viejas y pintorescas casas de *Tubinga* el 26 de Abril de 1787, hijo del secretario de la universidad.

Ya, cual escolar, acarició la musa, y algunos de sus cantos más bellos, que brotaban sin pena como el perfume de la flor, salieron ya en 1805, por ejemplo, *La Monja*, que el lector encuentra en el lindísimo librito *Poesías líricas alemanas vertidas al castellano por Jaime Clark* (Madrid, 1873). Tributando su homenaje á la vez á Apolo y á Témis, estudió la jurisprudencia desde 1801, recibió la borla doctoral en 1810, y fué durante su vida entera como otro *Fichte*, el hombre inflexible del derecho. En 1810 pasó semana por semana en la imperial París, estudiando los inmensos tesoros de la Biblioteca. Otro inspirado vate, *Chamisso*, era uno de los primeros que ya entónces en París apreció el númen poético

de Uhland, confesando que ningun bardo, despues de Goethe, excitaba su ánimo tanto como aquel jóven. Desde 1813 hasta 1830 habitó la poética córte de Suabia, aquel valle riquísimo por sus vides y las galas de sus flores, el valle apacible de Stuttgart, que presenta una vista extensa hácia gentiles collados é infinitos montecillos.

En 1815 salió la primera edicion de los cantos de Uhland, pero tan lentamente lo bueno se abre el camino, que sólo despues de cinco años trascurridos salió la segunda edicion, á la cual, despues de otros seis años, siguió la tercera.

Uhland era el único poeta de Suabia que en los años de 1813 á 15 se inspiró por la patria y pronunció la palabra altiva *adelante*, la divisa de nuestro feld-mariscal, clamando: «¡Adelante! ¡Buen viento y cercano puerto! ¡Adelante! ¡Oh España é Inglaterra, tended la mano á los hermanos! ¡Adelante! ¡Todos los guerreros, levantad la espada en manos libres!» Al oir aquellas poesías de Uhland, á quien los dulces besos de amor y los tesoros felices de Mayo parecian bicocas cuando se trataba de la patria, creemos oir bramar las selvas germánicas, el árbol sagrado de la libertad alemana, otro árbol de Guernica.

Nuestro poeta, que en 1814 estableció en Stuttgart un bufete de abogado, se hizo despues de la

guerra de la Independencia alemana el abogado del pueblo wurtembergués cuando éste peleó por sus fueros, por su buen derecho, por la Constitucion aprobada en Tubinga en 1514. «El buen derecho del pueblo» resonó desde aquel tiempo en cada canto de *Uhland*, hasta en las baladas de Eberhardo I; pero *Goethe* tenía razon : *el hombre político absorbió al poeta.* Sin embargo, no negarémos que el secreto de la inmensa popularidad de Uhland consiste en su patriotismo acrisolado, en su carácter puro, íntegro y severo, en sus luchas varoniles por el derecho del pueblo durante aquel triste período de debilidades y miserias de los menores Estados germánicos. El derecho, la libertad y la patria; hé aquí las tres estrellas que lucen en las poesías de Uhland, que no tuvo otro anhelo más que el de vagar todavía como sombra por su patria libre, y que empleó todas sus fuerzas en el servicio del derecho, conquistando la corona más bella en el campo espinoso de la poesía política.

En 1830 fué «profesor extraordinario» — así se llaman en Alemania los catedráticos auxiliares, — de la literatura germánica en Tubinga, pero ya en 1833 abandonó la cátedra para dedicarse enteramente á los negocios públicos cual miembro de la Cámara wurtemberguesa, hasta que en 1839 se retiró con su amada esposa, que llamaba suya desde

1820, á Tubinga, en aquella casa gentil cerca del puente del Neckar, rodeada de un hermoso jardin y de una viña, de donde se presenta la vista más magnífica. Con un sentimiento casi religioso pisé los umbrales de la mansion de Uhland en 1872, cuando el poeta se habia ya levantado á los altos cielos donde la vista no lo alcanza, pero en la casa santificada por él, que fué uno de los genios tutelares de Alemania, sentia todavía un aliento de su espíritu.

Durante largos años enmudeció la voz hechicera del vate, cuyo sentimiento poético habian despertado los contornos azules de sus montes patrios, la verdura de los valles de Tubinga, la pradera umbría, el murmullo de la fuente cariñosa, los arroyos que puros acentos modulan, el céfiro volador, las flores que dan al viento su esencia, y la inocente alondra que, remontándose hasta el cielo, canta misteriosas melodías; pero aunque calló el poeta, continuó oyendo en el fondo de su alma armonías divinas. Miéntras el poeta Uhland selló los labios, trabajaba el letrado Uhland, y el fin de todos sus estudios, de todas sus doctas disertaciones, era la grandeza de Germania, la gloria de la encina germánica. No cansaré la atencion de mis lectores con la mencion de todo lo que contienen los ocho tomos abultados, publicados algunos años despues de la

muerte de Uhland, y me limitaré á decir que para su mucho saber y provechosa asiduidad no fué aquello escribir con demasía, y que Tubinga, la cuna de la ciencia de Suabia, inspiró el espíritu del eminente germanista.

Salieron de su pluma tambien dos dramas, sin que éstos hubiesen añadido un nuevo floron á su corona de poeta. En 1848, creyendo ya cercana la primavera de Alemania, abandonó su Túsculo para volver á la escena política, y en el Parlamento aleman resonaron sus palabras: «No lucirá ninguna cabeza en Alemania que no sea ungida con una gota rica de óleo democrático.»

Inolvidable es tambien el discurso que pronunció en Stuttgart el 10 de Noviembre de 1859 con motivo del centésimo aniversario del nacimiento de Schiller. Cuando entónces se inauguró la estatua del gran poeta aleman, resonaron de repente los mágicos acentos de la campana de la iglesia colegial, y Uhland decia en la explosion de su entusiasmo: «Esa es la campana que habrá oido Schiller cuando jóven, esos sonidos habrán dormido en su alma hasta que se hicieron la ilustre *cancion de la campana.* Una campana, una campana universal ha sido tambien la poesía de Schiller. *¡Santo órden, hijo del cielo!* clama el fundidor de la campana en aquel cántico ilustre, pero al órden agrega la vida

alegre en el santo amparo de la *libertad. ¡ Concordia* ha de ser su nombre! concluye el maestro de la campana, y esa concordia no es una concordia inerte, sino una union viva y estrecha de los corazones. Brindo, pues, por esa concordia de los corazones alemanes.»

Para caracterizar más á nuestro Uhland diré que en 1853, cuando los naturalistas alemanes celebraron una fiesta en Tubinga, se levantó un extranjero, que no conocia personalmente á nuestro poeta, para brindar por Uhland. Pero éste, que por casualidad estaba sentado en la misma mesa en compañía de algunos amigos suyos, dijo: «Perdone V., esta fiesta pertenece á los naturalistas, no á los poetas.» Eso irritó al entusiasta admirador de Uhland, tanto que exclamó: «¡Fuera ese sujeto!» Se comprenderá la risa que ocasionó aquel furor entre los amigos del poeta, y éste mismo participó de la risa general miéntras lágrimas de enternecimiento saltaron de sus ojos.

El rostro de Uhland tenía cierta semejanza con el de Kant, y como el ruiseñor, el gran bardo de Suabia no brilló por su apariencia, sino sólo por sus cantos, aquellos cantos que están léjos de bramar con fuerza titánica contra los diques del órden, ó de revelar las profundidades demoniacas de un corazon inescrutable, pero en los cuales viven la

vida y las aspiraciones alemanas desde los tiempos más antiguos. Por eso fué inmenso el dolor de los buenos alemanes al oir la nueva de que el anciano poeta pasó á mejor vida en Tubinga el 13 de Noviembre de 1862.

Ante la tumba del vate ilustre habló un hijo de Suabia, el poeta J. G. Fischer: «Cuando tú aparezcas, ¡oh genio del porvenir! buscarás entre los nombres de los que en la primera fila lidiaron en pro del honor de Alemania, y clamarás: *¡Luis Uhland!*»

Los cantos de tan patriótico poeta, sobre todo el canto del *Buen Camarada*, acompañaron á nuestros soldados tambien en la guerra de 1870. Y el 14 de Julio de 1873, el dia en que hacía sesenta y nueve años que Uhland escribió su magnífica cancion *Los Héroes moribundos*, recompensó Germania, la madre cariñosa, con acendrado afecto las caricias de su hijo, levantando en Tubinga un monumento á la gloria de Luis Uhland. Ante los piés del vate ofrecian perfumes y armonías los sitios que sus obras inspiraron, y guirnaldas tejian á porfía los poetas de Suabia en union de las vírgenes alemanas, por cuya alma casta y pura resuena el laud del cantor de Tubinga, despertando el amor. Dos tiernos niños, parientes del poeta que murió sin hijos, quitaron el velo de la estatua de bronce que ha de ser un símbolo de los lazos fraternales que

unen el Norte y el Sur de Alemania. Pero ¿dónde estaban aquel dia los otros poetas de Germania? ¿Por qué no tributaron, en compañía con sus hermanos los vates de Suabia, flores al genio soberano, recordando los versos de Uhland: «¡Cante en la floresta de los poetas alemanes cada cual á quien fué dado el canto, para que de todas las ramas resuenen las armonías!»

¡Ojalá que luciese el dia sereno en que los poetas alemanes se consideráran como una sola familia, cuyos genios son los *Klopstock*, *Schiller*, *Goethe*, *Arndt*, *Rückert* y *Uhland!*

¡Quiera Dios que aquellos héroes alemanes, con los cuales me acuesto, con los cuales sueño y con los cuales me levanto, aquellos héroes, cuyo corazon no tenía otros agentes que la patria y la poesía, sean celebrados tambien en España, así como en el convento de Bebenhausen (Wurtemberg) lucen en bellísimos frescos las hazañas de los freires de *Calatrava*.

Las auras de Tubinga pregonan las glorias de Uhland, y en breve circundará otra espléndida guirnalda la sombra del gran bardo: el libro que su apasionada esposa escribió en su obsequio, y que en 1865 fué impreso en pocos ejemplares, cual «ofrenda para amigos», saldrá estos dias en una nueva edicion, para ser patrimonio de la nacion entera.

XI.

Guillermo de Humboldt.

Juntos con los héroes de 1813 á 1815 que solemnizaron á Germania con el resplandor de la gloria y la presentaron grande y heroica á la admiracion del mundo; juntos con los grandes varones que nos dejaron eterna enseñanza de lo que se debe á la patria, como lo hicieron Daoiz y Velarde y el Marqués de la Romana, cuya imágen grabó el dedo misterioso de Dios en el corazon de la posteridad; juntos con los *Arndt*, los *Fichte* y los *Stein*, cuyo corazon se dirigia hácia Alemania, el centro de sus amores, como el entreabierto capullo ansía los rocíos de la mañana, deben llamarse tambien dos hombres de la pluma y de la palabra, *Guillermo de Humboldt* y *Federico Ernesto Daniel Schleiermacher*, para los cuales se abrió el templo de la inmortalidad en el momento de la regeneracion espiritual de su patria.

Hablemos, pues, en el artículo presente de *Humboldt*, y en el siguiente de *Schleiermacher*.

Hay estirpes familiarizadas con la gloria. Tal es la gente de los *Humboldt*, los *Schlegel* y los *Grimm*, presentándonos dos hermanos que, unidos como las aves, cruzan la inmensidad del mundo, y á quienes

presta sombra amena el espléndido verdor del mismo laurel, la verde corona, la majestad brillante de la misma palma inmortal.

En otro artículo tendré que ocuparme de *Alejandro de Humboldt*, el naturalista incomparable; el capítulo presente pertenece exclusivamente á su hermano mayor, al gran patriota, estadista y regenerador de Alemania, al gran poeta, al gran prosista, al traductor eminente, al gran crítico, al gran filólogo, al moralista profundo, *Guillermo de Humboldt*, prodigio por la universalidad de su saber y por no haber pertenecido á ninguna edad, siendo ya, cuando jóven, un hombre experto y maduro, naturaleza eminentemente receptiva, figura ideal que cubria su sentimentalismo casi femenil con el velo del chiste; hombre tan modesto como pío, que solia obrar con aquella seguridad y firmeza de la fe, como si el éxito dependiese sólo de sí mismo; corazon leal, tierno y simpático, en que tenian su nido el amor y la amistad, alma privilegiada, á la cual no atormentaban las necesidades, y que necesitaba para su dicha sólo de sí misma, viviendo en sentimientos, estudios é ideas dirigidas hácia las cosas eternas é imperecederas; alma nacida para consolarnos y elevarnos á otros mundos.

Tú, que bebes en las alturas eternas inefables armonías; tú, que repites modulaciones angélicas;

tú, que aspiras un perfume como de timiamas y aromas; tú, que ves una claridad que nos deslumbra, viendo que «el sol no era más que el polvo que pisan los piés del Criador» (1), inspírame desde el cielo para que cuente á los españoles que amaste en la vida la historia bendita de tu glorioso paso por la tierra.

Guillermo de Humboldt nació en Potsdam, cerca de Berlin, el 22 de Junio de 1767, hijo de la ilustre y bien acomodada familia de los barones de Humboldt. Pasó su primera juventud en el castillo de Tegel, situado cerca de la córte de Prusia en la márgen del Havel, y rodeado de un bello jardin. Como morada de los genios, hace *Goethe*, en la segunda parte del *Fausto*, mencion de aquel altanero y hospitalario castillo, mansion de los dióscuros *Guillermo* y *Alejandro*. Desde 1773 á 1777 fué su maestro el célebre escritor de la juventud alemana *Joaquin Enrique Campe*, autor de *Robinson el menor* y del *Descubrimiento de América*, dos obras excelentes que debian encender la fantasía juvenil de *Alejandro*, que habia de ser el rey de los viajeros y el mayor descubridor del siglo. El mismo *Campe*, uno de los primeros alemanes que se ocupó en estudios lingüísticos del estilo y del idioma aleman, habrá desper-

(1) El P. Arolas.

tado sin duda la aficion á la filología en el jóven *Guillermo*, que habia de penetrar, como el que más, en el mundo del espíritu, en el reino de las ideas y en los misterios de la lengua.

Sea dicho de paso que uno de los alumnos de *Campe* fué tambien el padre de la insigne escritora Fernan Caballero, el Sr. Boehl de Faber, el cual, bajo el nombre de Juan, figura entre los jóvenes que entran en escena en el libro, tan ameno como instructivo, *Robinson el menor.*

Juntos entraron el robusto *Guillermo* y el delicado *Alejandro*, en 1787, en la Universidad de Francfort, sobre el Oder, donde *Guillermo* estudió el derecho, y juntos salieron para Goettinga, donde *Guillermo* se dedicó al estudio de la antigüedad y de la filosofía de Kant.

Nadie cultivó el trato de las eminencias de su tiempo, y sobre todo de las mujeres notables, más que nuestro *Guillermo*, que despues de haber viajado por Alemania, Francia y Suiza, conoció en 1789 en Erfurt á *Schiller* y á su novia y á una entusiasta y gran mujer de celestial pureza, Carolina de Dacheroeden, con la cual se casó en 1791, viendo que el amor es el cielo, y que el cielo es el amor, y viviendo en un círculo estrecho en que cada cual era un astro deslumbrador. Como amigas de Guillermo citaré la ingeniosa Enriqueta Herz, que tambien lo

era íntima de Schleiermacher, y la profunda pensadora Rahel Levin, cuyos salones en Berlin eran focos del comercio espiritual. Con Carolina, que participó de los estudios de Homero, de Píndaro y de Herodoto, vivia *Guillermo*, cuyo espíritu anhelante se encumbraba hasta el cielo, una vida independiente y serena, una vida de alto idealismo, consagrada á la perfeccion de sí mismo, al desarrollo de todas sus facultades. Para gozar del trato de *Schiller*, se fijó el afortunado matrimonio, en la primavera de 1794, en Jena, enfrente de la casa del gran poeta, donde pasaron cada noche horas agradables é infinitamente ricas de ideas.

¡Qué organizacion tan feliz fué la de *Humboldt!* No necesitó nada fuera de sí mismo, y, sin embargo, fué siempre capaz de la amistad más pura, pues, segun él mismo dice: «Quien ménos necesite de las dulzuras de la amistad, las disfrutará más, y entónces podrá ofrecerla desinteresadamente, sin mirar por sí, sino por el objeto de su predileccion y cariño. El goce puro de la amistad es entónces el complemento de una existencia afortunada.» Humboldt la halló en Schiller, y nutrió su espíritu con el vigor y la juventud de éste. La amistad de *Schiller* era para *Humboldt* la bienhechora flor de su vida, fresco rocío del cielo, clara luz de la aurora, mañana deliciosa vestida de oro y de jaz-

min, tesoro de ternura, de armonías y perfumes. *Humboldt* se parece á la enredadera gentil, cuyos frescos brazos ciñen las ramas del álamo que le dió sombra. Y este álamo, por cuyas ramas trepó altiva la rica enredadera, brillando pomposa y creciendo cada dia, era *Schiller*. Si *Humboldt* fué un poeta creador y fecundo, lo fué en gran parte gracias á *Schiller;* pero tambien éste preparó y maduró su entendimiento para el trato de *Goethe* sólo en la escuela de *Humboldt*, el consejero más concienzudo, el crítico más competente, el amigo más sincero. Cuando las dudas en su vocacion de poeta abrumaban el alma de *Schiller*, *Humboldt* era el que le animaba con su cariñosa palabra, diciéndole: «V. y *Goethe* podrán alcanzar la cumbre más alta, sin que el uno oscurezca al otro.»

Por la mediacion de *Schiller* conquistó tambien la amistad de *Goethe*, cuyo poema épico *Herman y Dorotea* le inspiró sus *Ensayos estéticos* en el invierno de 1797.

A fines de Abril de aquel año abandonó á Jena y á su querido *Schiller*, para pasar el invierno en París. «¡Ay, qué de veces, suspiraba en 1805, me ocurrió la idea de que el hombre, ansiando lo nuevo, se separa con ánimo tan ligero de lo que constituye su felicidad! Si la incertidumbre de la suerte humana estuviese grabada como debiera en nuestra memo-

ria, en verdad en verdad que ningun hombre de sentimiento abandonaria el puñado de tierra en que primero tuvo la dicha de abrazar á sus buenos amigos.»

En Francia recordó *Humboldt* con dolor lo que habia dejado, la vida alemana con su vigor y su fuerza y con los grandiosos sonidos de la inspirada lengua germánica. Pero en *España*, cuyo suelo pisó por primera vez en el estío de 1799, se detuvo con verdadero entusiasmo para conocer á un pueblo meridional y los inmensos tesoros de la pintura, sobre todo de la escuela española, que se ocultan en aquel rincon de la tierra. Escribiendo *Bosquejos de Vizcaya*, rindió fervoroso culto á aquel pueblo, que ha pasado, segun decia bien el P. Jacinto en sus conferencias de Nuestra Señora de París, «como el pueblo hebreo, á traves de los siglos, adicto á sus primitivas costumbres, y que, gracias á sus libertades seculares, y sobre todo á sus tradiciones morales y religiosas, ha realizado el ideal de la vida rural en un país montuoso, poco favorable para el cultivo.»

Con verdadera pasion escribió *Humboldt* á *Goethe* sobre su inolvidable estancia en las celdas del *Monserrat*, y experimentó una satisfaccion indecible en entretenerse con el párroco de *Durango, D. Pablo Pedro de Astarloa*, sobre el casto idioma éuskaro.

En la primavera de 1800 regresó á París; pero tan grande era su anhelo de hablar otra vez á aquel cura, que ya en la primavera de 1801 volvió á las Provincias Vascongadas, objeto de sus profundos estudios.

Como representante del Gobierno prusiano se fijó en 1802 en Roma, centro así del mundo antiguo como del nuevo, teatro de la historia más grandiosa y creacion del arte que, en su verdadero valor, podrá ser comprendido sólo por los más nobles esfuerzos del alma. En Roma, en medio de los monumentos de la antigüedad clásica, que le inspiraron la magnífica elegía titulada *Roma*, le contó su hermano *Alejandro*, de regreso de su largo viaje, las maravillas del nuevo mundo; y tambien en Roma recibió, en 1805, la noticia de que habia muerto su mejor amigo el gran *Schiller*, héroe sublime que, con ánimo siempre sereno, llevaba la enfermedad encerrándola sólo en su cuerpo, y, como escribió Humboldt, «genio tan meramente intelectual, dispuesto eternamente para todo lo grande, para lo más alto en la poesía y en la filosofía, de una mansedumbre tan constante, de una imparcialidad tan rara, que no se encontrará en mucho tiempo su igual en otro hombre, así como tampoco su arte tan perfecto en el escribir y en el hablar.»

Todavía otras tristes huellas imprimió Roma en

el alma de *Humboldt*, dando tumba, cerca de la austera pirámide de Cestio, á dos de sus tiernos hijuelos. Desde la Ciudad Eterna, donde fué ministro plenipotenciario desde 1806, el jefe de la ciencia, nuestro héroe, fué llamado en 1808 al lado de *Stein* y de *Scharnhorst* para regenerar el pueblo prusiano.

En verdad que dulcificó con gran energía, con gran patriotismo la situacion de la patria, dirigió la instruccion pública en Prusia, introdujo el método de *Pestalozzi* en los establecimientos científicos, y presentó á su Rey el plan de la Universidad de Berlin, que se abrió en Octubre de 1810.

Desde 1810 hasta Diciembre de 1819, el año funesto que selló el triunfo de la reaccion en Prusia, muéstrase *Humboldt* cual eminente estadista, de una grandeza periclea, representando la Prusia cual ministro plenipotenciario en Viena, y participando en 1813 del congreso de Praga, en 1814 del congreso de Chatillon, del primer tratado de paz parisiense, en 1815 del congreso de Viena, y en los años siguientes de la constitucion de la Confederacion germánica. Pero la ingratitud, que hace un papel tan triste en la vida de los grandes hombres, no respetó tampoco á nuestro *Humboldt*, que en 1819 se retiró á la vida privada, renunciando su pension de ministro de Estado, y dedicándose en Berlin, y

despues en el castillo de Tegel, á las ciencias, á su familia y á sus innumerables amigos. Si alguna cosa le halagó, fué el retiro de su hogar, al que llevó la satisfaccion de haber estado en primera fila cuando la patria necesitaba hombres de Estado de la mayor talla, y de no haber buscado otra dulzura más en el poder sino el aprecio de las personas honradas, que no acaba con la efímera grandeza del mando.

Admiramos al filósofo *Humboldt* tambien en aquella bella confesion: «Ningun hombre conoce ménos necesidades que yo, y en eso estriba una gran parte de mi dicha, pues cada necesidad, cuando satisfecha, es sólo el término de un dolor, y todo lo que se emplea para alcanzar eso, nos priva del goce puro y tranquilo. — Fortuna y desventura, alegría y dolor, ¿qué son sino un vuelo del tiempo, del cual nada queda, con la excepcion de lo que de él haya recogido nuestro espíritu?»

Si el retrato de *Humboldt* brilla en Inglaterra en la sala de Waterlóo del castillo de Windsor, junto con los de Blücher y de Wellington; si su busto se ve en el Museo de Berlin al lado del del gran arquitecto Schinkel, y si hasta una escritora francesa, madama de Stael, le levantó un monumento en su *Corina* llamándole «la mayor capacidad de Europa», ¿por qué no se encuentra todavía su busto en la

Walhalla? Los méritos de *Humboldt*, como hijo de Germania, los proclama la Universidad de Berlin, los proclaman los años de la guerra de la Independencia alemana. Pero no sólo Alemania tiene una deuda de gratitud respecto de él, sino tambien *España*, á la cual dedicó en 1817 y 1821 los sazonados frutos de sus estudios de la lengua vascongada; y la antigüedad clásica le debe la traduccion del Agamemnon de Esquilo, que salió á luz en 1816, despues de haberle ocupado durante el largo espacio de veinte años. Pero ¿qué hablo yo de Alemania, de España y de la Grecia antigua? *Humboldt* era uno de los pocos que están tejiendo la rica alfombra de la humanidad y que siempre trabajando y pensando, están tejiéndose los hilos de la inmortalidad. El que decia: «Cada amalgama con la individualidad de una de las naciones cultas de Europa me parece benéfica, pues así, sin renunciar nuestra individualidad propia, alisarémos nuestras asperezas»; penetró en los idiomas orientales y en los del nuevo mundo despues de estudiadas las lenguas europeas, y, segun dijo su hermano *Alejandro*, jamas ha penetrado un solo genio en tantas lenguas como *Guillermo*.

El 26 de Marzo de 1829 perdió éste á la dulce compañera de su vida, cuyo nombre habia sido para él sinónimo de felicidad; pero de ella le brotó, áun

desde la tumba, la paz, el sentimiento secreto, dulce, delicado y sublime, y el nombre bendito, el recuerdo de Carolina, no cesó de enlazarse en sus ideas más bellas y más augustas. Así escribió en memoria de la finada: «Quien perdió á un sér amado, cree vivir en dos mundos. —Por fortuna hay algo que el hombre puede guardar cuando quiera, algo sobre lo cual el destino no tiene poder ninguno. Viviendo en la soledad con el recuerdo de mi querida finada, no me quejo, tampoco me siento infeliz. Pues áun con un dolor grande y profundo no nos sentimos infelices, sintiendo aquel dolor unido de tal modo á nuestro más íntimo sér, que no quisiéramos separarle de él, y cumplimos nuestra verdadera mision al alimentarle y asociarle en nuestro pecho. Lo pasado y el recuerdo tienen una fuerza infinita, y aunque de ellos brote una ánsia dolorosa, experimentamos una satisfaccion indecible encerrándonos en nuestros pensamientos con el dulce objeto que hemos amado y que ha cesado de existir. Así podemos en plena libertad y tranquilidad dirigirnos á todas partes y ayudar á los otros, pero nada ansiamos para nosotros, pues ya lo poseemos todo encerrado en nuestro pecho. Con la pérdida de lo que fué el principio de la parte más bella y más rica de nuestro sér, empieza una nueva época de la vida. Acabó la que hemos pasado hasta aquel mo-

mento, podemos echar la vista sobre ella en su totalidad, podemos guardarla por el recuerdo y continuar viviendo con ella; pero no abrigamos más deseos para el porvenir, y disfrutando de una constante proximidad espiritual, gracias á aquel recuerdo, encontramos todavía un atractivo en la vida, pues ella es la condicion de todos esos sentimientos.—En las almas de buena índole, un verdadero dolor, cualquiera que sea su orígen, es siempre eterno; y si se ha dicho que el tiempo le alivia, eso vale sólo respecto del sentimiento débil que carece de la fuerza necesaria para guardar constantemente lo que se haya sentido una vez.—No celebramos de una manera digna á los muertos disminuyendo nuestro interes respecto de los vivos.»

¿Quién es digno de ser amado y admirado sino *Humboldt*, que dijo: «El hombre ha de ser constante, cuando el destino parece ser variable. Pero tambien el destino tiene su constancia, aunque nosotros no la conozcamos»?

La gloria de *Humboldt* celebró su restauracion en el año de 1829, en que el rey de Prusia, agradeciéndole los relevantes servicios prestados á la patria, le agració con la condecoracion del Aguila Negra. Pero él, que hasta entónces habia vivido en la brillante sociedad de los mayores ingenios, vivia desde la muerte de su esposa sólo en sus recuerdos,

en sus ensueños, en el éter de las ideas, en el íntimo trato de la naturaleza y en la divina poesía, que era su ángel consolador. Cada noche dictó á su secretario sentidos *sonetos* que ascendieron á 1.800, siendo memorables, así por la profundidad de los pensamientos como por la elegancia de la forma.

Su última grande obra, que salió despues de su muerte, trata de la *lengua de Kawi en la isla de Java.*

Consideró la vida como el agua, por la cual hemos de pasar nuestra nave más ó ménos feliz, de modo que para él era un sentimiento natural preferir tener ante sí el espacio breve que el espacio largo, pagó el tributo á la naturaleza el 8 de Abril de 1835, muriendo como sabio y como cristiano. En los postreros dias de su vida decia á los suyos: «Si volvemos á ver inmediatamente á los que nos precedieron, la primera que encontraré será *Carolina*, y la daré vuestros saludos.» Como lo habia deseado cuando estuvo todavía en la plenitud de su fuerza, recitaba en sus últimos momentos versos de *Homero*, de *Schiller* y de *Goethe*, pues á un genio como *Humboldt* cumplió entrar en la eternidad con un gran pensamiento y abandonar con llena conciencia, con clara reflexion este mundo en que se entra sin recuerdo. Murió despues de haber apagado su sed de saber, cuanto es dado al hombre sobre la tierra;

murió despues de haber visto, examinado y hecho suyo cuanto le rodeaba. Cuando el sol derramó sus últimos rayos, se hundió otro sol, el alma siempre serena de *Guillermo de Humboldt*, abrasada de ternura y llena de amor y de armonía.

Hé aquí algunos rayos de aquel sol brillante, pues no quiero que este artículo salga á la luz sin ninguna joya, y engarzo en él, como ricos brillantes, las siguientes frases, que llamaré rayos del ingenio de *Humboldt*: « Una preparacion á la muerte ha de ser la vida entera, así como ésta desde su principio da el primer paso hácia la muerte. Es preciso madurar para la muerte, pues la madurez para la muerte y la nueva vida son sólo una misma cosa. Esta madurez es una separacion del terrenal, una indiferencia respecto de los goces terrestres y de la actividad terrestre, una vida en ideas apartadas de todo el mundo, un deshacerse del ánsia hácia la fortuna. Es la disposicion del ánimo de ver sólo el fin al cual hemos de aspirar, sin curarnos de la suerte con que nos trata el destino; es el ejercicio de la abnegacion y de un imperio vigilante sobre nosotros mismos. De eso sale la tranquilidad serena, que cual segundo cielo, cual cielo espiritual junto con el cielo corporal, se extiende con su azul sin nubes sobre el hombre. Pero ninguna prudencia humana, ningun sentimiento interior podria anunciar el momen-

to de aquella madurez para la muerte, es decir, el momento de la imposibilidad de crecer aquí todavía más. Tratar de fijar aquel momento sería sólo una arrogancia humana. Sólo Él, que penetra en la totalidad de nuestro sér, podrá hacer eso; y dejar á Él la disposicion de la hora que ni siquiera debemos anticipar con nuestros deseos, nos imponen el deber y la razon.»

Y ¡qué verdad hay en el siguiente himno á la divinidad! «Si la majestad física del Creador puede infundirnos miedo, asombro y espanto, cautivan el alma sus dulces bondades; y por inmenso que sea su poder físico, es más inmensa todavía su grandeza moral, y esa grandeza verdaderamente sublime y omnipotente ensancha siempre el corazon, nos hace respirar más libremente y se nos aparece llena de clemencia como consuelo, amparo y refugio.»

Humboldt, que creia en la fuerza del pensamiento y del sentimiento que en sí llevan materia de la eternidad; *Humboldt*, que creia en la inmortalidad de su individualidad espiritual, vivirá por todos los tiempos.

«Grandes genios, decia él, ejercen un efecto todavía más mágico y más inmediato por otra cosa que por sus obras, pues éstas muestran sólo una parte de su sér; pero el sér mismo, el sér verdadero, brota pura y completamente en la aparicion viva;

y así lo reciben de una manera inexplicable los contemporáneos y lo legan á las edades futuras.»

La posteridad llamará á *Guillermo de Humboldt* uno de los grandes hombres que cultivando su índividualidad propia, ejercen un influjo benéfico sobre el carácter de la humanidad.

XII.

El teólogo Federico Daniel Ernesto Schleiermacher.

Decir que *Guillermo de Humboldt*, que habia contraido el hábito de cambiar todos los dias la moneda de la amistad con los mayores ingenios de Alemania, fué noble de raza, de corazon y de pensamientos, no sería decir cosa nueva y que la fama no haya divulgado ántes que yo.

Decir que *Schleiermacher*, él que bendecia las banderas prusianas en la santa guerra de la Independencia, era el honor del púlpito aleman y uno de los primeros en el hermoso concierto de esclarecidos varones que contribuyeron á la excelsa perfeccion de la patria, y que por ende sería un ornamento de la *Walhalla*, no es añadir una tilde para cuantos conocen sus méritos. Sócrates, siendo cristiano, hablaria por boca de *Schleiermacher*, el heredero del genio helénico, el teólogo en que la mente y el sentimiento se tocaban, formando una columna

galvánica, el Melanchthon de su tiempo, el poético heraldo de las sublimes máximas del Evangelio que cautivó á los oyentes por un detenido y exacto análisis de los pensamientos religiosos. *Schleiermacher* era, segun él mismo decia en una carta á Jacobi, un filósofo por su mente, y un piadoso cristiano por su sentimiento, así que su filosofía y su dogmatismo, léjos de estar en contradiccion, siempre tendian á unirse. No se sabe qué admirar más, si su delicada piedad, ó su sutil é ingeniosa dialéctica, si su religiosidad profunda, ó su libertad científica y su crítica intrépida y valiente.

Federico Daniel Ernesto Schleiermacher nació en Breslau el 21 de Noviembre de 1768. Si un oficial frances saludó á la madre de Washington, diciendo: «á tal madre tal hijo», podria decirse lo mismo de la buena y discreta madre de *Schleiermacher*. Su padre era capellan de un regimiento. El jóven fué educado, segun las austeras máximas de los Herrnhuter (1), en el colegio de Niesky (Lasacia alta), y despues en el seminario de Barby. No podemos leer, sino con los ojos arrasados en lágrimas, la correspondencia entre el jóven escolar y su padre,

(1) Los *Herrnhuter* son una secta protestante que pretende la conexion mística y personal de las almas y de las Comunidades con el Redentor. Su colonia principal se llama Herrnhut (Lasacia alta).

en la cual el hijo confesó su duda de que la humanidad, para su conciliacion con Dios, hubiese necesitado la muerte de Jesus, pues Dios, que creó los hombres no para la perfeccion, sino con la aspiracion á la perfeccion, no pudiera castigar á los hombres eternamente por no haber sido perfectos. A que el padre de *Schleiermacher* contestó: «¡Oh obcecado hijo mio! ¿Quién te ha encantado para que desobedezcas á la verdad y crucifiques al dulce Jesus? Anda, pues, por el mundo, cuyas vanidades anhelas. Mira si tu alma puede saciarse con sus orujos, pues desprecias la recreacion divina que Jesus da á todos los corazones sedientos de él. ¡Ay! debo despedirte, porque no adoras más al Dios de tu padre. Pero si es posible todavía, accede á las súplicas de tu padre cariñoso. ¡Vuelve, ¡ay! hijo mio querido, vuelve!»

El jóven *Schleiermacher* se despidió de los Herrnhuter, porque éstos se dedicaban al misticismo. Pero, ¡cosa extraña! en medio de todas las tormentas de la duda le salvó cual fuerte misteriosa égida aquel misticismo, que, segun él mismo decia, era parte esencial de su sér. Y cuando en 1805 volvia á ver el seminario de Barby, todas aquellas solemnidades, profundamente religiosas, hicieron á su ánimo sensible la impresion más viva y simpática y las lágrimas cayeron de sus ojos.

En 1787 salió para Halle á estudiar la teología protestante, y luchando con las necesidades de la vida, recordó el refran aleman: «Aunque el hambre caminára siete años, jamas haria noche en la casa del diligente.»

En 1796 fué *Schleiermacher*, esa naturaleza delicada, como lo son generalmente los que sirven de cárcel á un alma privilegiada, predicador en la Caridad de Berlin.

Allí trató á los mayores ingenios: los Schlegel, Fichte, Tieck y Novalis. Su trato con el romántico Federico Schlegel, con el cual habitó el mismo piso, era más que un trato, era una amistad tan íntima, que los otros amigos la llamaban un «matrimonio.» Junto con Federico Schlegel, para quien era siempre un amigo leal y hasta el abogado de su *Lucinda* condenada por la crítica, empezó á traducir las obras de Platon, pero pronto, abandonado por su compañero, se vió obligado á terminar la traduccion por sí solo, haciendo de ésta una de sus tareas más importantes. Un influjo constante y sumamente benéfico ejercia sobre *Schleiermacher* el genio fecundo de la hija de un judío oriundo de Portugal, la ingeniosa Enriqueta Herz, cuya presencia, como un suave sol de Abril, hizo brotar los pensamientos y florecer las violetas y los lirios, y abrir las rosas en el jardin de su imaginacion. La

amistad era una necesidad indispensable y la más dulce armonía para él, que pudiéramos llamar el *Fénix de los amigos*, y que decia: «Para mí no mueren mis amigos, pero ellos me matan por su morir.» Y la amistad que le unia á Enriqueta, la mujer tan bella como genial, la esposa fiel de un médico aleman, la que fué despues el ángel de los lazaretos, era la más pura é ideal, fundada sólo sobre el mutuo amor á los estudios y á las letras y sobre el comercio de las ideas.

Dice un escritor español: «todos los hombres que, bien sea por talento, bien por su virtud, han grabado sus nombres inmortales en los corazones de sus contemporáneos y de la posteridad, han sido la personificacion de un principio.» El principio de *Schleiermacher* era buscar la raíz profunda de la religion en el sentimiento y conocimiento del Eterno é Infinito, en medio de la vida terrenal del hombre. Para él la religion no era una cadena de formas exteriores, ni una mera doctrina de dogmas, sino una cosa nacida en el fondo del sentimiento, y que penetra en toda la vida moral. Lo prueban sus *Discursos sobre la religion*, que salieron en 1799, revelando por sus primores y filigranas al escritor distinguidísimo. Al *Schleiermacher*, idealizado por él mismo, al *Schleiermacher*, con todas sus aspiraciones y todos sus pensamientos, le encontramos en los

Monólogos con que saludó el primer dia del siglo XIX. Aquella obra que le habia dictado su buen genio, su ángel tutelar, y cuya lectura producia placer, entusiasmo y fruicion en mil ánimos alemanes, fué el consuelo de nuestro *Schleiermacher* en las luchas de su vida.

Las penas perdieron su amargura para él, que consideraba los dolores, los dolores santos, como un elemento indispensable para una vida hermosa, y su existencia se parecia á aquel vino fuerte y benéfico, llamado *vino de Mayo*, que se bebe en las pintorescas comarcas del anchuroso Rhin, y que debe sus aromas á hierbas amargas.

En Stolpe, donde se estableció en 1802, escribió en 1803 su *Crítica de la moral*, y en 1804 fué catedrático en la universidad de Halle. Allí escribió, en 1804, su brillante improvisacion *La Noche-Buena*, cautivó á los estudiantes por su fuerza espiritual, su ilustracion, su acento poderoso y el calor de su sentimiento, y encendió el patriotismo de los jóvenes para que se hiciesen los varones que aquel tiempo necesitaba como el que más. *Schleiermacher* adivinó la gran lucha que los pueblos tendrian que sostener al lado de sus reyes, aquella lucha que debia unir á los pueblos y á los reyes con los lazos más estrechos, como no lo habian sido desde hacía siglos. *Schleiermacher* sabía que todos estamos obli-

gados á servir á la patria en la medida de nuestras fuerzas, y cada cual con lo que tenga y en proporcion á lo que tenga; que el rico debe parte de su riqueza, el artista parte de su gloria, el sabio parte de su sabiduría.

Despues de disuelta la universidad de Halle por Napoleon en 1807, *Schleiermacher* partió para Berlin, predicando y esperando que allí se fundára un nuevo asilo de las letras alemanas.

¡Honor al ardiente patriota que, al dedicar todas sus fuerzas á la patria, llevó en su gran corazon el fuego celestial del amor más puro y más afortunado, el amor á su novia Enriqueta, la jóven y simpática viuda de su entrañable amigo el párraco Willich, á quien ambos, así el tierno novio como la delicada novia, imploraron que, bendiciendo su union, viviese siempre en medio de ellos, áun desde la mansion etérea de los querubes!..... ¡Honor á *Schleiermacher*, que fué tan animoso y valiente como benigno y cariñoso, tan digno de tener una patria como digno de ser novio, esposo y padre! Él probó que un matrimonio como el suyo, en que la esposa compartia los santos cuidados del marido, no perjudica á la amistad, ni á la ciencia, ni al sacrificio por la patria.

En 1809, en el año en que se habia casado, fué *Schleiermacher* predicador de la iglesia de la Trini-

dad, y en 1810 profesor de la universidad de Berlin.

Contribuir á salvar á la patria y ser el paladion del protestantismo contra su enemigo Napoleon: hé aquí lo que se proponia el valiente catedrático, que en lo interior de su conciencia tenía la recompensa reservada para las almas superiores, y que sentia latir su pecho bajo el escudo santo de la resignacion, cuando á él, como á su cuñado, el gran patriota Arndt, le llamaban «demagogo», á pesar de que siempre habia estado al lado de su rey, estando al lado de los hombres inteligentes del pueblo. Pero luégo enmudeció la calumnia cobarde ante la venerable figura del sacerdote, y éste fué agraciado en 1831 con la órden prusiana del Aguila Roja en recompensa de su actividad benéfica, así en el Estado como en la Iglesia.

Digna de su vida sacerdotal fué su muerte: oró en el seno de su familia, agrupada á la sombra de la cruz; dió á los suyos y á sí mismo el pan de los cielos y el vino de salud eterna, diciendo con firme acento: «Hé aquí la base de mi fe»; amor, sagrado amor destellaba el semblante del moribundo; brillaban sus ojos como si en místico afan mirasen abiertas las puertas del Eden, y pocos minutos despues dió su alma al sumo Hacedor el 12 de Febrero de 1834.

Grata y sempiterna primavera en la etérea man-

sion le brindó el hálito de la fe, y sobre la tierra vive y vivirá su memoria.

Para los hombres sensuales la Divinidad está allende del mundo terrenal; para el férvido y venturoso *Schleiermacher*, sintiendo llama divina discurrir por sus venas y haciendo volar su espíritu por encima del desierto lóbrego del mundo terrestre, empezó la vida eterna ya sobre la tierra.

Estoy muy léjos de haber examinado todas las obras de *Schleiermacher*, que parecen acentos puros del Evangelio Santo. Es menester leer íntegros esos volúmenes escritos por un hombre verdaderamente de gran talla y de piedad cristiana, el mayor teólogo del siglo, para saborear toda su importancia. Estamos seguros de que siempre serán oidos en la culta Alemania los ecos del sabio esclarecido que decia: «Incesantemente, cual sagrada música, deben los sentimientos religiosos acompañar á la vida y á la actividad del hombre.»

XIII.

El actor y poeta Augusto Guillermo Iffland.

Era el 10 de Marzo de 1808, los dias de la inolvidable reina *Luisa* de Prusia, que, como decia el

insigne *Schleiermacher*, se inspiró siempre en la justicia y en el derecho, capitaneando nuestros ejércitos por el sublime recuerdo de su nombre, que era en la lucha contra el extranjero una bandera más preciosa todavía que la que habian hecho las reales manos. La Reina, la noble vencida, estaba en aquel dia en Koenigsberg, léjos de la córte; pero allí, á pesar de la presencia de los franceses, los vencedores arrogantes, celebró el director del Teatro Nacional, y á su impulso la compañía entera, el cumpleaños de *Luisa*, ostentando en el pecho una fresca rosa, la reina de las flores, cual delicado símbolo de la bella y sonrosada reina de Prusia. Luégo comprendió el público aquel poético homenaje tributado á la majestad de su hermosa soberana por la dulce lengua de las flores, y el entusiasmo se elevó hasta los límites del delirio: miles de manos palmoteaban con todas sus fuerzas, miles de bocas gritaban á todo gritar: «¡Viva la Reina!»

Pero el que habia evocado aquella salva de aplausos, aquellos gritos de entusiasmo, aquella escena que no puede describirse, sino sólo sentirse por los leales é hidalgos, fué preso por los franceses, y pagó su atrevimiento patriótico con dos dias de cárcel.

Al fin llegó el ansiado dia en que la Reina pudo volver á su córte: llegó á Berlin el 23 de Diciem-

bre de 1809, y, poseida de una emocion profunda, dirigió sus primeros pasos á la iglesia para dar las gracias á Dios, y dos dias despues asistió al lado del Rey á las funciones en la grande escena lírica y en el Teatro Nacional: todos se levantaron de sus asientos, los caballeros agitaron sus sombreros, las damas hicieron flotar sus pañuelos, y para valerme de una frase del distinguido crítico vascongado Goizueta, «la masa magnética que llenaba el salon se puso en movimiento, y en poderosas é irresistibles corrientes comenzó á girar vertiginosamente, inundando con sus candentes efluvios artistas y público.»

Los Reyes llamaron á su palco al director, aquel actor que, no obstante las amenazadoras bayonetas francesas, habia rendido vasallaje á *Luisa* con la galana rosa, y le expresaron su gratitud por su fidelidad y por los patrióticos esfuerzos con que habia conservado el teatro aleman en las borrascas de la dominacion del extranjero. Y el 18 de Enero de 1810, la fiesta prusiana de la coronacion y de las condecoraciones, fué aquel director el primer actor aleman que tuvo la honra de ser agraciado con una órden prusiana, la del Águila roja.

Pero ¿cómo se llama el nuevo caballero? En las doradas páginas de la historia del arte dramático se lee su nombre: *Augusto Guillermo Iffland.*

Entre los atletas del arte aleman, que se presentan orlada la frente con los laureles alcanzados en reñidas lides y espléndidas victorias; entre los Ackermann, Schoenemann, *Eckhof*, Esslair, Fleck, *Schroeder*, Seydelmann, los dos Unzelmann (padre é hijo), Wolff (Pio Alejandro), Raimund, Kunst, Anschütz, Beckmann, Dawison, Dessoir, Doering, los cuatro *Devrient* (*Luis* y sus tres sobrinos Cárlos, Emilio y Eduardo), Fichtner, Haase, Laroche, Lewinsky y Sonnenthal, que reinaban en los corazones desde el trono del proscenio, figurará siempre *Iffland*, á quien está dedicado este capítulo.

El arte dramático se deshace como sombra fugaz, se pierde como un suspiro, pasa como la afable sonrisa sobre el rostro humano: las creaciones peregrinas del actor mueren en la misma hora de su nacimiento, y no hay ningun pincel, por más diestro, veraz y elegante que sea, que pueda perpetuar sus matices brillantes, sus vivos resplandores, sus fulgurantes rayos.

«La voz que hoy nos hiere
En láminas no se imprime.» (1)

De tanta gala, de tanta vida, de tantos lauros y flores, quedan sólo cenizas; y el rumor de las victorias, á cuyo eco se estremecia el arteson del tea-

(1) D. Jerónimo Borao.

tro, dura ménos tiempo que el agotamiento del actor.

Todas las descripciones de lo grande que hicieron actores eminentes son sólo pálidos reflejos, y lo único posible es adivinar el astro radiante del dia por los tibios resplandores del crepúsculo, cuando el sol, reclinándose en occidente, se ha despojado ya de su encendido manto.

Afortunados, pues, *Schroeder*, *Pío Alejandro Wolff*, *Raimund*, *Nestroy*, *Eduardo Devrient*, é *Iffland*, que no sólo fueron vida de las obras de otros, sino que tenian tambien la experta y elegante pluma del escritor. Murieron con ellos los acentos con que subyugaban al pueblo alborozado, pero inmarcesibles quedaron sus obras, sus populares comedias, como los sentidos versos que el gran actor y poeta Julian Romea derramó desde Barcino hasta Gádes.

Iffland parece enano en comparacion con otro actor y poeta, el inimitable Shakespeare, el gigante de la poesía dramática; pero en cuanto al patriotismo y al amor á su soberana, el aleman no dista de ningun modo del inglés.

Iffland cultivó la comedia de costumbres y el drama de pasion; sus composiciones son hijas de su recto corazon, y el mismo Goethe tenía en gran aprecio al popular talento de los *Iffland* y *Kotze*-

bue, tan maltratados por una crítica injusta que no sabe distinguir los géneros. Encanta todavía hoy á los espectadores el conocimiento consumado que *Iffland* tenía de la escena, y por su tendencia altamente moralizadora, por la naturaleza y fidelidad con que están trazados los caractéres y por la misma sencillez con que el asunto se desenvuelve, se hacen áun en el dia escuchar con deleite sus dramas titulados *Los Cazadores*, *Los Solteros*, *Los Jugadores*, que son verdaderos y sencillos cuadros de familia, aunque no negarémos que sus bellezas se neutralizan por una falta de númen poético.

Para actor debia *Iffland* poco á la naturaleza; todo al mágico poder de sus ojos negros y brillantes, que eran el espejo fiel de su alma, y á su genio, que sabía retratar todos los matices del sentimiento.

El gran actor, el actor creador y poeta se eleva por las galas de su fantasía á la altura del *género*, creando una figura ideal compuesta de mil rasgos y detalles, de suerte que cada uno de los espectadores cree ver la copia de otro original. Así lo hizo *Iffland;* pero hay casos en que tambien el gran actor desciende á la mera imitacion de la naturaleza presentando la copia de un individuo distinto, como Aristófanes, que desempeñando un papel en su comedia *Los Caballeros*, imitó el perso-

naje del demagogo Kleon. Lo mismo encontramos en el inglés Garrik, el gran pintor de las almas, en el frances Preville y en nuestro *Iffland*.

Tambien las improvisaciones de *Iffland* revelan un actor genial, é improvisó, como todos los grandes actores, sólo en aquellos papeles que eran á propósito para ello; y cuando lo hizo no fué jamas para suplir la falta de memoria, sino que sus improvisaciones estaban en armonía con la accion. Como prueba de su genio humorístico diré que un dia, cuando uno de sus compañeros quiso dejarle perplejo y desconcertado en la escena estando representando una comedia, le dijo de pronto: «Ahora estamos como un par de bueyes en el monte», *Iffland*, al oir aquellas palabras que no estaban en el papel de su interlocutor, se puso serio, tomó una silla, se sentó y dijo con gravedad cómica: «Yo estoy sentado.»

Para él, como para todo actor eminente, no habia papeles ingratos. Sus gestos eran á veces más poderosos que el habla. Si algo le hacía falta, era la acentuacion musical del verso. Lo que escribió en Berlin sobre el arte dramático en su *Almanaque teatral*, pudiera llamarse un catecismo para el actor.

Él mismo escribió su vida.

Augusto Guillermo Iffland nació en Hannover el 19 de Abril de 1759. Sus padres le destinaron á la

teología, pero estimulado por la gloria de *Eckhof*, huyó de la casa paterna para hacerse actor. Tenía entusiasmo en el alma, fe en el corazon, pero ni un solo duro en el bolsillo. En su viaje á la ciudad de Gotha, donde estaba su ídolo, el gran *Eckhof*, le encontró un inspector de lotería, que viéndole carecer de lo más necesario, le prestó cinco duros. En 1777 hizo *Iffland* sus primeras armas en el teatro ducal de Gotha, y fué digno discípulo de *Eckhof* y el heredero de su arte. Y aquellos *cinco duros* los devolvió á su bienhechor en 1779, con una carta que publicamos á continuacion para que el lector vea que *Iffland* era de oro y sabía estimar la caridad en lo que valia: «Recoja V. lo que me dió con una generosa confianza de que sólo pocos son capaces; recójalo V. con mis infinitísimas gracias y con la santa seguridad de que haré todo lo posible cuando pueda servir en algo á uno de los suyos; y si la fortuna no me concediera eso, juro á V. que mi gratitud por la caridad de V. se extenderá á cualquiera que de mí necesitáre, y si alguna vez naciera en mi alma una desconfianza respecto de un desventurado, sabrá decir: ¿qué hizo por mí aque hombre generoso? Imitémosle y hagámonos dignos de él.»

Lo que *Iffland* escribió no era la palabra de un personaje de novela, ni la mera frase de un jóven

entusiasta, nacida por el momento y olvidada despues, sino que cumplia su carta de oro hasta su último suspiro, y rendia tributo de agradecimiento remediando las desgracias del prójimo.

El incansable *Iffland* contaba por centenares los triunfos escénicos que alcanzó en Mannheim, donde, bajo los auspicios del *Baron de Dalberg*, vieron la primera luz en el Teatro Nacional las brillantes composiciones dramáticas de *Schiller*: *Los Bandidos* en 1782, *La Conjuracion de Fiesco* en 1784, é *Intriga y amor* en el mismo año, y *Don Cárlos* en 1788. En recuerdo de aquella época gloriosa para el teatro aleman, regaló el fundador de la *Walhalla*, *Luis I* de Baviera, á la ciudad de Mannheim las estatuas de *Iffland* y de *Dalberg*; la una fué erigida en 1864, la otra en 1866, enfrente del Teatro Nacional, la escena de sus espléndidas victorias, miéntras en el centro está el monumento consagrado á *Schiller* por los hijos de Mannheim con motivo del centésimo aniversario del nacimiento del poeta.

Desde Mannheim corrió *Iffland* el sendero que el destino abrió á su brillante gloria; en 1796 llegó á Berlin como director del Teatro Nacional, y en 1811 fué director general de los teatros reales. La córte de Prusia no olvidará jamas al noble actor que, odiando la tiranía de los vándalos del Sena, que tendia su cetro bárbaro, se hizo el caballero de

la reina *Luisa* y salvó el teatro aleman durante la ocupacion de Berlin por las francesas falanges. A tantos esfuerzos sucumbió, por fin, su naturaleza; pero pocos dias ántes de llegarle la hora de tomar rumbo hácia la tierra de la verdad, tuvo la satisfaccion de que el Rey de Prusia comprase su bellísimo retrato para colocarle en el Museo de Pinturas en Berlin. *Iffland* dió á las musas el adios postrero representando en Enero de 1814 á Federico el Grande, en un patriótico prólogo compuesto por él mismo, y dejó las tablas del mundo en Berlin el 22 de Setiembre de 1814; pero de las cenizas del preclaro actor se levantó, cual fénix del arte, el genio peregrino de *Luis Devrient*, cuyo nombre es para los actores alemanes término de su esperanza, dique á su presuncion.

Las puertas de la *Walhalla* no se han abierto todavía para ningun actor, pero han de abrirse para nuestro *Iffland*, que reinaba en el alcázar aleman de Melpómene y de Talía, y cuya frente adorna la triple corona del actor, del poeta y del patriota.

Quisiera que estas pobres líneas, consagradas á una eminencia de la escena alemana, fueran un saludo cordial y un homenaje de admiracion á la sublime intérprete de la pasion, la heroína de la escena castellana, *Matilde Diez*, en cuyo aliento fundan blason las obras del teatro español antiguo y

moderno, y á los *Catalina* y *Florencio Romea*, con quienes pasé inolvidables horas en el *Teatro del Príncipe*, en aquel célebre saloncito, cuyos concurrentes son los más distinguidos escritores de España.

XIV.

El archiduque Alberto de Austria, el almirante austriaco Tegetthof, el feld-mariscal austriaco Radetzky.

No obstante la guerra de 1866, vive incesantemente el sentimiento *aleman* en los hijos de *Austria*, que tienen un alma verdaderamente germánica. Si un pagano gritaba: *cedant arma togae*, ¡cuánto más deben decirlo los que se sienten unidos por lazos fraternales! Así que nuestros triunfos alcanzados en 1870 son tambien triunfos austriacos, como nosotros consideramos nuestras las glorias austriacas

¿Qué importa, pues, que sea *austriaco* el archiduque *Alberto* que hizo reverdecer sobre la frente del pueblo austriaco los laureles de Aspern, ganando la batalla de Custozza contra los italianos el 24 de Junio de 1866, y decidiendo con aquella esplendorosa victoria la campaña entera? Hemos de llamarle socio de la *Walhalla germánica*, cual digno hijo del ilustre archiduque Cárlos. Nació en Viena

el 3 de Agosto de 1817, y se distinguió honrosamente en la batalla de Novara el 23 de Marzo de 1849. Sabido es con qué cordialidad el rey Víctor Manuel, en el año 1873, estrechó en Viena las manos del vencedor de Custozza.

¿Qué importa que sea *austriaco* el hidalgo almirante *Baron Guillermo de Tegetthof*, el Mendez Nuñez de Austria, el héroe de los mares, el vencedor de la flota italiana que hizo del dia de Lissa, el 20 de Julio de 1866, una de las más gloriosas páginas de los anales austriacos? El corazon *aleman* nos late violentamente en el pecho, recordando aquella hazaña de la armada austriaca, que aguarda su encomiador, como Lepanto y D. Juan de Austria le hallaron en el insigne Herrera, y como Trafalgar, el Dos de Mayo y Bailén le encontraron en mi amigo el distinguido novelista D. Benito Perez Galdós.

El esclarecido jefe de la marina austriaca *Baron Guillermo de Tegetthof*, hijo de un teniente coronel, nació en Marburgo (Styria) el 23 de Octubre de 1827. Mandó los navíos austriacos en el combate que sostuvo la escuadra austro-prusiana contra la danesa delante de Helgoland, el 9 de Mayo de 1864; y en 1867 se encargó de llevar á Europa el cadáver del desdichado emperador de Méjico *Maximiliano*, archiduque de Austria, con el cual despues de haber pasado por la Habana y Cádiz, arribó á Trieste

el 20 de Enero de 1868 (1). Pocos años despues de prestado aquel último servicio de amor al que fué *Maximiliano*, falleció *Tegetthof* que resplandece aún en las nieblas de la tumba sombría el 7 de Abril de 1871. Sus restos mortales descansan en el cementerio de Gratz (Stiria).

¿Qué importa, por último, que sea *austriaco* el segundo Blücher, el bizarro feld-mariscal *Radetzky*, el postrero en la serie de bustos que mandó colocar en la *Walhalla* el rey Luis de Baviera, pero no el último en cuanto á sus méritos?

---

(1) ¡Qué quejas tan tiernas dirigió el gran bardo D. José Zorrilla al castillo de Miramar, ayer tan alegre, cuando su dueño era Maximiliano, y hoy triste mansion mortuoria!

Castillo de Miramar
Que en el mar azul te miras,
¿Por qué miras sin cesar
Mar adentro en ese mar
Cuyas ráfagas aspiras?.....

—

Miramar, no fies más
En las ondas pasajeras
Del mar que mirando estás;
Que no te traerán jamas
Al que por ellas esperas.

El dueño de Miramar, que salió del mundo con la palma del martirio, muriendo en tierra ajena como cristiano, emperador y caballero, encontró el último asilo en la iglesia de los Capuchinos en Viena, donde descansan los restos mortales de la gran María Teresa, de José II, de María Luisa, esposa de Napoleon I, y de su hijo el duque de Reichstadt.

El himno de su gloria se oye lo mismo en *Alemania* que en Austria, y por cierto que digno de tales homenajes es el salvador de su patria, el pacificador de Italia, que asombró al mundo con sus hechos heróicos, y cuyo nombre grande debe guardar siempre la memoria nacional. Yo tambien quiero llevar mi violeta al altar de su fama, quiero enaltecer al anciano para el cual el ocaso de la existencia era el apogeo de la gloria: él no sintió el hielo de la senectud, la pesadumbre de los años, el cargo de la vejez: en la edad en que la sangre suele ser tibio y perezoso humor que apénas presta escasa animacion al caduco organismo, en las venas del heróico feld-mariscal *Radetzky*, que llevaba con diestra vigorosa la aguda espada, se agitaba, bullia y palpitaba con acelerada pulsacion la sangre de un jóven entusiasta de la patria.

El *Conde José Venceslao Radetzky de Radetz* nació en Trzebnitz (Bohemia), el 2 de Noviembre de 1766. Recibió su educacion en el célebre colegio *teresiano* de Brünn, que despues fué trasladado á Viena, contando ahora entre sus alumnos al príncipe *D. Alfonso*, hijo de doña Isabel II. *Radetzky* hizo sus primeras armas en la guerra contra los turcos, desde 1788 á 1789, se halló en las batallas de Hohenlinden (en 1800), Aspern y Wagram (en 1809), y fué herido en la batalla de Leipzic. Pero el cam-

po de sus grandes operaciones militares, de su diligencia, de su actividad gigantesca y de sus infinitos laureles, era Italia. La corona del veterano de la gloria se aumentó en 1848 y 1849 con las hojas de Santa Lucía, Vicenza, Sona, Somacampaña, Custozza, Volta, Mortara y Novara. Aunque hay quien dice, con D. Ventura Ruiz Aguilera, sobre los rebeldes de 1848,

«Los hijos de Milan muriendo cantan ;
Las tumbas de Milan brotan soldados
Que á las falanges del tudesco espantan »,

dirémos nosotros : El Dios de las batallas era diestra, salud y gloria de *Radetzky* ; él puso su brazo fortísimo como el arco acerado ; y repetirémos con el gran poeta austriaco Grillparzer : «En tu campamento ¡ oh Radetzky ! está Austria.»

Del *anciano de Austria* podria decirse lo mismo que Herrera dijo del *jóven de Austria :*

«La fama alzará luégo
Y con las alas de oro la victoria
Sobre el giro del fuego,
Resonando su gloria
Con puro lampo de inmortal memoria.»

Gozando de ínclito renombre por su probada consecuencia y por haber sufrido heróicamente, áun á la edad de 82 años, las rudas fatigas de la guerra,

el conde de *Radetzky* bajó al sepulcro el 3 de Enero de 1858, ántes de que se perdieran los frutos de sus esplendorosas victorias. Bien necesitan que los que han de representar la autoridad suprema lleven propósitos conciliadores y procuren armonizar intereses opuestos y fundir voluntades hasta aquí contrarias. No ignoraba eso el sabio *Radetzky*, y, por lo tanto, no tenía nada que ver con los verdugos de la reaccion, que cubrieron de un velo la estatua de la ley y explotaron codiciosos las victorias del feld-mariscal esforzado. Pero en vano se convirtieron en hechos aquellas aspiraciones reaccionarias, pues, segun dice bien *La Epoca:* «Como las aguas que brotan de las altas cumbres cubiertas perpétuamente de nieves, la actividad de un pueblo jamas descansa; siempre está en accion. Suprimirla es imposible; intentarlo, absurdo.»

Ningun feld-mariscal fué honrado como *Radetzky*, para quien la senectud era la cumbre de la gloria: el mismo emperador de Austria presidió la parada fúnebre en obsequio del feld-mariscal que habia salvado su trono, y que lucirá siempre para el ejército austriaco como estrella de esperanza.

XV.

El escritor Juan Enrique Daniel Zschokke.

Como despues de los héroes de la guerra de la Independencia alemana hablé de un gran maestro de escuela, el insigne *Pestalozzi*, el Rousseau germánico, y de un héroe del espíritu, de un altísimo y gigantesco pino (1), brillante en la aurora de la libertad, el íntegro *Fichte*, que desde las alturas de la filosofía descendió al mercado de la vida pública para combatir el genio fatal de Napoleon I, pronunciando aquellos célebres discursos, cuya esencia poética se encuentra en una magnífica composicion del inspirado bardo aleman Federico de Sallet, así despues de los *Radetzky* me dedicaré á describir la sana y fructuosa actividad de otro hombre del espíritu que demostró que con la fuerza sólo triunfan los tiranos, que han sido, son y serán siempre, de cualquier estofa que sean, de arriba ó de abajo, los soplos de la muerte, jamas los céfiros de la vida.

Faltaria á mi deber como cronista, si dejase de consignar el talento elevado y el noble celo desplegados por *Juan Enrique Daniel Zschokke*, uno de

(1) El nombre de *Fichte* significa en castellano «pino.»

los más distinguidos representantes del racionalismo moderno, el ilustre historiador de la república helvética y de la Baviera, el benemérito escritor popular, el segundo Pestalozzi, para el cual el polvo de la escuela se hizo una aureola santa, el honor y orgullo de la prensa, que, segun la conocida comparacion, tiene la virtud de la lanza de Aquíles, curando las heridas que infiere. Sus generosos esfuerzos, ante los cuales enmudecen hoy los odios de partido, pertenecen á Suiza; su famosa obra *Horas de devocion* á la humanidad, y su busto ha de pertenecer á la *Walhalla*.

Tambien él mismo, como *Iffland*, escribió su vida, su vida, consagrada á la honrosa mision de enseñar al pueblo lo justo y el bien, de defender leal y consecuentemente los intereses de su patria adoptiva, y á la dulce vocacion de prestar apoyo, consejo y consuelo á los que desfallecian, cuando el orgullo se proponia todos los dias escalar el cielo con una torre levantada en nombre de la igualdad, y cuando el mundo era la sombra que queria ser sol.

Juan Enrique Daniel Zschokke vió la luz del mundo en Magdeburgo (Prusia) el 22 de Marzo de 1771. Muy pronto perdió á sus padres, de suerte que, desde muy niño, entró en la ruda escuela de la vida, que hizo de su juventud una Odisea aventurera en que le vemos saltar de un oficio á otro, siendo ora actor

vagabundo, ora teólogo, ora autor dramático, hasta que en 1795 fué director del conocido pensionado de Reichenau (Suiza), haciéndose el compañero, el camarada, el genio tutelar de los huérfanos, que le trasmitian las penas de su propia infancia. « Vivir es obrar, dice *Zschokke*, y actos benéficos, caritativos, constantes, asiduos y diarios, hacen la vida más bienaventurada. » Tal fué la suya, cuando á fines del siglo anterior, como comisario del Gobierno, ponia bálsamo en las heridas de Suiza, á semejanza del buen samaritano.

Ya concluyeron para *Zschokke* las vicisitudes de su existencia: ésta se hizo un arroyo cristalino, tranquilo y manso, desde que en 1802, trocando la carrera política por la literaria, entró en el castillo de Biberstein, cerca de Aarau (Suiza), como en el puerto seguro de sus más queridas esperanzas. Convirtióse en un púlpito la cátedra del escritor, que empezó en 1804 á enseñar al pueblo con su periódico popular *El Mensajero Helvético.* Hasta en los almanaques aspiró á animar el espíritu público y á extender la instruccion á las clases inferiores, para las cuales, desgraciadamente, no se encuentra con frecuencia un *Benjamin Franklin*, un *Pestalozzi*, un *Claudius*, un *Hebel*, ó un *Zschokke.*

En 1807 formó *Zschokke* el plan de escribir las *Horas de devocion* para regenerar á los pueblos már-

tires desvalidos ya sin alma, llevando á los hogares domésticos el sagrario de la religion de Jesus, segun la entiende el racionalista. Desde 1808 salió en Aarau cada semana, durante ocho años consecutivos, una entrega, sin que jamas se hubiese adivinado el nombre del verdadero autor, hasta que este mismo, en su biografía, levantó el velo del anónimo.

¡Cuántas contiendas causaron las *Horas de devocion*, así entre los protestantes como entre los católicos, como si su autor perturbase el Estado, sublevase todas las legalidades, derribase la religion verdadera y negase altares á Cristo! Pero nadie negará hoy que aquellas hojas han sido para muchos norte y guía y un faro en las borrascas de la vida. ¡Cuántos ídolos pierden el oropel que los cubria, dejando sólo ver el barro de que están formados! Quizá tambien las *Horas de devocion* de *Zschokke*, despues de llenada su mision en la guerra de la Independencia alemana, serán un dia relegadas al olvido; pero jamas traerán consigo en las ondas de Leteo al nombre de su autor.

Éste escribió desde 1813 á 1818, á impulso del célebre Juan de Müller, su excelente historia del pueblo bávaro, y menospreciando la envidia, los odios y las calumnias, vivia afortunado en su Túsculo rodeado de flores, que habia mandado construir

á orillas del Aar, cerca de Aarau, donde le visitaron innumerables admiradores, entre ellos Hortensia, ex-reina de Holanda, y su hijo Luis Napoleon.

Aumentaron la fama de *Zschokke* sus cuentos, en que dejaba vagar la loca de la casa; sobre todo, nos encanta el cuento titulado *La Aldea de los alquimistas*, que disputa el premio de la belleza á *Lienardo y Gertrúdis*, la notable obra de Pestalozzi, que conmovia y entusiasmaba á la reina Luisa de Prusia.

En 1822 publicó *Zschokke* la *Historia de Suiza*, obra preciosísima que, sin embargo, no podia aplacar los odios desenfrenados de los que perseveraban en mancillar su nombre llamándole «demagogo», miéntras nadie se apartó más que él de la demagogia, que toma la fiebre por la vida; pues si su ideal de siempre era el talisman de la libertad, no pretendia más que lo posible, abominaba de la fuerza y queria las reformas sólo por el método sajon, divulgándolas primero en la opinion por la propaganda, y convirtiéndolas en leyes por los poderes legítimos. «El bien para el pueblo, decia *Zschokke*, debe salir del pueblo mismo. Los Gobiernos merecen aplausos si favorecen lo laudable, ó si al ménos no lo impiden. Pero si se mezclan en lo particular de las aspiraciones del pueblo, perturban la vida de numerosas familias, y fundan, sin quererlo, perniciosas tiranías de la ley.»

Como prueba del poder misterioso de los odios contra nuestro autor, dirémos que atravesaron los Pirineos. penetrando en la Península ibérica, pues un coronel suizo, el Sr. Voitel, que habia introducido en España el método del gran maestro de escuela *Pestalozzi*, fué condenado á diez años de galera «por tener relaciones, segun decia el juicio, con Enrique *Zschokke* y otros revolucionarios suizos.»

Pero debo añadir que dicho coronel, despues de mes y medio, fué puesto en libertad por órden de la reina Cristina.

¡Ojalá que la noble raza que en apartados climas sembró la semilla del Evangelio Santo, regada con la sangre de sus venas, la raza de los descendientes de Padilla y Maldonado, la que llenó los anales del globo y que tiene la primacía sobre las otras naciones de Europa por sus Códigos, sus conquistas y sus descubrimientos de regiones ignotas, restaurase la memoria del hijo valeroso de Magdeburgo y recibiese al paladin de la verdadera libertad, el buen aleman *Zschokke*, así como en otro tiempo dió un hogar hospitalario al gran paladin de Cristo, el inmortal Colon!

Sea perdonado á *Zschokke* un leve pecado de su juventud, su drama: *Abelino, el gran bandido*, que da testimonio del mal gusto en que salió á luz, y cuyas faltas él mismo conoció en su madura edad,

aunque aquel drama habia alcanzado triunfos en Inglaterra, Francia y España.

El hidalgo y religioso país á quien dedico estas páginas debe consideracion y acatamiento al maduro *Zschokke*, que escribió: «Mi espíritu vive en el Padre del Universo. Mis queridos finados quedan conmigo inseparables. La muerte tiene algo de solemne y grande, como todo lo que viene de Dios.» España debe aprecio y respeto al que en la majestuosa soledad de los Alpes, como ante la inmensidad del Océano, era todo entusiasmo, arrebatamiento, oracion, y que dijo: «¿Quién negaria el progreso intelectual y moral de la humanidad? ¿Qué significan los seis mil años de la historia humana sino seis gotas en el Océano inmenso de los tiempos, en aquel piélago que no tiene riberas? El progreso de los espíritus humanos hácia una perfeccion que ni siquiera pudiéramos adivinar, el levantamiento del abismo sombrío á una cumbre peregrina, es la ley más universal en el reino inmenso de la creacion de Dios.»

Si la Suiza fué ingrata para con su hijo adoptivo, la ciudad de su nacimiento, Magdeburgo, se desnudó de sus lauros insignes para ceñir la frente de su hijo, y á Magdeburgo dedicó éste agradecido su biografía, el sueño de su vida, iluminado por la gloria.

El leal amigo del pueblo exhaló su postrimer suspiro el 27 de Junio de 1848. ¡Bendita sea su memoria!

XVI.

El general austriaco Baron de Gablenz.

¿Qué hombre no tomaria por modelo al valiente Aquíles, tratando de asemejarse al gran héroe griego? Pero áun éste tenía su punto vulnerable. Así cada cual tiene un talon de Aquíles, y no es sólo físicamente.

¡Ah! él, que fué el orgullo del Austria, que no podria encarecer bastante su bien templada alma, su reconocido carácter, su noble decision, su celoso interes, su viril abnegacion; él, que luchaba á las órdenes de *Radetzky* en Italia en 1848; él, glorioso soldado, así en la campaña contra los rebeldes húngaros, en 1849, como en la batalla de Solferino, en 1859; él, heróico vencedor de Dinamarca, que en 1864 hizo reverdecer en el hielo y en las nieves del Norte, en la batalla de Oeversee, sus laureles ganados en los floridos campos de Italia; él, afortunado caudillo que podia vanagloriarse de haber sido

un dia entero vencedor de los prusianos en la campaña de 1866, tan desastrosa para las armas austriacas; él, que, cual delegado del emperador de Austria, asistió á la entrada triunfal del ejército prusiano en Berlin el 11 de Junio de 1871; él, que fué tan diestro en la diplomacia como en la estrategia; él, que por su vida tenía bastantes títulos para sentarse en la *Walhalla* germánica descansando sobre sus lauros, mostró por su muerte su talon de Aquíles.

Bella es la muerte en el campo de batalla: imperecedera fama da la bala mortífera al que se inmola por la patria, pues su sepulcro es la cuna de la gloria. Pero él, que era dechado de valor y arrojo; él, que arrostraba la muerte en cincuenta batallas, mostrándose sereno en el peligro, temerario en la lucha, generoso en la victoria; el general austriaco *Baron de Gablenz* no cayó por la honrosa bala negra, sino por la bala de oro, cual deplorable holocausto á las caprichosas jugadas de Bolsa. El hijo predilecto de Marte que voló de victoria en victoria, se entregaba con vida y alma, despues de haberse retirado del servicio en 1871, al dios Mercurio; pero pronto vió evaporarse todas las risueñas quimeras y derrumbarse en el vacío el castillo de sus ilusiones: en vez de los esperados tesoros, en vez del maná con que habia contado, encontró sólo

desengaños crueles, el cáliz de la amargura, y prosiguiendo el camino del mal, andando por la pendiente peligrosa, se precipitó desde la alta posicion que le hizo objeto de las miradas de todos y que habia de dar envidia á millares, en los abismos, y para evitar la deshonra, en la muerte.

Cúbrese mi alma de mortal espanto recordando la lamentable tragedia del desventurado *Baron de Gablenz*, acaecida en Zurich el 28 de Enero de 1874, que ha de causar en cada ánimo las emociones más terribles.

Como en la vida, así tambien en la muerte manda el difunto general un ejército entero, un ejército de infelices que despues de haberse lanzado con un verdadero frenesí en las vias azarosas de la especulacion, encanecieron en el espacio de pocos meses, viendo defraudadas sus risueñas esperanzas, destruida su fortuna, aniquilada su felicidad doméstica, el abismo abierto bajo sus plantas, y que tiemblan ante los horrores de un porvenir oscuro en que para ellos no hay otro consuelo más que el ángel negro de la muerte.

Los ciudadanos de Zurich, los profesores y muchos alumnos de la escuela politécnica, formando un cortejo fúnebre de mil personas, acompañaron los restos mortales del célebre general á la mansion del eterno descanso en Nuevo-Münster (Zurich);

pero hecha abstraccion de un sclo oficial austriaco, á quien la casualidad habia conducido á aquel tosco féretro de simple madera, cubierto de flores y coronas, faltaron completamente los representantes del ejército austriaco para tributar á su querido general el último testimonio de aprecio, aunque en la cercana Bregenza hay una guarnicion austriaca.....

Se me figura que veo levantarse amenazadora, cual *Mane*, *Thecel*, *Phares*, una mano yerta desde la tumba áun abierta en el cementerio de Nuevo-Münster, amonestando á los que rigen los destinos del imperio austriaco.

El llanto de un emperador y de un pueblo entero baña el altar del templo: ¡ay! el sol cae sobre la losa fria del general: ¡Dios le dé su santa paz!

Su triste fin no puede eclipsar el sol de su gloria que se elevó con mágica luz, ni borrar su honrosa carrera dedicada á la nacion austriaca. ¡Ay! ésta quisiera coronar los manes del que le dió prestigio consagrando siempre con decision su vida á la defensa de los intereses del emperador y del Austria.

Si *Bismarck*, de quien dijo un frances: «Hizo de Alemania su propia casa, y de su cancillería un imperio», pudo decir de sí mismo en la sesion del 16 de Enero de 1874, del Landtag prusiano: «Id desde el Garona (para empezar por la Gascuña) hasta el Vístula; desde el Belt hasta el Tíber, bus-

cad á lo largo de los rios alemanes el Oder y el Rhin, y encontraréis que probablemente soy en estos momentos la personalidad más fuertemente, y lo digo con orgullo, *mejor odiada* de este país», el Baron de *Gablenz*, hijo adoptivo de Viena, impregnado del espíritu liberal, podia exclamar: «Despues de *Radetzky* y junto con el archiduque *Alberto*, soy yo el general más popular de Austria.»

Brillantes, sí, eran las cualidades del *general de Gablenz:* su gallarda presencia, su facundia y la bondad de su alma cautivaron los corazones, su destreza diplomática dominó á los hombres, pero con el duque de Marlborough tuvo de comun la avaricia, y áun en el estruendo marcial de la batalla no le abandonó la vanidad y el cuidado por la conservacion de su belleza: la caja de pomada era su compañera constante hasta en medio del estrépito de las armas.

No debia á Austria su cuna: *Luis Cárlos Guillermo, Baron de Gablenz*, nació en Jena el 19 de Julio de 1814, hijo de un bravo y distinguido oficial que falleció cual teniente general y gobernador de Dresde. Sediento de hazañas entró el jóven y amable Gablenz en el servicio austriaco en 1833, haciéndose el hijo mimado de la fortuna.

Como prueba de que profesó el amor más puro y desinteresado á su patria adoptiva, diré que en 1866

votó la paz diciendo en el Consejo de guerra: «He conocido en la guerra de Schleswig-Holstein la fuerza grandicsa de los prusianos, he conocido su organizacion militar, que sobresale á la de las otras naciones, y he conocido, por último, su arma terrible, el fusil de aguja.» Tuvo el valor de pronunciar aquellas patrióticas palabras él, que al estallar la guerra entre Prusia y Austria salió victorioso del combate de Trautenau, siendo el único general austriaco para quien habia aplausos, guirnaldas y coronas en la campaña de 1866.

Y hoy el casino de los veteranos de Trautenau ha sido el primero que expresó á la familia del ilustre difunto su profundo dolor por la pérdida que experimentó el ejército austriaco.

¡Lástima grande que este buen patriota, que anhelaba las riquezas para emplearlas en nobles fines, no hubiese muerto abrazado á la gloria! ¡Lástima grande que la lúcida estrella de su vida que se levantó con fuerza ígnea desde un fondo oscuro á las regiones más altas, se sumergiese en los abismos! Hasta las Valkirias, aquellas hermosas y atrevidas guerreras germánicas que sólo amaban, enlazándose con él, al hombre que las vencia en la batalla, lloran por el soldado animoso á quien desde el campo sangriento hubiesen querido llevar al templo de la inmortalidad, la *Walhalla.*

No pongamos término á estas breves líneas sin añadir que el emperador Francisco José de Austria tomó la noble resolucion de llevar los gastos de educacion de los dos hijos del Baron de Gablenz, y que haciéndose eco de la viva impresion de crudo dolor que experimenta el pueblo austriaco, é inspirándose en los más generosos sentimientos de gratitud, un propietario opulento residente en Trautenau, el Sr. Clemente Walzel, ofreció una tumba en el terreno que le pertenece, para que el cadáver del infortunado general repose en tierra austriaca, en el cementerio militar de Parschnitz (cerca de Trautenau), en el campo de su victoria. Por cierto que aquel nobilísimo ejemplo de patriotismo es digno de alta loa, como el que dió el ilustrado propietario de Salamanca, D. Mariano Solís, que haciendo suya la obligacion sagrada de su patria, erigió en 1866 un monumento á Colon en el lugar de Valcuebo (Salamanca).

XVII.

El pintor Guillermo de Kaulbach.

En otro capítulo ocupaban nuestra pluma las grandes concepciones pictóricas, las creaciones idea-

les, que habian sido el pavés sobre el que se juró por príncipe de la pintura alemana á *Cornelius*, á quien la muerte ha dado ya la patente de respeto y de admiracion que tan sólo á costa de la vida se alcanza.

Consagremos ahora un recuerdo al que ejerce en el dia la jefatura de los pintores alemanes, al célebre discípulo del titánico *Cornelius*, al pintor de los más grandiosos acontecimientos históricos, al artista filosófico, satírico y humorístico que está acostumbrado á inundar sus ricas composiciones de rasgos simbólicos, á *Guillermo de Kaulbach*, cuyo nombre han dado á los cuatro vientos sus bellísimas *figuras femeniles*, que recibieron carta de naturaleza en todas las naciones, sus portentosos cuadros *La Batalla de los hunnos*, *Las Ruinas de Jerusalen*, *La Torre de Babel*, *La Batalla de Salamina*, *El Mundo helénico*, *El Mundo de la Reforma*, *El Gran inquisidor de Zaragoza Pedro Arbués*, y la representacion prodigiosa de aquella humorística epopeya, cuyo héroe es *Reineke el zorro*.

¡Qué de veces he visitado, cuando estudiante en Munich en 1858, el taller del preciado artista, templo de las bellas artes, mundo de ilusion hermoso, llevando mi admiracion de una en otra tabla peregrina! Pero si *La Batalla de los hunnos*, representando aquellos irritados espíritus de los guerreros

difuntos, aquellos airados espectros que desde el sangriento campo de batalla se levantan como horrendos demonios, como asombros fantásticos, para continuar la implacable lid en la region de las nubes, es la última y más grandiosa expresion del arte moderno y el más espléndido triunfo del genio de *Kaulbach*, su pincel nos parece ménos simpático en los frescos satíricos de gran tamaño que cubren las paredes de La Nueva Gliptoteca de Munich, conteniendo la historia del desarrollo del arte desde los principios del siglo presente.

Podria decirse de *Kaulbach*, el segundo Hogarth, relámpago de la inteligencia, azote de los ultramontanos, que respeta todos los matices y que ama todos los colores, ménos el color negro.

Miéntras España llora todavía la prematura muerte del insigne *Eduardo Rosales*, que despues de recibido el bautismo del arte en el Tíber, fuente eterna de inspiracion artística, en el suelo feliz de Italia, oasis deleitoso, jardin de Europa, sueño de los pintores de todos los países, paleta espléndida y fecunda donde habian mojado sus pinceles los más antiguos y mejores maestros, buscó en sus grandes lienzos *Isabel la Católica dictando su testamento* y *La Muerte de Lucrecia* sus inspiraciones en las sombras densas de la muerte, y bajó á la tumba teniendo en la mano el decreto que le declaraba direc-

tor de la Academia Española de Bellas Artes en Roma, se festejó en Munich, patria privilegiada de la pintura, madre del ingenio, medianera del espíritu y de la belleza, el 1.° de Marzo de 1874, con un alegre banquete el vigésimo quinto aniversario del nombramiento de director de la Academia de Munich en obsequio de *Guillermo de Kaulbach*, á quien ya en vida asocia la fama á los moradores inmortales de la *Walhalla*.

Invitamos al lector para que asista á aquella fiesta en honor del arte aleman : allí escuchará los apuntes biográficos de nuestro maestro por boca del ministro de Estado bávaro Sr. de Lutz, que brindó por el laureado artista, diciendo : «Nuestra tertulia da testimonio del júbilo que experimentamos en llamar *nuestro* á un hombre querido, á un hombre grande, por el espacio de una vida fructuosa y fecunda, y con la más fundada esperanza de que sea nuestro todavía durante un largo período. Es verdad que en la acepcion verdadera de la palabra no le hace nuestro, pues Munich no es su patria nativa, puesto que vió la luz primera en una patria más septentrional, en Arolsen (principado de Waldeck), el 15 de Octubre de 1805. Sin embargo, es nuestro, pues aunque ya en Düsseldorf alboreó en el horizonte del Rafael embrionario el resplandor crepuscular de sus glorias, y aunque ya el perspicaz *Cornelius* recono-

ció su talento por los años 22 ó 23 de la actual centuria, Munich le llama suyo con la voz popular y la constante memoria; aquí desplegó sus alas el genio que le llenaba, aquí ganó el cetro de la pintura del mundo artístico, aquí hizo el largo camino desde su *Apolo entre las Musas* (que se halla en el Odeon de Munich) y sus *Divinidades de los rios bávaros* (que pintó en el estilo austero de *Cornelius* en 1828 y 1829 para las Árcadas del jardin real de Munich) hasta las grandiosas concepciones *Las Ruinas de Jerusalen* y *La Batalla de Salamina*; aquí empezó el vuelo de su fantasía que le llevaba por las vias más atrevidas al sol radiante del arte. Aquí se edificó el dulce nido del amor; aquí está la cuna de sus hijos y nietos — y ¿he dicho una hipérbole llamándole hombre grande? ¿Debo demostrar que á mis palabras no falta la medida de la severidad y de la verdad? ¡No, no! Eso sería un agravio, así para esta asamblea como para él. ¿Quién no conoce, quién no admira sus creaciones colosales? ¿Debo hablar todavía de su abundante imaginacion y de la infinita copia de pensamientos y figuras por las cuales su pincel privilegiado se hizo en el célebre cuadro *La Batalla de Salamina*, en los prodigiosos frescos que adornan la *caja de escalera del Nuevo Museo en Berlin*, y en su gran lienzo *La Tumba imperial de Aquisgran*, el intérprete más elocuente de la historia de todos los

países y de todos los tiempos? ¿Necesitaria yo hablar de su profundo conocimiento de los hombres y de su fuerza imaginativa que revelan sus retratos de contemporáneos y su *Reineke* en que hay un humor encantador? ¿Es necesario hablar del mérito que contraia como maestro de los catecúmenos del arte de Apéles, como director de la Academia de Munich durante veinticinco años? ¡No, no! Hablar de los méritos de un hombre de quien la gran familia humana se envanece, sería un esfuerzo vano. Concluyo con la comparacion siguiente: Fijemos la vista en el cielo sembrado de estrellas. Allí miramos al lado de soles numerosos otros cuerpos celestes, los cuales, aunque en sí mismos sean grandes y hermosos, ceden el puesto á los soles. Aquellos cuerpos los vemos sólo miéntras que son compañeros del sistema de nuestro sol. Y por encima de la esfera de nuestro sol alcanza nuestra vista únicamente soles radiantes por su propia luz. Los astrónomos tendrán indudablemente razon cuando digan que la luz de algunas estrellas necesita muchísimos años hasta que llegue á nuestra vista. Apliquemos lo que sucede en el espacio al torrente de los tiempos. Como en las esferas celestiales vemos cuerpos grandes y pequeños, cuerpos con luz propia y con luz reflectiva, así tambien sobre la tierra miramos hombres grandes y pequeños, hombres con propio ingenio y con

ingenio prestado, y la mayor parte de ellos la vem :
sólo miéntras que compartan el tiempo con nosotro·
Pasado el tiempo de una generacion, la memoria de un hombre sólo llega á las generaciones venideras si éste fué uno de los genios privilegiados, brillantes por su propio fuego, y cuanto más dista su tiempo, tanto más intensiva debe haber sido la luz de su espíritu, si ha de llegar á una generacion lejana. Uno de estos genios, el compañero de Rafael y de Rubens, de Durero y de Kranach, es nuestro *Kaulbach*. Brindo, pues, por el gran maestro.»

La escogida concurrencia, entre la cual figuraban las celebridades de Munich, el embajador de Prusia y los discípulos de la Academia, contestó á aquel bríndis, que nos sirvió de biografía de *Kaulbach*, con los más calurosos aplausos. Hay que añadir que el ilustre director de la Academia fué agraciado por el rey Luis II de Baviera con la gran cruz de la Orden de San Miguel, y que el director general de todos los Museos prusianos, el Conde de Usedom, le honró con el siguiente despacho telegráfico: «Salve, gran maestro, en tu fiesta de hoy. Agradecidos rendimos culto al monumento inmortal que tú mismo te creaste en las bóvedas de nuestro Museo.»

El jurado y la opinion de cuantos comprendian y sentian el arte, le confirieron por unanimidad la

palma en el colosal concurso que celebró Viena en 1873.

Sin embargo de tantos triunfos alcanzados por el que grabó su genio en *La Batalla de los hunnos*, dirémos que nuestras simpatías las conquista sólo él que lleva en su pecho esa misteriosa fuerza que del cielo baja y al cielo torna despues de agitar la tierra, y no podemos ménos de decir que *Kaulbach*, por sus sátiras relativas á Pedro Arbués y á la ciudad de los papas hiere en el corazon á la religiosa España, cuyo soberano tesoro ha sido siempre *la fè ardiente*, pareciendo su estímulo y su fuego, como dice bien *Juan García*, «complemento más esencial y necesario de la sangre española, si ésta ha de mostrarse como debe ser y como ha sido, cuando animaba las venas madres del mundo. Gloria de las armas, esplendor de las letras, prepotencia política, auge y pompa de las artes, cuanto en la vida de los pueblos es testimonio de valor y de grandeza, lisonja de su patrio orgullo y gala de sus anales, cuanto los hijos de España poseian, y con laceradas almas y herida soberbia recuerdan, tuvo en la fe ardiente de sus mayores su razon y su objeto, su causa y sus fines, su impulso y su corona.»

Esperamos que el pintor eminente que nos ocupaba aumente la espléndida corona de sus creaciones tan vigorosas y potentes con nuevos florones

ántes de que legue á la posteridad su memoria inmortal, que es el genio.

P. D. He empezado por saludar á un vivo; no me resta sino el doloroso deber de dar el último adios á un muerto. Ayer estuvimos con regocijo en torno de la mesa del festin; hoy ya nos hallamos con la faz sombría ante una tumba abierta, que ha de encerrar al artista olímpico, cuyas grandiosas creaciones se parecen á los tercetos del *Dante*. Munich se engreia con la imágen del vivo, y Munich arde en amor al muerto. Enmudecen los alegres bríndis para ceder á voces lastimeras, á apenados acentos: la biografía del que al lado de *Cornelius* era el primer pintor del siglo, se convierte de repente en una necrología.

Sólo pocas semanas despues de haber experimentado el goce anticipado de la inmortalidad en aquella fiesta en que le tributaron elogios como á un finado, como á uno de aquellos varones inmortales, cuyo valor duradero, pareciéndose á los torrentes crecientes, llena un largo siglo, ha dejado de existir el 7 de Abril de 1874, siendo víctima del cólera, el gran *Kaulbach*, para quien el mundo era la niñez de su alma.

«Águila que otro horizonte
Buscaste en mejor espacio;
Pied ꞔ que en rudo desmonte

Fuiste ayer parte de un monte,
Siendo hoy blason de un palacio;

—

»Los siglos contemplarán
Lo que en tí las artes vieron;
Y las obras vivirán
Siempre en la memoria, iman
De aquellos siglos que fueron» (1).

Teniendo la misma cuna que *Rauch*, *Kaulbach* habrá entrado con él en la *Walhalla*.

Á los que derraman copioso llanto ante su féretro, sirva de consuelo el dulce recuerdo de que la ilustre Academia de Munich ha hermoseado la tarde de la vida al gran pintor con la espléndida fiesta que acabamos de describir, y que la suerte le haya preparado la tumba cuando su genio, siempre vivo y ardiente, habia subido al zenit de la gloria.

¡Qué carrera tan maravillosa fué la de *Kaulbach*, que empezó por vender, en union de su jóven hermana, las láminas de su padre, llamando á las puertas de las alquerías de Westfalia, y que debiéndoselo todo á su celo prodigioso, que es á la par la herencia y la condicion de un gran talento, concluyó siendo el lustre de Alemania, el blason de Europa, el pasmo del mundo!

Kaulbach tenía la enfermedad de los grandes

---

(1) Adolfo de Castro.

hombres, la melancolía, que está, como antigua herencia nuestra, en la sangre germánica. La ironía y el buen humor eran los genios benéficos que salvaban su delicada naturaleza, y como el ciervo arroja su cornamenta añeja, así el artista arrojó su dolor haciéndole objeto de su representacion artística. Tal es el orígen de sus cuadros de Reineke el zorro, en que azota sin compasion los motivos ruines y egoistas de las acciones humanas. Pero el génio de *Kaulbach*, abandonando al mundo miserable de Reineke, en que el simple y el débil son siempre las víctimas de la astucia y de la fuerza, se levantó en sus creaciones siguientes á aquella altura de la contemplacion histórica, de donde se ven los acontecimientos separados condensarse á una gran masa, conteniendo cada una como en un cuadro cumplido el destino de un pueblo, y llevando cada una el gérmen de un nuevo desarrollo. Eligió para sus composiciones aquellas catástrofes de la historia universal en que se manifiesta el alma misma de la historia, aquellas catástrofes en que el genio del mundo, cansado de su longanimidad, empuña la espada de la decision. Así se hizo *Kaulbach* el pintor clásico de la batalla de los espíritus, segun se refleja en la historia univeraal y en la fantasía del pueblo: viendo en la naturaleza y en la historia la revelacion de Dios, retrató, no lo exterior de las

cosas, sino los poderes espirituales de los acontecimientos.

Las composiciones de *Kaulbach* representan lo mejor, las tendencias filosóficas é históricas y los adelantos de nuestro siglo, retratando los grandes tipos de cultura de la humanidad.

Se construyó la historia universal para su uso artístico, estudiando las lecciones en que el célebre *José Goerres* introdujo á los escolares de la universidad de Munich en la historia universal. ¿Quién diria que el pintor tan filosófico hubiese entrado en la vida con el más ligero cartapacio de escuela? Eso no le impedia dejarla con un caudal inmenso de conocimientos, debido á la lectura y al trato de hombres eminentes.

Por su inagotable chiste, por su ironía, por la espontaneidad de su produccion, nos recuerda á *Enrique Heine*; por su estudio del arte griego, por su rigor armónico, por la beldad de la forma, recuerda á *Augusto Platen*, y por su amor á la libertad á *Schiller*, hiriendo en el corazon á la inquisicion con su puñal trágico, como el inspirado autor de *Don Cárlos*.

Pero si su sátira pertinaz, sobre todo en los últimos años de su vida, persiguió á los ultramontanos en numerosas caricaturas multiplicadas por la fotografía, su númen ha enaltecido, en cambio, al

cristianismo en aquel cuadro sublime, representando los primeros mártires que arrostran con santo júbilo, con amor infinito, el tormento que les prepara Neron.

Como sobre el féretro del divino *Rafael* estaba la Transfiguracion del Señor, así el testamento glorioso de *Guillermo de Kaulbach* era el arcángel *Miguel*, que pudiera llamarse el símbolo del Miguel aleman que, armado de rayos, hunde en el polvo á los enemigos de la luz. Al ejército aleman dedicó *Kaulbach* su *San Miguel*, como postrer saludo de esperanza á la querida nacion alemena, y al dar la última pincelada en el lienzo, bajó al sepulcro, coronada la noble frente del primer rayo de la libertad.

El inmenso cortejo fúnebre del maestro inmortal se halló poseido de un solo sentimiento: ha bajado una estrella del cielo del arte aleman, pero indelebles han de quedar sus huellas luminosas.

De todas las ciudades alemanas habian enviado coronas y guirnaldas para el pintor que se atreve á competir con *Cornelius*, siendo éste la grandeza austera y *Kaulbach* la gracia. El rey de Baviera encargó al célebre general *von der Tann*, uno de los héroes de 1870, depositar el laurel merecido sobre la tumba del pintor de *San Miguel*.

Hablaron en el cementerio de Munich en obsequio del ilustre difunto tres distinguidos oradores: mi

maestro el doctor *Carriere*, en nombre de la Academia; el pintor *Paul*, en nombre de los discípulos de *Kaulbach*, y otro maestro mio, el profesor *Riehl*, en nombre de la universidad de Munich.

«Cumplamos, decia *Riehl*, el último acto simbólico, arrojando tres puñados de tierra sobre este ataud.

»Cuando uno á quien amamos duerme, enderezamos su cabecera. Empero la tierra es un lecho duro, la tierra es una cubierta dura, aunque él, que duerme debajo no lo siente, lo sentimos nosotros. La mano del amor más tierno ha de convertir esta tierra dura en un lecho muelle y blando.»

¡Amén! decimos nosotros, dedicando este recuerdo al artista, sobre quien la fortuna, que no habia sonreido al niño, derramó, cuando hombre maduro, y cuando anciano, la copia de sus dones, negándole sólo un favor, la bienaventuranza de la fe sencilla.

Nos duele en el alma que el artista eminente, que despues de haber ocupado las alturas de la humanidad acaba de descender al seno de la tierra, y que hoy comparte con *Cornelius* la inmortalidad, no haya vivido con éste, que fué su maestro, la dulce vida de la amistad, como *Perugino* y *Rafael*. Pues al contemplar el célebre lienzo de la *Reforma*, pintado por *Kaulbach*, exclamó *Cornelius:* «Eso me repugna, yo soy católico», y jamas volvieron á

verse en vida los dos genios de la pintura alemana.

Su compañero y admirador, el elegante escritor *Ernesto Foerster*, le dedicó un artículo interesante, del cual tomamos las noticias siguientes: «En uno de sus primeros dibujos que hizo cuando era alumno de la Academia de Düsseldorf, representó *Kaulbach* la lluvia del maná que caia sobre Israel en el desierto.—¿Por qué elegiste ese asunto? le preguntó Foerster.—Hé aquí el fiel retrato de los albores de mi vida, contestó el jóven; la miseria de mi infancia debia infundirme el deseo de que Dios conceda su pan á mi boca, como á aquellos judíos. —Sea, pues, este dibujo, replicó Foerster, para tí el agüero de un porvenir afortunado.»

Á Foerster debemos tambien la noticia de que *Kaulbach* se inspiró de repente para pintar su lienzo *La Batalla de los hunnos*, por haber oido hablar por casualidad al ilustre arquitecto de la *Walhalla*, el señor de *Klenze*, de aquella memorable batalla de tres dias, en que los finados renovaban la pelea sangrienta durante la noche.

El gran lienzo de *Kaulbach*, *Las Ruinas de Jerusalen*, tiene su modelo en el fresco de *Cornelius*, *La Perdicion de Troya*. Mírase en un solo cuadro una copia infinita de ideas; en las llamas devoradoras de Sion la secta de los levitas se vuelve cenizas, de las cuales se eleva triunfante el jóven cristianismo,

miéntras perseverando en su error, Israel, la tribu descreida, está condenada á vagar por el mundo sin patria ni consuelo; y en el mismo cuadro miramos los profetas que anunciaron al pueblo su perdicion, y los mensajeros de Jehová que ejecutan el juicio divino en justo castigo de tantas culpas.

Y no sólo uno, sino *seis* cuadros de importancia igual creó el gran pintor, accediendo al deseo de Federico Guillermo IV de Prusia.

Y murió..... Como si hasta en medio del júbilo de la fiesta con que le obsequiaba la Academia de Munich hubiese adivinado ya su cercana muerte, *Kaulbach* prorumpió en las palabras: «*Carriere* ha de hablar ante mi tumba.»

¡Ay! ¿Qué son las cosas de este mundo? Su pompa y sus vanidades son todavía ménos que humo.

¿Quién sabe si al despedirse de la vida el artista no habrá dicho con mi amigo *D. Fernando Martinez Pedrosa*:

Aurora apacible con que el triste sueña,
Plácido sueño de ventura y paz,
Númen fecundo de virtud y amores,
Esperanza que ahuyentas nuestro afan,
Luz de los seres que dolientes gimen,
¿A dónde estás?
¡Ay, yo no vivo en la tierra!
¡Ay, yo no existo en el mar!
Mi morada no es el mundo,
¡Es más allá!

XVIII.

Los hermanos Grimm, Jacobo y Guillermo.

¿Qué hay más glorioso que una larga vida consagrada á la vez á la ciencia bienhechora y á la patria? Tal ha sido la existencia de *Jacobo Grimm*, el creador de la filosofía alemana, el sin par representante de la ciencia germánica, el germanista por excelencia que, dotado de una viveza singular, de un sentimiento verdaderamente poético, de una ilustracion pasmosa, de una asiduidad febril y una naturaleza de hierro, nos abrió con su vara dorada los riquísimos tesoros alemanes de la Edad Media, y que sintió multiplicadas sus fuerzas al dedicarse á la patria, como el gigante Anteo, que debia todo su vigor á su madre la Tierra.

¿Qué hay más bello que un alma de niño unida á un espíritu superior? Ese conjunto armonioso de candor poético, de genio creador y de erudicion, le encontramos en *Jacobo Grimm*, que nos sorprende por lo grandioso de sus concepciones, miéntras su hermano *Guillermo*, reduciéndose á límites más estrechos, nos encanta por la filigrana de sus trabajos.

El pueblo aleman ama y amará á los *hermanos*

Grimm, porque al ocuparse de lo pasado, no olvidaron las aspiraciones y las luchas de lo presente.

Hablemos primero de *Jacobo* y despues de *Guillermo Grimm.*

Jacobo Luis Cárlos Grimm nació el 4 de Enero de 1785 en Hanau (Hesse-Cassel). Compartió los goces y penas de la juventud, y hasta la cama, con su hermano menor *Guillermo*, de que se separó solo cuando un año ántes de éste cursó, en 1802, los estudios jurídicos en Marburgo (Hesse). La pobreza era su aguijon para el trabajo, y le llenaba de aquel noble orgullo que consiste en la conciencia de deberse á sí mismo lo que á los privilegiados de la fortuna da su cuna y su riqueza. Se granjeó las simpatías del eminente jurisconsulto *Savigny*, en tan alto grado, que éste le invitó, en 1805, á que le ayudase en París en sus tareas científicas. Allí, en presencia de los infinitos manuscritos de la Biblioteca, nació en el jóven el amor al estudio de la literatura germánica, olvidada desde mucho tiempo: y las antigüedades alemanas, lo pasado y la paz de la ciencia, fueron su consuelo y su estrella de esperanza en la lúgubre época de la dominacion del extranjero. En 1808 fué bibliotecario de Jerónimo, rey de Westfalia, cuya biblioteca se hallaba en el castillo que entónces debia trocar el nombre de

Wilhelmshöhe (cumbre de Guillermo) por el de Napoleonshöhe (cumbre de Napoleon).

Es un mérito incontestable en los poetas *románticos* haber recomendado al pueblo aleman las joyas de la antigua poesía germánica; y los *hermanos Grimm* tienen la gloria de haber rendido al pueblo aleman lo que pertenece al pueblo, publicando, en 1812, aquel amenísimo libro, que penetró luégo en todas las familias, y que siempre será el nutrimento de nuestra juventud: *los cuentos alemanes* (1).

Dos veces, en 1814 y en 1815, volvió *Jacobo* á Paris para reclamar en nombre del Gobierno de Hesse Cassel los libros robados por los franceses. Despues de concluida la guerra de la Independencia, fué nombrado bibliotecario segundo de la bi-

---

(1) De los *cuentos germánicos* se apoderó tambien por fortuna suya y nuestra la *pintura* alemana. El pintor clásico de los cuentos y de la Wartburg, el pintor de la gracia serena y de la belleza, el pintor lleno de fantasía, de sentimiento, de buen humor y de ocurrencias satíricas, el *Platen de la pintura* es *Mauricio de Schwind*, que nació en Viena en 1804, y murió en la misma ciudad el 8 de Febrero de 1871. Un magnífico poema en colores es su ciclo armonioso, representando el bellísimo cuento *La Cenicienta*. Otro ciclo no ménos rico es el de *Los Siete cuervos*, que bastaria por sí solo para asegurar á su creador la inmortalidad.

Si *Schwind* representa el *cuento* aleman, *Luis Knaus* (que nació en Wiesbaden el 5 de Octubre de 1829) retrata la vida popular.

blioteca de Cassel, siendo tambien su hermano *Guillermo* uno de los empleados de aquella dependencia, y ahora empezó para *Jacobo* el tiempo más fértil de su vida.

¡Qué obra tan gigantesca es su *Gramática alemana*, que principió en 1818 sin terminarla jamas, demostrando con una sin par erudicion la conexion de los catorce dialectos alemanes, y abriendo el paso á la *Gramática comparativa!* (1).

---

(1) El fundador de una nueva ciencia, *La Gramática comparativa*, es el gran *Francisco Bopp*, que nació el 14 de Setiembre de 1791, en Maguncia. Publicó en Berlin, desde 1833 á 1852 su obra colosal: *Gramática comparativa del sanscrito, zend, griego, latin, lituano, slavo viejo, gótico y aleman.* Entre los discípulos de *Bopp* llamaré á *Cárlos Ricardo Lepsius*, que se distinguió por sus estudios egipcios, y al eruditísimo profesor *Maximiliano Müller*, célebre hijo de un célebre padre, el inspirado y popular poeta *Guillermo Müller*, autor de los entusiastas *Cantos de los griegos.*

Cual padre de otra ciencia nueva, *La Mitología comparativa*, disfruta de justo renombre: *Adalberto Kuhn*, que nació en Koenisberg (Marca nueva) el 19 de Noviembre de 1812.

Conviene mencionar tambien el reputado autor de «la Mitología de los pueblos antiguos, sobre todo de los griegos». *Jorge Federico Creuzer*, que nació en Marburgo el 10 de Marzo de 1771, y falleció el 16 de Febrero de 1858, en Heidelberg. Ademas llamaré al genial filósofo y eminente catedrático *Juan Godofredo Hermann*, que abrió el paso al estudio más racional y científico de la *Métrica* y

Para descansar de los esfuerzos que le causaba *La Gramática*, escribió en 1828 *Las Antigüedades del derecho aleman*, como prueba de que el pueblo germánico, ya en la aurora de su historia, era capaz de llevar gérmenes regeneradores á las naciones meridionales. Pero Alemania no embargó toda la atencion de *Jacobo Grimn*: éste halló aún ocio suficiente para publicar en 1815, en Viena, una coleccion de *romances españoles.*

---

de la *Gramática*, nació en Leipzic el 28 de Noviembre de 1772, y murió el 31 de Diciembre de 1848.

No olvidemos tampoco al profundo conocedor de las antigüedades *Cárlos Federico Hermann*, que nació el 4 de Agosto de 1804, en Francfort sobre el Mein, y murió en Goettinga el 8 de Enero de 1856.

Lo que los *hermanos Grimm* son para la filología germánica, es para la explicacion lingüística y crítica del Testamento antiguo, y para la geografía bíblica el distinguido orientalista *Federico Enrique Guillermo Gesenius*, que nació en Nordhausen el 3 de Febrero de 1785, y murió el 23 de Octubre de 1842.

Por sus excelentes estudios, relativos al texto de los Testamentos nuevo y antiguo, ganó justa fama *Federico Constantino Tischendorf*, que tuvo la fortuna de hallar el *Código sinaitico*, el más antiguo manuscrito griego de la Biblia. Nació el 18 de Enero de 1815.

Digno de los mayores aplausos por su vasta erudicion es tambien el estadista *Cristiano Cárlos Josías*, *Baron de Bunsen*, que nació el 25 de Agosto de 1791 en el principado de Waldeck, y murió en Bonn el 28 de Noviembre de 1860.

A la vez orientalista y germanista es el ilustrado Adolfo Holtzmann, que nació en Karlsruhe el 2 de Mayo de 1810.

Viéndose postergados en su misma patria, en que habian pensado vivir y morir, aceptaron los *hermanos Grimm*, en 1830, una colocacion en Goettinga, *Jacobo*, cual profesor y bibliotecario; *Guillermo*, cual bibliotecario segundo, y, como dijo *Jacobo* concluyendo su breve autobiografía: «Aunque la naturaleza de Goettinga no puede compararse con la de Cassel, lucen allí las mismas estrellas del alto firmamento, y Dios volverá á ayudarnos.»

Deja profundamente marcada su huella en la literatura germánica todo lo que salió de la mágica pluma de *Jacobo Grimm*, que demostró decidido empeño en ilustrar con más lucidez las antigüedades alemanas. Así la pintura de las creencias religiosas de nuestros abuelos resulta verdadera en la *Mitología alemana*, que *Jacobo* publicó en 1837, demostrando en ella que nuestro pueblo, que hallaba ya en los tiempos remotos del paganismo un lenguaje fácil, correcto, armonioso y poético, estaba siempre léjos de creer en la idolatría y en lo fabuloso, y tenía ora serenas, ora grandiosas ideas de seres superiores. *La Mitología alemana*, aunque verdaderamente histórica, nos parece una creacion propia de *Grimm*, que despues de descubiertos por él cuentos, creencias populares, leyendas y tradiciones germánicas, hizo, por sus ingeniosas combinaciones, del material más pobre una obra riquísima.

¡ Honor al sabio á quien invitaron los fragmentos de las antigüedades alemanas para que los completase su genio! Pero ¡ honor eterno tambien al patriota que, obedeciendo á una necesidad moral, protestó en 1837, junto con su hermano *Guillermo*, y cinco otros profesores, contra la supresion de la ley fundamental del Estado en Hannover! Los catedráticos, tan justos como valientes *Grimm*, *Gervinus* y *Dahlmann* pagaron su ardimiento con el destierro; pero nuestro *Grimm* tuvo la conciencia de que lo que habia hecho, á semejanza de un antiguo griego ó romano, en vez de perjudicar al mérito de sus obras científicas, aumentaria, si fuese posible, su esplendor, y de que habia arrojado una centella que, atizando el fuego de la resistencia, se haria benéfica para Alemania, cuyo porvenir estriba en el sentimiento comun del honor y de la libertad.

Modelo de los sabios, y teniendo por ideal de su vida la bienaventurada quietud del claustro, pasó *Jacobo Grimm*, despues de su salida de Goettinga, algunos años en Cassel, hasta que el generoso rey de Prusia, Federico Guillermo IV, invitó á los *hermanos Grimm* en 1841 á volver á Berlin, donde *Jacobo*, cual miembro de la ilustre Academia, dió á veces lecciones interesantísimas en la Universidad, encontrando en el goce misterioso de la enseñanza el impulso más poderoso para aprender. La estan-

cia en la córte, que para *Rückert* carecia de atractivos, era para los hermanos *Grimm* llena de satisfacciones, concediéndoles quietud, comodidad y toda suerte de recursos.

En 1848 participó *Jacobo* del Reichstag aleman, siendo uno de los profesores que defendian los ideales de la nacion y mantenian la luz, todavía pequeña, de la unidad germánica. Parecia que la edad le hacía más demócrata y acrecentaba aún sus fuerzas. ¡Qué bellas son las palabras que él mismo, cuando anciano, escribió *sobre la edad*: «Cuanto más nos acercamos al borde de la tumba, tanto más y más debian desvanecerse nuestras dudas y nuestro miedo de confesar la verdad. Si ya en la edad primera estaba en nosotros el gérmen de la libertad, ¿cuánto más debia tener raices profundas en nuestro corazon en la edad última?»

En los turbulentos dias de 1848 publicó la *Historia de la lengua alemana*, en que lograba esclarecer las relaciones entre la lengua y la historia; y en 1851 escribió sobre un problema, en que se habia ocupado tambien *Herder*: *El Orígen de la lengua.*

El fiel compañero de sus primeros trabajos, su hermano *Guillermo*, fué tambien el colaborador de su última obra, *El Diccionario aleman*, que nos envidian todas las naciones del mundo, y que no

podemos leer sin experimentar un entusiasmo inefable y una especie de devocion. Aquella peregrina obra científica y verdaderamente popular pone ante nuestros absortos ojos la riqueza inmensa de la lengua alemana desde Lutero hasta Goethe. Pero ¡triste destino de las cosas humanas! aquella obra gigantesca que corona los trabajos de los *hermanos Grimm*, fué interrumpida por la muerte de sus infatigables creadores. En el mismo año de 1859, en que murió en Berlin el gran *Alejandro de Humboldt*, y en que en toda Alemania se celebró el centésimo aniversario del nacimiento de nuestro *Schiller*, falleció en Berlin *Guillermo Grimm*, y el 20 de Setiembre de 1863 le siguió á la tumba su hermano *Jacobo*, dejando aquel sazonado fruto de su vida, *El Diccionario aleman*, cuando habia llegado á la letra *F*, á la misma palabra *fruto*.

Podria escribirse la vida de los dos fieles hermanos en dos palabras. Como colegiales, tenian un solo aposento, una sola cama, una sola mesa de trabajo; como estudiantes, dos camas y dos mesas en el mismo cuarto; despues tenian dos mesas en dos cuartos vecinos, y una biblioteca comun, que amaron con la mayor ternura, como si fuese una personalidad viva; y por último, ocupaban dos lechos mortuorios, dos tumbas vecinas.

Más todavía que padre é hijo se entienden los

hermanos, pues padre é hijo viven juntos sólo media vida, miéntras los hermanos viven juntos una vida entera. Los padres, cansados del trabajo de la vida, no aspiran sino al descanso de la muerte, miéntras para los hermanos adolescentes el mundo ofrece tantas esperanzas!..... En el trato de padre é hijo hay, por un lado la conciencia del poder paterno, por otro lado el sentimiento del respeto y de la dependencia, miéntras entre los hermanos, á pesar de su mutuo cariño, reina completa libertad. Y el hijo, por lo general, se parece sólo á medias á su padre, pues lleva tambien algunos rasgos de su madre; pero los hermanos participan así de los rasgos del padre como de los de la madre.

¿Qué es de extrañar, pues, que *Jacobo Grimm* se haya identificado con su hermano *Guillermo*, y que, impulsado por su cariño fraternal, le haya levantado un monumento en un discurso leido en 1860 en la Academia de Berlin?

El que para *Jacobo* era la mitad de su alma, *Guillermo Cárlos Grimm*, nació en Hanau el 24 de Febrero de 1786. Gozando de poca salud, no pudo, como su hermano mayor, desplegar una gran actividad en el trabajo. Como éste, escribió su vida hasta el año 1830.

La naturaleza, con sus calmas inefables, con sus magnificencias, con sus flores, constituia su encan-

to y su lujo; y el cariño fraternal, los dulces afectos de familia y los goces de las letras, los tesoros de la Edad Media, reemplazaron lo que le faltaba de fortuna. Su ideal era la musa de las florestas, la poesía de los campos, libre como las aves, pura como las brisas, armoniosa y natural como el susurro de los arroyos.

Encantan por su sencillez y frescura las antiguas baladas danesas que tradujo en 1811, y que merecieron los aplausos del popular poeta *Hebel*. Su obra capital es la *Leyenda heróica de los alemanes*, que salió á luz en Goettinga en 1829. Entre sus numerosas ediciones de poesías germánicas, mencionaré la de *Freidank*, publicada en 1834.

Memorables fueron sus últimos momentos. Como el que, despues de un dia caloroso, sentado en un banco ante la puerta de su casa, gozando de la frescura de la tarde, pasa revista por los acontecimientos que vió, así diseñaba *Guillermo* con una claridad singular, ámpliamente, conforme era el cuadro de su vida, sus aspiraciones, sus trabajos, lo pasado y lo presente, y un instante despues cerró los ojos, para el sueño eterno, el 16 de Diciembre de 1859.

El anciano y soltero *Jacobo* llevó la pérdida de su amado hermano *Guillermo* con la mayor calma, sin duda porque sabía que la separacion duraria sólo

breves años, pues *senectus crepusculum est, quod longum esse non potest.*

Ya están los dos hermanos en la mesa de Odin, inseparables como lo son en la memoria del pueblo aleman y como han de estar en la *Walhalla.*

Digno de su padre *Guillermo*, se distinguió en las letras el elegante escritor *Hermann Grimm*, autor de la *vida de Miguel Angel.*

Como distinguidos *germanistas*, merecen mencion especial, despues de los hermanos Grimm: *Büsching*, *von der Hagen*, *Haupt*, *de Keller* (que en 1839 publicó tambien una edicion del *Romancero del Cid*, y que desde 1839 á 42 tradujo, en union de *Notter*, todas las novelas de Cervántes), *Lachmann*, *Massmann*, *Pfeiffer*, *Schmeller*, *Wackernagel* (que escribió tambien un libro titulado *Sevilla*, publicado en 1851 en Basilea), *Waitz*, *Bartsch*, *Bechstein*, *Holland* y *Zarncke.*

Réstame tributar alabanzas á cuatro corifeos de la filología clásica en el siglo presente, entre los cuales llamaré primero al catedrático *Augusto Boeckh*, que nació en Karlsruhe el 24 de Noviembre de 1785, y murió en Berlin en 1867. Por su obra *El Estado de Aténas*, que publicó en 1817, ejercia sobre la vida política de Alemania una influencia tan benéfica como la luz y el calor. Despues llamaré á *Felipe Cárlos Buttmann*, cuyos trabajos

relativamente á la lengua helénica, merecieron justa fama. Nació en Francfort, sobre el Mein, el 5 de Diciembre de 1764, y falleció en Berlin el 21 de Junio de 1829. Una guirnalda tambien para *Federico Ritschl*, que nació el 6 de Abril de 1806 en Turingia, y para *Othon Jahn* (que vió la luz el 16 de Junio de 1813 en Kiel), el autor de la obra clásica *Mozart*.

Alcanzaron justa celebridad tambien los tres hermanos *Mommsen*, y entre los filólogos y escritores que se dedicaron á *España*, *Federico Diez*, el fundador de la filología romana, que nació en Giessen el 15 de Marzo de 1794; el incansable *Fernando Wolf*, que vió la luz primera en Viena el 8 de Diciembre de 1796, y murió en la misma ciudad en 18 de Febrero de 1866; el poeta *Adolfo Federico de Schack*, los ilustrados *Reynaldo Baumstark* y *Francisco Lorinser*, y mi querido amigo el distinguido profesor de la Universidad de Strasburgo *Eduardo Boehmer*.

XIX.

El germanista y poeta Hoffmann de Fallersleben.

Dice un autor que en cada nacion hay un género de edificios que la caracteriza; la catedral en Italia,

la plaza de toros en España, la Grande Ópera en Francia, la fábrica en Bélgica, el arsenal en Inglaterra y la universidad en Alemania.

Si las universidades, madres de sabios, santuarios de la ciencia, son las ricas joyas del pueblo aleman, las letras germánicas son deudoras de grandeza y vida al númen de los *Grimm*, *Uhland*, *Simrock* y *Hoffmann de Fallersleben*. Alemania toda levanta áureos altares en honor de su queridísimo *Hoffmann*, el ilustrado profesor y candoroso poeta, cuyos sencillos, blandos é inocentes acentos recuerdan, ora el zumbido alegre del insecto que con el vestido del festin va á la tumba en un sol de estío, ora el canto de las aves no aprendido, y cuya voz suave, seductora y poderosa escuchaban las doctas aulas, las tabernas estudiantiles, los cuerpos de guardia de tiradores y mosqueteros, de hulanos y coraceros, los campos deleitosos, las selvas sombrías, los rios sonoros, las fuentes cristalinas, los prados y sus nidos, los hogares y sus cunas. Los cantos de *Hoffmann de Fallersleben* son sencillos como su vida, ora tiernos como su amor, ora ásperos como su ódio contra la tiranía; ellos acompañan al guerrero á las batallas, al estudiante á los banquetes; ellos resuenan de los labios de los amantes, y con aquellas melodías dulcísimas arrulla la madre al hijo de sus entrañas. La Musa de *Hoffmann*,

como la de Jacobo y Guillermo Grimm, tiene un aire risueño y feliz, difunde sobre la vida toda especie de dulzuras, y siembra los caminos de flores perfumadas. Su arpa sonora cautiva las almas y enamora á los niños alemanes, como el concierto de las avecillas parleras, como el acento amoroso del ruiseñor, como el perfume de las flores, hijas del amor del cielo, y como un cuento de hadas.

Retrátase en sus versos la vida alegre, la paz dulce y quieta, el mundo de los cándidos niños con sus visiones hermosas de auroras eternas, con sus querubes que en tronos de estrellas entonan dulcísimos cantos, con sus mariposas que esmaltan con piedras de Oriente su cuerpo de anillos y con sus

«Aves lindas que forman sus nidos
Cual cunas que penden al fin de las ramas» (1).

Nadie ha penetrado en el alma pura de los niños más que nuestro *Hoffmann*, que rivalizando con la española *Carolina Coronado* y con el aleman *Federico Rückert* nos pinta con su mágico pincel el cuadro de aquellas «cabecitas rubias» animadas por tan dulces pensamientos.

Pero su primer amor era la patria alemana y la libertad, en cuyo loor se desataba su vena. Cantaba

---

(1) Don Juan Arolas.

á Alemania ya cuando niño entusiasmado por Teodoro Koerner; cantaba sin descanso á la unidad nacional, que es la consagracion de la patria, y junto con los *Bodenstedt*, *Freiligrath*, *Geibel*, *Gerock*, *Gottschall*, *Grosse*, *Heskiel* (1), Jensen, Lingg, *Redwitz*, *Rittershaus*, *Rodenberg*, *Sturm*, *Traeger*, los austriacos Hamerling y Meissner, el alsaciano Hackenschmidt y el norte-americano Bayard Taylor y tantos otros, lanzaba aún el anciano cantos marciales cual cohetes veloces que subian serpenteando al inflamarse en la guerra de 1870, cuyos hechos increibles se prestan á una verdadera leyenda.

El nombre de *Hoffmann* era providencial para

---

(1) Al escribir estas líneas recibo la noticia de que el 26 de Febrero de 1874 ha fallecido en Berlin, á la edad de 55 años, el distinguido escritor y poeta, el consejero áulico *Jorge Heskiel*, el bardo del prusianismo, el más devoto servidor de su rey, el más leal escudero de la nobleza prusiana, el encomiador de Bismarck. Pensando en *Heskiel* me vienen á la memoria los ideales poéticos de la devocion monárquica: *El Conde de Alarcos* y *Sancho Ortiz de las Roelas*, hijos de aquella tierra donde vemos estampada la huella de quince siglos que han pasado gritando. ¡viva el rey! y á cuyo grito santo se formó la nacionalidad española. Pero, ¿cómo agradeció la nobleza prusiana tanta lealtad, tanto entusiasmo, cómo agradeció el ejército prusiano tantas poesías? ¡Ay! á la última morada acompañó al cantor un solo oficial y el coche vacío del maestro de ceremonias.

nuestro vate, que era un verdadero *Hoffmann*, es decir, uno á quien jamas abandonaba la esperanza; pero no era lo que los alemanes llamamos un *Hofmann*, un hombre de la córte y de los palacios, sino un hombre del pueblo. Sus ideales eran los de *Walther von der Vogelweide*: el imperio germánico, el emperador y la libertad. Y, como *Walther*, se hizo el rey de los poetas políticos por su entusiasmo candoroso y sencillo, por su conjunto de ardor y de bondad, de sátira y de gracia. Sus modelos eran los cantores vagantes de la Edad Media, y como ellos creó, sin ser músico consumado, la melodía que habia de acompañar á sus cantos, que se parecen á las fragantes violetas de la cancion popular escondidas en el suelo. El pueblo aleman los reconoce y aprecia como á su propia sangre. Y así vagaron los ecos de su lira dorada por el mundo germánico, haciéndose compañeros de nuestras fiestas, miéntras su popular cantor, brindando por la patria, hallaba hospedaje lo mismo en nuestros banquetes que en nuestros corazones. Su vida entera era una sola cancion interrumpida por los goces y penas de sus trabajos varoniles: con la misma asiduidad con que, el baston en la mano, el canto en los labios, caminaba por los verdes campos de Germania, del Norte al Mediodía, del Oriente al Ocaso, inclinaba la frente sobre el abismo insondable de la ciencia y pasaba en-

busca de monumentos del canto popular por el polvo secular de los archivos, por el caos de los manuscritos, por el torbellino de los libros en fólio, descubriendo en 1820 en Bonn las rimas de Otfrido y algunos años despues en Valenciennes (Francia) el canto de Luis, que le enseñó el secreto de hablar al pueblo en su lenguaje á la par rústico y encantador. *Hoffmann de Fallersleben* es una amalgama alemana de Baltasar del Alcázar, el cantor del vino, del sencillo Antonio de Trueba y de Ventura Ruiz Aguilera, el vate patriótico y satírico.

Como árbol bendecido, como erguida palmera que alza su dorada copa, estaba en medio de su nacion; y á pesar de sus canas parecia un jóven por la energía de su espíritu, por su constitucion tan fuerte, por las centellas de buen humor que arrojaban sus labios, por las flores que brotaban de su corazon, y por sus ojos azules y tan vivos en que fulguraba un dia de Mayo. El Nestor de los bardos alemanes era el más disputado comensal, por ser curiosísimo parlante, crónica viviente é inagotable en sus chistes. Cuando abria las que pudiéramos llamar exclusas de su memoria, era de ver brotar por centenares, unos ú otros primorosamente hilvanados, cuentos y reflexiones, relatos y deducciones, ora profundos, ora chispeantes, siempre instructivos, y era inevitable el quedar uno prendido de sus labios. No es,

pues, de extrañar que se haya hecho amar de todos, así de ancianos como de niños, de frailes y de legos, de hombres doctos y rústicos, y que haya hecho reir á la misma policía que le perseguia. Como *D. Julian Romea*, tambien *Hoffmann de Fallers leben*,

« En torno suyo ha juntado
Cual los rápsodas de Grecia,
Lo mismo á la plebe necia
Que al más ilustre senado » (1).

Y cuando estalló en torno de él la tempestad rugiente, alzó la frente con apacible calma dejando contentos á los doctores, bachilleres, inmatriculados y bedeles. Trocaba sin rencor en el alma el manto del profesor por el baston del rápsoda vagante, cantando con una voz más dulce que el aura que suspira, y su corazon se henchia de gozo al mirar nuestro rio sonoro, las olas verdes del Rhin aleman, donde mora la alegría y el júbilo.

Cual hijo del pintoresco Rhin, no tengo mayor satisfaccion que escribir la vida de mi queridísimo amigo *Hoffmann de Fallersleben* en aquella enérgica y sonora lengua, que, segun el inspirado cronista del emperador de las Españas, Alfonso VII, enardeció los corazones como el vibrante y agudo clamor de una trompeta, y que andando los tiempos

(1) D. Jerónimo Borao.

se habia de inmortalizar en la venturosísima pluma de Cervántes.

Hoffmann, á quien pudiéramos llamar la personificacion de la fresca cancion popular de los germanos, ha vinculado para siempre en su biografía el título del hombre más jovial de Alemania, del gran maestre del buen humor y de uno de nuestros mejores patriotas, que precedió al pueblo aleman con la bandera de la libertad, la que despues de muerto el héroe hemos de llevar nosotros, sus discípulos y admiradores. Hé aquí una de sus patrióticas composiciones, cuya castiza version castellana debo á mi consecuente amigo D. Mariano Carreras y Gonzalez:

CANTO ALEMAN.

I.

Sobre los pueblos todos de la tierra
Se alzará la Alemania en paz y en guerra,
Siempre que á su defensa preparados
Vivan sus bravos hijos hermanados,
Del Mosa hasta el Memél
Y del Adige al Belt,
Sobre los pueblos todos de la tierra
Se alzará la Alemania en paz y en guerra.

II.

Vino y mujeres, canto y alegría,
Todo aleman y todo en armonía,
Guarde el bello y patriótico sentido
Que en la remota edad siempre ha tenido,
Y anímenos doquier

A morir ó vencer.
Vino y mujeres, canto y alegría,
¡ Todo aleman y todo en armonía!

III.

Union y libertad, ley soberana,
Sean de la inmortal patria alemana!
Sólo á este bien, que envidian las naciones,
Aspiren nuestros nobles corazones,
Que libertad y union
Prenda de gloria son,
Y ellas del mundo reina y soberana
Harán á la inmortal patria alemana.

El infatigable celo de nuestro vate que tenia por lema: *nulla dies sine linea*, se desmuestra tambien por su biografía escrita por él mismo en 1868, en seis tomos, que no ascienden más que al año de 1860.

Augusto Enrique Hoffmann, que se llamó *Hoffmann de Fallersleben* á causa de su pueblo natal, vió la primera luz en Fallersleben (en el Hannover, que entónces era un electorado), el 2 de Abril de 1798. Su padre era burgomaestre, y el hijo, en cuyo tierno corazon brotaba el amor á las flores, al canto de las aves y al de la patria, creció en el júbilo de las victorias de Leipzic y de Waterlóo. En vez de estudiar la teología, como lo quiso su padre, se dedicó en 1816 en Goettinga y en 1819 en Bonn á la filología germánica. En Bonn publicó una coleccion de cantos estudiantiles, y aquí empezó su vida de rápsoda vagante, que concluyó sólo con su muerte.

En una de aquellas excursiones conoció en Kassel al célebre germanista Jacobo Grimm, que le animó á continuar sus estudios germánicos. En 1821 publicó *Hoffmann* su primera coleccion de cantos y romances, que él mismo, despues de haber comprado todos los ejemplares tirados, aniquiló con mano propia, dando así un ejemplo rarísimo á los vates. Por su opúsculo titulado *Horae belgicae* fué nombrado doctor honorario por la universidad de Leiden (Holanda), pero aunque el Gobierno prusiano le nombró custodio de la biblioteca universitaria de Breslau, los catedráticos pedantescos de aquella universidad no consideraban como su igual al jóven doctor holandes y bardo germánico. No obstante, un libro digno del más erudito profesor, *Tesoros para la historia de la lengua y literatura germánica*, le conquistó en 1830 el título de profesor extraordinario, y en 1835 fué profesor ordinario, sin que jamas hubiese alcanzado una suave conciliacion con los catedráticos. Al contrario, andando el tiempo, se aumentaba el ódio de las *doctas pelucas* de la universidad y del entónces reaccionario Gobierno prusiano, á quien parecia una conducta incalificable, un escándalo inaudito, y hasta un peligro para el Estado, que la musa de un catedrático descendiese á la taberna estudiantil, y que un profesor prusiano consagrase cánticos sabrosos y gallardos

al vino, á las niñas bellas y.... á la patria. El 20 de Diciembre de 1842 se vió nuestro poeta abrumado en el mar de pesares por su destitucion sin pension alguna. Y al despedirse, segun él mismo escribió en los periódicos, «de todos sus enemigos y amigos de Breslau», habia sólo uno en aquella ciudad que, adivinando al bardo, dijo aquellas proféticas palabras: «Cuando un dia cante el gallo frances, tu burla se hará el canto de la victoria.» Una magnífica poesía del brillante vate *Freiligrath* nos pinta la noche que pasó en la fonda «El Gigante», en Coblenza, con el éx-catedrático de Breslau. Este fué perseguido por doquier por la policía como una fiera, y halló al fin un asilo en casa del doctor Schnelle, en el Mecklemburgo, donde el popular poeta é ilustrado profesor figuraba *oficialmente* como vaquero.

¿Quién hubiera creido que hoy, despues de muerto el cantor, hubiese escritores alemanes que se atrevieran á decir: «Hoffmann merecia su pena.» La gloria del bardo inmortal, el Ulrique Hutten de la libertad, habrá sacudido aquellas palabras como el leon majestuoso sacude de su melena las gotas de rocío.

La dureza del Gobierno prusiano le habia hecho cantor vagante, pero gracias á la fuerza indestructible de su alegría y á su amor á la independencia,

aquella vida aventurera no carecia de atractivos para el trovador, tan sereno como valeroso, cuya risa tan franca y cuyos cantos, ora jocosos, ora patrióticos, se escuchaban áun en medio de su desventura. La dura necesidad le obligó un dia á vender su riquísimo tesoro, su preciosísima biblioteca, en cuya adquisicion habia empleado veinte años, y tan grandes eran sus apuros, que la vendió á la Biblioteca real de Berlin por 750 duros.

Derramando sus cantos por Alemania entera y cantándolos con su voz estentórea en mil banquetes, cumplia *Hoffmann de Fallersleben* una alta mision política, que quizá las generaciones venideras olvidarán, pero no olvidarán aquellos cantos inmortales.

En 1848 fué, en fin, rehabilitado nuestro profesor, recibiendo una pension de 300 thalers de parte del Gobierno prusiano, y en Octubre de 1849 entró en el puerto de dulce calma, casándose en Brunswick con su jóven y bella sobrina. Despues de haber pasado algunos años en las orillas del Rhin, en Bingerbruck y en Neuwied, se fijó en 1854 en Weimar, la Aténas del Ilm, cual bibliotecario del gran duque, hasta que en 1860 aceptó el ofrecimiento del duque de Ratibor, de establecerse como bibliotecario en el castillo de Corvey, cerca de Hoexter, á las orillas del Weser. Aquí, á la sombra de erguidas

encinas germánicas, se pasó plácida su existencia hasta la muerte de su querida esposa; aquí se hizo su burla el canto de la victoria, cuando en 1870 cantaba anticipadamente el ávido gallo frances: aquí el anciano se transformó en niño gozando en las lozanas flores, en la dulce primavera, en el canto de las aves, en los rayos del sol y en aquel

Manso ruido
Que del oro y del cetro pone olvido.

Desde el castillo de Corvey mandó sus cánticos marciales á nuestros soldados valientes en Francia; desde el castillo de Corvey enderezó en 1871 los últimos venablos de su sátira: desde el castillo de Corvey luchó hasta su poster aliento en pro del emperador aleman y de su canciller.

En una epístola me dirigió un dístico diciendo: «Eres entusiasta de España, pero cosas de España, mi queridísimo doctor, las encontrarás tambien en tu patria.» El lector benigno perdonará aquel chiste de un anciano que signaba sus cartas con las cariñosas palabras: «Hoy y siempre Hoffmann de Fallersleben», ó «Have Vale Faveque.»

En otra carta me remitió cinco bellísimas fotografías suyas diciendo:

«Tú decidirás qué retrato representa mejor al autor de los cantos para niños, qué fotografía cua-

dra para el bardo de los cantos patrióticos; qué retrato haya de ser el del trovador amoroso, del autor de los cantos estudiantiles y el de los viajeros.» Diciendo verdad, cada una de aquellas cinco fotografías representaba al bardo entero, que reunió en su persona dotes tan grandes, cualidades tan distintas.

Al saber que en 1871 habian colocado su busto en Hamburgo, dirigió nuestro poeta á su imágen las palabras siguientes: « Allí estás, imágen mia, miéntras yo me voy. A tí te dejo gustoso todo lo que jamas en vida me cabia en fortuna, en amor, en satisfaccion, en gloria, en alegría. Tambien la persecucion y la envidia y el ódio con que una generacion miserable, no á mí, sino á sí misma se condenaba, los dejo á tí, pues tú puedes soportarlos mejor que yo, que estando inerme en la lucha caí en el suelo cuando no tenía más que una conciencia pura y el entusiasmo por la patria que me prestó alegría y nuevas fuerzas para nuevas luchas.»

El honrado y fiel batallador germánico ha cesado de luchar: una muerte súbita nos le arrebató el 19 de Enero de 1874. Quince dias ántes de su ocaso, escribió su última cancion: « Llenadme de vino el vaso cristalino ántes de que deje el mundo.»

El nombre de *Hoffmann de Fallersleben*, tan querido del pueblo aleman, me priva de extenderme en elogios del poeta que le llevaba.

¡ Qué movimiento, qué vida habia en el patio del venerable castillo de Corvey el 23 de Enero de 1874! Poetas y actores habian enviado coronas y guirnaldas para el príncipe de los vates alemanes; resonaba la música del regimiento de infantería de Hoexter; el poeta Ernesto Scherenberg recitaba sentidos versos, cuyos ecos sonoros llenaron el patio, y un tropel de inocentes criaturas entonaba uno de aquellos divinos cantos que el finado habia consagrado al mundo hermoso de los niños. El sacerdote rezó una breve oracion, y despues salió el cortejo fúnebre compuesto de 4.000 personas, entre las cuales figuraba el Municipio y los oficiales de Hoexter, pero ninguna universidad alemana, ninguna docta corporacion. Detras del féretro, adornado con palmas, se llevaron las condecoraciones austriacas, holandesas y belgas del bardo patriótico que jamas obtuvo de parte de los príncipes alemanes otra cruz que la del martirio. Ante la tumba que se halla cerca de la iglesia de la abadía de Corvey, habló el sacerdote las bellísimas palabras que insertamos á continuacion:

«Jamas tuvo Alemania mejor cantor popular. Leed sus cantos en medio del invierno y escucharéis murmurar las verdes selvas y veréis florecer la primavera, porque nacieron de la verde selva y del florido Mayo, y llevan en sí el perfume de las selvas y

el verdor y la alegría de ese mes dichoso. Y en sus cantos para niños resuena el bullicio alegre de los ángeles: así pudo cantar sólo quien tenía un corazon de niño. Y en sus cantos patrióticos ha conmovido nuestros corazones expresando lo que sentimos en el fondo del alma. No ha cantado en balde; sus ojos han visto la unidad de la patria, la resurreccion del imperio y del emperador aleman. Y aunque sus ojos se hayan cerrado, y aunque su corazon haya cesado de latir por la patria, vivirá en sus composiciones: miéntras haya un pueblo aleman, se entonarán sus cánticos; miéntras haya niños alemanes se gozarán de sus cantos.»

Confirmando aquellas palabras elocuentes del digno sacerdote, volvieron los niños á entonar un dulce canto de *Hoffmann de Fallersleben* ante la tumba de su cariñoso amigo, el bardo inmortal, cuya lira esconde el panteon.

Duerme en paz, queridísimo vate, al lado de tu esposa; duerme entre aromas de rosas y violetas, mecidas con cariño por las blandas auras; duerme saludado por las estrellas que nadie ha cantado mejor que tú. ¡ Duerme en la tumba que ceñiste de laurel!.... Despertarás en la *Walhalla.*

Yo me acercaré un dia á aquella morada que guarda tus restos, y allí conversaré contigo, y vien-

do alzarse tu laurel diré con el vate español D. Peregrin García Cadena:

Una modesta flor y una plegaria
Que el eco no despierte
De la tranquila noche solitaria:
¿Qué más puedo ofrecerte?

XX.

El poeta Matías Claudius, llamado «El Mensajero de Wandsbeck.»

El 7 de Marzo de 1874 celebró la Iglesia solemnemente el sexto centenario de la muerte del angélico doctor Santo Tomás de Aquino, que sobre la humanidad entera derramaba rayos de luz desde el altar de su virtud, desde la cátedra de su ciencia, desde el trono de su poder. Deteníase aquel ángel de las escuelas en mi patria Colonia, donde sus condiscípulos le llamaban «Buey mudo», á que Alberto Magno contestó con la profecía, que se vió cumplida totalmente: «Los mugidos del Buey mudo de Sicilia resonarán por todos los ámbitos del universo.»

Pero el pueblo español que, bautizado bajo las bóvedas del santuario católico, se desarrolló y vivió

á la sombra de la Cruz, ¿cómo celebra hoy el aniversario de aquel doctor admirable que daba oráculos á la cristiandad?

¡Ay! dígalo el poeta, que dirigiéndose á la triste é infeliz España, lanza un grito de dolor:

«¿Qué hiciste de la fe, que cien naciones
Rindió á tu suave yugo por trofeo?
¿Y qué de la lealtad? Ya en tus pendones,
«Dios, Patria y Rey», medio borrados leo.

—

»Pueblo, el paso deten; á horrible abismo
Te arrastran tus solícitos bufones,
Ladrones de tu fe, de tu heroismo,
Y de la paz doméstica ladrones.»

¡Ay! es triste decirlo: sabemos por el cronista de Extremadura, D. Vicente Barrántes, que hasta la musa popular de España, que en otros tiempos hacía la delicia del mundo, se revolcó en el lodo de las más viles pasiones; sabemos que hasta la poesía de los campos, aquella poesía candorosa y pura que representaba lo mejor el espíritu de los tiempos y de las razas en su primitiva sencillez, sin afeites ni atavíos; aquella poesía que, nacida bajo los rayos de ópalo y oro del sol del Cristianismo, era dulce como el alma de Garcilaso; aquella musa del pastor amable que, cantando amores y villancicos devotos á toda hora, parecia el símbolo más puro del ideal del hombre, cayó en la más asquerosa cor-

rupcion, cantándonos hoy cual único resúmen de sus meditaciones, de sus creencias y de sus esperanzas, un horrible dístico, que tiene más secos los campos de la pobre España que la guerra y la devastacion.

Hélo aquí:

«No hay Dios, ni Vírgen, ni naa;
No hay más que sol, luna y azaa.»

Huyamos esa soez apoteósis del más brutal instrumento de trabajo, de la *azada*, para respirar la atmósfera de la religion tan grande como santa, en cuyos templos el hombre de fe guarda el perfume de sus oraciones, deposita el secreto de sus ruegos, encierra los misterios de su conciencia; oigamos los acentos sencillos de un hombre virtuoso, de un modesto cantor del pueblo aleman, cuyo plácido recuerdo viene á humedecer mis ojos, á conmover mi corazon, á agitar dulcemente mi alma. Oigamos la voz elocuente de un mediador entre la gente rústica y las clases eruditas, de un fiel campeon de la verdad cristiana, de un mensajero del Evangelio, de un mensajero de la Cruz, de un encomiador de la naturaleza pura é inocente, espejo del Paraíso eternal, de un aldeano de genio que, apartándose del anchuroso torrente de la poesía de su tiempo, podria decir con el adorable Francisco de Asís: al sol, *hermano mio*, y á las golondrinas, *mis hermanas*.

Hablemos del popular *Matías Claudius*, uno de

esos vates que saben darnos sosiego y alegría, y ese encantado deleite que adormece las penas; uno de esos vates, á quienes él mismo llamaba «claros pedernales que toca el hermoso cielo y la bella tierra y la santa religion, de modo que despiden centellas.» Sobre todo, en nuestros dias, en que el hombre orgulloso é impío quiere sustituir á Dios con su razon finita y contingente, ha de resonar la voz religiosa del poeta lírico y escritor popular *Claudius* á traves de las luchas sociales, como á traves de la tempestad resuenan los ecos del cantor de los bosques.

Claudius es el poeta del hogar doméstico, de la familia y de sus goces, de sus fiestas y de sus delicados misterios. Une la gravedad al chiste y lo alto á lo profundo, como con el crepúsculo se mezcla el esplendor de las estrellas. Adorna delicadamente lo que es familiar, y sus versos circulan á traves de las peripecias ordinarias de los sentimientos naturales, á traves de los detalles más pequeños de la vida, que la poesía moderna rechazaria por demasiado pedestres.

Claudius es el Virgilio, el Luis de Leon de los toscos aldeanos, precediendo en Alemania á los *Immermann*, *Auerbach*, y *Jeremías Gotthelf*. *Claudius* es tambien el poeta patriótico que, cantando en alabanza del vino del Rhin, recuerda primero la patria, que dió al jugo de la vid rhiniana sus pre-

ciosas cualidades, su fuego, su fuerza, su calma, y despues, lleno de compasion cristiana, piensa en las amarguras del pobre, en los suspiros del enfermo. En las poesías de *Claudius* reina el elemento ético y humano, pero jamas se olvida de lo que es la raiz de todo bien, lo divino, lo eterno; y cual puente entre el tiempo y la eternidad, ama á la muerte. No hay canto más tierno que el que dedicó á la piadosa memoria de su difunto padre.

Cuando leais los cantos de *Claudius*, en que representando las apariciones de la naturaleza como ecos que revelan el paso del Criador, ó como rompimientos celestes por los cuales se ve el amor de Dios, os abrirá, ora de repente, ora despacio, una perspectiva peregrina desde lo más pequeño de la tierra hasta lo más alto y lo más sublime, y creeréis ver genios con arpas de oro cruzando el éter, y quedará en vos un eco suavísimo de su melodía, como lejano arrullo de queridísimas venturas.

Tambien el humor cándido y alegre de *Claudius* es hijo de su fe religiosa, y esa fe es su ideal, el alma de sus poesías. No brilla en ellas la mágica y deslumbradora fantasía; en cambio encontraréis en ellas un dón preciosísimo, aquella sencillez candorosa y santa que les imprime el sello de la popularidad; encontraréis en ellas el calor de la vida, la fuerza irresistible de la verdad, y siempre la belleza

moral. Olvidemos, pues, que su pluma no haya caminado siempre á par de su deseo. No empleó en sus cantos los ritmos helénicos, imitados con envidiable soltura por *Klopstock*, sino los metros más sencillos y nacionales, y á veces un metro pegajoso y musical.

Se ha llamado á la poesía la lengua de los dioses: tal no es la de *Claudius*, pues esa es la lengua ora séria, ora humorística, ora aforística del pueblo; esa no nació en los altares del Parnaso, sino bajo el techo pacífico y feliz de una casa alemana y cristiana. No le pidais el vuelo real de nuestros grandes poetas, pero encontraréis en sus estrofas musicales la naturaleza genuina y sin mancha, delicias para el oido y encantos para el corazon. Si debemos expresar, en una palabra, lo que *Claudius* dió en sus cantos al pueblo aleman, dirémos que le ofreció sabroso pan casero, el cual, si no se parece á la ambrosía de la poesía erudita, es, sin embargo, el mejor y más sano nutrimento para el jornalero.

Pero concederémos la palma no al poeta, sino al prosista *Claudius*. ¡Qué sublime sencillez emplea recordándonos el lenguaje de Lutero en su traduccion de la *Biblia!* ¡Qué originalidad, qué frescura peregrina, qué estilo sazonado con nuevas imágenes, qué conviccion de su acento, qué verdad, qué belleza espiritual, qué poesía de un alma hermosa! *Claudius*

sabe dar sabor especial á cuanto dice y habla al corazon del pueblo sobre las cosas divinas en el tono cordial é íntimo del padre y del patriarca, alcanzando así el ideal del escritor popular, que consiste en elevar al pueblo, sin renegar de sus costumbres, de su vida, de su lenguaje.

Él mismo se llamó *Mensajero*, y la vara de madera que llevaba en la mano nuestro piadoso y humilde mensajero, se ha manifestado á la nacion alemana cual vara de oro sólido, haciendo brotar del manantial oculto la gota de paz y de amor. En *Claudius* eran una misma persona el autor y el hombre: él y sus obras vivirán en la memoria tan largo tiempo como haya juventud, primavera y lágrimas en el mundo y fe en los corazones alemanes.

Un escritor ingenioso, el director del *Gimnasio coloniense*, en que recibí mi educacion, el Sr. Guillermo Herbst, compara las obras de *Claudius* con una capilla de aldea en que resuena la campana pura y sonora de sus cantos, convidándonos al oficio divino, y sobre la cual, visible de léjos, se eleva la cruz. Otros le han comparado con el árbol de Navidad, cuyas mil luces brillan en la noche fria del invierno, y que está cargado con adornos infantiles, miéntras en el fondo se ve un techo de paja, el establo humilde donde está el niño sublime, que duerme con sus besos la madre vírgen.

Una naturaleza como la de *Claudius*, que era todo piedad y alegre inocencia, debia ser simpática á *Fernan Caballero*, que, extasiada, escribió la siguiente traduccion de una de las últimas poesías de nuestro *Mensajero*:

EL FILÓSOFO Y EL SOL.

FILÓSOFO.

«Alto y resplandeciente astro, rey y señor de tus hermanos, tú que benévolo das calor al mundo, y nos adornas la tierra con flores, que das hojas á los árboles y canto á los pájaros, que vuelves alegre y cariñoso cada mañana ofreciéndonos tus luces, di, hermoso astro, ¿cómo adquieres nuevos rayos? ¿cómo vivificas y haces florecer el campo?

»Responde sol, satisface mi deseo.

SOL.

»¿Acaso lo sé yo?—preguntáselo á mi Criador.»

Ya es hora de bosquejar la vida terrestre de nuestro poeta, cuya patria era el cielo do el alma goza bañada en olas de aromas y armonía; cuya familia, que pudiéramos llamar un producto de la Reforma, era una familia afortunada de buenos párrocos, de ilustrados ministros del Evangelio, y cuya plácida existencia parecia un idilio encantador.

En el extremo Norte de Alemania, en la sede privilegiada de la fuerza germánica, en el país de las llanuras monótonas, de las selvas sombrías y del santo mar, en la tranquila y poética casa parroquial

de Reinfeld (Holstein), cerca de Lübeck, nació *Matías Claudius* el 15 de Agosto de 1740. El pan cotidiano del jóven era la *Biblia;* su encanto, el arte de Santa Cecilia. Parecia nacido para la teología; no obstante estudió el derecho en Jena en 1759. Allí, siguiendo el mal gusto de su época, empezó á escribir versos sin arte, sin poesía, sin alma; versos que llamarémos un disfraz de la sana y verdadera naturaleza de *Claudius.* Ésta se nos presenta purificada por el ejemplo del cantor del Mesías, el inmortal *Klopstock*, que fué para *Claudius* en Copenhague lo mismo que Herder para Goethe en Strasburgo, una guia en el hermoso país de la poesía. Regresando de la bulliciosa capital de Dinamarca á la soledad de Reinfeld, encontró *Claudius* el espíritu de su infancia, el tesoro escondido en su interior, la dulce vida del campo y las sencillas costumbres de un pueblo creyente. En 1768 fué redactor de *Las Noticias del despacho de señas*, en el entónces centro del comercio y de la vida literaria de la Alemania septentrional, en la pequeña república de Hamburgo, que el ilustre autor de *Mina de Barnhelm* y de *Laoconte*, el eminente crítico *Lessing*, el amigo de la verdad, el enemigo de los franceses y de sus errores respecto del cánon de Aristóteles, llenó de sus ideas fecundas. El genio brillante de *Lessing* debia fascinar á *Claudius*; pero lo cáustico

que habia en la naturaleza del reformador de nuestro teatro velaba la amistad que *Lessing* profesó á nuestro poeta humorístico, miéntras éste y *Herder*, que pasó por Hamburgo en 1770, se sentian atraidos mutuamente. *Herder* llamó á *Claudius* «un alma de ángel, el hombre más puro que conoció jamas.» En los *Lessing*, *Herder* y *Klopstock*, aquellas lúcidas estrellas de nuestra literatura, se encendió *Claudius* para lucir su luz propia, por modesta que esa sea, cual redactor de *El Mensajero de Wandsbeck*. Desde el 1.° de Enero de 1771 hasta Mayo de 1775, depositó en aquel periódico, fundado en *Wandsbeck* (una aldea situada en las inmediaciones de Hamburgo), los ricos tesoros de un alma angelical, las pruebas de su estilo alternativamente grave y festivo, entusiasta y aforístico, siempre popular, y los anuncios de la aurora brillante de la literatura patria, haciendo de *Wandsbeck*, en cuyo bosque sombrío resonaban los armoniosos trinos de millares de ruiseñores, y las dulces melodías de los *Klopstock*, *Herder*, *Voss*, *Jacobi* y de los dos condes de *Stolberg*, la aldea más famosa de toda Alemania.

¡ Salve, bellísimo pueblecito de *Wandsbeck*, iman de los alemanes, patria de las familias modelo, dulce nido del canto! Tú has sido para *Claudius* la cuna de la gloria, en tí fué bautizado cual poeta, en tí

halló su segunda patria, en tí encontró el poema misterioso del amor, en tí nació el edificio de su felicidad, en tí halló su tálamo afortunado, y por fin, su tumba. Aldeano de genio y de corazon, conoció una aldeana, la hermosa hija de un carpintero en *Wandsbeck*, la buena y cariñosa *Rebekka*, que, por los cantos que le dedicó nuestro *Claudius*, figura en la historia de la literatura alemana; y, para tener motivos de frecuentar la casa de la en que presintió el tipo ideal que habia soñado, encargó, segun dice la tradicion, al padre de *Rebekka* hacer una mesa, que despues habia de ser su mesa de familia, reuniendo en torno suyo una pareja unida, amorosa, inseparable; un matrimonio bendito, en que el padre, la madre y los hijos tenian iguales costumbres, idénticas aficiones. Se figuraba que el dedo de Dios le habia señalado aquel jóven y gracioso rostro, aquel ángel que habia tomado forma humana y que embelleció su existencia con su afecto y con sus caricias. *Claudius* y *Rebekka* se amaron á la manera que dos cisnes viajeros se reconocen al punto en la blancura de sus alas, y tienden á acercarse para pasar juntos á una ribera preferida.

La vida pastoril de *Claudius* y de *Rebekka* en *Wandsbeck* nos la pintan en vivos colores las amenas cartas del poeta *Voss*, que desde 1775 habitó aquel

pueblo compartiendo con *Claudius* el amor á la independencia, á la naturaleza, á Homero y á Platon. Pero un dia llamó á la puerta de la casa de *Claudius* la necesidad, y *Herder* escribió en 1775 á *Gleim*, el conocido poeta y Mecénas de los vates alemanes: «¡Ay, amigo mio, nuestro *Claudius*, nuestro buen *Claudius*, que posee ademas de las lenguas doctas el frances, el inglés, el holandes, el danes, el sueco y el *español*, carece de lo necesario!»

Debió á la mediacion de *Herder* en 1776 un empleo en Darmstadt cual inspector de economía, y en 1777 continuó escribiendo artículos humorísticos á la manera de *El Mensajero de Wandsbeck* en la *Gaceta de Hesse-Darmstadt.* Pero el hombre del Norte, el apasionado amigo y admirador de *Klopstock*, no se acostumbraba á los hombres ni á la vida del Sur, en que el genio de *Goethe* habia arrojado sus rayos; y no pudiendo llenar las exigencias de su empleo, prefirió la miseria en su pueblo favorito á la existencia asegurada en la córte de Hesse-Darmstadt, y á fines de Abril de 1777, despues de restablecido de una grave enfermedad que le hizo entrever las puertas de la eternidad, volvió á su queridísimo *Wandsbeck,* donde vivió contento la vida patriarcal de la pobreza y de la inocencia pura, buscando sus placeres y satisfacciones sólo en el

hogar doméstico, en el seno de su familia, y ocupándose en escribir, en traducir y en enseñar, como verdadero *mensajero de Dios* cuya santa bandera es la cruz. Nada faltó á su dicha cuando el generoso príncipe Federico de Dinamarca le dió, en 1787, un sueldo anual de 960 thalers (1).

Ya se habia trasformado nuestro *Claudius* como hombre y como escritor despues de aquella enfermedad y despues de haber renunciado á su empleo en Darmstadt: se apagó su risa, se apagaron sus chistes ante el ardor del sentimiento religioso, ante una santa austeridad. Viéndose incapaz para un empleo terrestre, encontró su mision en el conocimiento de las cosas divinas, de la verdad cristiana, y se dedicó á estudiar al místico *Tauler* y los *Platon*, *Pascal*, *Bacon*, *Newton*, y *Benito Espinosa*. La religion se hacía el principio de su vida, la fe cristiana era su verdadero paladion, su áncora, y teniendo el pié en lo terrestre y la cabeza en las regiones etéreas, sufrió que *Goethe* le llamase «loco con pretensiones de sencillo», y que *Voss* dijese: «*Claudius* se ha sumergido en un lodazal sin fondo.» En cambio, *Haman*, «el Mago del Norte», cuyos escritos relativos á la filosofía cristiana ejercian una gran influencia sobre nuestro «mensajero de

(1) Cada thaler equivale á 15 rs. españoles.

Wandsbeck», celebró la resurreccion espiritual de *Claudius*, y el gran hijo de Zurich, *Juan Gaspar Lavater*, el noble *conde Federico Leopoldo de Stolberg*, el entusiasta *Jung-Stilling*, el filósofo de Pempelfort (Düsseldorf) *F. H. Jacobi* y el católico *Miguel Sailer*, le dieron mil pruebas de adhesion, viendo en él una estrella solitaria en el cielo oscuro.

«Quien quiera corregir la religion por la razon, dice *Claudius*, se parecerá al que quiera arreglar el sol segun un reloj casero de madera.»

De *Claudius* dirémos lo mismo que Campoamor decia respecto de Pascal:

«Para el mundo que sin fe,
Presume mucho y ve poco,
Es necio el que ménos ve,
Y el que ve más es un loco.»

Miéntras *Klopstock* habia saludado con entusiasmo el advenimiento de las nuevas ideas y habia acogido con fervor los primeros pensamientos de la revolucion francesa, nuestro *Claudius* se volvia contra ella y se asustaba de la política nueva, porque temia su funesto influjo sobre Alemania, y no conoció que las faltas, las flaquezas, las imprudencias, las temeridades de la monarquía le habian abierto un abismo sin fondo en el que debia hundirse. Perteneciendo á la monarquía en cuerpo y alma, combatió en 1795 áun la libertad de la pren-

sa con la fábula *El Oso*, contra la cual *Voss* rompió una lanza poética en otra fábula titulada *El Mochuelo y el Águila.*

El kantianismo que hasta para los teólogos se hizo un buen ejercicio en las armas del espíritu, parecia á *Claudius* un dédalo sin salida, una pesadilla, un tormento, una fuerza secreta y funesta que destruiria la vida religiosa. Aun el clásico parnaso de los *Goethe* y *Schiller* le inspiró el temor de que los alemanes cultos perderian por su aficion á éste el sendero estrecho de la verdad eterna. ¡Qué lástima que aquella lucha que emprendió contra los Dióscoros de la literatura patria en versos que por cierto no brillan por el esplendor de la poesía, en vez de ser hija de su espíritu de desinteres, haya nacido en motivos personales, en su disgusto á causa de unos dísticos dirigidos contra él!

Ya ántes de que hubiese empezado aquel duelo literario entre *Goethe* y *Claudius*, escribió *Guillermo de Humboldt*, que conoció á *Claudius* en 1796: «Este no es más que una nulidad.» Miéntras que en los círculos de *Claudius* se dijo acerca de *Schiller:* «Este vate lleva en las manos la hermosa flor de la humanidad, pero le falta el vaso con la tierra nutricia, el Cristianismo.»

Entre tanto, en el sagrario de su casa el anciano *Claudius*, el vate, el maestro, el sacerdote de los

suyos, no perdió nada de su serenidad, de su buen humor, de sus chistes, de su benevolencia de siempre. Mecido por pensamientos halagadores, llevado por las olas de la alegría en el seno de su familia, experimentó una satisfaccion en enseñar á sus niños el *castellano*, teniendo en su casa alumnos *españoles*, franceses é ingleses. La oracion era la aromática flor de su vida, y su encanto eran los escritos populares de *Pestalozzi*, con quien él mismo tenía una semejanza incontestable. Cuanto más creció la noche de su vida, la ancianidad, tanto más lúcida fué la estrella matutina en su corazon. Vivió esperando una Iglesia santa, universal y católica, una Iglesia ideal en frente de la cual las confesiones existentes le parecian sólo preciosos ensayos. Recordamos que un pío benedictino le escribió:

«Caminamos senderos distintos, tú cual protestante, yo cual católico; pero si no somos perezosos en nuestras obras, alcanzarémos igualmente la felicidad.»

Murieron los antiguos amigos de *Claudius*, los *Klopstock* y *Herder*, pero entusiastas jóvenes se agruparon al rededor suyo: se sintieron atraidos por él el filósofo *Schelling*, el pintor *Overbeck*, el célebre teólogo protestante *A. Neander*, el traductor de la Biblia *Juan Federico de Meyer*, el poeta *Federico Schlegel* y el bardo *Ernesto Mauricio Arndt*. Con

sumo placer vió *Claudius* el árbol de la teología protestante, gracias á *Schleiermacher*, adornarse con nuevas flores. Pero ¡ay! al anciano esperaban todavía amarguras: su señor y bienhechor, el Rey de Dinamarca y Duque de Holstein, estuvo en la guerra contra Napoleon de parte de éste. Ansiando mejores tiempos, sin hoy, sin mañana, entregado á la dulce contemplacion de la vida celeste, abandonó *Claudius* su querido *Wandsbeck*. Pero vió la imágen de la patria levantarse en la guerra de la Independencia, vió los alemanes unidos por la comunidad de los grandes sentimientos, y en el primer dia de 1814 elevó por última vez su patriótica voz, para que la hoja brillante de la historia universal que Alemania acabó de ver, se hiciese una hoja de paz, de fe, de amor, de esperanza, de salud y de bienaventuranza para la patria y para cada corazon aleman.

En el mismo año de 1814 tuvo el emigrado la satisfaccion de volver á *Wandsbeck*, y pocos meses despues se apagó la antorcha de su existencia: aunque su delicado cuerpo fué atormentado por los mayores dolores físicos, su espíritu era todo amor y gratitud: pasó orando los dias, aprovechó hasta la noche para agradecer á los suyos, y despues de haber bendecido á su *Rebekka* y á sus hijos, murió como un santo en espera de la vision de Dios, el 21 de Enero de 1815.

Allí donde el fiel mensajero habia puesto en el suelo su baston terrestre, descansa tambien su esposa, que le seguió al sepulcro el 26 de Julio de 1832. El conde Federico Leopoldo de Stolberg honró la memoria de *Claudius* con sentidos versos, y con motivo del primer centenario del nacimiento de nuestro poeta, que en frente de las aberraciones de su tiempo era un campeon de la verdad revelada, un enviado de Dios, la buena conciencia alemana le levantó en el bosque de *Wandsbeck* un monumento de granito, llevando los símbolos de su vocacion de mensajero: la *vara*, el *sombrero* y la *faltriquera*.

El sepulcro de *Claudius* guarda la santa fe.

«¿Veis el cisne que vuela allá á lo léjos,
Y á la débil pupila llega á herir?
Tal del alma los últimos reflejos
En la tumba se esconden sin morir» (1).

Una palabra para concluir. Todo lo que escribió *Claudius* cuya grande alma voló apaciblemente al cielo, es voz del buen sentido, voz de la sabiduría, voz de la belleza moral, y casi diria voz de Dios. Pues el eminente escritor cuya pluma jamas escribió una línea que no fuera encaminada al bien, parece no haber tenido por norma sino las hermosas palabras de la *Crónica de D. Pero Niño*, escrita por el

---

(1) Cristóbal Pascual Jenís.

alférez de este buen caballero Gutierre Diaz de Games, que dice: «*Catad que quando oramos fablamos con Dios, é quando leemos fabla él con nos.*»

XXI.

El poeta popular Juan Pedro Hebel — Una palabra sobre los poetas Seume, Falk é Immermann.

Lo que *Claudius* para el Norte es *Hebel* para el Sur de Alemania. Ambos han sido y son la alegría de la patria, su adorno; un testimonio vivo de que en el fondo del alma del pueblo aleman hay un tesoro de excelentes prendas y virtudes, é ilustrándose han ilustrado el nombre germánico. Pero miéntras *Claudius*, el esposo de la Maga de *Wandsbeck*, adherido al hogar doméstico es el tierno poeta de sus lares, el vate afortunado de la familia, el vate del amor que es, en el pecho de una jóven, como la gota de rocío que depositó la primavera en el cáliz de una flor, el soltero *Hebel* envidia á los gorriones vagabundos que reposan cada noche en distinta rama. El buen humor de *Claudius* se hermana á veces con una gravedad profunda, pero *Hebel* suele dar libre curso á la más pura alegría. Para *Hebel* el manantial cristalino, el manso arroyo, el frondoso árbol, el alegre campo cubierto de verdes sembrados, el

ameno valle con tanto pájaro que le da música y con tantas florecillas que alzan sus delicadas corolas,

«El insecto del estío
Que en cáliz de rosa fria
Tiene un lecho de rocío,
Y una mesa de ambrosía» (1)..

el pío de las golondrinas, el silbo delgado del aire fresco, las lúcidas flores del cielo, las estrellas y los meses y las estaciones tienen palabras que oye; pero miéntras los helenos animaban la naturaleza con figuras ideales, con ninfas y oréades, *Hebel*, el cándido y amable aldeano aleman, convierte el universo entero en una creacion campesina. Como hijo del pueblo sencillo se sumergió en el alma de los aldeanos y la retrató en sus versos con una encantadora verdad poética, así como *Bernardo de Balbuena* expresó con admirable naturalidad, con amable sencillez, en sus églogas el candor inocente de los pastores.

Hebel escribió sus poesías en la misma lengua del pueblo, en el hermoso dialecto que se habla en las inmediaciones de Basilea y en una gran parte de Suabia. El impulso á aquellas poesías escritas *en el*

(1) D. Juan Arolas.

dialecto del pueblo le debió á *Voss*, que en algunas églogas habia empleado el idioma popular.

Entre los predecesores de *Hebel* en aquella clase de poesías llamaré ademas de *Voss* al suizo *Usteri*, al nurembergues *Grübel* (que nació en 1736 y murió en 1809), y entre sus sucesores citaré el patriótico poeta de Silesia *Holtei*, el amable cantor bávaro *Kobell*, el célebre *Federico Reuter*, que maneja con envidiable soltura el dialecto de su patria Mecklemburgo, el popular autor de *El Quickborn*, *Klaus Groth*, que escribe en el dialecto de Holstein, y el párroco *A. Sommer*, que escribió poesías y cuentos en el dialecto de Rudolstadt (Turingia). Séame permitido añadir á estos nombres notables todavía otros dos; el del querido maestro de mi infancia *Enrique Kühne*, que bajo el pseudónimo de *H. K. vam Hingberg*, publicó novelas de mérito en el dialecto bajo-aleman, y el de un distinguido amigo mio, *Adolfo Grimminger*, que despues de haber brillado como primer tenor en los teatros principales de Alemania, se conquistó el nombre de vate por sus poesías escritas en el dialecto de su bello país, la canora Suabia.

El mismo *Goethe*, inspirado por *Hebel* y por su estancia en Strasburgo, escribió un canto en el dialecto suizo.

La lengua es como la moneda, que corriendo de una mano en otra pierde el esplendor primitivo de

su cuño. Sólo en los dialectos miramos y sentimos la lengua en su pureza virginal, y el alma se recrea sumergiéndose en un baño fresco de la naturaleza inmaculada.

Hebel, cuyos triunfos literarios consagró el gran *Goethe*, es el rey de los bardos populares que, usando el dialecto de su provincia, presta un atractivo más, un colorido vivo y natural á sus cuadros de costumbres, tan exactos como delicados, á sus idilios verdaderamente poéticos en que nos deleita el estilo rústico, la frescura, el gracejo propio del género y el chiste oportuno y culto de los hijos del Mediodía. La cuna de las composiciones bucólicas de *Hebel* se encuentra en el ameno valle del rio *Wiese*, que nace en el seno del más majestuoso monte de la Selva Negra, el Feldberg, uniéndose cerca de Basilea con el Rhin adolescente, «el gallardo mozo de San Gottardo.» ¡Con qué galas poéticas, con qué floridísimos versos personifica el vate á su rio inspirador, el *Wiese!*

El florido poeta de la Alemania meridional y de sus costumbres, *Juan Pedro Hebel*, nació en Basilea el 11 de Mayo de 1760, de un pobre tejedor que habia abandonado su oficio para entrar en el servicio del mayor Iselin en Basilea, á quien acompañó en várias campañas que le condujeron hasta Córcega.

En casa de aquel mayor servia de criada la madre de nuestro *Hebel*, la que ponia en el corazon del niño travieso los gérmenes de la piedad; la que de tiernos cuidados rodeaba su juventud, siendo para él á la vez madre y padre, pues éste, á quien llamarémos un Ulíses campesino, habia muerto ya cuando el niño contaba apénas quince meses. El jóven *Hebel* recibió su educacion primera en la escuela de aldea de Hausen, cerca de Schopfheim (Baden), y en la de la ciudad de Basilea, y pasando la mitad del tiempo, ora en el campo, donde tenía que ayudar á su madre en sus tareas campestres, ora en la casa opulenta del mayor, aprendió desde niño á ser á la vez pobre y rico, á reir con los alegres y á llorar con los tristes.

En 1773 murió tambien su buena madre, pero no le abandonó la inconstante deidad que protegió sus primeros pasos, proporcionándole el favor de unos Mecénas; de modo que, despues de haber cursado los estudios en el gimnasio de Karlsruhe, pudo en 1778 pasar á la universidad de Erlanga, con objeto de aplicarse á la teología. Contento sufrió todas las miserias del candidato y del maestro, comiendo alternativamente en casa del párroco y de los parroquianos: los goces puros de su alma consistian en el íntimo trato del pueblo de su juventud y en la contemplacion del valle del rio Wiese, cuyo

aliento vivífico es alegría, júbilo é inocencia. Cual maestro pasó dos años en Hertinga y nueve en Lörrach, hasta que en 1791 fué subdiácono y dió lecciones en el gimnasio de Karlsruhe, granjeándose las simpatías de sus discípulos por su afabilidad, y las del pueblo y del margrave de Baden por su modo popular de predicar y por su humor inimitable. Pero el amor á su pueblo natal y á la galana musa del campo le siguió á la córte, y la nostalgia del pintoresco valle del *Wiese*, en que se habia criado, dió orígen á sus encantadoras poesías bucólicas en los años de 1799 á 1802. Tan virginal, tan delicada, tan sensible era su naturaleza poética, que los aplausos de Juan Pablo Richter y de Goethe, en vez de aumentar su inspiracion, le hicieron tímido y ahuyentaron el espíritu tranquilo de su genio.

Entre tanto, en el café Drechsler en Karlsruhe, donde solia comer, y en que cada noche hacia reir á sus contertulios, nacieron una porcion de sus cuentos chistosos que vieron la luz en los almanaques de 1807 y 1808 y en el célebre *Tesoro del amigo del pueblo*, que se publicó en 1811.

Como á *Schiller* y á *Schleiermacher*, debemos tambien á *Hebel* muchos logogrifos y charadas que inventó para dar un buen rato á sus contertulios.

Preciosas, ante todo, son sus explicaciones de proverbios alemanes.

En 1808 fué nombrado director del gimnasio de Karlsruhe, y en 1819 ascendió á la alta dignidad de prelado de la Iglesia del país, sin que por eso su vida se hubiese dulcificado. Ántes al contrario, se apagó su innata alegría en la atmósfera de la chancillería, en el ambiente de la escuela, en los tormentos que experimentaba al examinar y al castigar á los escolares, de suerte que creia morir cada dia. Aumentaron su hipocondría dolencias corporales, y el 22 de Setiembre de 1826 le sorprendió la muerte en Schwetzinga en uno de los viajes que habia emprendido como examinador de los gimnasios.

En el jardin de la córte de Karlsruhe se ve, desde 1855, un monumento en obsequio del popular cantor, cuyas poesías y cuentos vivirán como las producciones profundamente religiosas de *Claudius* y como los delicados cuadros de costumbres de *Fernan Caballero.*

Hebel, que por la mágia de su espíritu convirtió el rudo metal del dialecto de su pueblo natal en oro purísimo, y que adornó al humilde Wiese con el timbre de un rio privilegiado en la geografía poética, quisiera que los ancianos del pueblecito *Hausen*, celebrado tanto en sus poesías casi típicas y proverbiales en Alemania, se acordasen de su vate bebiendo cada domingo una botella de vino, que se les daria segun su testamento ; pero murió ántes

de haberlo expresado en su última voluntad. Con motivo del centésimo aniversario del nacimiento de *Hebel*, los hijos de Basilea recordaron aquel voto del cantor popular, y desde 1860 los ancianos de *Hausen* reciben cada cual una botella de vino en honor del cumpleaños de Hebel.

Despues de trazada la carrera prodigiosa de *Hebel*, me resta hacer mencion ligerísima de otros tres hombres del pueblo: *Seume*, *Falk* é *Immermann*.

El poeta y escritor *Juan Godofredo Seume*, el autor de *El paseo á Siracusa*, debe su fama á su honradez acrisolada, á su amor á la libertad y á sus destinos adversos, que, sin embargo, no consiguieron robarle el buen humor. Nació en Poserna, cerca de Weissenfelds, en 1763. Cuando abandonó á Leipzic, donde habia estudiado la teología, tuvo la desgracia de ser preso por reclutadores del landgrave Federico II de Hesse-Cassel, que vendió sus súbditos á los ingleses para que peleasen contra los norte-americanos. En 1783 debió *Seume* su salvacion á un marino que protegió su fuga; pero el desdichado fué preso por los prusianos, de cuyo poder logró sustraerse otras dos veces, para ser preso de nuevo. Murió en 1810.

El escritor popular *Juan Falk* fué el segundo *Pestalozzi*, un bienhechor de los pobres, el fundador de una sociedad que se dedicó á la salvacion de los

huérfanos. En el cielo literario de Weimar brilla cual estrella de segundo órden. Cada aleman admira y ama su delicado canto en honor de las fiestas cristianas. *Falk* nació en Danzig en 1770, de un pobre peluquero. El norte de su vida eran las proféticas palabras que le dijo el burgomaestre de Danzig al mandarle á la universidad de Halle: «Juan, anda con Dios. Has sido nuestra alegría. No te olvides que fuiste un pobre muchacho, y si un dia llama á tu puerta otro niño desgraciado, figúrate que somos nosotros, los viejos burgomaestres de Danzig, que ya serémos difuntos, los que te piden una limosna, y no le rechaces.»

¡Gloria á *Falk*, que tenía siempre grabadas en su corazon agradecido aquellas palabras de su bienhechor! Falk murió el 14 de Febrero de 1826.

El célebre hijo de Magdeburgo, el jurisconsulto, autor dramático y novelista *Cárlos Lebrecht Immermann*, nació el 24 de Abril de 1796 y falleció en Düsseldorf el 25 de Agosto de 1840. Retrató la vida rústica de Westfalia en su novela clásica titulada *Münchhausen*, que salió en 1838.

¡Ay! escribo de idilios y de la paz de los campos, en tanto que en España las estaciones de los caminos de hierro envian sus trenes de la vida y reciben sus furgones de la muerte. Escribo estas líneas en los momentos más terribles para el pueblo español,

que ve en cada minuto que pasa de estos fatídicos dias sucumbir tantos desgraciados, cuya noble sangre riega los verdes campos y seculares bosques de Vizcaya. El mundo contempla con el más profundo dolor esa lucha fratricida que está empeñada entre los hijos de una misma nacion. Ha llegado la hora en que cada buen español debe aliviar la triste suerte de los heridos, imitando el generoso ejemplo de *Juan Falk*.

XXII.

Federico Luis Jahn.

(El padre de la gimnástica alemana.)

¿En qué tiempo vivimos de desolacion y de destruccion de las glorias y recuerdos? Una ciudad de España, una ciudad de tan renombrada fama en la historia, va á ser despojada del antiguo cinturon que la ciñe. Ya han comenzado á caer á los golpes de la piqueta demoledora las murallas monumentales de la venerable *Zamora*, aquellas respetables piedras que tantos siglos han permanecido unidas defendiendo esta antiquísima ciudad y hermoseando aquel recinto, aquellos seculares muros cantados en *El romancero del Cid*, defensas entónces poco

ménos que inexpugnables, cuya fortaleza dió orígen al conocido y antiguo refran: *No se ganó Zamora en una hora.*

Si ya se necesitaban los mayores esfuerzos para tomar por asalto una ciudad como Zamora, cuyos muros, tal como están, todavía inspiran seguridad y confianza al vecindario, ¡cuánto más difícil es constituir un gran país, regenerar una nacion, restaurar un poderoso y altivo imperio, alcanzar una patria unida!

Volvamos la vista á los que en el siglo presente hicieron la patria alemana, derramando luz y calor, inflamando los corazones de los jóvenes, uniendo los hermanos divididos en mil átomos y animando las esperanzas de los patriotas. En primera fila está *el padre Jahn*, el padre de la gimnástica germánica, el que en pro de Prusia, su patria, y de Alemania, su ideal, manejaba durante medio siglo la lengua, la pluma, la espada, siendo cual otro *Maximiliano de Schenkendorf*, el heraldo del emperador aleman, el escudero de Barbarroja. Teniendo el privilegio de una juventud eterna, la figura del anciano y el ánimo del jóven, el *padre Jahn*, aquella roca firme á quien abraza la verde hiedra, se parecia al *Jano* de la mitología helénica. Cuando niño buscaba el trato de los ancianos, y cuando viejo trataba á la juventud. Su estatura gigantesca, su

barba larga y su naturaleza toda le daba un aire de profeta, contrastando con lo cómico que habia en su movilidad, y una admiracion mezclada de sonrisa produce su estilo tan original, tan singular, tan extraño. Pero trágica nos parece su venerable figura por su triste suerte de haber sido desterrado tantos años de su patria, y por haber sepultado ya tantas esperanzas cuando todavía verdeaba su existencia. Nos recuerda el leon que, olvidándose de las selvas numídicas y de sí mismo, tiene que pelear con mastines. Así ya en vida se hizo un mito para el pueblo que le cobraba, sin embargo, un cariño instintivo, pues habia algo de primitivo y de verdadero en la agreste naturaleza de *Jahn*, que subyugó á la juventud alemana como por un poder sobrenatural.

Antes de contar la vida del *padre Jahn*, referiré un episodio en que le vemos mantener el honor de la gloriosa España contra una misma española.

Era el año de 1814 cuando en una fonda de Wiesbaden estaban sentados en la mesa redonda de un lado los afrancesados, de otro los patriotas. Entre los afrancesados habia una señora que platicaba en castellano con su vecino, un jóven militar aleman que habia servido bajo las banderas del emperador frances. Entónces se alzó un patriota vestido de negro, diciendo:

—Esa señora no debe ser una genuina española, pues soy conocedor en esa materia por haber estado enamorado de algunas vírgenes españolas.

—¿Y de qué españolas? preguntaron los concurrentes llenos de curiosidad.

—En primer lugar de doña Jimena, la esposa del Cid Campeador, y sobre todo de doña María Pacheco, la esposa de Juan de Padilla, y de las heroínas de Zaragoza.

Despues de dicho eso se dirigió el teniente *Jahn* —pues él era aquel patriota—al jóven militar con estas palabras:

—Permítame V. dos preguntas: ¿Dónde ha aprendido V. el castellano y cómo viene esta española á Alemania?

—En la misma España, contestó el otro, hallándome en la tropa auxiliar del emperador, y esta señora es la esposa de nuestro general.

Lanzando una mirada furiosa sobre la pareja, dijo *Jahn*:

—Tuve, pues, razon en decir que esta señora no es una genuina española, pues si lo fuese no se hubiera bajado á afiliarse á los opresores de su patria.

Todos los afrancesados, y con ellos la señora española, abandonaron la sala silenciosos; pero el general prusiano, á quien se referia lo que habia ocurrido, aplaudió la patriótica conducta de *Jahn*.

Tiene interes lo que decia éste en el parlamento aleman el 15 de Enero de 1849, haciendo un resúmen de su vida y de sus aspiraciones: «Nuestro gran poeta Juan Pablo Richter dijo: *El hombre puede nacer en todas partes;* pero yo añado: *No por eso nacerá igualmente bien en todas partes.* Yo nací en el Norte, en el Brandemburgo, en un rincon entre Mecklemburgo y Hannover; he vivido cuando niño en los países de tres soberanos, y cuando jóven no tuve otra idea que la unidad de Alemania. Como niño devoto he orado por la patria; como jóven me he entusiasmado por ella; como hombre he hablado, escrito, peleado y sufrido por ella. No podria, pues, experimentar ninguna mayor satisfaccion que la de hablar como representante del pueblo aleman en pro de la unidad y de la libertad de Germania. No puedo figurarme ningun pueblo sin la unidad, y sin ella ninguna libertad; sólo por la unidad puede ser protegida la libertad, la madre de ésta es la unidad.

» Quien quiera, pues, á la hija, la libertad, debe amar tambien á la madre, la unidad. Nos han enviado aquí para que fundemos el nuevo edificio de la nueva Alemania. Queremos establecer algo duradero y fuerte: eso puede hacerse sólo por una gran unidad, por una base que nos asegure la libertad. Deseo, pues, que así como hay *un* cochero

en el estribo, *un* piloto en la nave, *un* director en la ígnea locomotora, *un* cocinero en el hogar, *un* médico á la cabecera del enfermo, haya *un* emperador hereditario para Alemania.»

Como su venerable amigo el *padre Arndt*, quiso tambien *Jahn* escribir su vida, pero murió sin haber realizado su plan, dejándonos sólo unos trozos relativos á lo que ha de ser una auto-biografía. «Esta, decia *Jahn*, no debe empezarse demasiado temprano ni haberse concluido demasiado tarde. Es como un testamento: pero si á éste se puede añadir todavía una postdata, no es así con la vida: ésta ha de ser cumplida en el momento en que el escritor deja la pluma de la mano. Quien escribe su vida debe pensar que ha muerto ya, y que no le queda nada más que ansiar en la presente.»

Federico Luis Jahn, hijo de un párroco aldeano, nació el 11 de Agosto de 1778 en el pueblecito prusiano Lanz. ¡Cosa extraña! El que tenía el amor más ardiente á Prusia y á la gran patria alemana, vió la primera luz en una de las aldeas más oscuras de su país, en una naturaleza sin atractivos. Los compañeros de su juventud eran los guerreros del gran Federico, los húsares de Ziethen, los caballeros de Seydlitz, los soldados de Schwerin. El trepar lo aprendió de los monos que el duque de Mecklemburgo tenía en su castillo de Ludwigslust.

Así ya temprano tuvo en rededor suyo los elementos de la gimnástica. Siguiendo la voluntad de su padre, estudió la teología en Halle desde 1796 á 1800.

Despues de la batalla de Jena, la vida del jóven *Jahn* se hizo una Odisea patriótica. Su estímulo eran el ódio contra Napoleon y los gustos aventureros que habian llenado el tiempo de su juventud. Así quisiera tambien participar de la famosa expedicion del mayor *Schill*, ese endrino que florecia en los temporales; pero *Jahn* llegó demasiado tarde.

En 1809 fué maestro en un establecimiento científico en Berlin. «¿Qué pensais?» decia á sus alumnos, pasando con ellos por la puerta de Brandemburgo, y al que nada sabía contestar solia darle una bofetada, diciendo: «Debes pensar de qué manera podriamos recobrar los cuatro caballos de bronce que se admiraban en esta puerta ántes de que los robasen los franceses, conduciéndolos á París.»

En 1810 publicó su libro: *El Estado popular de Germania*, que da testimonio de su ardiente patriotismo, pero tambien de infinitas ideas aventureras y fantásticas y del estilo afectado del autor. El mayor mérito de éste consiste en haber fundado en Berlin en 1810, áun en los tiempos de la dominacion extranjera, la casa de gimnástica, esa semilla del patriotismo, ese amparo de la nacionalidad ale-

mana, esa escuela de salud y de disciplina espartana, ese tesoro de la vida popular, ese manantial de la perfeccion, aquellos ejercicios verdaderamente germánicos que enseñaron á los niños á usar de sus fuerzas propias, á superar todo género de dificultades y peligros, y que corroboraron el cuerpo y el alma de los jóvenes para que se hiciesen buenos alemanes, capaces de vencer á los opresores. Los primeros alumnos de *Jahn* eran los niños, siguieron los jóvenes y los adultos en 1811, cuando se inauguró el primer campo de gimnástica en la Hasenhaide, fuera de las puertas de Berlin, donde ante los ojos asombrados del público berlinés y de los franceses, se hicieron aquellos ejercicios que producian una actividad maravillosa, una alegría sin igual y una gracia aristocrática en los hijos del pueblo. Para establecer el campo de gimnástica, el celoso *Jahn* empleó hasta la dote de su primera esposa Elena, á la cual han comparado con Isabel, la digna compañera de Goetz de Berlichingen.

Enriquecida cada dia con nuevas invenciones, gracias sobre todo al magdeburgues *Federico Friesen*, el glorioso mártir de la patria, se hizo la gimnástica un verdadero arte.

En la guerra contra Napoleon era nuestro *Jahn* el primer voluntario, el más activo de los reclutadores de *Lützow*, perteneciendo á aquella tropa de

valientes, para los cuales la guerra era una caza alegre, fiera y atrevida. En el ejército aleman cultivó *Jahn* el canto popular, que es el aliento de la vida y del amor.

Junto con las inspiradas poesías de los *Arndt* y *Koerner* vivirán las hojas volantes, vivirá la prosa entusiasta de *Jahn*, que en 1813 inflamaba á los alemanes, diciendo: «Mirad vuestros opresores los franceses. Son hombres como nosotros, no pueden volar ni vivir en la atmósfera, deben dormir y respirar, no tienen innatas vestiduras y armas, sudan en el calor sofocante, se entorpecen en el hielo glacial, desmayan por el hambre, se consumen por la sed, perecen sin el sueño, adolecen de epidemias, se ahogan en el agua, se queman en el fuego, se ahogan sin aire, pierden toda su sangre á causa de graves heridas, y ademas llevan el infierno en el corazon.»

En recompensa de sus relevantes servicios, como voluntario y emisario prusiano, recibió *Jahn* de parte del Gobierno prusiano, en 1814, una pension anual de 1.000 thalers, y así el ejército como el pueblo adivinó su valía y reconoció su capacidad: siendo en la campaña sólo teniente, no fué llamado sino capitan, y siendo sólo doctor fué generalmente llamado profesor.

De regreso de París, escribió en 1815 en el álbum

de la Wartburg las memorables palabras: «Para vencer á los franceses han convocado al mundo entero, desde el Ural y el Káukaso hasta las columnas de Hércules. Pero Alemania necesita estar sola en la guerra para sentirse en su poder; necesita una guerra con el pueblo frances para desplegar la grandeza de su nacionalidad.»

En 1816 publicó su libro sobre la *gimnástica*, en que proclamaba á los más augustos emperadores alemanes, á Carlomagno y Enrique I, que nadando pasaron el Rhin, y á Maximiliano I, cual patronos de aquel arte santo y popular que enseña á conservar la nobleza del cuerpo y del alma.

En el año de 1817, en que las universidades de Jena y de Kiel le nombraron doctor honorario, pronunció en Berlin discursos políticos, que eran, como todos los suyos, patrióticos, pero á veces extravagantes. Pidió al Gobierno prusiano un empleo, en vano. Bien hubiera podido repetir aquellos oportunos versos:

« Marqués mio, no os asombre
Ria y llore cuando veo
Tantos hombres sin empleo,
Tantos empleos *sin hombre.*»

El buen doctor *Jahn*, al lado del cual los reaccionarios de aquellos dias hacian el papel de microscó-

picos y grotescos pigmeos; él, que fué un héroe lo mismo en el campo de gimnástica que en el de batalla; él, á quien la juventud alemana idolatraba como á un semi-dios; él, que habia vivido en el comercio asíduo de los grandes pensamientos, fué preso en una noche de Julio de 1819, porque sus enemigos decian que excitaba á la juventud contra sus padres, contra sus maestros, contra la patria. ¡Ay! fué procesado por el Gobierno prusiano, él, á quien sólo un Napoleon hubiera podido prender si hubiese salido airoso en Leipzic. Lamentamos con toda el alma que aquella mano generosa que habia escrito frases tan elocuentes en bien de la patria, aquella mano que habia empuñado la espada vengadora contra el extranjero, aquella mano que Alemania tomó por su talisman, llevase cadenas en la fortaleza de Küstrin.

En 1820 fué el patriota cautivo internado en Kolberg; pero aunque al fin en 1825 fué absuelto por el tribunal de Francfort sobre el Oder, un decreto real, dejándole su pension, le prohibió fijarse en Berlin y en las otras ciudades universitarias de Prusia, donde podria ejercer una influencia sobre la juventud estudiantil.

«¡Santo Dios! ¿En qué pueblo debo establecerme?» escribió el triste *Jahn.* Y añadió el chis-

te: «Pediré un pasaporte para *Krähwinkel*» (1).

Despues de aquel tiempo buscó *Jahn* los retirados senderos de los pueblos de Turingia, viviendo, como el emperador encantado, en el Kiffhäuser: habian pasado para él los dias alegres de la guerra, en que sus escritos hacian daño á Napoleon como si fueran piezas de artillería; habian pasado los dias de su actividad fecunda, llevándose en sus alas las alegrías como deshojadas rosas. Le quedó sólo una vida de sueños, y su única distraccion eran las cartas que escribia. ¡Pobre Jahn! Escribió tambien reiteradas epístolas para que el rey de Prusia se dignase concederle la cruz de hierro, y tuvo la desgracia de oir la respuesta real: «el *teniente Jahn* no es digno todavía», hasta que el nuevo rey Federico Guillermo IV agració al veterano en 1840 con la ansiada condecoracion. En el mismo año fué anulado el decreto que le desterraba de Berlin y de las ciudades universitarias.

Amamos á *Jahn*, porque á pesar de todas las persecuciones no cesaba de tener el sentimiento prusiano y de dedicarse á la patria, que es mayor que el rincon que nos vió nacer, más alta que el lugar

---

(1) El pueblo de *Krähwinkel* se hizo proverbial por ser el pueblo más oscuro de Alemania, por ser otra Abdera. Está situado en la Sajonia prusiana.

que habitamos, más ancha que el lugar de nuestro descanso terrenal.

¡Con qué entusiasmo tan juvenil encendió *Jahn*, en 18 de Octubre de 1840, en memoria de la victoria de Leipzic, el fuego de Octubre cual fuego de guardia para el porvenir oscuro, cual rayo de un dia de unidad y de dicha!

Entre tanto las llamas voraces de un fuego fatal habian destruido todos los libros y manuscritos de *Jahn* que se hallaron en su casa de Friburgo sobre el Unstrut; pero logró más de lo que habia perdido, gracias á la liberalidad del pueblo aleman, á la que *Jahn* mismo habia provocado á que mejorase su situacion.

Por última vez el anciano *Jahn*, el prusiano por excelencia, apareció en la escena política en 1848 y 49, sentándose en el Parlamento aleman, en el banco extremo de los conservadores, de donde habló con el calor peculiar de su genio en pro de la unidad germánica, que era el dorado sueño de su vida, la gentil estrella de la mañana de su niñez, la blanca aurora de su juventud, el vívido rayo de sol de su fuerza varonil y el hermoso héspero que le acompañó al descanso eterno.

Inmediatamente detras del insigne *Wellington*, el duque de hierro, el héroe de Inglaterra, y del ínclito español *Castaños*, cuyo nombre no recordará

España sin que recuerde los lauros de Bailén (1), bajó nuestro *Jahn* á la tumba el 15 de Octubre de 1852, para subir al templo de la inmortalidad.

El *padre Jahn* con todos sus defectos era un alma selecta, á quien Dios habia dado alas para aventurarse en esas regiones inaccesibles á las almas vulgares, y por cierto que no sería intruso en la *Walhalla.*

Así lo piensa el pueblo aleman que le ha levantado un monumento en la Hasenhaide, aquel famoso campo de gimnástica en Berlin.

Por último, el mayor elogio sobre Jahn lo ha formulado en breves renglones *La Ilustracion francesa*, que á propósito de lo provechosa que es la gimnástica en los ejércitos, dice en sus columnas: «Jahn ha batido á los franceses no ménos que Blücher.»

He de añadir á estas líneas un recuerdo y una

---

(1) El lector se acordará de los versos de D. Ventura de la Vega en honor del duque de Bailén, D. Francisco Javier Castaños, que fué cuanto hay que ser, que padeció las más injuriosas acusaciones, y que, sin embargo, no alteró ni la modestísima medianía de su vida, ni la serenidad de su carácter. Murió tranquilo y religiosamente como habia vivido el 24 de Setiembre de 1852. Dice Vega:

> Que nunca de tu aurora bienhadada
> Por más que corran los veloces años
> La memoria feliz España pierde.
> No: que la patria que salvó tu espada
> Jamás recuerda el nombre de Castaños
> Sin que los lauros de Bailén recuerde.

oracion: murió en 30 de Julio de 1874 el más entusiasta amigo de *Jahn*, como él, aleman desde los talones á la punta de los pelos, como él, amante, cultivador y maestro de la gimnástica á que dedicaba sonoros cantos; murió uno de los voluntarios de 1814, el eminente germanista y editor de Ulfilas, *Hans Fernando Massmann*, que vió la luz en Berlin el 15 de Agosto de 1797. Cuando su alma voló al seno del Creador, habrá abrazado con efusion á su compañero y modelo, al hermano de su corazon *Federico Luis Jahn.*

XXIII.

El rey Juan de Sajonia.—Los reyes poetas.—Los traductores alemanes del Dante.

Dos naciones, la italiana y la francesa, celebraron el 18 de Julio de 1874, la una en Arqua, la villa amena situada cerca de Padua, en medio de verdes viñas, lozanos laureles, deliciosas higueras, purpurinos granados, aromáticos olivos y pudorosas magnolias, la otra en la ciudad de Aviñon, el quinto centenario de la muerte de *Francisco Petrarca*, que ha pasado á la posteridad cual símbolo del amor místico, puro é ideal, cual Platon de la poesía que tenía dos amores grandes y profundos: Laura, la viva; Laura,

la muerta; Laura que rivaliza con las Leonoras y Beatrices; y la patria, bellísima madre, santísima tierra, estancia de las Musas, gloria del mundo. Los sonetos y canciones del Petrarca vivirán siempre en los labios de enamorados jóvenes y de apasionadas niñas cual centellas eternas de una hoguera de amor que los ojos deliciosos é inocentes de Laura, aquellos astros mortales, aquellas estrellas del destino del poeta, habian encendido el 6 de Abril de 1327 en la iglesia de Santa Clara, en Aviñon. Los franceses le llaman suyo, pues su arpa, en que suenan las cuerdas del amor y de la patria, es el arpa sagrada de los trovadores; Aviñon y la áspera soledad de Valclusa con su roca y su célebre fuente, y los olivos de Provenza, forman el fondo permanente de su vida y de sus poesías; diéronle perfumes los pintorescos valles del Sorga, luces y colores los cielos expléndidos de la Francia meridional, dulces melodias las sonoras corrientes del Ródano; y dicen que la misma Laura, de que hizo su *lauro* eterno, un símbolo, una alegoría, una imágen de todo lo bueno y lo hermoso, representacion de la beldad y de la pureza seráfica, trasfigurando lo humano cual otro Rafael, era una noble dama provenzal. Y los italianos le reclaman como iniciador de un nuevo tiempo, como Juan Bautista de su patria, como profeta de la Italia victorio-

sa, grande, unida, que empezó á amar á Italia en las poesías de Virgilio, en los escritos de Ciceron, en los libros de Tito Livio, y que participando del antiguo y eterno dolor de su tierra, que consiste en ver las espadas de los extranjeros, las espadas de los tiranos, dirigió á los próceres y magnates aquellas palabras llenas de ira sublime:

«Voi, cui fortuna ha posto in mano il freno
Delle belle contrade,
Di che nulla pietá par che vi stringa,
Che fan qui tante pellegrine spade?»

Los italianos reclaman al docto humanista y centro del siglo XIV, cual creador de la poesía lírica italiana que, regresando á sus penates, escribió en la lengua todavía ruda é inculta de su pueblo versos de una armonía y un gracejo inimitables y de una perfeccion que podria llamarse arquitectónica. Hoy la Italia unida, despues de haber sido durante tantos siglos sólo una tradicion poética, una aspiracion de los vates, hoy la Italia entera y con ella el mundo, ofrecen al gran italiano, al primero que dió al amor á su patria una expresion armoniosa é inolvidable, una corona más bella todavía que la que ciñó su frente en Roma el 8 de Abril de 1341.

El Petrarca, el humanista muerto en Arqua, puso en el siglo XIV los gérmenes del arte italiano que debia desarrollarse dos siglos despues. El Petrarca

se nos presenta á las puertas de un nuevo tiempo que no conoce todavía el término á que aspira, miéntras el coloso sin par que se llama *El Dante*, aquella sublime figura de bronce con la mirada melancólica, y la frente pensadora, es el último varon de una gran época, el que cierra la Edad Media poniendo ante nuestros ojos un mundo que, segun él mismo adivina, va á derribarse, un edificio grandioso y peregrino que desciende de la tierra al infierno y que sube al cielo. «El Petrarca, dice Víctor Hugo, tuvo todas las felicidades de la tierra: la consideracion de los papas, el entusiasmo de los pueblos, una lluvia de flores sobre sus senderos, el laurel de oro sobre su frente como un emperador, el capitolio como un Dios; le falta sólo aquello trágico indeterminado que corona la grandeza de los poetas con una cumbre negra y que marca siempre el apogeo del génio, le falta el dolor, la tristeza, la persecucion, y yo prefiero á su púrpura el baston del errante Alighieri.»

El aniversario del Petrarca, el poeta que recorrió así el florido suelo de Hesperia como el de Alemania, á la que — sea dicho de paso — no sé porque los españoles suelen llamar «nebulosa,» lo habrá celebrado en España su sucesor, el trovador de Montserrat, el vate catalan y provenzal, «el maestro en gay saber,» *D. Víctor Balaguer*, que fué á

Italia para cantar la guerra de la unidad italiana, y que en Mayo de 1867, asistió como representante de los escritores catalanes, valencianos y mallorquines con el gran poeta provenzal Federico Mistral, el autor de Mireyo, á la solemne festividad literaria que habia ofrecido otro trovador provenzal, el príncipe Bonaparte-Wise, el primo de Napoleon III, á todos los poetas de la *lengua de Oc* en el precioso castillo de Fontsegugno, á tres horas de Aviñon, cerca de la fuente de Valclusa.

Un recuerdo de admiracion y de homenaje hubiera sin duda alguna consagrado en Alemania al Petrarca, al amante, al poeta, al filósofo, al patriota, *el rey Juan de Sajonia*, el correspondiente de la Academia de Crusca, el miembro de veinte Academias, el más docto príncipe germano que fué más que un Mecénas, que solo goza en el trato con la poesía, sino que, llevado de la mayor energía de la voluntad y de una admiracion entusiasta del sublime génio italiano, queria deber al trabajo más asíduo la alta gloria de colocar su nombre al lado del del Dante cual traductor é intérprete de la *Divina Comedia.*

Pero este noble príncipe de la paz, ese soberano que lleno de humildad y de abnegacion se inclinó ante un héroe en el reino de los espíritus, habia pasado ya á mejor vida subiendo á las alturas de la

soberanía absoluta; y de él diré lo que el Marqués de Molins dijo de otro sol del Elba, la hermana de nuestro Juan, la princesa doña María Josefa Amalia de Sajonia, reina de España y tercera mujer de Fernando VII: «moró en el trono, como el águila en las cimas de los montes, mirando de hito en hito la luz del sol, para estender al cabo desde allí más segura á los cielos sus alas vigorosas,» y á quien D. Juan Nicasio Gallego dedicó la sentida octava real:

«Yace, ¡oh dolor! en la mansion oscura
La que vimos ayer reina de España,
Que no es contra la muerte más segura
Morada excelsa que infeliz cabaña:
No prestado explendor, pompa más pura,
Séquito de virtudes la acompaña;
Que sólo el bueno, el religioso, el justo
Es en la tumba el grande y el augusto.»

Santo es el recuerdo de los que pasaron, santo el tributo de gratitud que se paga á un muerto excitando la imitacion de los que han de venir. Ante su sepulcro que ya se ha cerrado encomiaré yo al rey *Juan de Sajonia*, que bajo el nombre de *Filaletes* está unido para siempre á la memoria del místico *Dante*, el cristiano Ezequiel, el cristiano Isaías, que en la conciencia segura de su santa vocacion y de su ardiente patriotismo pudo lanzar los rayos de su ira contra personas, clases y ciudades; el vate

que creó un microcosmo poético, una Teodicea, un espejo de su edad; la obra á la par más universal y más individual, haciendo de su misma persona, de la historia de su alma, de sus esperanzas, de sus culpas, de su esclavitud, de su conversion, de su iluminacion, de su libertad el centro en torno del cual se agrupan las figuras de la *Divina Comedia.*

No fué el *rey Juan* el único príncipe que haya dedicado gran parte de su vida y de su tiempo precioso para la gobernacion de su Estado á las letras y al cultivo de la poesía, esa comunicacion del hálito divino, esa aspiracion sublime hácia lo bello, y que haya brillado en el coro de los sabios y artistas que son los obreros de la inmortalidad de las naciones, los artistas del entusiasmo, de la fuerza y de la grandeza moral de las razas.

El más glorioso ejemplo de reyes poetas ofrecen dos vates soberanos del pueblo elegido de Israel: el admirable cantor de los salmos sublimes, el divino David, en cuyas sienes ardia la Fé, y su hijo Salomon, el Rey Sábio, el autor del misterioso *Cantar de los cantares*, ese idilio candoroso de los santos ardores del amor divino, esa imágen del gozo de los espíritus celestiales. ¿Quién no conoce al afamado, al sábio califa y poeta Abd-el-rhaman I, que plantó la primera palma en los embalsamados jardines de la Rusafa y que al verla deshacerse ais-

lada en el azul del cielo lloró dedicándole aquellos sentidos versos en recuerdo del bello suelo de su patria? ¿Quién no admira aquellos Augustos de los califas, aquellos brillantes poetas que ocuparon el trono de la sábia y magnífica Córdoba, donde el laud solia abrirse en palacio más paso que la misma espada? No necesito hablar de Abd-el-rhaman II, el poeta enamorado, el inspirado improvisador, el sultan altivo que convirtió á Córdoba en emporio de las delicias del mundo entero hasta un punto inexplicable é increible. ¿Quién no sabe que los reyes de Granada bajo el sol de aquel inflamado cielo hacian estremecer las cuerdas de su lira, inspirándose en las bellezas de una ciudad sentada sobre una alfombra de flores y que es llamada justamente por los árabes granada de rubíes, corona de rosas salpicadas de rocío, fuente que se derrama, estrella del Mediodía, ciudad de las ciudades? Recordaré al hijo del generoso el Ahmar, Mohamed II de Granada que llegó á pasar con justicia por ingenioso poeta y á ser el ídolo del pueblo, el honor del islamismo. Esclarecido poeta era tambien su buen hijo Mohamed III, de quien dice el Khattib, uno de los más célebres historiadores árabes de los reyes de Granada: «*Poeta ille eras insignis et orator: adeo ut poetis materiem proponeret multiplicem ac versibus etiam alternis contenderets.*» No hablaré del

excelente poeta Abdulmalek Ben Omar, pues éste no fué sino gobernador de Sevilla, ocupando la dignidad de Wazir ó Visir en remuneracion de su lealtad á su deudo el sultan de Córdoba; pero tengo que mencionar á los reyes poetas de la esclarecida dinastía de los Beni Abbad, que gobernó á Sevilla desde la caida del Califato de Córdoba hasta la conquista de Andalucía por los Almoravides: celebrados eran los versos del poderoso y cruel Abú Amrú Abbad, llamado Almutadhed-billah, y los de su hijo Abul-kasim Mohamed, denominado Almutamed-ala-illah, suegro del rey de Castilla don Alfonso VI, el insigne conquistador de Toledo.

Y un gran poeta fué el valiente y malogrado rey de Sevilla Muhamad Aben-Abed que, hecho prisionero por Abú-Bekir, habia de abandonar para siempre los auréos campos de Andalucía, la blanda orilla del fúlgido Bétis, y que fué encerrado en Agmat, pequeño pueblo africano, y diz que cuando marchaba á la prision, un alárabe llamado Abul-Hasan-Hasurí, dolido al verlo, hizo un elegante idilio en su elogio, y el rey poeta Aben-Abed le regaló treinta y seis doblas de oro, que era cuanto en el mundo poseia.

Excuso recordar al rey Alfonso X de Castilla, que legó á la posteridad el inestimable tesoro de su sabiduría, el gran matemático, el insigne as-

trónomo, y autor de las tablas alfonsinas, el legislador que no tiene rival y cuyas Partidas áun valen, el traductor de la Biblia, el historiador preclaro, el poeta y amigo de los trovadores, el escritor devotísimo de la Vírgen, cuyas cántigas (cánticos y narraciones) segun dice D. Juan Valera, son el primer monumento de la riquísima literatura y de la lengua de Camoens, fray Luis de Sousa, Barros, Garret y Herculano. Tambien el sobrino del Rey Sabio, el infante D. Juan Manuel, compuso rimas y escribió el célebre libro del *Conde Lucanor*, la *Crónica*, el *Libro de los Cantares*, el *Libro del Infante*, el *Libro del Caballero*, el *Libro del Escudero*, el *Libro de la Caza*, el *Libro de los Engaños*, el *Tratado sobre las várias maneras de amar*, etc., pensando, segun él mismo dice, «que es mejor pasar el tiempo en fazer libros, que en jugar los dados, é fazer otras viles cosas.»

Por el gran *Cancionero de la biblioteca del Vaticano*, publicado en 1870 por un compatriota mio, el Sr. F. A. de Varnhagen, el monumento casi primitivo del habla portuguesa, conocemos tambien lozanas trovas del rey de Castilla y de Leon Alfonso XI mezcladas con los cantares delicados del rey D. Dinís de Portugal y de su hijo el Conde de Barcellos, que contemplaban la poesía como preludio y camino de la civilizacion futura. Aquel rey

Dinís fué para Portugal, segun dice D. Leopoldo Augusto de Cueto, lo que su abuelo Alfonso X, el príncipe más sabio de su siglo, habia sido para Castilla. Dotado, como estaba, de imaginacion ardiente, el infante D. Pedro de Portugal, que en 1462 fué elegido rey de Aragon, y que es uno de los trovadores del *Cancioneiro geral*, de García de Resende, publicado en Lisboa en 1516, cultivó lo mismo la poesía castellana y la portuguesa, y su desgraciado padre, el infante del mismo nombre, Duque de Coimbra, hijo del rey D. Juan I de Portugal, que gobernó muchos años, como regente, la monarquía portuguesa, compuso cántigas que son reflejos poéticos de un espíritu austero y sombrío, por ejemplo, cuando habla de la real dignidad:

«Menosprecio dad á aquella alta cumbre,
Ya de los imperios, ya de los reinados,
Non siempre contiene en sí clara lumbre,
Nin face los hombres bienaventurados.
Son siempre los reys llenos de cuidados,
Y temen á aquellos de que son temidos;
Son con amor vero de pocos amados,
Y nin las más veces les faltan gemidos.»

El rey D. Alfonso V de Aragon tan belicoso como ilustrado, á quien Barcelona, la ciudad de los condes debe la universidad, estudió aún á la edad de

cincuenta años las artes liberales, dedicándose á la poesía y á la retórica, cual discípulo de Laurecio Valla, Juan Joviniano Pontano, Antonio de Bolonia y Leonardo Aretino, y aclimató en el suelo aragonés esa literatura del siglo xv, término medio entre la de los trovadores lemosines y la clásica del siglo xvi. Reunia en torno suyo una córte de poetas el rey poeta Juan II de Castilla, y sabido es que tambien Felipe IV de España, el protector de Calderon, se dedicó á escribir versos y comedias.

Distinguiéronse en la poesía *trovadoresca* los magnánimos Hohenstaufen, así el gran emperador Federico Barbarroja (1) y su hijo el austero Enrique VI (2), como Federico II (3), el cantor del

(1) He aquí una décima provenzal de Federico Barbarroja, honor de Alemania:

«Plaz mi cavalier frances
E la donna Catalona,
El' l'onrat' del Genoes
E la court de Castellana,
Lon cantar Provenzales,
E la danza Trevisana
E lon corps Aragones
E la parla Italiana
La man e cara d'Angles
E lon Donzel de Toscana.»

(2) Habia quienes atribuyeron las poesías de Enrique VI á Enrique VII, ó á Enrique Raspe de Turingia.

(3) Una cancion erótica del emperador Federico II empieza así:

«Poi che ti piace, Amore,
Ch'eo deggia trovare,

amor, y su hijo Enzio, el rey de Sardeña, y Conradino, llamado el niño de Apulia. *Minnesaenger*, cantor del amor, fué el margrave de Brandemburgo Othon, llamado él de la saeta, y uno de los abuelos de nuestro *Juan de Sajonia*, Enrique III, margrave de Misnia, era no sólo un tierno Minnesaenger, sino un sábio y un príncipe tan leal que decia Walther Von der Vogelweide: «Antes podria un ángel rebelarse contra Dios que Enrique abandonar á su emperador.» Ganó fama de trovador tambien el bondadoso rey de Bohemia Wenceslao II. Desde la cárcel sonaba la cancion melancólica del rey de Inglaterra Ricardo I, llamado Corazon de Leon, miéntras un rey de Escocia, Jacobo I, cantó en versos, dulces como los armoniosos trinos del ruiseñor, sus amores con la hermosa Ana Beaufort. Un rey de Navarra, Thibaut IV, que está enterrado en Pamplona, fué el creador de la poesía lírica de la Francia septentrional. El papa Gregorio el Grande compuso himnos latinos para el oficio divino, entre ellos: *Rex Christe factor omnium*, que el mismo Lutero llamaba el mejor de los himnos, y el inmortal Eneas Silvio, Pío II, uno de los más doctos pa-

---

Faronde mia possanza,
Ch'io venga a compimento
Dato haggio lo meo core
In voi, Madonna, amare.»

pas que se haya sentado en el augusto sólio romano, manejó con feliz ahinco la pluma y la lira. Hasta dicen que Carlo Magno escribió un himno en latin, pero esto no es cierto. Tambien el rey de Francia, Roberto, hijo de Hugo Capeto, escribió poemitas latinos que áun hoy se cantan en la Iglesia, por ejemplo, el que se refiere á Pentecostés: *Veni sante spiritus.* La reina María de Hungria y Bohemia, que murió en España como su hermano el Emperador Cárlos V, compuso un canto religioso. Si la cancion religiosa que se debe á la electriz de Brandemburgo Luisa Enriqueta, esposa del Gran Elector, y que empieza: «Jesus, mi seguridad,» es una joya, son joyeros llenos de entusiasmo cristiano los cánticos de un héroe de la guerra de los treinta años, Guillermo II, duque de Sajonia-Weimar, que consagró toda su inspiracion á la religion, á la exaltacion de esta idea, sin la cual, como cadáveres, las naciones se descomponen y se pudren, y con cuya ayuda la vida se despierta en las ateridas venas del pueblo agonizante, que siente renacer su fuerza y su vigor bajo los rayos vivificadores de la fe, de la esperanza y de la caridad. Respira los dulces perfumes de la fe tambien una poesía de doña Felipa de Lancaster, hermana del Condestable de Portugal. Dedicáronse á las musas Cárlos, Duque de Orleans, hermano del rey de Francia Cárlos VI,

y el gran moralista y rey de la misma nacion Luis XII, denominado padre del pueblo, y por sus poesías elegantes se dió á conocer Margarita de Valois ó de Navarra, hermana del rey Francisco I de Francia, la que mantenia una correspondencia poética con su hermano el caballesco rey de Francia Francisco I, la que tradujo el Nuevo Testamento y puso en música sus cantos y fué celebrada por tener «cuerpo de mujer, corazon de hombre y cabeza de ángel» la que en su epitáfio (1) fué llamada «la décima de las Musas, la cuarta de las Gracias.» Hay versos de las reinas de Inglaterra Juana Gray y de Ana Bolena. ¿Y quién ignora que la desgraciada María Stuart nos legó sentidas estrofas en frances, italiano y latin? Por último, la simpática reina de Inglaterra Victoria I, modelo de esposas, que realiza la definicion de la mujer: «La mujer no es ella, son los otros», abrió el arcano de su corazon y publicó el retrato fiel de su alma, su diario que nos cautiva por la sencillez del estilo, por el calor del sentimiento, por la expresion de un amor hasta la muerte y *ultratumba*.

Sus Memorias las escribió Catalina II de Rusia, y una cándida hija de Heidelberg, la duquesa de Or-

(1) Dice aquel epitáfio:

Musarum decima, et Charitum quarta, inclyta regum
Et soror et conjux, Margaris illa jacet.

leans, Isabel Carlota, que brillaba cual perla pura en medio de la frivolidad de la córte francesa, contó la vida de su tiempo en una serie de interesantes cartas dirigidas á una amiga suya. Dedicáronse á las letras la ingeniosa Hortensia, madre de Napoleon III, la poetisa del canto popular : «*Partant pour la Syrie*» y su esposo Luis, ex-rey de Holanda, como Luciano Bonaparte, príncipe de Canino, hermano menor de Napoleon I, que escribió poemas épicos y una oda en honor de América, la tierra afortunada donde, braveando á los grandes y á los reyes, crecen la libertad, la paz y la sabiduría.

En nuestros dias pulsan la cadenciosa lira el príncipe Jorge de Prusia, cuya tragedia titulada *Fedra* está esmaltada de bellísimos pensamientos y de versos admirables, y el rey de Suedia Oscar II, como ántes su hermano Cárlos XV y el rey Erich XIV, el distinguido vate y salmista. A los españoles entusiastas del Campeador, les diré que Oscar II tradujo á su idioma el *Cid*, de Herder. Goza tambien de merecido renombre cual poeta y escritor el archiduque Maximiliano, que por su desventura dejó el paraíso de Miramar para sentarse en el trono de Motezuma. Por fin, entró con gloria grande en la república de las letras una hermana de nuestro *Juan de Sajonia*, la princesa Amalia, que enriqueció la escena alemana con sus bellas producciones.

Añadirémos al catálogo de los autores coronados los que, como nuestro *Juan de Sajonia*, no pareciendo nacidos para suceder en el trono, recibieron cuando jóvenes una educacion para otra vocacion, á saber: Marco Aurelio que, despreciando las cosas del mundo, no tiene otro fin más que presentarnos el espejo de su alma pura y generosa, la amarga sinceridad de su corazon; Alfredo el Grande de Inglaterra, que por la traduccion de obras latinas procuró excitar en su pueblo inculto y atrasado por largas guerras el amor á los estudios; el emperador griego Juan Kantakuzenos y el rey de Polonia Estanislao Leszczinski. En los tiempos borrascosos de la Reforma se lanzaron en el combate de los espíritus los reyes de Inglaterra Enrique VIII y el docto Jacobo I, que se preciaba más de su ilustracion y de haber vencido á un teólogo de los Países-Bajos que de ser rey de Inglaterra.

Los solaces de la literatura eran un baño benéfico en que, despues de haber llevado los cargos del gobierno, se sumergia de un salto con su genio peregrino el rey de Prusia Federico II, el cual, si prescindimos del gran cultivador del humano saber Alfonso X de Castilla, es el más fecundo de los escritores: escribió, segun él mismo dice, para corregirse á sí mismo, para mejorarse moralmente, pero no usó del idioma de su pueblo. Ese singularísi-

mo don del cielo, esa facilidad de pasar de improviso de la política á las letras, la tenía tambien *Juan de Sajonia*, el rey Luis I de Baviera, autor de los *Socios de la Walhalla*, y el emperador Napoleon III, á quien su libro acerca de César debia servir de apología histórica del 2 de Diciembre.

Pero lo que distingue á *Juan de Sajonia* entre todos los autores cuyas sienes adornó la diadema, es su afan, su ánsia inextinguible de aprenderlo todo, su ilustracion exquisita, que fué el principal cimiento de su grandeza.

El *rey Juan*, el príncipe de los ingenios, conocia lo mismo á Homero y á Herodoto que á Tucídides, á Platon y á Aristóteles, y no ménos á los Padres de la Iglesia, al escolasticismo y el sanscrito, y no obstante de tanta copia de saber queria ser *homo unius libri*, la sombra del Dante. No se contentó con su propia personalidad, y aunque tenía alas demasiado sólidas para temer la triste suerte de Icaro, si confiara en el libre vuelo de su imaginacion, prefirió reflejar los pensamientos del gran florentino.

El *rey Juan* nos inspira un afecto que no muere en el sepulcro, por la sed insaciable de su alma y por haber sido un lúcido ejemplo de que ni en el órden intelectual, ni en el moral, se llega al triunfo sino por el camino de la Cruz, y que la blanquísima vestidura de toda gloria ha de ser ántes puri-

ficada por el dolor. ¿Qué podia añadir *Juan de Sajonia* á su láurea de poeta y de intérprete de un profeta grandioso, ó á su aureola de popularidad? ¿Qué? lo que vale más que todo eso y adorna y enaltece más la frente del justo. La corona de espinas que, llevada con resignacion y entereza, es el más glorioso de los timbres. Inclinémonos ante esa ley del dolor, puesta por Dios como necesaria condicion de todo verdadero triunfo. La verde ruda que ya Conrado el Grande, el primer Conde de Wettin, el antepasado del rey *Juan de Sajonia*, habia ceñido á su escudo negro y rojo como corona de esperanza, es un símbolo grave. « La ruda, dicen los alemanes, es una yerba amarga para quien debe comerla, pero mantiene salvo y sano cuerpo y vida.» Y hago incapié en esto, porque el *rey Juan* y su reino Sajonia habian de comer á menudo aquella yerba amarga que fué la panacea más preciada en la terapéutica de la Edad Media; pero ambos, el Rey y su pueblo, salieron de todas las amarguras no sólo salvos y sanos, sino más grandes, purificados y sublimados. La ruda verde les anunciaba que habrian de resucitar lozanos bajo ruinas y escombros, y que volverian á florecer con tanto mayor brío y alegría á la luz radiante del sol, cuanto habian derramado lágrimas.

Ninguna estirpe alemana fué tan perseguida

por la desventura como la progenie de los Weittines que deben su nombre á su cuna, el pueblo de Wettin, á tres leguas y media de Halle, y donde dicen haber sido la córte del formidable Wittikindo (hijo de Wettin), el vencido de Carlomagno. Ningun pueblo tenía que sostener mayores luchas, mayores dolencias, mayores pesares que el sajon; pero tampoco ninguno ha visto tan coronados sus esfuerzos, tan recompensados sus dolores, ni se rejuveneció así como el pueblo sajon, del cual salió el impulso de un nuevo órden del mundo, la libertad del pensamiento germano, la clara antorcha de la Reforma. La Sajonia se preciaba de Wittemberg, el Sion de los espíritus, el aula de las ciencias, de que ya Shakspeare habla en su Hamlet; y hoy la Universidad de Leipzic ocupa el primado de todas las Universidades alemanas, gracias al rey Juan de Sajonia que tantas veces habia sido el huésped de sus aulas, y que queria que la santa luz de las ciencias se conservase y se cultivase allí por sí misma.

La Sajonia era el teatro de la sangrienta y fratricida guerra de Esmalkalda, de la guerra de los treinta años y de la de los siete años, y el teatro de las derrotas de Jena y Auerstaedt, que forzaron al Elector Federico Augusto III á hacer la paz con Napoleon; y para conciliar al vencedor entró en la Confederacion del Rhin, recibió el título de Rey

por el César frances y pagó su lealtad á éste áun en la desventura, hasta la extincion con la pérdida de la mitad de su reino.

El hijo menor del segundo hermano de Federico Augusto III es nuestro *Juan de Sajonia.*

Examinemos su vida, pues examinar la vida de los grandes hombres, es lo mismo que asistir á su escuela.

Perdóneme el lector las digresiones, y vamos al grano.

El que habia de ser un filósofo sentado en el trono; el sábio monarca con la frente tan alta, en cuyas profundas arrugas se reflejaban durante los últimos años todas sus dolencias desde su infancia hasta su senectud; el Rey que habia de traer á la *Walhalla* las flores llenas de espinas de su gloria, respiró por primera vez el aura nativa en un palacio de poetas y músicos, el 12 de Diciembre de 1801. Fueron sus padres el príncipe Maximiliano y la princesa Carolina María Teresa de Parma. El cultivo de la poesía, de las letras y del arte, era hereditario en la casa de los Wettines; y uno de los mayores de Juan, el Elector Augusto I, decia: «Las minas de las ciencias me gustan más que todas las minas de Friberg y Wolkenstein.» El padre de nuestro *Juan* escribió versos, y sus dos tios el rey Federico Augusto I y el príncipe Antonio, el que des-

pues fué rey de Sajonia, consagraron sus ocios á composiciones musicales. Pero sólo durante un breve espacio reinó la armonía feliz en el palacio sajon; este ambiente templado y apacible, perfumado por la ciencia, no pudo resistir á las públicas tempestades: ya cual niño aprendió *Juan* las vicisitudes de la fortuna, las realidades dolorosas de la vida, viendo la furia desencadenada de la guerra, la miseria alemana sellada en Jena, el sitio de Dresde por los rusos, la decision de las armas en la llanura providencial de Leipzic, la capitulacion de Dresde cuatro semanas despues y la desmembracion de Sajonia que por el Congreso de Viena perdió Wettin, la cuna de los Wettines, y los lugares de su gloria histórica: Halle, Torgau y Wittemberg. Herido por tan rudos golpes del destino, viendo á la madre Sajonia en enlutado arreo, trémula, yerta y desceñido el manto, el príncipe Juan trató de alcanzar los bienes que no se pierden nunca, se enriqueció en erudicion, se perfeccionó en las lecciones de su padre y del prelado liberal Ignacio de Wessenberg, vicario general de Costanza, y elevó al cielo y al mundo ideal de los filósofos y poetas su alma purificada por el dolor. Los estudios del *Dante* dieron solaz á su tristeza, alivio á sus dolencias, gimnasio, digámoslo así, á su ingenio y motivo á su inspiracion. Pero no olvidó por eso la prosa de las modernas

ciencias políticas, sino que con el celo que le era propio se consagró al árido estudio de la jurisprudencia y conservó así un sano equilibrio en sus dotes, mereciendo el nombre de *Rey de los jurisconsultos.*

En un viaje que en 1821 hizo á Italia para completar su erudicion tuvo la desgracia de perder a su hermano Clemente y regresó solo á sus lares, casándose el 21 de Noviembre con la princesa Amalia Augusta de Baviera, hermana gemela de Isabel que fué reina de Prusia. Nacieron de este matrimonio nueve hijos, pero sólo tres sobrevivieron á sus padres, para los cuales el sufrimiento no era un castigo, sino una prueba, y que en vez de quejarse de que la rosa tenga espinas, se felicitaron de que las espinas estén coronados de rosas y que las zarzas den flores. En 1872 celebró la Alemania entera y su mismo Emperador acompañado de muchos príncipes las que llamamos «Bodas de oro,» el quincuagésimo aniversario de las nupcias del Rey y de su consorte, ámbos respetables por sus canas, sus altas aspiraciones, sus virtudes, su lealtad acrisolada, su mansedumbre, su abnegacion, su justicia, sus dolencias y sus amarguras, miéntras el águila del nuevo imperio germánico volaba en torno del arco de la victoria.

No como César ante la imágen de Alejandro lloraba *Juan de Sajonia;* y asi como Milciades no de-

jaba descansar á Temístocles, así el grandioso *Dante* ahuyentó el sueño del príncipe *Juan*. Internándose en las soledades de los campos, en su retiro de Jahnishausen, cerca de la ciudad de Riesa, empezó el príncipe á escribir la traduccion métrica y los comentarios históricos, teológicos y astronómicos de los primeros diez cantos del *Infierno* con que sorprendió al público aleman en 1828. En 1840 salió el *Purgatorio* y en 1849 siguió el *Paraiso*.

Oigamos lo que el mismo traductor dice de la *Divina Comedia*: «Esta me pareció siempre un *domo* gótico en que puede haber adornos que no parezcan bien á nuestro gusto refinado, miéntras la sublime y severa impresion de la totalidad y la perfeccion y variedad de los detalles llenan nuestro ánimo de admiracion. He preferido traducir el original libre de consonantes; pero lo que así habia de perder en galanura de la forma, traté de reemplazarlo con la mayor exactitud y claridad á que me creí doblemente obligado por haber aligerado tanto mi trabajo.» El mundo civilizado rinde loores á *Juan de Sajonia* que trató de romper el sello del gran libro italiano y que nos dió aquel sazonado fruto de sus estudios *dantescos*, permítasenos la palabra. El habla alemana sale de su pluma pura, flúida, sonora, triunfante de las mayores dificultades, y ocultando el artificio con que se viste. El príncipe regaló un

ejemplar de su traduccion á su primogénito *Alberto* con una dedicatoria digna del grandioso asunto de la *Divina Comedia.* El amante padre, el sabio y el poeta se dan á conocer tambien en la cancion que *Juan* cantó ante la cuna de su hijo *Alberto* y que mi amigo D. Ventura Ruiz Aguilera vertió al castellano.

He aquí la version de aquella poesía, titulada :

PENSAMIENTOS DE UN PADRE.

I

A la voz del poeta y del pueblo
Que le arrullan con dulce cantar,
Duerme el niño feliz, cuyos ojos
Aun al mundo cerrados están.
Mas el padre, al mirarle medita
Con inmenso tiernísimo afan,
Preguntando sin duda al presente
Lo que el tiempo futuro traerá.

II.

«¡ Duerme ! ¡ duerme ! áun el sueño le impide
Ver la dicha que en torno esparció ;
De su infancia la noche serena
Aun le oculta de un pueblo el clamor.
Mas lo que hoy él no vé y se está haciendo
De su cuna tranquila en redor,
Lo ha de oir tras un dia otro dia
Con profunda sincera emocion.

III.

»Léjos de él ha de estar la lisonja ,
Léjos de él todo bajo placer,
La codicia de tierras extrañas ,

Vanas pompas, falaz oropel.
Al derecho le eduquen eterno
Preceptores honrados tambien;
La Verdad á sus altas virtudes
Baluarte invencible les dé.

IV.

»La Verdad á su templo le vea,
Con la ciencia por guia, subir;
Y del bien, por la fe iluminado,
Firme sea y leal paladin.
La razon, de su imperio proscriba
La ignorancia fanática y vil;
De la vida las flores hermosas
Le abra el arte sublime, por fin.»

V.

Así el príncipe dijo, y al cielo
Su mirada sumiso elevó:
—«¿Cómo yo agradacerte podria
Este bien que me diste, gran Dios?»
— Procurando que sea del pueblo
Lo que es más que ser Rey.... bienhechor;
Pues de aquel á quien mucho se ha dado
Esperar mucho y digno es razon.—

Fué un héroe el hijo del rey poeta: él á quien se dirigió aquel canto, el príncipe Alberto, nacido el 23 de Abril de 1828, hoy rey de Sajonia y general-feldmariscal del imperio aleman, hizo de la *ruda* sajona un emblema de la victoria en la guerra de 1870 y 1871; el héroe de San-Privat, de Beaumont, de Sedan y de París, se colocó, por sus ha-

zañas bélicas, á la altura de sus antepasados Mauricio de Sajonia, Bernardo de Sajonia-Weimar y Mauricio el bastardo, que los franceses llaman «le Grand maréchal de Saxe,» pero sobrepuja á todos ellos que no fueron sino egoistas brillantes y soldados aventureros de la fortuna, por el carácter moral de sus victorias alcanzadas solamente en pró de la patria.

Volvamos á su padre *Juan de Sajonia.*

Este escribió más todavía, legándonos el fragmento de una tragedia titulada *Pertinaz*, que se refiere á la conversion de Justino el mártir. En esta obra ha deshechado como inútiles ese cúmulo de figuras pueriles, que si agradan, no es por cierto á los que saben distinguir el limpio y sazonado fruto de la inútil y abundante hojarasca.

A él, el poeta y literato, lanzó el destino cruel en una edad de hierro y le impuso la dura necesidad de participar de tres guerras.

El 5 de Mayo de 1827 murió el rey de Sajonia Federico Augusto I; le sucedió en el trono su hermano Antonio, tan falto de salud, que en 13 de Setiembre de 1830 se vió obligado á nombrar corregente á su sobrino el simpático Federico Augusto. Este apacible príncipe que amaba más el mundo de las dulces flores que los huracanes ardientes de la política, reinó sólo cual Federico Augusto II

desde el 6 de Junio de 1836 hasta el 5 de Agosto de 1854, muriendo sin hijos, de resultas de una caida de su coche en una excursion por el Tirol.

Conmovido en el alma por aquel rudo golpe del destino que se habia empeñado en abatir las flores de la régia estirpe de los Wettines, le sucedió su hermano, nuestro *Juan*, ciñéndose aquella corona, cuyas espinas habia ya conocido dos veces, la primera el 12 de Agosto de 1845, cuando en Leipzic debia huir de los propios hijos de su país que se habian declarado rebeldes; la segunda vez en los dias turbulentos de Mayo de 1849, que le obligaron, así como al rey, á huir con su mujer y ocho vástagos— pues de los nueve uno habia muerto ya — á la antigua fortaleza de Koenigsstein, hasta que tres dias despues los prusianos vencieron á los insurrectos.

El rey continuó haciendo lo que el príncipe habia hecho con incansable afan: contribuyó á las reformas de la legislacion criminal y civil de Sajonia, y fué *protector de la Sociedad alemana del Dante*, que se habia formado el 14 de Setiembre de 1865. Como socio, aunque indigno, de aquella sociedad, tuve la dicha de ver aceptadas mis *Pasionarias* por el Rey que en la triste pasionaria creia contemplar la imágen de su vida.

La pasionaria del rey era la guerra de 1866.

Fiel al deber que le imponia la Confederacion

germánica, envió el Rey sus sajones á la guerra de Schleswig-Holstein. Pero guerra y paz se hacian por el Austria y la Prusia, segun un acuerdo comun, sin consideracion alguna á los Estados de la Confederacion, sin consideracion á la Sajonia. La cuestion alemana se presentó cada dia más urgente, como una fatalidad, como el enigma de la esfinge, y el rey Juan, ignorando su solucion, fué derribado de la roca. Fiel á la Confederacion, tenía que colocarse en 1866 al lado del Austria y hacer frente á Prusia: lo hizo con la muerte en el corazon por haber estado unido tan estrechamente á la casa de Hohenzollern; sobre todo, al difunto rey Federico Guillermo IV de Prusia con que tenía tantos puntos de semejanza y de simpática analogía. La caida del Austria arrastró á Sajonia. Estando cual fugitivo en el palacio de Schoenbrunn (el de la fuente hermosa) cerca de Viena, en que despues del destronamiento de Napoleon I habia vivido y murió su desdichado hijo el rey de Roma, dirigió el rey *Juan* sus llorosos ojos hácia Nikolsburgo y esperó con ansiedad lo que le depararia el destino. Éste, sin embargo, le dejó íntegro su reino y le obligó sólo á acceder á la Confederacion del Norte y á subordinarse á la soberanía militar de Prusia. Pero renunciando á su posicion cual Rey de un Estado independiente y europeo, renunció sólo á un

bien imaginario y ficticio, y, en cambio, ganó en dignidad verdadera y en seguridad política en el imperio aleman.

Al volver á Dresde al frente de su ejército á fines de 1866, las primeras palabras que habló el anciano rey, recordando aquellos miles de cadáveres sajones, víctimas santas de la obediencia y del deber, héroes muertos en los campos de Bohemia, fueron palabras verdaderamente régias, unas palabras de oro. Dijo: «La misma fidelidad que guardé á la Confederacion antigua, la guardaré tambien á la nueva.»

En verdad en verdad el rey *Juan*, que poco tiempo despues fué recibido con los brazos abiertos en Berlin, ha cumplido su palabra con genuina fé alemana en la guerra gigante del siglo, en los años de 1870 y 1871 en que el Rey-Sábio se hizo una columna de la unidad alemana, un baluarte de la grandeza germánica, y en que sus dos hijos Alberto y Jorge circundaron su frente de los lauros de la victoria, de la lúcida corona de encina del honor aleman. El 11 de Julio de 1871 recibió el anciano Rey y patriota en el gran jardin del palacio de Dresde á sus hijos victoriosos que habian hecho de la *ruda* sajona una yerba amarga para los franceses, y en nombre del emperador aleman dió á *Alberto* el baston de mariscal, aquel baston de oro que Juan So-

biesky, el gran vencedor de los turcos, habia llevado al entrar en la Viena liberada.

Complemento y remate de las glorias sajonas en el año de 1871 fué el descubrimiento de la estátua de *Teodoro Koerner*, el cantor inmortal, el mártir de Gadebusch, el hijo de Dresde, en la ciudad de su nacimiento en 18 de Octubre de 1871, aniversario de la batalla de Leipzic. «Señor, tu mano se ha glorificado en fuerza. Tu diestra ha batido al enemigo.» Este era el grito del alma del *rey Juan*, y estas palabras las escribió en el Álbum del Museo germánico en Nuremberg en testimonio de que el gran florentino á que habia consagrado todas sus luces, toda su inspiracion y su vida entera, le habia revelado no sólo el sentido teologal y moral, sino tambien el sentido *político* de la *Divina Comedia* y habia derramado en sus venas una gota rica de veneracion gibelina, una gota de veneracion hácia el emperador germano.

En la madrugada del 29 de Octubre de 1873 sucumbió el rey en el palacio de Pillnitz, situado en las márgenes del Elba, á sus largas y graves dolencias asmáticas, que fueron las últimas espinas que encontraba al atravesar los ásperos senderos de la vida. Cuando dió su despedida al mundo y á la brillante aureola con que éste le brindaba, la noble expresion de su semblante se halló realzada por la

magestad de la muerte. Murió el que para escapar de los males de la vida habia buscado sus placeres más alto; murió el que era poeta y filósofo y que casi se hubiera dolido de ser rey, si no hubiera hermoseado sus últimos años el sincero afecto de su pueblo. Así su muerte, como la de su hermana Josefa, reina de España, cuya santa imágen el Marqués de Molins acaba de recordar en la Academia de San Fernando, no produjo llanto, sino á manera de culto, y en sus exequias pudo el pueblo, segun el dicho de un gran poeta, ofrecerle:

«De tu heróica piedad, digno tributo,
Por pira altar, adoracion por luto.»

Y yo diré con D.ª Narcisa Perez Reoyo y Soto:

«¿Quién cual tú, sábio y puro,
Hallará de la paz y del reposo
Puerto dulce y seguro,
Y humilde y temeroso,
Huirá de aqueste mar tempestuoso?
»¿Quién como tú, tranquilo
En Dios y sus bondades confiado
En Él hallará asilo
Viviendo sosegado
Sin ánsias vivas ni mortal cuidado?»

La fama del *rey Juan* no muere, sus Comentarios del *Dante* se encargan de perpetuarla.

Le sucedió su hijo *Alberto* que es de la madera

de donde salen los héroes, y le saludamos cual sócio de la *Walhalla*, lo mismo que á su hermano *Jorge*, que habrá de sucederle en el trono cual digno representante de la *ruda* de Sajonia. Sobrevive al *rey Juan* la *Sociedad alemana del Dante* que, inspirándose en el recuerdo del que habia sido su protector, su maestro y su dechado, se ha impuesto la mision sublime de hacer propaganda por la *Divina Comedia* y de explicar sus profundidades filosóficas y dogmáticas despues de haber estudiado el escolasticismo de la Edad Media.

España tiene el culto de Cervántes, y se vanagloria, desde el año de 1871, á pesar de todos sus infortunios y de su guerra civil, de la única publicacion que existe en el mundo y que ha de excitar la envidia y el asombro de las otras naciones; ese culto se manifiesta en una *Crónica de los Cervantistas*, en un periódico literario que *cada semana* sale en Cádiz y que contiene perlas y joyas dedicadas al Príncipe de los Ingenios. Con aquella inspiracion perenne de los españoles por su gran poeta nacional, en cuyo honor cada año se celebran misas y cuya apotéosis se hace en cada periódico español en el aniversario de su muerte, no podria compararse nada de lo que hacen los otros pueblos en obsequio de sus preclaros génios; pero honra sobremanera á los alemanes entusiasmarse tambien por el vate ex-

tranjero, adorar el coloso italiano. Dije extranjero, pero la poesía no es extranjera en parte alguna.

El laureado Presidente de la *Sociedad alemana del Dante*, mi respetable amigo *Cárlos Witte*, profesor en jurisprudencia, que tradujo al *Dante* y maneja la lengua de éste como la de *Schiller*, es un verdadero fenómeno literario: nacido cerca de Halle el 1.º de Julio de 1800, era pasmo de sus compañeros por su precoz erudicion, y recibia la investidura de doctor ya el 10 de Abril de 1814, de modo que en el año actual, 1874, no sintiéndose todavía abrumado por el peso de la edad, pudo celebrar el sexagésimo aniversario de su glorioso doctorado. En union con F. de Gregorovius, A. de Reumont, Eduardo Boehmer, Cárlos Hillebrand y otros, ha contribuido poderosamente á estrechar los lazos entre la nacion del Dante y del Petrarca y el pueblo aleman; y en cuanto á las traducciones alemanas del insigne florentino, debemos tributar grandes elogios así á Cárlos Luis Kannegiesser, que fué el primero que desde 1809 á 1821 vertia la *Divina Comedia* al aleman en tercetos regulares, como á Streckfuss Bernd, de Gusek y al último traductor Guillermo Krigar, cuya version salió en 1871; y no ménos á la señora Josefa de Hoffinger, que por sus poesías conquistó un puesto privilegiado en el banquete de las Musas, y que para su version del Dante

hecha en 1865 eligió una forma más libre, miéntras Kopisch en 1842, Eitner en 1865 y Witte, tambien en 1865, siguieron el ejemplo de *Filaletes* (el rey *Juan de Sajonia*) escribiendo su traduccion en yambos libres de consonantes.

Paguemos con un recuerdo á todos estos hombres que brillan en el templo del saber, y que sienten en sus pechos el irresistible estímulo de la gloria y el entusiasmo ardiente por la poesía.

XXIV.

Augusto Guillermo Schlegel y Luis Tieck.

(Traductores de Shakspeare y príncipes del romanticismo.)

Acabo de hablar de un rey, de un patriota, de un vate. Con su profunda cultura, con su erudicion sólida, con la sávia propia de los ingenios fecundos abarcó el rey Juan de Sajonia la inmensidad, la sublimidad, la magnificencia monumental del grandioso poema del Dante. El peso mismo de la fama del coloso italiano hubiera retraido de someter la empresa árdua de traducir su inmortal poema, á quien no se sintiese animado del deseo de enriquecer la literatura patria con tan preciado tesoro. Y como el rey Juan difundió en Alemania la gloria

del genio florentino, cuidándose ménos del própio renombre que del esplendor del objeto de su culto, así *Augusto Guillermo de Schlegel*, que tambien habia traducido fragmentos de *La Divina Comedia*, ha procurado y conseguido, no ya solamente dar á *Shakspeare* carta de naturaleza alemana, sino implantarlo de modo que hace olvidar su orígen, y que se le considere como producto natural de nuestra literatura.

Me place hablar de los poetas alemanes del siglo actual, y primero de los *Schlegel* y *Tieck*, á la nacion que, como nosotros la leyenda de Fausto y el drama de Goethe, que lleva dicho título, tiene su Fausto tambien en el drama de Calderon titulado *El Mágico prodigioso* y en una de las Cántigas del Rey-Sabio refiriéndose á la historia de Teófilo, que hizo pacto con el demonio para satisfacer su ambicion.

Augusto Guillermo de Schlegel tenía tantas almas cuantas hay lenguas poétícas: era italiano con el Dante, español con Calderon y Cervántes, inglés con Shakspeare; manejó todos los metros del Occidente, y con la misma facilidad usó el ritmo épico de la encantada tierra del Gánges. «Los verdaderos traductores, dice Víctor Hugo, cuyo hijo Francisco Víctor Hugo introdujo á Shakspeare en Francia, tiene el poder singular de enriquecer á un

pueblo sin hacer pobre á otro, de quitar sin privar y de dar un génio á una nacion sin quitarlo á su patria.» Las buenas traducciones son tan raras como los eminentes originales. Desde los tiempos de Ulfilas las notables traducciones marcan en el desarrollo de los pueblos germanos épocas grandes y relevantes. Brillan en la literatura alemana la Biblia de Lutero, la Odisea de Voss y el Shakspeare de *Schlegel* como hazañas libertadoras del espíritu: estas tres obras jigantescas han desatado la lengua del pueblo aleman y fecundado el genio de nuestros poetas. No pudiendo rivalizar con otros pueblos, sobre todo, con la nacion de Calderon y de Lope, en riqueza de invencion poética, los alemanes son los más cosmopolitas y por eso los mejores traductores. En cualquier parte del mundo que broten las aguas puras de Hipocrene ó de Castalia, las beberá un aleman.

A *Schlegel* le llamarémos el rey de los traductores, como á *Jáuregui* el traductor del *Aminta*, y como al *Conde de Cheste*, á cuyo desinteresado amor hácia las Bellas Artes se deben las celebradas traducciones de *La Jerusalen*, del Tasso, y de *Las Luisiadas*, de Camoens.

Augusto Guillermo Schlegel nos dió cinco dramas de Calderon (desde 1803 á 1809), nos ofreció ramilletes de la poesía italiana, española y portuguesa (en

1804), nos regaló una biblioteca de las Indias (desde 1820 á 1830) — obras clásicas todas, pero verdaderamente popular es sólo su *Shakspeare*, á quien empezó á traducir en Jena en 1797, terminando su version en 1810. Él inventó el estilo para Hamlet, Romeo y Julieta. El Mercader de Venecia, Julio César y Ricardo III. *Schlegel* tradujo diez y siete dramas de Shakspeare; las comedias de este las tradujeron bajo la direccion de *Tieck* la docta hija de éste, Dorotea, y el Conde Wolf de Baudissin, miéntras Voss vertió á su idioma á Lear y á Otelo. En nuestros dias la Sociedad alemana de Shakspeare, fundada el 23 de Abril de 1864 con motivo del tercer centenario del nacimiento de aquel hombre insigne, nos dió un monumento literario que requiere una abnegacion artística á toda prueba, unan ueva edicion de la inimitable traduccion de *Schlegel* y *Tieck* bajo los auspicios de Bodenstedt, Delius, Elze, Freiligrath, Gildemeister, Hertzberg, Herwegh, Heyse, Kurz, A. Schmidt, Ulrici y Wilbrandt: conservaron el sabor antiguo que nos cautiva en la version de *Schlegel* como á los ingleses en el original de *Shakspeare*, y se limitaron á cambiar lo que la ciencia moderna tiene que repudiar como incorrecto. ¡Cosa extraña, pero que da testimonio del infatigable celo aleman! otros poetas y cultivadores del génio británico, Dingelstedt, Gelbcke, Genée, Jordan, Seeger, Simrock

y Viehoff no se contentaron con aquella importacion de *Shakspeare* en Alemania, sino que publicaron una nueva traduccion de las obras del inmortal poeta dramático, que se distingue de los griegos como la sinfonía de la sencilla melodía y como la pintura de las almas, la entonacion singular así en la totalidad del drama como en escenas particulares se distingue de la claridad plástica.

Desde la traduccion de *Schlegel*, el libro de Ulrici acerca del arte dramático de Shakspeare y la obra de Gervinus titulada *Shakspeare*, el príncipe de la escena que sintetiza el sentimiento del hombre, el coloso que un siglo despues de su muerte fué sacado de las ruinas y de la noche del olvido como Pompeya y Herculano, goza en Alemania de una popularidad casi mayor que la de Schiller y Goethe (1). *Shakspeare* habia de ser más familiar al

---

(1) ¡Qué cosa tan misteriosa es la gloria que dispensa la posteridad! Nuestros Nibelungen y los tesoros de la poesía lírica alemana de la Edad Media tuvieron la misma suerte que *Shakspeare*; durmieron como él un sueño encantado, miéntras hoy hablan desde la escena, nos mirán desde los frescos de los museos y de los palacios reales y hasta de los salones. Se equivocó, pues, mi amigo D. Juan Valera cuando escribió en el prólogo á la traduccion castellana de *Shakspeare* por Jaime Clark: «La gloria de *Shakspeare* no se ha eclipsado nunca.» Pero tengo el gusto de citar por lo acertado el párrafo siguiente del mismo prólogo: «Pocos autores han tomado más de los otros que *Shakspeare*. Ha

pueblo aleman que á la raza latina, pues en el poeta de Stratford como en Sterne y Dickens se revela aquel espíritu germano que se dirige hácia la vida individual y la verdad caractéristica, miéntras en Ben Jonson, Pope y Tennyson y en el mismo Byron, cuya estirpe era normanda, se conoce la inclinacion de los pueblos latinos hácia la claridad y la belleza formal, y en el Ossian de Macpherson y en las novelas de Walter Scott se manifiesta la naturaleza melancólica y pensadora de los keltas, de modo que en la literatura inglesa los poetas dan á conocer los diversos elementos de que nació el carácter nacional.

En el culto que los alemanes rinden á *Shakspeare* podrian distinguirse tres períodos: el clásico, el romántico y el filológico. El período clásico es el en que los clásicos alemanes, los Wieland y Herder, sacaron á Shakspeare descubierto por los suizos á la luz del dia; en que Lessing luchó en pró de Shakspeare contra el drama pseudo-clásico de los franceses, y en que Goethe y Schiller escribieron sus primicias *Goetz* y *Los Bandidos*, que salian inmediatamente de la escuela del autor inglés. Al período

dicho un discreto, que en literatura no sólo se disculpa, sino que se glorifica el robo cuando le sigue el asesinato. *Shakspeare* sabía esta máxima, y no dejó de asesinar á cuantos robó.»

romántico le debemos un tesoro inestimable, la traduccion de *Schlegel*, clásica como el más celebrado original. El tercer período, el filológico, se compone de un océano de comentarios, ediciones, biografías y escritos polémicos, sin que hasta hoy se sepa siquiera algo que no esté sujeto á controversias acerca de la personalidad del poeta y de la cronología de su vida; hasta se ignora cómo se escribe su nombre.

Tenemos que añadir que tambien el arte aleman se apoderó de *Shakspeare*; así Cornelius y Kaulbach nos han representado figuras y escenas del teatro shaksperiano; y el eminente colorista Makart ha empezado en union con otros artistas á publicar una nueva galería de Shakspeare.

Cuando el génio de un pueblo esté áun vivo y sano, puede haber un teatro nacional, como el de *Shakspeare* durante el reinado de Isabel. Hasta bajo el absolutismo ha florecido el drama: Molière y Racine tendieron sus alas bajo Luis XIV; Calderon escribió sus comedias y sus autos sacramenles al lado de las hogueras de la Inquisicion, y en el cielo de la poesía alemana resplandecen Goethe y Schiller sobre las nubes sombrías de un tiempo de ignominia para la nacion. Pero jamas hubo una época más favorable para el drama nacional que la de la reina Isabel de Inglaterra. La Inglaterra de entónces dista de la de hoy como el cielo de la tierra:

la de hoy tiene ménos teatros que la de Isabel, en que *Shakspeare* eligió por emblema del suyo un globo; no sé por que adivinaba que las figuras con que llenaria aquella escena habian de recorrer el orbe entero, ó en recuerdo de aquella divisa: *totus mundus agit histrionem* (todo el mundo es actor); y él, que áun en 1585 tenía por la brida los caballos á los caballeros delante del teatro, estaba tan boyante cinco años despues, que ante aquellos mismos caballeros podia presentarse sentado en el caballo cual afamado autor dramático, cual actor y co-propietario del teatro más distinguido de la córte. Pero para la Inglaterra de hoy el teatro no es sino una costumbre social, y la solemnidad secular celebrada en Inglaterra en 1864 en obsequio del mismo *Shakspeare*, que de tanto renombre gozaba en los tiempos de Isabel para desvanecerse despues en su patria en los tiempos de Cromwell, debia llevar un chasco miserable.

Basta de preámbulos, y entremos otra vez en materia. Al gozar á *Shakspeare* en la version alemana no olvidemos al autor del gozo, *Augusto Guillermo de Schlegel*, que para la traslacion necesitaba esfuerzos intelectuales de que no son susceptibles los talentos poco elevados. Ante lo bello como ante lo bueno, los dioses han puesto las vigilias. Á Schlegel le costó inmenso trabajo su traduccion del gran

poeta inglés. Ofrece un placer singular el penetrar en el estudio de un poeta y seguir el desarrollo de un poema. Ese placer lo experimentamos en vista de la Ifigenia de Goethe, de la cual poseemos desde el primer proyecto en prosa hasta la mayor perfeccion métrica. Allí miramos, cómo la materia va organizándose y cómo junto con la creciente perfeccion del estilo se abren los pensamientos y los sentimientos, los cuales, derramando finísimo aroma, salen de los tiernos cálices de la forma métrica. Pero por más que sigamos así el desarrollo del poema, no nos acercarémos por eso más al génio del poeta, pues éste se encuentra ya en el primer proyecto, aunque en lo sucesivo haya tendido su vuelo y regulado sus movimientos. Tiene razon quien al gozar el poema quiere gozarlo puramente sin cuidarse de los trabajos del poeta. Pero enfrente del traductor, que para la importacion de los monumentos literarios de otros países necesita estudios árduos, esfuerzos grandes de inteligencia y un caudal de conocimientos difícil de reunir; enfrente del traductor, cuyas obras no nacen en su propio suelo, sino en un campo fronterizo, entre la poesía y la ciencia, cumple preguntar cuánto ha trabajado, cuántas dificultades ha tenido que vencer.

Schlegel desdeñó en su vida concedernos siquiera una mirada fugaz en el nacimiento de su trabajo,

pues arrojando cincel y martillo nos hacía ver solamente la obra terminada. Poco há, el benémerito filólogo Miguel Bernays satisfacia nuestra legítima curiosidad poniendo ante nuestros ojos el borrador de que nació la traduccion de *Shakspeare* por *Schlegel.*

Antes de que éste pudiese traducir al vate extranjero, su poeta predilecto, aprendió en su propia nacion, en el génio de *Goethe*, lo que era poesía; y solamente despues de haber conocido á aquel maestro que enseñó á su pueblo á sentir, á pensar y á hablar, empezó su grande obra, al principio con su amigo Bürger, y despues sólo con toda su fuerza, con una paciencia y un entusiasmo sin igual. *Schlegel* tenía un sentimiento maravilloso para acertar el tono y el color del original, y á veces miraba el papel por encima de sus hombros una hermosa cabeza de mujer, y de sus bellos labios salia la palabra gráfica, cuando el traductor se hallaba más apurado en la lucha con su poeta. ¿Cómo se llama esta mujer dotada de un sentimiento tan poético? Ignoramos si debemos llamarla *Carolina de Boehmer*, ó *de Schlegel*, ó *de Schelling*; su primer marido murió, y ella abandonó á su segundo esposo, nuestro *Schlegel*, para casarse con Schelling. No es de extrañar que á ella, por la cual el amor era el agente de la vida, se deba la traduccion de los versos más

delicados en aquel drama sublime del tiernísimo amor, Romeo y Julieta. Carolina se apartó de *Schlegel*, porque éste tenía una naturaleza eminentemente receptiva y mujeril; y aquellas mismas dotes que le separaban de Carolina le hicieron el rey de los traductores.

Augusto Guillermo de Schlegel, el hijo, el hermano, el sobrino de poetas; el que se envolvió en las tradiciones de la Edad Media como en los perfumes del Oriente; el que fué para el arte de la traduccion el creador y la imágen de la regla, nació en Hannover el 5 de Setiembre de 1767, fué profesor en Jena, viajó con Mme. de Stäel en 1805, dió lecciones sobre la historia de las Bellas Artes, como catedrático de la Universidad literaria de Bonn en 1818, y murió allí el 12 de Mayo de 1845.

Desempeñada la parte agradable de mi mision, réstame la penosa: la de hablar de lunares y faltas. *Schlegel*, que se habia levantado un monumento magnífico con sus traducciones, se levantó otro muy distinto: el de su vanidad inmensa, en un soneto. Y no conociendo los limites de su talento nos hace sentir en sus poesías originales la desproporcion entre la forma artística y la materia que no llega á la plenitud de la vida poética. El talento de *Schlegel* bastaba sólo para llenar el circunscrito espacio del soneto y del epígrama.

Pero si no como poeta, ha de ocupar un puesto envidiable como *filólogo* y *crítico* entre los *poetas románticos*, que ambicionaron una poesía universal y que hicieron de la fantasía el centro de la vida, evocando aquella época en que la vida real vistió las galas de una poesía fantástica, aquella época de los Minnesaenger (trovadores del amor) del siglo XIII y de la epopeya popular; aquella ya lejana época de andantes caballeros, de las aventuras, de la mágia, de las maravillas, del misticismo, de la soledad de los conventos y de la fe. No desconocerémos todo lo noble que hay en el *romanticismo* nacido en la pequeña Jena, cuando la poesía resucitada por genios privilegiados reunidos allí en tan estrecho espacio, penetró con mágico poder en la ciencia, en las Bellas Artes, en la vida. En el *romanticismo* han nacido los frutos de oro que nos ofrecieron los *hermanos Grimm* y *Arnim* y *Brentano*; el *romanticismo* resucitó el amor á todo lo popular, sea la cancion, ó el cuento, ó la leyenda, ó el poema épico popular. Pero no fué sino un cohete que centelleante subió al cielo para deshacerse en mil estrellas, despues de un breve y maravilloso esplendor, sin dejar marcadas sus huellas.

Pero la preponderancia de la fantasía sobre todas las otras cualidades intelectuales tiene ya en sí misma el gérmen de la enfermedad, y éste estado tras-

ladado á la vida real, que los románticos querian convertir en un poema fantástico, habia de producir mil excentricidades y extremos.

Dice el Sr. Pí y Margall: «Schiller, como Goethe, no sólo vivieron en su época y tomaron por musa el espíritu de la generacion á que pertenecian; se opusieron con toda su energía al *romanticismo* de los *Schlegel* que, profesando el principio de que el genio debe permanecer extraño al mundo presente, le condenaron á vivir en las tinieblas de la historia, en las regiones fantásticas de la leyenda y en la esfera de un vano idealismo. Prevalecieron desgraciadamente, las doctrinas de los *Schlegel* sobre las de Goethe y Schiller, y ésta es, á nuestro modo de ver, la más importante causa de la gran desviacion sufrida por el arte en nuestro siglo.»

Como *románticos* mencionaré ademas de *Augusto Guillermo de Schlegel*, su ingenioso hermano el lírico *Federico de Schlegel* (1), el místico *Novalis*, el entusiasta amante de la poesía popular *Clemente Brentano*, que era un maravilloso Proteo, y su fantástica hermana *Bettina*; los caballerescos *Luis Joaquin de Arnim* y *Federico de la Motte Fouqué*, el malogrado *Enrique de Kleist*, el amigo de Tieck

(1) Federico de Schlegel fué el primer aleman que en su tragedia *Alarcos* usó el asonante.

Guillermo Wackenroder, el autor de sonoras octavas *Ernesto Schulze* y el simpático y dulce *José de Eichendorff*. Pasemos por alto al fantástico y bizarro novelista *E. Th. A. Hoffmann*, al inspirado publicista *José Goerres* y á los románticos entre los filósofos *Fichte* y *Schelling*, para fijar nuestra atencion en *Luis Tieck*, sol de la escuela romántica.

¿Quién hubiera imaginado que un rapazuelo berlines habia de ser el mago de los poetas románticos? Es lo cierto que, en medio de la liviandad de Berlin, bajo el cetro literario de Kotzebue se manifestaba la sana naturaleza alemana resucitando lo noble por sí misma. Y el rapazuelo de quien salió la sana reaccion, era el hijo de un sencillo cordelero y se llama *Luis Tieck*.

Los españoles han de estimarle por su excelente traduccion del *Quijote*, y los ingleses tambien por la version de las comedias de *Shakspeare*, empresa que considerará quizá áun más difícil que la traduccion de los dramas del mismo autor quien conozca la comedia en general y la lengua inglesa en particular.

De un humilde taller salió este hombre que todo se lo debió á sí mismo y que los americanos llamarian «selfmademan,» el genial príncipe de los románticos que subyugó á todos por el poder de su fantasía; el crítico cuyos fallos se consideraban casi

infalibles; el maestro de la novela á quien daban la primicia lo fecundo en inventar una accion interesante, lo acertado en el dibujo de los caractéres, lo ameno, humorístico y fluido de su estilo; el maestro en declamar versos y recítar comedias; el protector bondadoso de los jóvenes literatos; el tipo de distincion natural por el aseo y limpieza de su persona, formando un gran contraste con los poetas de su edad; una naturaleza verdaderamente aristocrática que imponia hasta á los poderosos de la tierra; y quien hubiese visto su finísimo rostro sin barba alguna, su castaño cabello disimulando el arte con que habia sido ordenado, y aquel sello indescriptible de hidalguía en el porte y continente del poeta que ostentaba siempre un bien cepillado vestido de terciopelo negro y un cuello blanco, hubiera apostado á que este prócer de estatura, este caballero de fisonomía viva y con la mirada profunda de los más bellos ojos morenos que podrian imaginarse, habia nacido en las regiones más altas de la sociedad.

Pero, ¡triste suerte la de los que en vida, gracias al encanto de su personalidad, fueron estimados excesivamente! el olvido los sigue en la tumba, y se necesitaba del centésimo aniversario de *Luis Tieck* celebrado el 31 de Mayo de 1873, para que resucitára la memoria del esclarecido poeta.

Luis Tieck, el mayor de cuatro hermanos, nació el 31 de Mayo de 1773 en Berlin en la estrecha y oscura cámara de una casa vieja en la Rossstrasse (calle del caballo), y murió en la misma ciudad el 28 de Abril de 1853, en una grande y lúcida casa en la Friedrichstrasse (calle de Federico). ¡ Qué espacio tan breve entre la casa del nacimiento y la de la muerte, entre la cuna y la tumba! Pero ¡ cuantos espacios inmensos del espíritu debia atravesar aquel ilustre anciano ántes de que su alma volase al seno del Criador!

Descansado en el seno de su madre aprendió las letras del alfabeto que le parecian preciosas figuras llenas de vida. Para el niño, áun las creaciones de la fantasía se animaron con el soplo de la vida, y lo mismo que los patriarcas, los reyes y héroes del *Antiguo Testamento* estaban presentes ante los ojos de su alma; se figuraba que áun vivia el valeroso caballero Goetz de Berlichingen, pintado por Goethe, cuyo drama recitaba el padre de *Tieck* á su mujer por las noches cuando creia que ya dormian sus hijos. El padre de *Tieck* se complacia, á semejanza de aquellos obreros nurembergueses de la Edad Media, en el mundo de la poesía y en la representacion teatral, así de las cosas sérias como de las cómicas, lo mismo en prosa que en rimas. Esa índole del padre la habia heredado el precioso niño. Escri-

bió dramitas é improvisó un escenario en el rincon más oscuro de su casa, en que no penetraba la luz del dia y en que al principio los actores eran muñecos, pero que pronto los sustituyeron los niños mismos, Luis y sus hermanos, aquellos *Róscios* embrionarios ataviados fantásticamente con prendas del vestuario de sus padres. Pero un dia, vagando por la iglesia de Pedro en Berlin, el niño Luis descubrió en el coro un rincon áun más oscuro y donde nadie estaba, áun durante el oficio divino, porque allí no se podia oir la voz del predicador. ¡ Qué escenario tan escelente ! esclamó el niño con júbilo, pensando sólo en el arte de Romea, y el domingo siguiente se fué con sus hermanos á la iglesia para declamar en aquel rincon olvidado y lleno de telarañas los *Bandidos de Schiller*, bajo el amparo de un enorme paraguas.

En efecto, miéntras á lo léjos sonaban, apénas perceptibles, las palabras del predicador, empezó nuestro Luis desde su escondite con toda la fuerza del furor trágico á recitar los anatemas violentos de Cárlos Moor : « ¡ Oh hombres, hombres, raza hipócrita de cocodrilos ! »

Apénas exclamadas las primeras palabras, los niños vieron con asombro los efectos de su declamacion vehemente : como trueno resonaba el grito formidable de Cárlos Moor en todos los rincones de la

iglesia, y no ménos que los niños se asombraron los devotos á causa de aquel grito tan misterioso como terrible. El predicador se detenia en su sermon, los ministros de la iglesia trataron de averiguar la causa de aquel estruendo horrible; y como perseguidos por el mismo Luzbel, bajaron los niños de su improvisado escenario, precipitándose á la calle para esconderse en el rincon más apartado de la casa paterna. ¿Quién imagina su terror cuando média hora despues entró un vecino y refirió al padre de *Tieck* lo que habia sucedido en la iglesia? Pero afortunadamente aquel buen hombre no conocia á los autores de aquella escena, pues dijo: «Compadre, era la cosa más extraña, no sé qué trueno, no sé qué signo ó maravilla, era acaso un terremoto.» Y miéntras el padre de *Tieck* se esforzaba en tranquilizar á su atribulado vecino, los niños, ya libres de miedo y de ser descubiertos y castigados, pugnaban en vano por contener la risa.

Cuando colegial, *Luis Tieck* continuó escribiendo comedias y representándolas con sus hermanos. Una vez halló en poder de un camarada el *Hamlet* de *Shakspeare*. Lleno de gozo voló el escolar con su botin á la alameda del Lustgarten (Berlin); era el anochecer de un dia nebuloso de otoño; una fria y penetrante lluvia empezaba á caer; bajos los árboles lucian pocos faroles de aceite. Luis se acerca á uno

de ellos. Queria ver á la débil é incierta luz siquiera los nombres de los personajes. Apénas habia echado una mirada sobre el libro, cuando se sintió cautivado por un mágico poder. La escena nocturna en la esplanada de Helsingor, los primeros discursos de los centinelas á quienes helaba de terror la sombra del rey difunto de Dinamarca, todo aquello le estremeció y le causó á la par hondísima alegría. No sentia la violencia del viento; no que habia de tener en equilibrio el paraguas y el libro; no que estaba sobre húmedo follaje. No vió, no oyó sino á *Hamlet* y sólo cesó de leer despues de haber llegado á la marcha fúnebre. Se encontró casi con los piés helados. No se hallaba en Helsingor; pero tambien á él se habia presentado una vision peregrina desde el fondo de lo pasado, una vision más poderosa aún que la de la muerta magestad de Dinamarca que acababa de hablarle: habia oido en hora nocturna el grito del genio, aquel genio que le estimulaba despues á ofrecer al pueblo aleman la version de las obras inmortales de *Shakspeare.*

El mágico poeta inglés y el génio de Cervántes y de Goethe fueron los astros que adoraba y sus guias por los senderos de la vida, abriéndole nuevos horizontes de poesía.

Su talento mímico le perfeccionó en casa de Reichardt, distinguido maestro de capilla de Berlin.

Tieck estudió las letras en Halle, en 1792, pasó á Goettinga y completó sus estudios en 1794, en Erlanga. Conoció á *Augusto Guillermo Schlegel*, con el cual formó la que fué llamada *escuela romántica*. Regresó á Berlin, sacó á luz olvidados cuentos populares, que reprodujo en tono adecuado al candor del pueblo.

El pueblo es un gran poeta. No hay nada más fresco y delicado que los cuentos populares y la cancion popular alemana. El canto popular de los pueblos germanos es más que una particularidad nacional; es el suelo en que se ha desarrollado su poesía entera. Sin la cancion popular no habria ninguna epopeya de los Nibelungen y ningun poema de Gudrun; no habria ningun Chaucer, ningun Marlowe, ningun Shakspeare, ningun Scott, ningun Burns; no habria ningun Tégner y Andersen; no habria ni Bürger, ni Goethe, ni Herder, ni Uhland; no habria ningun *Tieck* y ningnn poeta *romántico aleman*

Pocos poetas podrian gloriarse de una vida tan libre é independiente como *Tieck*, que en 1799 se casó con la hijastra de Reichardt.

Reavivó la bellísima poesía alemana de la Edad Media, é introdujo en la llena vida del siglo XIX los sentidos acentos de los Minnesaenger (trovadores del amor). Peregrinó por Italia y por la patria de su idolatrado Shakspeare y fijó su residencia en 1820

en Dresde, donde su casa era el foco de la vida literaria y la escuela de los actores, miéntras sus críticas en que apreciaba sólo lo noble y lo bueno, llegaron á formar, como las de Lessing, una verdadera dramaturgía. En 1825 le fué conferido el empleo de dramaturgo y el titulo de consejero áulico. «¡Qué reparacion! ¡qué compensacion del destino! exclamó *Tieck* sonriéndose. Pues cuando niño fuí apaleado por haber asistido á una funcion, bueno es que ahora se me pague el divertirme y se me nombre ademas consejero áulico, sólo por el gusto de ver comedias.»

Desde 1825 salieron como continuacion de la version de *Schlegel* sus traducciones de *Shakspeare*, cuya *Tempestad* habia ya arreglado en 1796. El romántico sentado en el trono, Federico Guillermo IV de Prusia, le invitó á que fuese á Berlin dándole una pension considerable y el título de «secreto consejero áulico.»

Como perlas han de resplandecer siempre las novelas de *Tieck* en que con aquella facilidad pasmosa que era la signatura de su talento, casi abdicó del *romanticismo*. Sobre todo, son dignas de los mayores elogios las novelas tituladas: *La vida del poeta*, que contienen tres narraciones tomadas de la vida de *Shakspeare*, y *La muerte del poeta*, los últimos dias de Camoens, el gran vate lusitano.

El drama de *Tieck*: *La vida y la muerte de Santa Genoveva* se parece á un *domo* gótico. Y el *Fantaso*, que contiene las leyendas populares de Magelona, del fiel Eckart y de Rothkaeppchen, es la flor más delicada del *romanticismo*.

Ya ántes de *Tieck* murió el *romanticismo aleman* que me recuerda los versos del padre Arolas, consagrados á un convento:

Era un templo, era un altar,
Donde llora el desvalido;
Yo lloré, volví á pasar,
Y era polvo consumido,
Que tambien me hizo llorar.

El *romanticismo* era como el fresco jardin de las tímidas vestales; el *romanticismo* sonaba como el órgano del convento.

Pero ya todo está mudo:

Y tal vez por monumento,
Sólo quedará una cruz
Que nos diga: «fué convento.»

—

Muere lo que se edifica,
Mas en tanta destruccion,
¿Quién al hombre santifica?
Ved las tumbas, ellas son
La iglesia que nos predica.

XXV.

El poeta y filólogo Juan Enrique Voss.

Indispensables para el historiador grave y serio son la frialdad en el juicio y la imparcialidad en los corolarios, la filosofía de las ideas y la elevacion de los pensamientos. Pero los genios del biógrafo no han de ser sólo la justicia y el amor á la verdad: la biografía la debe escribir una mano amiga, al biógrafo deben unir con su héroe afectuosas simpatías. Cada biografía ha de ser hija del amor, pues el amor hace perspicaz y el amor es una condicion esencial del entendimiento. Debe haber cierta afinidad, cierta comunidad, si no del espíritu, al ménos del ánimo y de los miramientos entre el biógrafo y su héroe: porque sólo de esta comunidad nacerá el entendimiento que penetre en las profundidades misteriosas de la vida de un hombre.

Juan Enrique Voss, la cabeza de los bardos de Goettinga, «el leon de Eutin», el clásico traductor de Homero, el profundo conocedor de la lengua del Lacio, el autor del idilio titulado *Luisa*, el hombre para quien *razon* y *virtud* eran los términos de la consigna, el santo y seña, no pertenece á la cla-

se de personajes que al biógrafo aligeren su trabajo. Rígido en su voluntad, sin consideracion alguna en sus acciones, adicto á un racionalismo estrecho, con un amor á la libertad que á veces se endurece en terquedad, nos aterra ántes de cautivarnos. Pero, superadas las primeras impresiones, encontrarémos las preciosas cualidades que constituyen su verdadero sér y casi nos reconcilian con sus durezas. Hallarémos que su rudeza y aspereza rústicas están unidas á una firmeza varonil que da á toda su vida la direccion segura. Augusto Guillermo de Schlegel decia burlándose de *Voss*: «Encomió la cultura helénica cual bárbaro del Norte.» Pero esa fuerza invencible del Norte era menester para quien como *Voss* habia de luchar, así en la vida como en la ciencia, con mil contrariedades evocadas á veces por él mismo. Y aquel hombre tan rígido y duro nos parece aún animado del calor del sentimiento, cuando le vemos en el seno de su familia como marido, padre y patriarca, y comprenderémos que Guillermo de Humboldt hubiese podido, á pesar suyo, sentirse atraido por la sencilla amabilidad de *Voss*. Parece un enigma incomprensible que de esta naturaleza áspera haya brotado, áun en medio del período turbulento de la revolucion, la dulce paz del canto idílico, sobre el cual derrama sus encantos el genio de las costumbres sencillas.

Lo mismo que *Schlegel* fué para Shakspeare, es *Voss* para Homero. Una traduccion que habia parecido imposible á Lessing mismo; una traduccion como la adivinaba Herder; una traduccion que constituiria la vida entera de un eminente literato y sábio y que habria de ser una obra eterna de la literatura alemana, la llevó á cabo *Voss* en su version de la *Odisea*, ese canto de la nostalgía que ha de captarse siempre las simpatías del ánimo aleman mucho más que los retratos de batallas que nos ofrece la Iliada. Dice un compatriota mio, el doctor Guillermo Herbst: «Una obra del arte puede nacer sólo cuando su tiempo se haya cumplido; cuando haya sonado su hora histórica, es decir, cuando se hallen juntas todas las condiciones para que salga á luz.» Para la *Odisea* de *Voss* estas condiciones eran dos, una formal y otra material: primeramente el exámetro se habia ya hecho familiar al oido aleman por *Klopstock*, que demostró en 1748 por los primeros cantos del *Mesías* que el idioma aleman, regresando á su nativa fuerza y dignidad, era capaz de acertar el tono épico. Y en segundo lugar, desde los suizos Bodmer y Breitinger, habia un ánsia grande de poseer un Homero en aleman.

No obstante de estas condiciones oportunas y propicias, la historia del nacimiento de la *Odisea* es un doloroso martirio: jamas un autor que quiere

ofrecer una joya preciosa experimentó mayores penas que *Voss*, ántes de que su joya fuese aceptada por el pueblo aleman.

Para apreciar lo que hizo *Voss* es preciso echar una mirada sobre sus predecesores. Ya en 1755 publicó *Bodmer* fragmentos de la Odisea, y en 1767 salieron los primeros seis cantos de la Iliada. Los jóvenes poetas que hicieron rejuvenecer nuestra literatura, querian tornar á la naturaleza homérica y trataban de volver á descubrir en las imágenes de los héroes homéricos los rasgos primitivos del hombre. *Bürger* queria hacer de Homero un antiguo germano y usó para su traduccion de los exámetros homéricos, el yambo de diez sílabas en las dos pruebas que salieron en 1771 y 1776. El mismo Goethe le alentó con su aplauso, miéntras *Klopstock* se oponia á aquel modo extraño de traducir, y un entusiasta admirador de *Klopstock*, el *Conde Federico Leopoldo Stolberg*, se hizo el rival de Bürger vertiendo la Iliada en exámetros fáciles y armoniosos. Salió su traduccion completa en 1779. De repente el Nestor de los poetas, *Bodmer*, se presentó con el Homero entero, traducido en exámetros. Pero el anhelo de los alemanes de tener un Homero aleman no lo satisfacia sino *Voss*, que tuvo por patria de su espíritu la antigüedad helénica. La traduccion de Bodmer parecia haber salido del latin

en vez del griego; la de Stolberg no habia penetrado en las profundidades del texto; y Bürger no podia rivalizar con *Voss* en riqueza y seguridad del saber filológico. *Voss* era sólo el que unia el espíritu del filólogo al celo del artista, la severidad del sabio al sentimiento del poeta. Aunque hija de la mayor erudicion, la traduccion de *Voss* parece una obra nacida en suelo aleman, y produce la misma impresion que el original, cautivándonos con la severa belleza de la verdad eterna. El exámetro sonaba por la vida entera de *Voss* cual metro encantador, y con la Odisea de *Voss*, el maestro métrico de los alemanes, empieza una nueva era para el exámetro aleman, y así el ritmo más universal fué introducido en la poesía germánica. ¡Qué diferencia tan grande entre *Voss* y sus rivales! Sus exámetros están hechos con mucho más cuidado que los de Stolberg, y su entendimiento es mucho más claro que el de Bürger. *Voss* repudiaba todas las bellezas que no fuesen homéricas, y se amalgamó completamente con su poeta, trasladándonos todos los rasgos homéricos, sin ofender jamas la dignidad poética. Así se complacia no sólo en la imágen del *Divino porquero*, que nos presenta la Odisea, esa madre de todas las novelas y romances, sino tambien en los *puercos acostados en la tierra*, que Stolberg no queria ver introducidos en la lengua poéti-

ca de los alemanes. *Voss* fué el primero que realizó lo que Klopstock habia declarado imposible, igualando al original tambien en el número de los versos. Él creó en el idioma aleman aquellos atributos plásticos y constantes que Homero da á los héroes y á las cosas y que son tipos llenos de vida característica. Si otros comentadores del cantor jónico clamaban movidos por su propia pereza: «*Dormitat Homerus*», *Voss* demostró que las frases homéricas respiran siempre la vida y la verdad. Y así como Lutero al traducir la Biblia mandó á un carnicero matase un cordero en su presencia y le nombrase las partes distintas del animal, para que pudiese describir la manera como se mataba en el sacrificio, *Voss* consultó á un amigo suyo acerca de la construccion de una zata y estudió la naturaleza del mar para dar el colorido propio al poema épico, cuyo elemento es el santo mar.

Con el trato de *Klopstock* en *Wandsbeck*, donde habitó *Voss* desde la primavera de 1775, se inspiró para ser el intérprete de Homero. La *Iliada* heróica era el campo de *Bürger*, pero la *Odisea* con sus escenas bucólicas, que respira un aroma preciosísimo por el amor conyugal, por el amor paternal, por la lealtad de los vasallos, se apoderó de *Voss* desde las primeras páginas; le dominaba, le subyugaba, le aprisionaba. En los primeros meses de 1777 em-

pezó á verter la *Odisea*, como si dijéramos ante los ojos de *Klopstock*, despues de haber ya probado sus fuerzas en la traduccion de Hesiodo, Horacio y Pindaro, y bebido inspiraciones en los monumentos de la antigua literatura alemana, sobre todo en Lutero.

La *Odisea* de *Voss* es un monumento de verdaderos trabajos hercúleos. Como prueba de cuanto se esforzaba para satisfacerse á sí mismo, diré que cambió hasta siete veces sólo el primer verso del poema. Al principio escribió despacio, pero despues se multiplicaron sus fuerzas, y Homero acabó de serle tan familiar que de él mismo pudo sacar inmediatamente el tono fundamental para su traduccion, pues en la lengua alemana no halló ningun modelo que hubiera podido imitar. En su largo trabajo se conservó siempre la frescura y la libertad del espíritu, y todo lo que poseia de fuego juvenil lo dedicó á Homero, que en recompensa de tanto entusiasmo ejercia el influjo más benéfico sobre las poesías originales de *Voss*. Ciérnese el genio de Homero hasta sobre las alegrías íntimas de *Voss*, le acompaña así en las selvas de Wandsbeck como en la cocina de su ingeniosa novia *Ernestina Boie*, á la cual *Voss* consulta en versos difíciles como *Schlegel* á *Carolina*. Hasta en la madrugada del dia de la boda, el 15 de Julio de 1777, sacó á su Homero en una

cabaña donde habia buscado asilo contra un fuerte temporal, y despues de traducidos algunos versos de la historia de Nausicaa volvió para que se hiciese la boda. Sintiendo la felicidad del matrimonio en toda su riqueza, en toda su extension, dió á los versos de su *Odisea* todo lo encantador y todo lo suave con que nos cautiva, de modo que la dejamos siempre con pena y con trabajo. Á mediados de Marzo de 1778 la mitad de la obra estaba ya terminada. En el otoño del mismo año desempeñó su empleo de rector de la escuela de Otterndorf, que le imponia cada dia siete horas de enseñanza, dándole, en cambio, apénas la sal para el pan, y consiguió poco á poco trasportarse desde su cátedra á los lejanos espacios del mundo homérico. Le bastaba su amoroso nido, su Ernestina, en cuyos ojos hallaba luces desconocidas, y que para él era sueño, inspiracion, alma, vida. Le bastaba mecer á su primogénito en la cuna, miéntras traducia al inmortal cantor jónico, cuya *Odisea* formaba parte de los penates de *Voss*, y sentia cierta afinidad entre la humanidad homérica y la sencillez de sus vecinos, los habitantes de Otterndorf. *Wieland* era el primero que en 1779 encomió en los exámetros *vossianos*, no sólo la varonil expresion de Homero y la nobleza de la versificacion, sino tambien la música del canto homérico. Pudiendo por eso esperar la gratitud de la nacion alemana, se resolvió

Voss á ser su propio editor y á publicar la traduccion, acompañada de comentarios, á sus espensas, para que las suscriciones redundasen en su propio lucro. Pero no halló suscritores, pues en aquel mismo tiempo salió una edicion del *Mesías* de *Klopstock*, y el pueblo aleman parecia no poder suscribirse á la vez á dos Homeros. Así la indiferencia del público privó á *Voss* de publicar lo que habia de contribuir al honor de la patria. Sin embargo, no se desesperó: continuó cultivando la poesía, y escribió dulces idilios, por ejemplo: *El septuagésimo cumpleaños*. Increpó duramente al pueblo por su indiferencia; pero por sus luchas literarias, en que su rudeza era sin límites, consiguió que aquella indiferencia se convertiese en disgusto y que el satírico Lichtenberg le inundase con la inagotable copia de su amargo sarcasmo. No pudiendo publicar su *Odisea*, se decidió *Voss* con verdadera abnegacion á verter al aleman una traduccion francesa de las *Mil y una noches*. Pero al hacer este trabajo, más propio de un gañan que de un escritor eminente, se expresó ante el público con tanta aspereza y en un tono tan violento, que hasta Wieland, que ántes habia recomendado su traduccion de Homero, no pudo ménos de desaprobar aquella erupcion de ira *vossiana*. Entre tanto empezó una estrella más favorable á brillar sobre la *Odisea* de nuestro *Voss*. Hasta su

rival, el anciano Bodmer, á quien *Voss* habia dedicado el *septuagésimo cumpleaños*, se interesó por la publicacion, y ál fin llegó desde el Sur de Alemania la noticia de que se hallaria el número suficiente de suscritores si se diese á la estampa sólo la traduccion sin los comentarios. Y por fortuna *Voss* se resolvió á hacerlo, y ántes del fin de 1781 salió la *Odisea de Juan Enrique Voss* á espensas del autor.

El aplauso universal era la justa compensacion de sus penas; con esta traduccion se habia reconciliado hasta con sus adversarios, y olvidando la falta de decoro literario que *Voss* habia demostrado, le tributaba Wieland las mayores alabanzas por haber prestado un servicio inmenso al pueblo aleman.

En efecto, Homero se presentó en la version germánica con el explendor de su juventud: estaba escrito que en la nacion en que nacieron los Winkelmann, Lessing y Herder, debia resucitar tambien Homero, y aquella resurreccion coincidia con la publicacion de Ifigenia, en que la poesía de Goethe celebró sus bodas con el génio de la antigüedad clásica.

Inmenso es el influjo que ejerció la *Odisea* de *Voss* no sólo sobre la literatura, sino tambien sobre el arte aleman: un *Carstens* y el arte nuevo de los *Cornelius* no hubieran sido posibles sin el poderoso impulso de *Voss*.

La traduccion de la *Odisea* es la obra fundamental de *Voss*, el centro y apogeo de todos sus méritos, y de ella salen sus otros trabajos á manera de radios.

«A fines del siglo XVIII, dice Niebuhr, los alemanes teniamos ya una literatura, la cual — lo que no habia hecho ninguna otra — hizo suya una gran parte de la griega y latina, ofreciéndonos no una imitacion, sino una segunda creacion. Y eso lo debe Alemania á *Voss*, cuyas alabanzas han de cantar los hijos y los nietos de los nietos.» *Voss* mismo sentia en medio de su trabajo la importancia toda de su traduccion, y ciertamente no era, como dice el poeta latino, *Magno promissor hiatu*, cuando en la dedicatoria de su *Odisea* que en 1780 escribió al Conde Federico Leopoldo de Stolberg, ponia en boca de Homero las palabras dirigidas á su traductor: «El agradecimiento, no del mundo actual, sino de la posteridad, sea tu premio, y sobre las estrellas te sentarás á la sombra de palmeras al lado de tu Homero.» Levántase sobre la base de la obra de *Voss* el magnífico edificio del arte aleman de traducir las creaciones del ingenio, de modo que Goethe podia decir que las otras naciones aprenderian el aleman, porque asi no tendrian que aprender las otras lenguas.

El infatigable *Voss* publicó en 1793 el *Homero*

entero despues de haber cambiado dos veces la *Odisea*, y aunque Augusto Guillermo Schlegel prefirió la primera version de la Odisea por ser más sencilla y por eso más homérica, dirémos que el *Homero* de 1793, con sus ritmos tan ricos y bellos es el cánon de las traducciones, la perfeccion del arte aleman, á pesar de una imitacion á menudo demasiado sutil del ritmo griego, y á pesar de la introduccion de nuevos espondeos formados por neologías á veces artificiales y pretensiosas.

Invitamos al lector español á que nos siga en la narracion de la vida de *Voss*, que solia leer delante de su mujer el *Quijote* despues de haber estudiado en 1773 el castellano, la lengua en que han brillado con refulgente luz Ercilla y Garcilaso, Espronceda y Zorrilla. ¿Qué país ha de conocer los héroes *alemanes* de la ciencia y de la poesía, para cuyas obras se inventó el nobilísimo arte de Guttemberg, Faust y Schoeffer, sino *España*, que hoy, 20 de Diciembre, saluda el acto de la colococion de la lápida con que el municipio de *Valencia* contribuye á honrar la memoria del *aleman* Lambert Palmart y del *castellano* Alonso Fernandez de Córdoba, los primeros impresores que en 1474 establecieron en España una prensa tipográfica, de la cual, como primera obra, salió el libro titulado: *Trobes en lahor de la Verge María?* En re-

cuerdo, pues, del cuarto centenario de la instalacion de la imprenta en la Península ibérica en que tomaban parte juntos un *aleman* y un *castellano*, doy á la estampa *española* la vida de un insigne *aleman*, *Juan Enrique Voss*.

Nació éste el 20 de Febrero de 1751 en Sommersdorf (Mecklemburgo), cual genuino hijo de una tierra que produce hombres pertinaces é independientes y naturalezas rústicas. El padre de Voss era un hombre bastante culto, que en sus peregrinaciones por el mundo como criado de un canónigo habia llenado el vaso de vino al poeta anacreóntico Hagedorn, y fijó su residencia en 1751 en la pequeña ciudad de Penzlin (Mecklemburgo), donde estableció una venta. Lo que la casa paterna no podia ofrecer al niño *Voss*, le ofreció la escuela, que fué su patria espiritual. El sentimiento rítmico le era ingénito: se complacia en escuchar el ruido de la trilla en las eras, el sonido del tambor y el martilleo del herrador. Ya cuando niño fué introducido por el rector de la escuela de Penzlin, el Sr. Cárlos Struck, modelo de buen preceptor, en los misterios del latin, en los escritos de César y de Ciceron y hasta en las obras de Terencio, usando para sus estudios por único aparato un diccionario portátil, lo mismo que yo hasta hoy en mis trabajos españoles. El niño *Voss* tenía en una mano la gramática, en

la otra el fusil: era el primero en la escuela y el primero tambien en la calle en los juegos y luchas juveniles. En Penzlin se ocupaba aún en aprender el hebreo, el cual, sin embargo, á causa de sus sonidos guturales, no le parecia digno de ser la lengua del Paraíso. La guerra de los siete años empobreció á la patria de *Voss*, el Mecklemburgo, que fué para Federico el Grande el costal que le prestó harina luégo que lo tocó; y sólo en espera de una mesa franca pudo nuestro *Voss* ir en 1766 á la escuela latina de Nuevo-Brandemburgo (Mecklemburgo-Strelitz), donde en union con algunos compañeros empezó á fundar una sociedad griega, que se ocupaba en leer autores helénicos. Ese pobre ensayo del jóven era la base de la importancia filológica y literaria de *Voss*. En vez de visitar la ansiada Universidad tuvo que desempeñar desde 1769 á 1772 el triste papel de preceptor en la casa señorial de Ankershagen (Mecklemburgo), en que una serie de conflictos y humillaciones infundia al que era plebeyo y nieto de un plebeyo, un ódio fanático á la nobleza. La única satisfaccion que disfrutó en aquel triste asilo se la proporcionó la lectura de Homero y el trato de su amigo el párroco y poeta Brückner. En 1772 abandonó para siempre á su patria, que llama un país detestable y torpe, donde no existe sino la nobleza heredada, y gracias al generoso y entusias-

ta *Boie*, editor de *El Almanaque de las Musas*, que salió en Goettinga, pudo al fin cursar los estudios teológicos en la Universidad de Goettinga. La estancia en esa ciudad fué la primavera de su vida despues de tantos años oscuros y rigurosos. Allí se formó su carácter, allí nació como sabio, traductor y poeta, y allí halló su amor y con él una fuente de bendicion y bienaventuranza, el íris bello que conjuraba los huracanes, el ser amante que recogia su laurel. Con aquella firmeza que caracteriza á *Voss* abandonó la teología para dedicarse á la filología, lo que entónces era una resolucion atrevida, pues así rompió el puente seguro que podia conducirle con facilidad á un empleo.

El maestro de *Voss* en Goettinga era el eminente filólogo Heyne, pero alentado por Klopstock á destruir el ídolo de Heyne, el poeta *Voss*, que ademas se vió á la cabeza de los bardos de Goettinga, no se inclinó ante la autoridad de Heyne y empezó otra vez á estudiar por sí mismo. Y estudiar los antiguos, estudiar las odas de Píndaro y Horacio y traducirlas era para él una misma cosa. La Sociedad de los bardos de Goettinga debia su fundacion á un culto ideal de la amistad, á la cual los jóvenes poetas juraban fe eterna danzando en torno de un roble en una clara noche de Setiembre de 1772. Formaban aquella Sociedad el tranquilo *Boie*, el

melancólico y tierno *Hoelty* que jamas gozó de la dicha del amor en la terrestre esfera, debiendo esperar en el Eden el alma compañera que le hubiere destinado la mano del Criador, el entusiasta Miller y el ditirámbico y demócrata Hahn. Por fortuna *Voss* fué elegido presidente de aquella Sociedad llamada *Confederacion de la selva* (*Hainbud*). Esta Confederacion era hija del entusiasmo de unos jóvenes sentimentales, estudiantes de Goettinga, que se atribuian la mision de dar una nueva era á la poesía pátria, colocándola bajo la egida de *Klopstock* y siguiendo el modelo de los griegos y de Skakspeare. Y aunque no evocaron lo que no está en el poder de los hombres, una nueva edad de la poesía, aquella Confederacion que tenia por órgano el *Almanaque de Musas de Goettinga* puede considerarse como el mejor semillero de las aspiraciones de *Klopstock*. A fines de 1772 entraron en esta Confederacion de los hijos del pueblo, dos ilustres vástagos de una estirpe dinástica, los *Condes de Stolberg*, cuyo castillo patrio se encuentra en los montes del Harz. Tambien *Brückner* fué miembro de la Confederacion, y cumplió la obligacion de cantar la sagrada encina, á cuya sombra habia nacido la Confederacion de la amistad y de la poesía. Miéntras Wieland y sus obras eran objeto de un solemne auto de fe, el ideal del Parnaso de Goettinga y la cabeza invisible

de aquellos bardos era *Klopstock*, de quien decia *Voss:* «Dios quiso bendecir á Alemania y al mundo, y nos mandó á Klopstock.» El idolatrado *Klopstock* prometió entrar en la sagrada Confederacion, y *Voss* abrazó al ilustre autor del Mesías en Hamburgo y cumplió el mandato de Claudius de arrullar á su niño y de escribir al mismo tiempo una poesía para «el mensagero de Wandsbeck», miéntras él y Rebecca estuviesen en la iglesia para recibir la santa comunion. En Setiembre de 1774, el mismo *Klopstock* pasó algunos dias en compañia de sus apasionados amigos los jóvenes poetas de Goettinga.

Más que el *Hainbund* y aún más que los antiguos encendió en nuestro *Voss* el fuego de la poesía su amor, su primer y único amor, la dulce y fiel mitad de su alma, el arcángel de luz y de consuelo, *Ernestina Boie*, hija del párroco de Flensburgo y hermana de Boie, el amigo de Voss. Así del mágico nombre de *Boie* brotó para *Voss*, como por maravilla, todo lo que habia de llenar su vida como amorosa esencia del Eterno: alianza de poetas, amistad, amor y felicidad. La modesta y discreta *Ernestina*, la *Selma* de las odas de Voss y la *Luisa* de su idilio del mismo nombre, se hizo en el matrimonio con *Voss* el eco de las aspiraciones y pensamientos de su esposo, y no sólo fué en sus cartas una poetisa de idilios sin saberlo, sino que hermoseó con

sus exámetros las fiestas familiares y contaba en su casa de Eutín, en el dialecto de su país, á sus cuatro hijos las aventuras de Ulises, como si fuesen cuentos alemanes de los hermanos Grimm. *Voss* amaba á *Ernestina* ya ántes de verla, y sin conocerse se escribieron los dos durante un año entero, pareciéndose á los pastores de los idilios de Gessner que cantan sus amores. En el año de 1774 en que *Voss* ganó la amistad de *Klopstock*, logró el amor de la tierna *Ernestina*, cuando ya los horrores de la muerte circundaron al jóven poeta en la casa parroquial de Flensburgo, y así aquel año turbulento con todas sus lágrimas, se hizo para *Voss* un bendito sábado santo.

Entre tanto dispersáronse los miembros de la *Confederacion de la Selva* á fines de 1774: el *Hainbund* fué invisible como Astrea, que voló al cielo, y estando casi sólo en Goettinga, *Voss* empezó á conocerse á sí mismo. Vió que no habia nacido para el lirismo como los poetas de aquel tiempo Goethe, Claudius, Bürger, Federico Leopoldo Stolberg y Hoelty: hasta el amor que da al corazon el impulso lírico más inmediato, no logró producir en *Voss* cantos delicados. En cambio, el idilio se le presentaba como raíz de su talento, como fruto de sus estudios de Teócrito y Homero, y de su amor á la sencillez de la naturaleza. Pasó, pues, de la poesía

lírica á los idilios, en los cuales expresaba la vida alemana de los campos, en formas helénicas.

Desde 1775 hasta 1778 vivió en el bucólico pueblo de *Wandsbeck*, cuyo fondo forma la bulliciosa ciudad de Hamburgo. *Wandsbeck* fué para *Voss* más que un idilio, un verdadero paraíso, por la dulce poesía que encontraba en casa del inocente *Claudius* y de su *Rebecca*, y *Wandsbeck* es tambien la fragua donde *Voss* forjaba su version de la *Odisea*, animado del deseo no sólo de traducir el poema de la paz, sino de realizarlo al lado de *Ernestina*. En 1777 decia *Voss:* «himeneo, himeneo», casándose con su querida novia, y los utensilios de casa los proporcionó al matrimonio el mismo *Homero*, pues el conde de Stolberg regaló á *Voss* el producto de su traduccion de la Iliada. *Claudius* fué en 1778 padrino del primogénito llamado Federico Leopoldo, en honor del Conde de Stolberg, y en la persona de la *Carlota de Werther*, que el lector conocerá por la traduccion de Werther de Goethe, publicada en 1873 en Madrid por mi amigo D. Pedro María Barrera, ofreció la musa alemana sus regalos al hijo del poeta.

«¿Qué se hizo el rey D. Juan»? pregunta Jorge Manrique, y «¿Que se hizo el *Hainbund*?» preguntamos nosotros. Ya en 1776, cuando Klopstock, rompiendo con Goethe, habia cesado de ocu-

par el trono de los poetas alemanes, nadie hablaba aún de la *Confederacion de la selva*; pero *Voss* sacó los libros de la Confederacion por medio de las ruinas, como el pío Eneas los penates de su patria, y él sólo quedó cual último resto de aquella sociedad, que se habia llamado á sí misma *Eterna.*

Desde 1778 á 1782 vivió *Voss* cual rector en la pequeña y monótona ciudad de Otterndorf (cerca de Cuxhaven), en un nebuloso país sin fuentes ni selvas, pero con habitantes sencillos, simpáticos, demócratas y amantes de la libertad y de la patria. Con gozo escuchó *Voss* decir á aquellos hombres: «*nuestros* derechos, *nuestro* dique, *nuestro* puente», y un dia escuchó tambien la palabra tan grata para sus oidos: «*nuestro* rector.» Sin embargo, el empleo de preceptor, que ha de ser una escuela de paciencia y abnegacion, era siempre para el poeta *Voss* lo que la jaula es para el ave. Otterndorf vivirá en la memoria de los hombres, porque allí salió á luz la version de la *Odisea.*

No nos detengamos en las contiendas entre Heyne, el catedrático de Goettinga, y su discípulo, el rector de Otterndorf, para recordar que de la misma pluma que escribió aquellos artículos de acalorada polémica salieron idílios en que, deshaciéndose del estilo remontado de Klopstock, pintaba, á manera de un pintor de género holandes, la casa

parroquial, con todas sus escenas de aldea, como imágen de su propia casa. El idilio titulado *Luisa* que empezó á escribir en Otterndorf, podria llamarse una poética autobiografía de *Voss.*

Gracias á la recomendacion del conde Federico Leopoldo de Stolberg, fué *Voss*, el Teócrito aleman, rector en la bella ciudad de Eutin (Holstein), situada entre dos lagos, con una deliciosa perspectiva sobre una corona de selvas, colinas y pueblos; y en la tranquilidad de aquellas selvas hallaba el poeta un eco seguro de sus sentimientos. Eutin, donde pasaba el mediodia de su vida desde 1782 á 1802, le parecia á *Voss* una Arcadia, cuyo recuerdo lo acompañó hasta en la magnífica naturaleza de Heidelberg. No practicando la virtud de la tolerancia *Voss* se hizo en Eutin un eremita, que preferia los libros, que jamas contradicen, á los hombres, que suelen contradecir. Y lo que le habia atraido á Eutin, la esperanza de que viviria con Stolberg, su antiguo compañero en la Confederacion de Goettinga, dió motivo á la tragedia de su vida. Las primeras disonancias entre los dos amigos salieron de que el lírico Stolberg, que tenía la llama, pero no la lima de Vulcano, escribiendo sus inspiraciones con la velocidad del rayo, sin corregirlas, componia tambien dramas que no pudieron lograr los aplausos de *Voss.* Y desde que éste habia en vano tratado de

mover á Stolberg para que corrigiese la traduccion de la *Iliada*, aquella traduccion á que *Voss* debió el mueblaje de su casa; *Voss* queria quitarle la palma vertiendo tambien el heróico poema de Homero. Ya en los carácteres de los dos amigos, ¡cuántos contrastes! *Stolberg* era una naturaleza eminentemente lírica y sentimental; *Voss*, que era más pobre de poesía, tenía una vena crítica. Para *Stolberg* la Biblia y el cristianismo tenian una valía divina, miéntras que *Voss*, como discípulo de la pura humanidad de los antiguos, tenía por único catequismo, en esta patria del dolor, la moral y la virtud. Claro está que habian de estallar disputas graves entre amigos que discutian en las cuestiones más santas. Pero si los hombres disputaban, las mujeres, intermediarias sublimes, ostentaban el olivo. Así escribió la esposa de *Stolberg*, la angelical A*gnes*, en 27 de Abril de 1787, á su amiga *Ernestina:* «Han pasado nubes oscuras, queridísima amiga; penetremos por ellas con nuestras caricias, para que vuelva á brillar el íris bello. Lleve V. otra vez á Voss hácia nuestro corazon, que late por él lleno de amor y amistad, y V., querido Voss, no resista la mano de su dulce Ernestina, y mire V. que le ofrezco la mia, para que acuda al seno leal de mi sincero Stolberg. ¡Ay! Ernestina mia, entónces hemos de derramar lá-

grimas de gozo sobre nuestros mejores amigos para júbilo de los ángeles en el cielo. ¿Por qué no proporcionarnos esta fruicion anticipada de la felicidad del cielo, pues está en nuestra mano?» Reconciliados los amigos, volvieron á verse con el padre Klopstock. Pero la que habia renovado el hilo de la amistad, la que habia adornado de lozanas flores la Confederacion de Goettinga, la cándida Psiquis Agnes de Witzleben, ángel de amor y de bonanza, el buen genio de Stolberg, la que tenía un alma de niña y una voz de ruiseñor, falleció el 15 de Noviembre de 1788, y su muerte fué fatal para la amistad de *Voss* y de *Stolberg.*

Tambien las relaciones entre *Voss* y *Klopstock* distaron mucho del inmenso culto que *Voss* habia rendido en Gottinga al cantor del Mesías: creyéndose padre del exámetro aleman, Klopstock creia ofendida su autoridad cuando Voss en su version de la Iliada habia introducido un tecnicismo métrico más severo y perfecto que el naturalísmo klopstockiano. Pero á los que separaba la métrica, los volvió á unir la política, el entusiasmo igual con que vieron la revolucion francesa de 1789.

En el mismo grado en que Voss se habia enajenado de Klopstock, se acercaba al autor del Oberon, al admirador de sus traducciones, Wieland, á quien visitó en Weimar, metrópoli de la poesía ale-

mana en 1794, lo mismo que á Herder, y con ambos era el huésped de Goethe, el cual, aunque fuese un genio universal, no desdeñaba aprender especialidades del traductor de Homero ni de pedir á Voss corrigiese su *Reinecke el zorro*. El lazo entre Goethe y Voss era el padre Homero: despues de su viaje por Sicilia, la Odisea se habia hecho una palabra viva para Goethe que, estudiando á Homero, vió cuanta analogía habia entre él mismo y los antiguos. *Voss* fué siempre apreciado por *Goethe* y sufrió con paciencia la herida que recibió su amor propio al ver vencida su *Luisa* por *Herman y Dorotea*, de Goethe, consolándose con que *Luisa* se granjease las simpatías de Schiller. En aquel viaje de 1794 estrechó *Voss* tambien la mano del gran filólogo Federico Augusto Wolf, que encomió la lealtad alemana de Voss y su « ánimo semejante al de Lutero.»

Alentado por el anciano poeta Gleim, que habia reconocido con amor la superioridad de Voss, el solitario de Eutin, concluyó en 1795 su *Luisa*, despues de haber visto en su viaje hombres que pensaban como él, y el párroco Brückner, el apasionado admirador de Voss, le escribió que habia hecho las bodas de su hija «segun la fórmula de Luisa.»

En Diciembre de 1796 cayó *Voss* en un sueño de nueve dias, con breves intervalos de conciencia de sí

mismo, pero gracias á Dios y á su heróica Ernestina se salvó: despertándose, conoció á su esposa y al leal Stolberg, y poco tiempo despues empezó ya á traducir las *Metamórfosis de Ovidio*, que continuó hasta en coche, durante su viaje de recreo en Mayo de 1797.

El excelente traductor de Ovídio tiene tambien la gloria de ser el creador de la geografía antigua. Preciosas son, asimismo, sus *Cartas mitológicas* publicadas en 1794, aunque nos cansan por la polémica contra Heyne.

Por fin, hemos de hablar de la gran catástrofe que producia en la vida de *Voss* la conversion de su amigo *Stolberg*, acaecida en 1800. Stolberg, que habia admirado la basílica de San Pedro y obtenido una audiencia del Papa Pio VI; Stolberg, que se habia visto despreciado por los dos príncipes del Parnaso aleman, Goethe y Schiller, de quienes le separaba su sentimiento religioso, segun el cual la poesía habia de ser una sierva de lo santo y lo moral; Stolberg, que tenía un ánsia viva de pertenecer á una Iglesia que tuviese la unidad del dogma y del culto, fué movido por la princesa Amalia de Gallitzin, una de las figuras más interesantes y nobles del siglo pasado, á hacerse católico, rompiendo así con los ideales de su juventud. Ya ántes de su conversion escribió á la princesa, que se habia impues-

to la mision de convertir las almas, los siguientes ditirambos: «¿Cómo se llama la luz del sol eterno? La verdad.—¿Cómo se llama el calor del sol eterno? El amor.—Mi sér entero se estremece de respeto y júbilo al pensar en tí, ¡oh querida! que vives en los rayos del sol eterno. Álzame, ¡oh querida! álzame, ¡oh bendita del Señor! en tus alas al sol eterno.»

La obra empezada por la princesa de Gallitzin la completó por su ejemplo cristiano una piadosa emigrada francesa, la Marquesa Ana Paula Doménica de Montagu. Pero á Stolberg no le bastaba la fe del corazon: como hombre queria ser convencido. Y la Marquesa, que era docta sólo en el amor de Dios y en la subordinacion bajo su ley, llamó en su auxilio á su hermana, la ingeniosa Marquesa Adriana de la Fayette, que fué llena de fuego, y su fuego, segun dice Stolberg, «era fuego del altar.» Ésta movió al Conde á que trasladase al papel todas sus dudas respecto del catolicismo, para que fuesen presentadas á unos teólogos franceses. Y, ¡cosa extraña! el Conde *aleman*, el que desde su juventud se habia inspirado en el sentimiento nacional, pidió los consejos de teólogos *franceses*. Un amigo de Stolberg, el fisólofo Jacobi, decia despues de la conversion de éste: «Me recuerda un lienzo que he visto y que representa á Salomon arrastrado por unas mujeres,

para que lleno de devocion se postrase ante una imágen quemando perfumes.»

Iluminado de repente despues de un exámen de siete años, entró el Conde de Stolberg, y con él su segunda esposa Sofía de Redern, en 1.° de Junio de 1800, en el seno de la Iglesia católica, que ha producido héroes y santos, los Ambrosios, Agustines, Fernandos, Borromeos, Catalinas, Teresas y Franciscos de Borja. Así el ave habia hallado su nido. La Iglesia católica parecia al Conde cansado como una roca en que se salvaria del naufragio, no adivinando que el protestantismo, en que jamas la libertad y la devocion habian sido contrastes absolutos, iria á rejuvenecerse poco tiempo despues produciendo frutos deliciosos, así en la vida como en la ciencia. Pues, ¿quién ignora que el protestantismo aleman ha creado una sin par literatura nacional y un desarrollo filosófico que, sirviendo á la verdad y á la belleza, no era, segun dice bien el doctor Herbst, en su fondo enemiga de la verdad religiosa?

En vano escribió *Voss* una oda en que recordaba á Stolberg el haber sido un águila de la libertad que en la atmósfera helénica volaba al éter. Pero el Stolberg convertido recordaba á Voss á Hércules engañado por Omfale, y abrigaba la esperanza de que éste se volviese tambien el Hércules purificado

por las llamas de la hoguera, subiendo al Olimpo.

Stolberg lo sacrificó todo, su empleo, su país, sus amigos, á la adorada Iglesia católica, y abandonó á Eutin para retirarse para siempre á Münster (Westfalia). Los que habian sido los amigos mas ardientes, no volvieron á hablarse. Desde entónces Eutin era para Voss una ciudad sin alma, la ruina de su felicidad perdida, y el 5 de Setiembre de 1802 salió tambien de Eutin, donde habia pasado veinte años llenos de trabajos, de ventura y de pena. Voss y Ernestina vieron otra vez al poeta Gleim, que tenía entónces 83 años y era ciego: les mostraba el lugar de su futura tumba, su jardin ante la puerta de Groeper (Halberstadt), en que queria ser rodeado de las urnas de sus amigos que le hubiesen precedido en la muerte.

El 28 de Setiembre de 1802 llegó Voss á Jena: ya habia empezado para él una nueva vida, pero su armoniosa lira no volvia á sonar. No le seguirémos, pues, en su nueva carrera, limitándonos á decir que en 1805 fué profesor en Heidelberg, que tradujo á Hesiodo, á Tibulo, á Aristófanes y á Propercio, y que junto con sus hijos Enrique y Abraham vertió los dramas de Shakspeare con la mayor exactitud métrica, pero sin el estro poético de Schlegel. En 1817, dos años ántes de la muerte de Stolberg, lanzó contra éste y la Iglesia católica dos

opúsculos, hijos del ódio, que al mismo Goethe recordaban los capítulos más terribles del Infierno del Dante, miéntras el ofendido estaba escribiendo libros del amor.

Voss defendia hasta la muerte los derechos de la razon y la sencilla religion del hombre honrado, así contra el catolicismo como contra la ortodoxia protestante. Lo que le faltaba era el *corazon* en la verdadera acepcion de la palabra, el corazon, que es indispensable al hombre grande para las hazañas y para el arte y que no puede ser reemplazado por la *razon*. *Voss* falleció en Heidelberg el 29 de Marzo de 1826. Como *hijo de Homero* no ha de faltar en la *Walhalla.*

XXVI.

El poeta Federico Reuter.

En el año de 1874, que va á terminar, España, ese país tan noble y sufrido, que no desconfia nunca de su suerte, ese país de quien puede decirse como del *más noble castellano* decia el *poema:*

¡ Dios ! ¡ Qué buen vasallo si oviese buen señor !

ha sufrido dos pérdidas nacionales : la de un cuadro y la de un pintor eminente. El cuadro de belleza pe-

regrina, el *San Antonio de Padua* arrodillado en su celda con los brazos abiertos esperando al Niño Dios que desciende de lo alto rodeado de ángeles, teniendo por peana á las nubes iluminadas por los resplandores del cielo, le mutiló, cortó y sustrajo de la capilla bautismal de la catedral de Sevilla una mano aleve y sacrílega, una mano que merecia ser cortada; y al pintor *D. Mariano Fortuny* le arrebató en la flor de su vida el brazo impío de la parca, al cual no han logrado desarmar tanta juventud y tanto talento.

El lienzo era uno de los más portentosos del divino pincel de Murillo, un cuadro de amor ardiente, de angélica armonía, de bendicion y de gloria, que excitaba la devocion del creyente y encendia la imaginacion del poeta; un prodigío de mágia artística á causa del escorzo del pié de San Antonio, que era la desesperacion de los pintores que se empeñaban en hacer una cosa semejante; un prodigio de composicion sencilla por contener sólo un niño, un fraile y una mesa; mesa sobre la cual, segun la tradicion afirma, habian venido á posarse los pájaros para picar las azucenas colocadas en una jarra, como se contaba en la antigüedad que acudian tambien los pájaros á picar las uvas de Zéuxis. Se presenta todavía á los ojos de mi espíritu el pálido semblante del justo y humilde Paduano, que se infla-

maba de increada lumbre, y creo aún contemplar con pasmo el éxtasis profundo de aquel Antonio incomparable que otro Antonio, mi excelente amigo Ferrer del Rio, segun decia en un bellísimo soneto, imaginó ver que se incorporaba. El dolor destroza mi corazon *sevillano* al contemplar que aquel lienzo sublime, al cual en 1813 el duque de Wellington en vano queria cubrir de onzas de oro, para que la católica y artística Sevilla lo cediese á Inglaterra, haya sido arrancado en hora triste por una mano infame del suelo que lo vió brotar, de la sacra Basílica que, cual plegaria eterna, se levanta al cielo. Y como si al destino cruel no le hubiese bastado ya tal amargo duelo que hoy llena la tierra ibérica á causa de un acto tan vandálico, de un atentado tan criminal, de un salvajismo tan indigno, sucedió á la pérdida de aquel cuadro considerado como uno de los primeros del mundo la muerte de un pintor que, segun las gráficas palabras de su amigo D. Eusebio Blasco, «nació, pintó, asombró» y á quien los franceses llaman un «Meissonier luminoso, un Delacroix correcto.»

Quizá el *San Antonio* volverá al Eden de la nacion hispana, á la feraz ribera del Bétis cristalino, á la mansion donde rodaba la cuna del celestial Murillo, á las cimbrias colosales donde vivió entre sombras el insigne Pintor de Andalucía para ha-

blar al espíritu admirado; (1) pero jamas volverá á los patrios lares el moderno Rafael, el malogrado *Fortuny*, el pintor de *Las bodas españolas* y *El hechicero de sierpes*, uno de esos hombres que dan gloria á su patria y honor á su época; él que era á la vez pintor de historia, colorista insigne, diligente á la pluma, acuarelista *revolucionario*, pintor de género, paisista, ya terrible como Goya, ya dulce y delicado como el Sanzio. En sus primeros dibujos se inspiró en la manera del gran pintor aleman *Overbeck*, y su última obra era un retrato del ilustre músico aleman *Beethoven*. Éste ha sido enterrado con él junto con los pinceles que en la mano inspirada de Fortuny produjeron las maravillas que todo el mundo conoce.

Si España está de luto por la pérdida de un hijo del arte, que pasó como un cometa despues de haber traido grandes progresos, nuevas maneras, gé-

---

(1) Pronto se realizaron mis esperanzas: el gran cuadro de Murillo se ha recobrado en América el mismo dia que D. Alfonso XII «con el corazon abierto á todos los amores y cerrado á todos los ódios» ponia el pié en España, para ser el piloto de esa hermosa nave próxima á naufragar. Así la alegría de la reina de Andalucía coincide de un modo feliz con el júbilo de toda España, en cuyo orizonte asoma el gallardo mancebo que ciñe la refulgente diadema real, como la suave, perfumada y florida primavera tras el árido y triste invierno.

neros nuevos, el país de la *Walhalla* llora tambien por la muerte de un pintor, de un pintor de la vida popular, pero de un pintor cuyo pincel era la pluma, y á quien llamarémos el *Knaus de los escritores*, el humorista cuyas composiciones llenas del sencillo perfume del campo y del aroma poético de la naturaleza fueron acogidas con vivísima simpatía, con general aplauso.

El 12 de Julio de 1874, murió en los brazos de su fiel esposa, en su casita blanca, en el tranquilo valle de María, al pié del monte coronado por la antigua Wartburg, cerca de Eisenach, en medio de sus únicas hijas, las flores, el *Dickens aleman*, el poeta popular y patriota, el ruiseñor de la libertad germánica, *Federico Reuter*, el paisano de *Voss*, el compatriota de los *Blücher* y *Moltke*. Ninguna estirpe alemana ha conservado con mayor pertinacia su dialecto popular que la *mecklemburguesa*, y lo que no habia alcanzado el mismo *Voss* en los ensayos que escribió en su dialecto nativo lo logró *Federico Reuter*, conquistando para el dialecto de su tierra los antiguos honores del lenguaje sabio y erudito. Jamas un poeta entró más tarde en la escena en que habia de brillar que el gran humorista *mecklemburgués*, cuya tumba se eleva sobre una verde colina del cementerio de Eisenach; jamás un bardo se desarrolló más tarde que él. Se parecia al leño

que se enciende despacio, pero que despues da un calor permanente.

La vida de *Federico Reuter* no era una llanura donde el clavel, el narciso, la azucena, la violeta forman magnífica alfombra, sino accidentado camino, cuyas sinuosidades encierran grandes obstáculos. En su vida se tocan vecinas como nunca la oscuridad y la dorada cima de la gloria, la noche de la miseria y el sol de la felicidad.

Nació el 7 de Noviembre de 1810. Su padre era el corregidor de la pequeña ciudad de Stavenhagen (Mecklemburgo-Schwerin). La Universidad de Rostock es por lo regular un escalon en la escala de los sabios mecklemburgueses, y así lo fué tambien para *Federico Reuter*, que, segun la voluntad de su padre, estudió allí el derecho en 1831. Pero ya trascurrido medio año, pasó á Jena, la ciudad fatal que dió orígen á su grande desventura, á todos los males de su vida.

La libertad alemana era el sueño de su juventud, y por ella sufria las penas más inmerecidas, pues cuando en el otoño de 1833 iba á regresar á su país natal, despues de haber participado en Jena de la corporacion estudiantil llamada *Germania*, fué preso en Berlin y, aunque como mecklemburgués no pertenecia á la jurisdiccion prusiana, condenado á muerte, pena que el rey de Prusia Federico

Guillermo III conmutó en trenta años de cárcel.

Y ¿por qué tanto rigor? ¡Dios mio! ¡Sólo por haber hablado en secreto de lo que es hoy un hecho brillante, la libertad y la unidad de Alemania! Al jóven que habia tenido por estancia la selva umbría, por gala el rayo del sol, por lecho el arroyo cristalino, le quitó la suerte cruel el aire, el calor y la luz; ya era su copa el cántaro de agua y el leño miserable su cama. Cinco años y medio pasó así en fortalezas prusianas, y se consideró feliz, cuando en Junio de 1839 fué trasladado á una fortaleza mecklemburguesa, Doemitz, y más áun cuando en 1840 fué indultado y puesto en libertad. Sin embargo, su porvenir parecia ajeno de alegrías y su vida envenenada por siempre, porque á la estancia en las cárceles debió un mal repugnante y terrible, una gana invencible de beber licores espirituosos. Este mal no podia curarse por ningun poder moral, por ningun esfuerzo de la voluntad; pero la vida que despues habia de ser tan preciosa para la literatura alemana la salvó una heróica mujer, tan pobre como él mismo, la hija de un párroco, *Luisa Kuntze*, que llena de piedad formó la determinacion de contraer matrimonio con él en 1851. Años enteros habia tardado en unir su suerte al malogrado Federico, del cual su mismo padre decia: «¡Ay! Ese no será nada»; pero un amigo del pobre, el buen

Federico Peters, propietario en Thalberg, cerca de Treptow (Pomerania), usó un medio extraño sí, pero eficaz en un alma generosa, conduciendo á Luisa á la cámara de su amante, cuando éste, habiéndose dado otra vez á su exceso repugnante, ofreció el aspecto más doloroso. Venció en la mujer la generosidad, y en aquel momento juró consagrarse por siempre á *Federico Reuter*, prometiéndose con su influencia y buenos consejos apartarle de tan feo vicio. Viviendo del cariño de su esposa y de la amistad de Federico Peters, nuestro *Federico* que, careciendo de bienes de fortuna, habia sido hasta entónces ora ecónomo, ora maestro de escuela, empezó á conocerse á sí mismo, desde que el poeta *Claus Groth* habia demostrado en 1852 con su libro titulado *Quickborn*, que la poesía escrita en el humilde dialecto popular tiene derecho á existir.

Los mecklemburgueses han nacido para la narracion de chistes, como los árabes y persas para la de cuentos y leyendas. Así tambien *Federico Reuter* tenía una disposicion particular para ser un narrador feliz, y principió su carrera literaria á la edad de 42 años, escribiendo en Treptow, donde habia fijado su residencia, *Cuentos* y *Rimas* en el dialecto mecklemburgués, que publicó en 1852 á sus espensas, como Voss su *Odisea*. ¡Cuántos dias pasaban *Federico y Luisa* empaquetando los ejemplares

de aquella primera obra, no adivinando todavía que ya pronto experimentarian las mayores satisfacciones, y que las obras siguientes, traspasando las fronteras de su patria, como prueba de que todas las estirpes alemanas tenemos la misma sangre, habian de excitar la admiracion de Alemania entera!

Moliere recitaba sus comedias delante de su criada, y *Reuter* pasó sus horas más felices en leer sus producciones humorísticas delante de su mujer.

Reuter se hizo el poeta clásico de los pequeños, de los modestos, de los humildes, el poeta más eminente que escribió, no en la lengua culta, sino en el dialecto, porque cuando jóven, y en la Universidad, y en las fortalezas, y despues, como ecónomo y maestro de escuela, habia tratado á hombres del pueblo bajo, y condenado á un sólo trato, habia conocido, si no á *los* hombres, *al hombre.* Y lo mismo que el hombre conocia las aves, de las cuales su fantástico humor hace como un género de hombres encantados que hablan nuestra lengua y sienten nuestras costumbres.

En breve escaló *Reuter* el cielo de la gloria, pero no sin haber sostenido una lucha acérrima contra su rival *Claus Groth*, pues siempre la gloria fué el resultado de un combate.

Aquellas obras humorísticas que más en relieve

ponen sus grandes cualidades, las escribió desde 1856 á 1863 en Nuevo-Brandemburgo. Allí el hijo del *corregidor* de Stavenhagen, el ya insigne *Federico Reuter*, creó aquellas figuras llenas de vida inmortal, de las cuales podria dar una idea cabal á los españoles el talento de D. Pedro Antonio de Alarcon, que nos pintó en su novela *El Sombrero de tres picos* aquel señor corregidor cargado de espaldas, «á quien no podia confundirse con ninguna otra persona ni de dia ni de noche, así por la enormidad de su sombrero de tres picos y por lo vistoso de su capa de grana, como por lo particularísimo de su grotesco donaire»; allí introdujo *Reuter* en la literatura patria tambien la simpática figura del *Tio Braesig*, ese representante del más alegre humor popular; y allí, siendo ya un hombre contento, satisfecho y feliz, en quien el anhelo de vengarse por las penas sufridas en las cárceles habia muerto, viendo sólo su ódio á la injusticia, cogió frutos deliciosos de los mismos abrojos, describiendo con una sin par bondad del alma el tiempo que habia pasado en las fortalezas, y prestando un colorido humorístico hasta á la miseria de aquellos años ricos de amargura.

La Universidad de Rostock honró en 1863 al célebre hijo de Mecklemburgo, con quien el gran duque de su país mantenía un comercio casi íntimo,

con el diploma de «doctor honorario»; y recibida aquella muestra de aprecio, salió el nuevo doctor para Eisenach (Turingia), donde en 1866 edificó con los productos de sus obras aquella magnífica vivienda en cuya puerta podria campear la modesta inscripcion que se encuentra en la casa de campo del autor dramático Scribe, diciendo: «Viajero que reparas en esta mansion, quizá tú mismo has contribuido á edificarla.»

En 1866 era el más ardiente partidario de la fuerza alemana representada por la Prusia, y para caracterizar á *Bismarck* y á nuestro poeta publicamos á continuacion la carta que escribió *Reuter* al primer ministro de Prusia en Setiembre de 1866: «Mándame el corazon dar las más expresivas gracias á V. E. como al hombre que hizo una verdad comprensible y brillante á la luz del dia, los sueños de mi juventud y las esperanzas de la edad madura, á saber, la unidad de Alemania. No la vanidad de escritor, sino el vivo deseo de ofrecer algo positivo á V. E. por haber dado realidad tan bella á la patria alemana, me mueve á añadir á este agradecimiento el paquete adjunto. ¡Ojalá que V. E. concediese á estos mis hijos demasiado atrevidos un lugar modesto en su biblioteca, y ojalá que esos cándidos muchachos consigan con sus juegos y sus brincos hacerle olvidar durante algunos ratos los

serios cuidados y las duras penas de su vida! ¡Dios bendiga á V. E. por sus hechos! Ha cautivado V. E. más corazones que adivina, por ejemplo, el de su devotísimo doctor Federico Reuter.»

Bismarck contestó en 17 de Setiembre al que habia sido condenado treinta y tres años ántes por sus tendencias demagógicas: «Doy á V. S. mis gracias más cordiales por haberme remitido sus obras acompañadas de su importante carta del 4 del actual. Como antiguos amigos he saludado y llamado bienvenidos al coro entero de sus hijos, que en acentos vehementes y para mí familiares dan testimonio del corazon de nuestro pueblo. Todavía no se ha hecho realidad completa lo que esperaba la juventud alemana; pero concilia con lo presente si el egrégio poeta popular presiente en él asegurado el porvenir al cual estaba siempre dispuesto á sacrificar la libertad y la vida.»

Ningun escritor aleman de nuestros dias ha sido tan honrado como *Federico Reuter:* hasta las naves llevan su nombre al otro lado del Océano como el de *Bismarck*, y lo eterniza lo mismo que á Goethe una roca en la selva de Turingia, y ademas una encina en Stavenhagen, y hoy cuatro ciudades, Stavenhagen, Treptow, Nuevo-Brandemburgo y Eisenach se disputan el honor de ser el lugar del monumento que ha de dedicarle la gratitud alemana.

Hasta la muerte Federico Reuter ha sido un modelo de modestia: así un dia, cuando unas damas exaltadas le saludaron con las palabras: «Es V. mayor que Goethe y Schiller», contestó casi indignado de aquella profanacion: «Adios, señoras.»

En 1868 publicó su última gran obra titulada: *Viaje á Constantinopla*, y en 1870 escribió dos poesías patrióticas. Pero su fecundidad literaria habia muerto ya.

A sí mismo se escribió el epitafio siguiente en prueba de su profunda religiosidad: «El principio y el fin son tuyos, ¡oh Dios! El breve espacio que está en medio era mio. Y si yo erraba en las tinieblas, cerca de tí es la claridad y lúcida es tu mansion.» «¿Y qué epitafiio me dedicarás á mí?» le preguntó su querida Luisa, y sonriéndose contestó el poeta: «Este, luz de mis ojos:

La que sembró amor en vida
Amor cogerá en la muerte.»

XXVII.

El poeta y naturalista Adalberto de Chamisso.

Un poeta nacido en la Champaña, que lucha con la lengua germánica para tejer con ella su corona

de gloria, haciéndose uno de los primeros líricos alemanes; ¡qué fenómeno tan peregrino! ¡qué satisfaccion tan singular para el genio aleman! ¡qué conquista tan bella por ser pacífica! ¡qué aumento tan precioso de la república de las letras germánicas!

Tambien otros escribieron versos en distinto idioma del patrio, por ejemplo, Milton y Oehlenschlaeger y los poetas latinos en los tiempos del papa Leon X; maneja la lengua propia de los humanistas mi amigo Gustavo Schwetschke, y un emigrado español, que realizó la tarea árdua y espinosa de traducir en buen castellano las Elegías de Tibulo, don Manuel Norberto Perez del Camino, rindió un tributo de adoracion á la mujer amada, francesa de nacimiento, componiendo en la lengua de Boileau y de Corneille su poesía *A ma femme.* Pero ningun extranjero ha penetrado no sólo en la forma y en el espíritu, sino en el alma más íntima de un idioma tan diferente del suyo, en el corazon de otro pueblo que se revela en la cancion popular, como un emigrado frances, el cantor melancólico del castillo de Boncourt, el autor del grandioso poema *Salas y Gomez*, el trovador caballeresco, estudiantil y humorístico *Adalberto de Chamisso*, cuyas poesías alemanas dan testimonio de sus peregrinaciones por el mundo, ofreciéndonos una variedad sin par, un mágico y brillante panorama de pueblos y países,

desde la sublimidad que encierran las virginales selvas americanas, el bullicio de las populosas Berlin y París, los espléndidos y dorados horizontes de España, las sensuales y amenas campiñas de Grecia y Córcega, hasta las heladas estepas de la Siberia, y desde los insulanos del mar del Sur hasta los nómades del Oriente y los habitantes de la Vendée.

En el fondo de toda lágrima se encuentra una flor: no teniendo patria cuando sus hermanos, los poetas alemanes, en 1813 ó empuñaban la espada ó pulsaban la lira, *Chamisso* hizo su patria del orbe entero, penetró hasta el mar del Sur, extendió las fronteras de la poesía hasta el mundo virginal de los salvajes, que le parecia cuna de las virtudes naturales, y fué el *Alejandro de Humboldt de la botánica.*

Sin rival en el ritmo dantesco, el terceto que usó en su maravillosa poesía *Salas y Gom'z*, aquel escollo solitario y desnudo en medio del mar del Sur en que unos marineros creian advertir señales de seres humanos que no pudieron alimentarse sino con huevos de aves, *Chamisso* recuerda en las poesías de su juventud á Fouqué y Federico de Schlegel, en la cancion á Beranger, en la balada á Víctor Hugo, Barbier y Vigny, en los cantos amorosos á Rückert; precede en la pintura de países re-

motos á Freiligrath y completa las *Voces de las Naciones*, de Herder, por sus traducciones de los franceses Beranger y Delavigne, del danés Andersen y hasta de poesías de las islas de Tonga y de Islandia, la tierra de la Edda y de Torvaldsen. Las baladas de *Chamisso* no tienen ni la energía de la expresion de Bürger, ni el poético aroma de los romances populares de Goethe, ni lo plástico de las composiciones de Uhland, pero el vate nos encanta por la variedad del asunto y por sus intenciones psicológicas, aunque á veces represente escenas horribles que condena la estética.

Habiendo perdido la patria, que es como la sombra natural del hombre, compuso en 1813 su autobiografía poética, escribiendo para los hijos de su amigo berlines Hitzig aquel cuento afamado, ora humorístico, ora sentimental, titulado *Pedro Schlemihl*, aquel infeliz que, despues de haber vendido su sombra, tomó el baston de caminante y encontró la paz y la alegría en el comercio íntimo con la naturaleza.

En *Chamisso* se confunden el frances y el aleman de un modo prodigioso: tiene la viveza y la inlcinacion á la sátira y á la burla, la nobleza caballeresca y el descuido estudiantil del frances unidos con un alma de niño, con el genio soñador y el romanticismo aleman y con el candor y la lealtad ger-

mánica, de que da pruebas en las cartas dirigidas á sus amigos de Berlin desde los ángulos más remotos de la tierra. Pero miéntras tanto se singulariza en la poesía alemana, encuéntrase en la prosa que escribió en la lengua de su patria adoptiva, algun giro un tanto frances. *Chamisso* tiene su fisonomia particular, no sólo como poeta germano-frances y como naturalista, sino tambien como hombre. Examinemos por un momento los pormenores de su vida.

Vástago de una de las más antiguas estirpes de Francia, *Louis Charles Adelaide de Chamisso de Boncourt*—así se llama nuestro poeta,—nació en 27 de Enero de 1781, en el *castillo de Boncourt* (Champaña), que despues de su destruccion por los huracanes de la revolucion dió orígen á aquella cancion de melancólico tinte, una de las más delicadas composiciones del noble bardo. Hallándose emigrada su familia, trasladóse, primero á Bélgica, despues á Alemania, y el jóven *Chamisso* entró en 1796 en Berlin de paje al servicio de la reina de Prusia, la esposa de Federico Guillermo II, ascendió á teniente en 1798, y participando del círculo literario de sus cariñosos amigos Hitzig y Varnhagen se entusiasmó por la poesía alemana. Terminada su carrera militar en 1806, huérfano de padre y madre, regresó á Francia, sin hallar allí la ansiada paz del ánimo. Una estrella más feliz em-

pezó á brillar sobre su vida cuando pasó inolvidables dias en compañía de la célebre señora de Staël y principió sus estudios botánicos que en 1811 continuó en la Universidad de Berlin, llamando á las hierbas sus tesoros y á la república de las letras su patria.

En 1815 recibió la vaga é incierta noticia de que los rusos marcharian hácia el polo Norte. «¡ Ah ! yo tambien quisiera estar en los hielos del polo», exclamó nuestro *Chamisso* con el mismo júbilo con que los entusiastas habitantes de Viena, en Setiembre de 1874, arrojaban flores y coronas á los dálmatas, á los marineros del Tirol ó de la Alemania que, en número de 24, y mandados por Weyprecht y Payer, habian avanzado á bordo del buque *Tegetthoff* hasta latitudes desconocidas para todos sus predecesores en las excursiones árticas del polo, descubriendo cual Colon un nuevo continente.

La expedicion de los rusos en 1815 á 1818, en que *Chamisso* tomó parte, se dirigió hácia el mar del Sur, y él, que habia regresado sin ser miembro de ninguna Academia, ni doctor de ninguna Universidad, llegó pronto al zenit de la gloria, pues la Academia de Ciencias de Berlin le llamó á su seno y fué nombrado conservador del jardin botánico, con cuyo motivo estableció su casa en la córte prusiana, y refugió su alma en el más bello de todos los tem-

plos, la virtud de una tierna esposa. No tuvo la dicha de ver en las perfumadas hojas de su laurel la lágrima santa que rueda por la mejilla de los padres cuando ven celebrado el ingenio de los seres más queridos de su corazon; en cambio, una mujer llevó la castidad de su amor á aquel hermoso espíritu. Antonia Paste, la preceptora de las hijas del Sr. Hitzig, aquella á quien cuando niña habia arrullado con sus cuentos, embelleció con fragantes rosas los blancos rizos del vate, que tenía cabellos de plata, sí, pero tambien un corazon de oro. ¡Con qué efusion imprimió Antonia sus labios sobre el anillo de oro que brillaba en su dedo, en señal de su dignidad como esposa tierna y santa, aquel anillo que le habia enseñado el valor de la vida!

¡Ay! La felicidad doméstica del trovador de la Champaña se acabó en Mayo de 1837, cuando se cerraron para siempre los ojos de su dulce Antonia, á quien junto con el anillo de oro habia dado su jardin y sus rosas, su casa y su corazon, su amor y su vida. Ya el 21 de Agosto de 1838 le sucedió en la tumba el celebrado cantor.

No figura todavía en la *Walhalla* de piedra que fundó el rey Luis, á quien el mismo cantó en los tercetos *bardos alemanes*, pero al lado de *Rückert*, de *Lenau* y de *Platen* ha de ocupar un lugar en la humilde *Walhalla* que trazo yo con lo pluma.

Lo que fué *Adalberto de Chamisso* dígalo una carta del príncipe de la corona que despues fué el rey Federico Guillermo IV de Prusia, de la cual publicamos el trozo siguiente: «¿De dónde tiene V. ese estilo semejante al de Goethe? Hay muchos franceses que se entusiasman por Alemania y su idioma; pero nadie como V. ha igualado y áun superado en el lenguaje á los mejores.»

Para que el lector pueda apreciar las cualidades de poeta que adornaban á *Chamisso*, publicaré á continuacion la bella version castellana de una de sus poesías, en que se advierte ademas del sentimiento profundo tambien aquella sobriedad propia de los alemanes en cuanto á los adjetivos y figuras de estilo. La traduccion se debe á mi amigo don Ventura Ruiz Aguilera. Héla aquí:

EL CASTILLO DE BONCOURT.

A mi niñez alegre soñando me trasporto
Y muevo mi cabeza que encanecida está:
Imágenes, que há mucho creia ya olvidadas,
¿Cómo es que á visitarme, cómo es que á mí llegais?
Entre sombríos cotos y bosques seculares
Descuella de un castillo la altiva construccion;
El puente levadizo, la puerta, las almenas,
Las torres, todo, todo conózcolo bien yo.
Los leones del escudo, como en lejanos dias,
Su familiar mirada clavando están en mí:
—¡Salud, viejos amigos!—en mi interior murmuro
Y al patio del castillo deseo ya subir.

En él, cerca del pozo, la antigua esfinge yace;
Florece, rica en frutos, la higuera cerca de él;
Detras de las ventanas que se abren en sus muros
Mi dulce primer sueño sin inquietud soñé.
De mis progenitores encuentro en la capilla
Tallado en duro mármol el lecho funeral;
Pendientes de pilastras sus armas de combate;
Tambien allí el glorioso blason señorial.
Las rudas inscripciones de aquellas tumbas frias
Los ojos mios, débiles, á leer no aciertan aún,
Por más que atravesando los vidrios de colores
Cernida hasta ellos baja del sol la clara luz.
¡Oh hermoso y venerable castillo de mis padres!
Así te ve mi espíriu; te ve mi amor así,
Cuando ¡ay! de tí no queda señal ni rastro alguno
Y el labrador pasea su arado sobre tí.
De paz Dios te corone y de abundancia eterna
¡Oh suelo! que bendigo con alma y corazon,
Como bendigo al hombre cuyo trabajo santo
Te riegue y te fecunde con perenal sudor.
Mas yo no estaré inerte; yo quiero levantarme,
El arpa silenciosa yo quiero despertar,
Canciones entonando de un pueblo en otro pueblo
Y de la tierra toda correr la inmensidad.

XXVIII.

El Conde Augusto de Platen, poeta aleman.

Cuando Luis I de Baviera, el fundador de la *Walhalla*, subió al trono de sus mayores, el que ha de ser objeto de este bosquejo biográfico, el *Conde de Platen*, le dedicó una oda en alas del entusiasmo.

La inspirada poesía de *Platen* tiene muchos puntos de semejanza con los delicados versos que una bella dama española leyó con voz conmovida delante de los redactores de *La Época*, pocos dias despues de haber resonado en la heróica é inmortal Sagunto el grito de «¡ Viva Alfonso XII ! », dado por el general Martinez de Campos, cuyo grito, repitiéndose en toda la Península ibérica con la rapidez del rayo, vino á cambiar, como por encanto, la república en monarquía.

España tiene, pues, una monarquía constitucional, sistema que, segun los hombres pensadores, es el vínculo que enlaza el pasado con el presente, el régimen popular que encierra el tesoro de las grandezas, de las fortunas y de las más arraigadas creencias de los españoles.

Permítanos el lector que traslademos aquí una sola estrofa de la composicion de la poetisa madrileña, cuyos versos rebosan sencillez y ternura :

«Vén, Príncipe, vén, Alfonso,
Nuestro rey y nuestro niño ;
Te alza de un pueblo el cariño,
No un trono, sino cien mil :
Vén, y ciñe la corona
Que te legó San Fernando,
Y sea su peso blando
Sobre tu sien juvenil.»

¡ Quiera Dios que el rey, casi niño, á quien la

desgracia y el estudio han hecho hombre, abra á su patria las puertas del porvenir, á semejanza de aquel otro Alfonso que en las Navas de Tolosa restauró la monarquía española, amenazada de gravísimos peligros!

No creemos faltar á la verdad asegurando que algun floron de su corona lo debe D. Alfonso á las mujeres españolas, para quienes un Estado sin rey carece de poesía, y la heróica villa no es Madrid, si no es córte de las Españas.

Don Alfonso de Borbon y Borbon es un entusiasta español-aleman, un apasionado admirador del inmortal Schiller y de la figura ideal del Marqués de Posa, que el príncipe de nuestros poetas dramáticos nos presenta en su *Don Cárlos.* Alemania ha formado el espíritu del nuevo rey, y bien sabe estimarlo el aventajado alumno del Teresiano, pues su advenimiento al trono se lo comunicó por telégrafo al director de sus estudios, el Sr. de Schmerling, residente en la córte de Austria, diciéndole que no podia agradecer mejor sus dignos preceptos que rigiendo los destinos de España, segun los axiomas de libertad que habia aprendido en la inolvidable Viena.

Al contemplar el maravilloso espectáculo que acaba de verificarse en la Península, me ocurre el pensamiento de que sea ley histórica confirmada en

1710, en 1808, en 1840, y por fin, el 30 de Diciembre de 1874, que España, cuando parece más combatida por la adversa fortuna, haya de encontrar en sí misma, en su propia energía, impulso y fuerzas para levantarse de nuevo, y que en el presente siglo, *seis* haya sido una cifra cabalística para España, pues desde 1808 á 1814, el pueblo español asombró al mundo con la guerra más gloriosa y la resurreccion de su independencia; desde 1814 á 1820, vió pagadas su lealtad y su abnegacion por una tiranía insufrible; en 1844 empezó la era del general Narvaez, que concluyó despues de un sesenio, y seis años tambien ha tardado la revolucion de Setiembre en ceder el puesto á la monarquía secular de San Fernando.

El regreso de D. Alfonso á la monárquica de España me recuerda la vuelta de Napoleon de la isla de Elba, y como Alfonso va á ocupar el solio inmortal de sus mayores, tambien el porvenir de Francia se parece á aquellos bustos de yeso del mariscal presidente Mac-Mahon, confiscados en Boulogne, que al romperse uno, por casualidad se vió que tenian dentro la estatua de Napoleon IV.

Pero, ¡cuánto me aparto de mi asunto tomando rumbo á España, que vuelve á ser el país más monárquico de Europa! Volvamos, pues, á Alemania y al gran vate el *Conde de Platen*.

¡ Loor al poeta altivo, que se hubiera avergonzado de sus propios pensamientos si viviesen en los valles, cual pajarillos de escaso vuelo! ¡Honor á *Platen*, que tenía aspiraciones grandes y sed intensísima de gloria en el alma, que entonó acentos nuevos, y que al arte consagró su vida entera, circundando de perlas la diadema santa de Germania, y captándose la simpatía de los italianos, que despues de la muerte de Goethe admiraron en *Platen* el intermediario más fiel entre la nacion italiana y la alemana, el vate que en el florido suelo de Italia alcanzó el apogeo de sus creaciones, desde la oda á Luis de Baviera hasta los himnos, y cuyas venas sentian hincharse por el torrente de pensamientos que se desprenden de los monumentos de la ciudad del Vaticano y de los palacios de Venecia!

Segun él mismo dice con justo orgullo en un soneto que dedicó á su propio nombre como epitafio, imprimió su sello á la lengua germánica y sumergió su espíritu en ritmos que aparecen escritos en las ondulaciones del tiempo. Censuren enhorabuena los críticos el estilo frio y casi marmóreo de *Platen*: ningun poeta aleman puede vanagloriarse de tanta pureza en la locucion y en las rimas; ningun poeta creyó con mayor entusiasmo en el sacerdocio de la poesía. Es, pues, una lástima que el destino no le

haya deparado la dicha de legarnos una obra grande y monumental.

El *Conde Augusto de Platen-Hallermünde* nació el 24 de Octubre de 1796 en la ciudad de Ansbach, que el vate Cronegk habia llenado de la fama de sus poesías. Á él no le bastaba la vida de soldado, á la cual se vió condenado despues de recibida su educacion en la escuela de cadetes de Munich, y la guerra contra Napoleon, de que participó en 1815 como teniente bávaro, penetrando en la misma Francia, excitó en el jóven, tan ávido en los estudios, aquel afan de viajar que, segun un dicho de Byron, es, junto con la ambicion, el más poderoso de los impulsos.

En 1818 cursó los estudios filológicos en la Universidad de Würzburgo, consagrándose á once idiomas, entre los cuales se encuentra tambien la armoniosa lengua *castellana*. En Octubre de 1819 pasó á la Universidad de Erlanga, y fué entusiasta amigo del insigne catedrático el filósofo *Schelling*. Desde Erlanga emprendió aquellas excursiones, en que conoció á *Goethe* en Jena, á *Jean Paul* en Baireuth, á *Uhland* en Stuttgart y á *Rückert* en el castillo de Nuremberg. Como sabrosos frutos del trato de *Rückert*, llamaré las *Gacelas*, que publicó en 1821 en Erlanga, aquellas composiciones breves, dulces y halagüeñas de diez á veinte versos consagrados á la

alabanza del amor, de la amistad y del vino. *Platen* es el primero que enriqueció la poesía alemana con aquel metro oriental que usaba en sus *Nuevas gacelas*, publicadas en Erlanga en 1823, tambien para hacer resonar la voz de su tiempo y para pintar el Occidente.

Su estudio de los poetas *españoles* demuéstrase en la comedia *El pantuflo de vidrio*, que escribió en Octubre de 1823. Un año despues vió á Venecia, la villa que nos presenta Pablo Veronés cual mujer altiva con traje de oro,

«La nueva Galatea
Que en el cerúleo espejo ostenta su beldad» (1),

la ciudad de mármol edificada sobre pilares de encina en medio de las ondas por un pueblo de reyes; admiró aquel laberinto de puentes y callejuelas; el bullicio del Rialto; el leon de la República, con sus alas de bronce, descansando sobre una columna colosal; la antigua grandeza esculpida en la piedra sepulcral de los *Dux*, y los palacios de los Grimani y Pesaro en el Canal grande, que encantan por su pompa, su fuerza y su armonía, y contempló por fin,—para usar algunas palabras de D. Faustino Sancho y Gil,—«la esplendidez del borde de la laguna de San Márcos, cuando el astro del dia dora por

(1) D. Gabriel García y Tassara.

última vez la rotonda oriental de la gran basílica, cuya fábrica parece un granado de oro que deja caer sus purpurinas flores sobre un mar de éter, que ha escuchado las serenatas de Leonardo da Vinci, ha prestado los matices del íris á la paleta de Ticiano, y se cubre todas las noches de refulgentes estrellas, notas de luz caidas del inmenso órgano de los mundos cuando suena bajo el dedo divino del gran poeta, del gran músico, del Mozart del cielo, allá en la cumbre altísima de la eternidad.»

Platen nos pintó la bella Venecia cual *Canaletto* (1) de la poesía, y en recuerdo de aquella ciudad donde el arte crecia cual brillante tulipan saliendo del mar, publicó en 1825, en Erlanga, sus magníficos sonetos en que dice: «Vosotros, ¡oh pintores! me introduciréis en la vida eterna. Sólo el arte consigue volar en torno de la gloria de Dios, y á aquel cuyo corazon latia por lo perfecto, el cielo no tiene que darle nada más.»

A semejanza de Aristófanes, escribió en 1826 su comedia titulada *El Tenedor fatal*, como sátira dirigida contra el mal gusto de su tiempo, contra las tragedias de los Müllner, Werner y Houwald, en

(1) Es sabido que Antonio Canale, llamado Canaletto, era un eminente pintor veneciano que ganó renombre por sus cuadros representando las excelencias de su patria, sobre todo el Canal grande.

las cuales aparecen las fuerzas de un destino caprichoso convirtiendo los hombres en seres sin libertad alguna en sus acciones.

Desde 1826 á 1832 nuestro vate satisfizo su ánsia de ver á Italia entera, el país de sus sueños, y, gozando de un ocio feliz, alcanzó en el cielo del sol latino la perfeccion clásica de su poesía. Contempló á Florencia, la rotonda de San Pedro, las fuentes eternas, las villas altivas con alamedas sombrías, las grandiosas ruinas de Roma, «la salida del sol en el golfo de Nápoles, cuando el astro del dia parece el sacerdote de la luz que sale á celebrar la misa de las flores, en la cual el ruiseñor del Pausílipo y el aura de la campiña partenopea cantan divinas antífonas» (1).

En el golfo de Nápoles pasó dias afortunados en compañía del pintor poeta Augusto *Kopisch*, el descubridor de la gruta azul de Capri. Viéndose blanco de las sátiras de los poetas *Immermann* y *Heine*, escribió en Italia, desde 1827 á 1828, su excelente comedia *El Edipo romántico*, una comedia armada en pro de la poesía verdadera. Gracias á su protector el rey Luis I de Baviera, fué nombrado en 1828 miembro de la real Academia de Ciencias. Viajando por Italia escribió en dísticos aquellos in-

(1) D. Faustino Sancho y Gil.

imitables epigramas en que nos presenta sus impresiones de viaje y acertadas contemplaciones acerca del arte, y en Italia terminó, en 1830, su poema encantador *Los Abasides.*

Platen es tambien un poeta político, y, como todos los grandes bardos, entusiasta por la libertad: como amigo de la independencia de los polacos, lanzó sus cantos contra Rusia, esperaba con anhelo un emperador de Alemania, y queria ver á Prusia enaltecida por la libertad.

En 1832 volvió á Alemania, y en el mismo año escribió en Munich el drama histórico *La Liga de Cambrai*, cuya figura principal es la República de Venecia.

En 1833 visitó otra vez su ciudad favorita, la espléndida Venecia, la Aspasia, La Cleopatra de los pueblos que ostenta los deleites de la hurí oriental, y regresando á Alemania publicó en 1834 sus preciosas poesías, que fueron acogidas con universal entusiasmo. En el mismo año volvió á Italia por última vez. Allí compuso su canto de cisne, aquellos maravillosos himnos que recuerdan los de Píndaro, y, sin embargo, son verdaderamente alemanes.

El gran vate espiró el 5 de Diciembre de 1835 en Siracusa, y allí, en su patria adoptiva, en el país que tanto habia amado, en la villa de su cariñoso

amigo el caballero Landolina, fueron enterrados sus restos mortales.

El *Conde de Platen* era á la par un poeta eminente y un gran carácter. Su sepulcro es cuna de flores.

XXIX.

Enrique Heine.

Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.

Séame permitido colocar al lado de *Platen* á aquel poeta que le maltrataba en vida como á un Mársias. Los dos enemigos mortales, *Platen* y *Heine*, han de vivir en apacible calma en la *Walhalla*, entre los héroes de mi corazon, en el coro sublime de los vates y de los valerosos guerreros que han trazado con su espada brillantes epopeyas.

Quizá hay quien dice: «Poner en la *Walhalla* donde brilla *Schiller* cual sumo pontífice de la poesía, defendiendo los simulacros divinos contra indigna profanacion, al escéptico y frívolo *Heine*, al fauno del parnaso aleman, al poeta de la sensualidad, al cantor oriental de la carne, al que en la mujer celebra más el cuerpo que el alma, cuya Musa parece á veces una bayadera liviana y obscena, al que, segun su propia frase, era «un ruiseñor aleman que

fabricó su nido en la peluca de Voltaire» (1), al que ofende á menudo nuestros sentimientos religiosos, pintando con el ódio encarnizado del judío en su tragedia *Almanzor* el cristianismo cual evangelio sombrío de la muerte y blasfemando de Dios en sus *Cuadros de viaje*, miéntras rinde á Napoleon un culto exagerado, ¿no equivaldria eso á colocar á Saul entre los profetas?»

Y otros añadirán: «¿Quién se atreveria á poner entre los hombres ilustres, cuya gloria es objeto de culto para las naciones civilizadas, al que profanó el templo de sus armoniosos cantos, colocando en él las heroínas impúdicas del *Jardin Mabille* de la *Gran Chaumiere* y de otros refugios del placer inmundo y del escándalo? *Enrique Heine*, ¿no es el burlon escritor que quemaba lo que ayer adoró ó adoraba lo que ayer quemó con la mayor frescura del mundo? ¿No es él de quien decia *Luis Boerne:* «ponia sólo *por razones* de *eufonismo*, ora la *monarquía* es la mejor de las formas de Estado, ora la *república?*» (2).

---

(1) *Heine* en una carta dirigida á su amigo St. René Taillandier.

(2) Así tambien Pablo Luis Courier echó en cara á Plutarco que hubiera atribuido la victoria de Farsalia á Pompeyo, si eso hubiese convenido más á la redondez de su frase.

A éstos les contestarémos: Si en el jardin de la poesía *heiniana* hay muchas hierbas venenosas, no olvideis que éstas se crian sólo en la campiña más feraz, en el campo que produce la vegetacion más exuberante y lozana. No olvideis tampoco que si hay tanto lodo en las poesías de *Heine*, tiene la culpa por gran parte su tiempo, aquel aire mefítico en que el fuego del amor que llenaba su corazon no podia alimentarse. *Heine* es el poeta que llora, pero que se avergüenza de haber llorado; por eso añade á lo más santo la blasfemia, al amor la burla, al entusiasmo la sátira. Su musa se labró su palacio en los abismos, en las tinieblas, en el reino de la noche y de los sueños: allí brotaron los cristales de sus lágrimas, brillaron las llamas de su desesperacion, burlaron los gnomos de su ironía, y lágrimas, desesperacion é ironía se abrillantaron en la piedra de toque de su buen corazon para ser diamantes de la poesía. *Heine* es el cantor más inspirado del amor no correspondido, que se martirizaba á sí mismo con una voluptuosidad endemoniada; es el poeta del dolor, el poeta del anhelo, él que vivió lo que cantaba y que cantó lo que sufria; es el vate romántico y panteista que animaba la naturaleza para que participase de sus sentimientos amorosos, y que hablaba á los árboles, á las flores, á los ruiseñores, al sol y á las estrellas como á compañeros queri-

dos. Reclama nuestra simpatía, admiracion y amor el cantor de la *Lorelei* y de la *Romería de Kevlaar*, el que sentia una atraccion maravillosa hácia lo inmenso, un anhelo hácia el más allá, una sed de las profundidades del mar que habia de purificarlo, el que cantaba el mar á quien amaba como imágen de su alma por tener como ésta tempestades, flujo y reflujo y en su fondo bellísimas perlas. Por último, es el poeta más subjetivo y más original del siglo, la personificacion del chiste, el que articuló la cancion postrera en los primaverales bosques del romanticismo, el que desató la lengua al hombre moderno, prestándole los acentos de la cancion popular, el lírico y sensible bardo que á pesar suyo se vió elevado al rango de un tribuno del pueblo.

Enrique Heine, el vate que sonrie entre lágrimas, era, como *Sterne*, el poeta inglés, el hijo favorito de la Musa trágica, que dió á su jóven corazon un abrazo tan estrecho que empezó á desangrarse y comprendió todos los dolores del mundo. Entónces sobrevino la diosa rosada del chiste; ésta serenó al niño, le regaló por juguete la máscara cómica, é imprimió sobre sus labios la frivolidad, de modo que el corazon y los labios del poeta se contradicen.

Quien hable de la frivolidad de *Heine*, debe acordarse tambien de las palabras de *Fichte*: « La frivolidad, por más que suba, es una señal infalible de

que hay en el corazon algo que roe y de que se quisiera huir; y ella es una prueba irrecusable de que la nobleza del alma no ha sido aún del todo muerta.» « Aunque parezca una paradoja, dice Adolfo Strodtmann, el excelente biógrafo del cisne de Düsseldorf, *Heine* era siempre religioso en el fondo de su alma, y la burla con que luchaba contra los dogmas eclesiásticos no salió sólo de un espíritu satírico, sino de un dolor secreto que consistia en no ver satisfechas en ellos sus necesidades religiosas.»

Por su naturaleza soñadora se inclinaba *Heine* á un cierto *dolce far niente;* se complacia en sentarse en el césped lleno de lozanas flores; pero el destino queria que forzosamente debiese tomar parte en los dolores y luchas de su tiempo; y en medio del estruendo de la batalla el poeta imaginaba ser otro Ogier el danés, que cual sonámbulo peleaba contra los sarracenos.

Nadie ha caracterizado el contraste que *Heine* forma con *Uhland* mejor que el célebre maestro de la estética *Vischer* que nos cuenta el siguiente mito: « Aburriéndose un dia en su Helicona, las Musas resolvieron embriagarse. La que en el mayor grado experimentaba el poder de Baco, era Euterpe, la Musa de la poesía lírica. Como loca erraba por las alturas del monte sagrado. Al espirar el dia le vino una idea extraña. Resolvió bajar á la tierra

y dar un abrazo al primer mortal que encontrase. Así lo hizo. Los ojos inflamados, los cabellos desordenados, dirigió su rumbo por los aires hácia el Norte y descendió en una ciudad á las márgenes del Rhin. El primer hombre á quien vió era un jóven estudiante que salió de una taberna cantando una cancion báquica. Este era *Enrique Heine.* Ella se lanzó en sus brazos, imprimió sobre sus labios un beso ardiente y desapareció. Al dia siguiente la Musa despertó de su sueño largo y, acordándose de lo que habia hecho, se estremeció. Vió las consecuencias funestas de su accion: vió que el estudiante-poeta que habia sentido en sus labios la ambrosía de aquel ósculo feliz, haria un uso peligroso de este favor señalado: vió que mezclaria á sus sentimientos sublimes, á sus pensamientos brillantes todas las trivialidades de la vida y que introduciria en la misma poesía la parodia de la poesía. Y no obstante, no dejaria de ser poeta, poeta inspirado, hasta en el fango, porque el beso era de fuego. Estas meditaciones le causaron un hondo pesar, pero pronto alzó su cabeza iluminada de repente por una idea feliz, como si entreviese la posibilidad de reparar el mal que habia hecho. Partió otra vez para Alemania dirigiéndose hácia el Sur y descendió en un valle florido de la Suabia y paróse ante una casita modesta situada sobre una viña. En el jardin

se halló un jóven con una fisonomía ruda y franca que iba á plantar una vid, y se interrumpió en su trabajo para echar una mirada sobre las montañas azules del horizonte. Ese era *Uhland*. Ella se inclinó sobre él, besó su frente y dejó escrito en ella el sello de un afan puro y, despidiéndose de él, se volvió dos veces para sonreirle. ¡Ay! aquel beso era ménos ardiente que el otro, pero tenía su precio tambien: *Uhland* era un verdadero poeta tranquilo, casto y serio.»

Heine es el *Byron* aleman; pero el poeta germano, el vate rhiniano, leyó raras veces las composiciones de su «primo de Missolunghi», pues segun dice bien D. José Echegaray en su aplaudido drama *La Esposa del vengador*:

«Por ley de Dios en la tierra,
O por misterioso instinto,
Atraccion es lo distinto
Y es lo semejante guerra.
Rechaza un sér á otro sér
Si ve en él su copia fria,
Que al fin la monotonía
Es la muerte del placer.....
Se alza el mar, se ve á sí mismo
En más lejano horizonte,
Y es en su cólera monte
De espuma, y despues abismo.
Huyendo va el huracan
De huracanes que le azotan,
Y huyendo del fuego brotan
Las lavas en el volcan.»

Las galas de las poesías de *Heine*, que parecen formadas de delicados rayos de la grata luna, las conservó en su traduccion de un modo admirable el poeta italiano *Bernardino Zendrini* (1). Hay versiones españolas debidas á la pluma de *D. Jaime Clark* y tambien de *D. Manuel María Fernandez*, que nos dió notables estudios biográficos acerca del poeta, cuya vida fué coronada de tristeza, de modo que al pensar en *Heine* se me presenta junto con el laurel el

---

(1) *Heine*, que no tiene ninguna afinidad con el espíritu italiano, goza, sin embargo, de la mayor popularidad en la tierra del Petrarca. Quizá ha contribuido á eso la gratitud de los italianos, pues ya en 1828 y 1829 sentia el vate aleman los latidos del corazon italiano, cuando Italia fué considerada por todos los otros sólo cual momia, cual cadáver frio, cual otra Julieta yacente en la tumba de los Capuletos, sin que álguien hubiese adivinado que áun vivia aquel pueblo, y que en nuestros dias entre el estruendo de los cañones en las llanuras de Lombardía habria de romper la tapa de su féretro.

Bernardino Zendrini, el distinguido catedrático de la Universidad de Padua, recibió por un aleman entusiasta de Heine, el doctor Buchholz, en premio de sus sentidas traducciones, un rizo del gran poeta prusiano, y á aquel obsequio tan fino contestó el traductor y poeta italiano con un verso, cuya version castellana dice:

«¡Bendita, rizo bello, sea la mano que te puso sobre mi corazon, bendita sea la mano que te robó de la santa cabeza del difunto vate!»

Ademas de Bernardino Zendrini tradujeron poesías de Heine el catedrático de Bolonia *Josué Carducir*, que podria llamarse el Heine italiano, y el vate livornes *José Chiarini*.

cipres. Hasta el lejano Japon conoce los cantos de *Heine* por una version japonesa que salió en Nangasaki hácia el año de 1830.

Yo no conozco traduccion mejor que la de *D. Eulogio Florentino Sanz*, que en 1.º de Mayo de 1857 ofreció al público español algunas flores del hermoso ramillete de *Heine*, las cuales adornaron muchos años despues la *Ilustracion Española y Americana.* Hojeando aquel periódico ilustrado en la Exposicion Universal de Viena, en 1873, copié las siguientes pruebas, cuyo mérito es indecible:

I.

«Solitario en el Norte se alza un pino
Sobre arrecida altura soñoliento;
Con su manto blanquísimo le embozan
Nieves y hielos.

—

Con una palma sueña, que, al Oriente,
Solitaria tambien, y léjos, léjos,
Padece silenciosa, entre peñascos
Que brotan fuego.»

II.

«Al separarse dos que se han querido,
¡Ay! las manos se dan;
Y suspiran y lloran,
Y lloran y suspiran más y más.

—

Entre nosotros dos no hubo suspiros,
Ni hubo lágrimas..... ¡Ay!
Lágrimas y suspiros
Reventaron despues..... ¡muy tarde ya!»

III.

«Por rosa, lirio, paloma y sol
Sentí yo un tiempo dichoso amor!.....
Ya no lo siento.—Que es Ella
La que amo no más ahora;
Ella, la linda, la esbelta,
La pura, la..... en fin, la sola;
Ella, venero de todo amor,
Que es rosa y lirio, paloma y sol.»

IV.

«Tienes diamantes y perlas,
Y cuanto hay que apetecer;
Y los más hermosos ojos.....
¿Qué más anhelas, mi bien?

—

A tus ojos hechiceros
He dedicado un tropel
De canciones inmortales.....
¿Qué más anhelas, mi bien?

—

Con tus hechiceros ojos
¡Cuál me has hecho padecer!
Y me has arrojado á pique.....
¿Qué más anhelas, mi bien?»

V.

«Hay una flor que adoro, mas, por mi mala estrella,
No sé cuál es mi flor;
Yo miro una por una las copas de las flores,
Buscando un corazon.

—

Dan á la tardecita las flores su perfume,
Su canto el ruiseñor.....
Un corazon quisiera, tan bello como el mio,
¡Tan bello de pasion!»

—

El ruiseñor gorjea..... Yo entiendo los gemidos
De su armoniosa voz.....
¡A entrambos nos aflige tal dolor y tal pena,
Tal pena y tal dolor!»

VI.

«¡Qué están emponzoñadas mis canciones!.....
¿Y no han de estarlo, di?
Dentro del corazon llevo serpientes,
Y á más, te llevo á tí.»

VII.

«Siempre le cierro los ojos
Cuando la beso en la boca;
Y ella, por saber la causa,
Con mil preguntas me acosa.

—

Y cada instante me dice
Desde la noche al aurora:
¿Por qué me cierras los ojos
Cuando me besas la boca?

—

Yo no le digo el por qué,
Ni lo sé yo propio ahora.....
Mas yo le cierro los ojos
Para besarla en la boca.»

VIII.

«Ya vino Mayo; con Mayo tornan
Plantas y troncos á florecer,
Y en la azulada region del cielo
Nubes de rosa cruzar se ven.

—

Y entre el ramaje de la espesura
De ruiseñores canta el tropel;
Y los corderos de albos vellones
Por la verdura triscan tambien.

—

Y yo en la hierba, porque los males,
Mi voz ahogando, baldan mis piés.....
Y oigo á distancia vagos rumores,
Y sueño á veces..... yo no sé qué.....»

IX.

«¡ Es el mundo tan hermoso
Y es tan azulado el cielo !.....
¡ Y exhalan tan suavemente
Su hálito puro los céfiros!

—

Y señas se hacen las flores
Del valle, de flores lleno;
Y en el matinal rocío
Quiebran cambiantes reflejos!
Y gozan las criaturas
Doquiera mis ojos vuelvo.....

—

Y yo, con todo, quisiera
Yacer de la tumba dentro,
De la tumba, y replegarme
Contra un amorcito muerto.»

Una existencia dolorosa hasta el martirio, acabando en el extranjero en los sueños y calentura de una cama mortuoria de muchos años, la cuna rodeada de pobreza, un amor infeliz cuyos recuerdos no mueren nunca, el laurel enlazándose con las espinas, el frio sol de la gloria derramando sus rayos sobre un campo de soledad: he aquí la triste vida de poeta que nos presenta *Enrique Heine*, cuya risa satírica, pareciéndose á las trompetas de Jericó, contribuyó á derribar los alcázares del absolutismo.

Enrique Heine era el hombre del siglo, y de sí

mismo dice: «Soy yo uno de los primeros hombres de nuestro siglo, pues nací en la noche de 1.° de Enero de 1800.» Pero eso no era sino un chiste del poeta: vió la primera luz el 13 de Diciembre de 1799 en la entónces capital del ducado de Jülich-Berg, la bellísima ciudad de Düsseldorf sobre el Rhin, cual hijo de padres judíos. Aunque se haya convertido, en lo íntimo de su corazon no cesó de ser judío y admirador de aquella raza inflexible, de aquel pueblo de mártires que dió al mundo un Dios y una moral y que peleaba en todos los campos de batalla del pensamiento; y no cesó, pues, de rendir culto á Judea, cual cuna del principio cosmopolita de la libertad y de la igualdad. Como judío se llamó *Harry Heine* y despues de su conversion *Enrique.* Su cariñosa y simpática madre Betty de Geldern, á la cual dedicó dos magníficos sonetos llenos de ternura filial, tenía excelentes dotes del espíritu y del corazon y era amante de la poesía, sobre todo de las elegías de Goethe. El 1.° de Enero de 1806 el ducado de Berg fué cedido á Francia, y el trato con franceses dió al jóven *Heine* á la par su gracejo y su frivolidad. El primer libro que llegó á poder del niño fué la version de *El Quijote* por *Tieck*, y *Heine* se llamó á sí mismo un segundo Quijote; pero miéntras el valiente Caballero de la Mancha queria restituir la edad de la caballería, *Heine* tra-

tó de destruir todo lo que áun quedaba de la Edad Media. Don Quijote creia ver castillos en las ventas, caballeros en los arrieros y damas en las mozas; á *Heine*, por el contrario, los castillos le parecian albergues de bribones, los caballeros borriqueros y mozas las damas de la córte.

En 1815 el jóven *Heine* fué á pesar suyo comerciante en Francfort y despues en Hamburgo, pues así lo requeria la modesta posicion social de su padre. En la prosaica Hamburgo, contra la cual lanzaba sus amargas sátiras, se pareció á un cisne con alas rotas que, consumiéndose en su ánsia de volar á los lagos azules del Sur, á la luz dorada del sol, se halla condenado á permanecer en los hielos del Norte. La desventura de *Heine* la aumentó un amor no correspondido, cuyo recuerdo le siguió hasta su cama mortuoria de París. Pero aquel amor infeliz evocó los primeros acordes de su lira, y ya los acentos infantiles de balbuciente musa revelan al futuro *Heine;* el fuego del amor derramó en sus ensueños un tesoro de ternura; el amor fué para *Heine* la antorcha del genio que ilumina los abismos de la vida. El vate cubre de un velo poético el nombre de aquella que llama en sus poesías ora María, ora Zuleima, ora doña Clara, ó Evelina, ú Otilia, ó Agnes; pero sabemos que la querida del poeta, la que le hizo perder el paraíso del amor,

era una prima suya, residente en Hamburgo.

Las primeras poesías de *Heine* salieron á luz en 1817, en un periódico llamado *El Guarda de Hamburgo*. Viendo que el jóven poeta no sacrificaria nunca en aras de Mercurio, su tio, el rico banquero *Salomon Heine*, permitió que cursase leyes. *Heine* decia de su tio: «Aunque siempre riñamos, le amo más que á mí mismo. Él tiene la misma arrogancia obstinada, la misma blandura infinita del ánimo, la misma locura incalculable que yo, con la sola diferencia que Fortuna le hizo millonario, y á mí al contrario, es decir, poeta.» El que era millonario de espíritu, decia un dia á su tio: «Lo mejor que tiene usted es llevar mi nombre.»

El tio de *Enrique Heine*, el Creso de Hamburgo, que llegó á aquella ciudad con dos pesetas en el bolsillo, se parece á aquel jóven de quien nos refiere D. Antonio de Trueba: «En París, ó no sé dónde, llegó un dia un jóven á pedir colocacion en casa de un comerciante muy rico, y el comerciante le dijo que no se la podia dar. Al salir, el jóven se inclinó al suelo como á coger alguna cosa, y como viese el comerciante que lo que habia cogido era un alfiler, le llamó, y le dijo que desde luégo quedaba colocado en su casa, porque acababa de convencerse de que era de la madera de que se hacen los ricos. La conducta del jóven justificó de tal modo la

opinion de su principal, que no tardó en tener participacion en las ganancias de la casa, y aquel jóven fué el primer *Rothschild*, que cuando murió dejó una porcion de millones.»

En 1819 se preparó *Heine* en Düsseldorf para pasar á la Universidad, miéntras sus sueños amorosos se hicieron cantos delicados. Entónces escribió tambien su popular balada *Los Granaderos*, en cuyos sentidos versos dibuja la apoteósis del emperador, despues de haberse ocupado mucho de las baladas de *Uhland.*

Cuando el jóven *Heine* hizo sus primicias poéticas no se hablaba en Alemania sino de *Goethe*, y tambien en la casa de *Heine* se encontraron las poesías del gran hijo del Mein.

Pero el padre de nuestro jóven vió con profundo dolor el culto que se tributaba al eminente vate francfortés, y hasta le odiaba, porque creia que su hijo no podria jamas rivalizar con el príncipe de los ingenios alemanes. Viendo el furor de su amantísimo padre al leer el nombre de Goethe, el jóven Heine quitó, como buen hijo, las obras de Goethe y puso en su lugar el nombre inofensivo é inocente de Schulze (apellido tan vulgar en Alemania como Fernandez en España). Gracias á ese ardid se serenó el semblante del padre de Heine; pero la madre, iniciada en el fraude, decia á su hijo: «¡Ojalá que

conquistáras la gloria de este señor Schulze!»

El dia 11 de Diciembre de 1819 *Harry Heine* fué matriculado en la Universidad de Bonn. Como poeta gozó del trato de *Simrock*, y aprovechó las lecciones del popular *Arndt* y del elegante y aristocrático *Augusto Guillermo de Schlegel*. Sin duda alguna el esmero que *Heine* demuestra en sus ritmos se debe al influjo de *Schlegel*, que alentó al jóven poeta cuando éste no era sino un tierno pimpollo.

En Setiembre de 1820 pasó *Heine* á la Universidad de Goettinga, cuyos catedráticos, inmobles como las pirámides egipcias, excitaban las sátiras del poeta. Así resuena todavía en nuestros oidos su frase humorística: «Goettinga se gloría de ser la Bolonia alemana, con la única diferencia de que en Bolonia pululan los perros más pequeños y los sabios más grandes, y en Goettinga los sabios más pequeños y los perros más grandes.»

A principios de 1821 se vió *Heine* precisado á abandonar á Goettinga, la ciudad pedantesca de una erudicion infecunda y muerta, la Universidad llena de polvo del pasado, y salió para Berlin, el lugar del pensamiento filosófico del siglo. Hasta entónces la vida estudiantil de *Heine* habia sido una Tebaida; pero en la córte se sumergió en el mar de los placeres para ahogar el dolor causado por la noticia de que su querida se habia casado con otro. Como Pe-

trarca, encontró el más dulce consuelo en su pena en los brazos fieles de la Musa. Entró en el círculo de la ingeniosa *Rahel Levin*, esposa de Varnhagen de Ense, á la que llamaba «la mujer pequeña con el alma grande», la que hizo propaganda para Goethe, y que era la única que comprendia á fondo al poeta de Düsseldorf, que vaciló siempre entre blandura melancólica y burla amarga. Tambien los amigos de Rahel, los poetas *Fouqué* y *Chamisso*, acompañaron á *Heine* con sus simpatías, cuando la rosa de su poesía no se encontraba todavía rodeada de las espinas del sarcasmo.

Desde su estancia en Berlin se manifiesta en los escritos de *Heine* una dialéctica que se debe al influjo de la escuela de *Hegel*, de que decia en 1851: «He vuelto á Dios como el hijo pródigo, despues de haber guardado puercos con los de la escuela de Hegel.»

En Berlin publicó tambien en 1821, en una revista titulada *El Compañero*, aquellos cantos que son los cantos populares de la sociedad moderna, aquellos cantos tan enérgicos y atrevidos en que arde una verdadera pasion. No se crea, sin embargo, que el poeta escribió al vuelo aquellas canciones tan fáciles: nadie trabajaba con mayor celo que él, y la cancion más sencilla era para él una estatuita en que habia de cambiar, ora el dedo, ora los ojos, ora la configuracion de la boca.

Grandes triunfos obtuvo el jóven poeta, pero su renombre lo oscureció por la lucha violenta con el Conde de *Platen*.

Pasamos en silencio las tragedias *William Ratcliff* y *Almanzor*, que publicó en Berlin en 1823, juntas con su célebre *Intermedio lírico*, conteniendo aquellas breves composiciones en que se encuentran expresados dolores profundos y amargos de la fantasía en los acentos puros de la antigua cancion popular de los alemanes y de los ingenuos poemitas de *Guillermo Müller*.

Como la pobre mariposa que vuela en torno de la luz en que ha de morir, volvió *Heine* en 1823 á Hamburgo, á la par su Elisco y su Tártaro, la ciudad en que habia perdido su bien, su bella Circe; y más aún que sus poesías, tituladas *La Vuelta*, sus cartas dan testimonio de su insano dolor.

Volvió á encontrar el equilibrio de su alma en los baños de mar; y el mar brillante, surcado por las naves, que se parecen á cisnes gigantescos, le inspiró cantos inmortales.

El hermoso ciclo *La Vuelta* y la balada *Lorelei* las escribió en el otoño de 1823 en Luneburgo (Hannover). La *Lorelei* se refiere á una roca del Rhin, situada cerca de San Goar, y que los poetas nos pintan como asiento de una sirena de belleza peregrina. Pero el cuento de *Lorelei* no es antiguo,

como dice *Heine* en su magnífica balada, sino hijo del presente siglo, pues el romántico *Clemente Brentano* puso el primer gérmen en una balada que presenta la Lorelei cual hija de una ciudadana de Bacharach que encantaba á los hombres por su belleza, exceptuado el á quien amaba, y que, acusada ante el obispo por ser bruja, fué condenada á hacerse religiosa; pero ella se precipitó en las olas del Rhin desde la roca, en frente del castillo de su amante. Otro escritor aleman, el Sr. Nicolás Vogt, hizo de la *Lorelei* en 1811 un cuento del Rhin, explicando el eco que se escucha cerca de la roca llamada *Lurlei* cual voz de una maga; y el primero que presentaba la *Lorelei* en 1821, cual sirena del Rhin, sentada en aquella roca, encantando á los navegantes con sus dulces canciones, fué el Conde Othon Enrique de Loeben. No negamos que la balada inmortal de *Heine* tiene gran semejanza con la del Conde de Loeben. El romántico Eichendorff hizo de la Lorelei una driada; Simrock la llama la Musa del Rhin; Wolfgang Müller le dedicó su inspirado canto; Geibel hizo de ella la heroína de un libreto, y el Duque Adolfo de Nassau quiso dedicarle un gran monumento, hasta que la crítica demostró que la *Lorelei* habia nacido de la fantasía de un poeta. La Lorelei, con sus rizos de oro, la sirena del Rhin, la maga que se complace en seducir á

los hombres, y que no deja de sonreirse triunfante y bella, áun cuando un amante suyo sea tragado por las olas, ¿no es imágen y representacion de la poesía inmortal que tiene su trono en el azul del firmamento, y que canta con toda su beldad soberana, miéntras fijos los ojos en ella va más de un atrevido amante á estrellarse contra las rocas de la realidad?

A principios de 1824 fué *Heine* por segunda vez matriculado en Goettinga. Allí estudió la literatura de los *judíos españoles* para usarla en su novela titulada *El Rabí de Bacharach*. Cuando judío empezó el poeta á escribir aquella novela, en que nos presenta un frívolo converso que abraza el cristianismo sólo con los labios, no con el corazon. No es de extrañar que *Heine*, despues de su conversion, no se hubiese atrevido á terminar dicha novela.

En Noviembre de 1824 escribió su *Viaje por el Harz*, como recuerdo humorístico de sus peregrinaciones emprendidas en Setiembre del mismo año. El de 1825 fué á la vez memorable y fatal para *Heine*: memorable, porque alcanzó en Goettinga el grado de doctor en jurisprudencia, con cuyo motivo decia el decano Hugo: «Los versos de *Heine* podrian colocarse al lado de los de *Goethe*»; y fatal, porque en él abrazó el cristianismo, contra su persuasion, sólo porque en Prusia la carrera ju-

rídica no se abria á los judíos. Y *Heine*, no sólo no alcanzó nada de lo que habia esperado, sino que se hizo enemigos así á los judíos, á quienes habia abandonado, como á los cristianos, que vieron en él sólo lo que era, un judío.

Tomando baños en 1825 en Norderney conquistó el anchuroso seno del Ponto para la poesía alemana, pues *Heine* fué el primer aleman que cantó la imágen de su alma, la inquieta llanura del mar sonante y fiero.

«¡ Oh, cual habla al corazon
Ese concepto sublime
Que forma el mar con su són,
Con su ¡ ay ! la brisa que gime !

—

¡ Cuán hermoso es delirar
Por dosel teniendo el cielo,
Por alfombra el verde suelo,
Por perspectiva la mar ! » (1).

Despues de haber renunciado á la carrera jurídica publicó en 1826 en Hamburgo el primer tomo de sus famosos *Cuadros de Viaje*, en que figura el *Viaje por el Harz*, aquella poesía atrevida escrita en prosa poética, aquella sátira franca de las ideas del pasado, de las ridiculeces y necios alardes de sus contemporáneos y de la locura humana contras-

---

(1) Doña Ángela Grassi.

tando con la alegría de la naturaleza. Como un rayo cayó aquel libro peregrino en la pasmada Alemania, á semejanza de *Los Bandidos* de Schiller. Para ser el heraldo de la opinion pública y para poder decir impunemente las verdades, como el loco en la tragedia shakspeariana *El Rey Lear*, se ponia Heine, el rey del humor, el sarcástico antifaz de la risa, y vistió la botarga abigarrada. Los *Cuadros de Viaje* fueron para *Heine* en un tiempo letárgico el campo para sus ideas revolucionarias. En el tomo segundo de aquellos humorísticos *Cuadros* vive circundado de una aureola brillante Napoleon y la revolucion francesa; el poeta tributó alabanzas al emperador, no solamente porque éste parecia el Mesías de los judíos, sino porque Napoleon habia caido cual ígneo meteoro en el mundo decrépito que temblaba bajo sus plantas. Los *Cuadros de Viaje* fueron confiscados en casi todos los Estados germánicos, y su autor se vió hecho de repente, como por encanto, tribuno del pueblo y campeon de la libertad.

Pero para ser tribuno verdadero faltaba á *Heine* el amor desinteresado y casto á la idea, y el pueblo conoció pronto que el que se preciaba de su dignidad tribunicia se parecia más á un actor vanidoso, que se complacia en el lujo y gracia de su traje. Así se perdió lo mismo el poeta que el publicista: perdióse el poeta, pues destruyó el efecto puro del ar-

te, mezclando la polémica fugaz del dia á los acentos sublimes y eternos de la poesía; perdióse tambien el publicista, pues no hervia en él la justa indignacion de la honradez lastimada, tan vehemente en manifestar su enojo como en sentirlo, y *Heine* concluyó siendo otro Ixion que abraza á una nube.

Sea para huir de los peligros que al campeon audaz amenazaron en Alemania, sea para conocer un Estado libre y el régimen sabio, ordinario y regular de las instituciones representativas, el ya publicista *Heine*, cuyo talento poético tiene una elasticidad maravillosa, salió para Inglaterra en Abril de 1827; pero el poeta *Heine* debia aborrecer la ciudad de *Lóndres* cual otro puente de Beresina en que, lo mismo que en el que figura en las campañas napoleónicas, está perdido quien cae, pues hasta los mejores camaradas se precipitan llenos de insensibilidad el uno sobre el cadáver del otro. ¡Qué de malicia hay en la terrible pintura con que viste al Duque de Wellington, llamando á aquel encarnado aristócrata un vampiro de los pueblos con una mirada de leño, como dice Byron, y con un corazon de leño, como añade Heine!

En 1827 formó nuestro vate, de sus poesías ya publicadas, un sólo tomo, titulándole *El Libro de los Cantos*. Reunidas aquellas composiciones nos presentan la historia de su corazon, que en la varie-

dad de sus escenas ofrece un interes casi dramático. Sólo pocos cantos tienen ojos de violeta, los más son escépticos é irónicos, y se parecen á cabezas de ángeles bonitos terminando en demonios feos. El secreto de su inmensa popularidad no consiste sólo en la encantadora melodía, en la flexibilidad suma que tiene su estro lírico, sino en que aquellos cantos que parecian profanar la poesía por la misma poesía, encantaban á la generalidad de los hombres hasta el punto de hacerles creer que el poeta derribase los ideales poéticos tan importunos para ellos. Pero yerra quien crea que *Heine* no tenía nada santo: su ironía no destruye la poesía verdadera, sino el romanticismo enfermizo. En el alma del gran vate prusiano combate incesantemente el fervor ideal de su sentimiento con la frialdad atroz de su mente. Destruye los ideales del pasado, sin poder crear en cambio y compensacion nuevos ideales del porvenir

En 1827 conoció nuestro poeta en Francfort al liberal escritor judío *Luis Boerne*. Despues llegó á Munich, cuna de la pintura moderna; pero en las creaciones de *Cornelius* el poeta humorístico echó de ménos la alegría. Desde Munich emprendió un viaje á la deseada Italia, cuando ésta gemia todavía bajo el yugo extranjero, escondiendo sus más vehementes ideas de liberacion bajo dulces melodías, así como Harmodio y Aristogiton envolvieron

su daga mortífera en una corona de mirtos. En los baños de Lucca, situados en los Apeninos, empezó *Heine* á escribir su viaje por Italia, que, despues de su vuelta, concluyó en Potsdam.

En 1830 salió á luz el tercer tomo de los *Cuadros de Viaje*, en que se llama «un valiente soldado en la guerra de independencia de la humanidad.» Pero el público, que habia aplaudido los tomos anteriores, vió con disgusto que el autor buscaba más propia gloria que el triunfo de sus ideas. Ya se imitaba á sí mismo, y en vez de lo sencillo y acertado de su locucion amaba lo refinado y picante. Concluye el tomo tercero de los *Cuadros de Viaje* con la polémica desmesurada y cínica contra el *Conde de Platen*, echando una luz desventajosa sobre el carácter de *Heine* y ofendiendo el honor moral de *Platen*.

Como entusiasta admirador de los franceses y de la revolucion de Julio, escribió el liberal *Heine* los complementos de los *Cuadros de Viaje* que salieron en Enero de 1831. Si jamas habia moderado sus ímpetus, y si en sus *Cuadros de Viaje* sonaba los cascabeles del loco, en aquellos complementos ya ostentó el bonete jacobino. Hasta el postrer momento buscó un empleo en Prusia, pero viendo frustradas sus esperanzas, resolvió en 1831 abandonar á Alemania en que cada dia se hallaba suspendida sobre él la espada de Dámocles de la censura, y emigró

á Francia, aunque temiese que entónces concluiria su carrera de poeta y que su talento bajaria á ser instrumento de la agitacion en los combates políticos. El 3 de Mayo de 1831 llegó lleno de entusiasmo á París, que parecia al poeta haberse casado con el sol de la libertad. ¡ Con qué placer respiraba el vate aleman el aroma de la cortesía francesa! ¡ Con qué fantasía tan mágica, en que la pluma rivaliza con las galas del pincel, describió en París la Exposicion de Cuadros de 1831!

Desde ese año empezó tambien á escribir sus ideas políticas en *La Gaceta Universal* de Augsburgo, proponiéndose hacer que la historia de la revolucion fuese á los reyes, no una referencia estéril, sino eficacísima leccion; y para que sus artículos pasasen por el tamiz de la censura, se ponia la máscara del indiferentismo áun al escribir acerca de las más importantes cuestiones políticas. Sin embargo, ¡qué áticas espontaneidades hay en aquellos artículos! Prosiguió con el ódio más ardiente á los *carlistas*, los sectarios del absolutismo, que querian renovar la confederacion entre la nobleza y la Iglesia para oprimir la libertad racional de los pueblos. Tiene sumo interes lo que decia cual profeta acerca del rey Luis Felipe, que olvidaba haber sido el hijo de la igualdad, el soldado tricolor de la libertad. Los Metternich y Gentz comprendieron la tendencia

de los artículos de *Heine*, y la redaccion de *La Gaceta Universal* se vió obligada á cerrar sus columnas á aquellas correspondencias parisienses.

Heine, indignado, se cerró para siempre las puertas de su patria, publicando aquellos artículos acompañados de un prólogo, que fué una acusacion solemne contra el Austria y la Prusia; acusaba á estas dos naciones de haber cometido el crímen de lesa majestad, pues habian ofendido la majestad del pueblo aleman, á causa del decreto de 28 de Junio de 1832, en que los gobiernos alemanes, declarando la guerra al sistema representativo habian matado la libertad.

Durante el primer tiempo de su estancia en París fué partidario de las ya casi abandonadas doctrinas del conde de Saint-Simon, que en lugar del axioma fundamental del cristianismo: «Mortificad la carne y sed sóbrios», ponia la divisa: «Santificaos por el trabajo y el placer.» Los influjos de aquellas doctrinas sobre el poeta aleman las encontramos en su libro: *De l'Allemagne.*

Desde el momento en que pisó el suelo frances se consideró cual intermediario entre Francia y Alemania, entre el pueblo de la revolucion y la nacion que dió al mundo los Gluck, Haydn, Mozart y Beethoven, y que en sus venas alemanas tiene confundida con su propia sangre la sangre poética de

Italia y España. Él, que era un genio aleman y que tenía el talento de ser tambien un genio frances cuando le acomodase, se hizo escritor frances, publicando en la primavera de 1835 su libro escrito en la lengua de Voltaire: *De l'Allemagne*, despues de haberse enajenado el público aleman por los cantos incluidos en el *El Salon*, en que ensalzaba la carne y predicaba el evangelio de la lascivia.

El libro titulado *De l'Allemagne* se forma de artículos publicados en las revistas francesas *Europe littéraire* y *Revue des deux Mondes* y de artículos sobre cuentos populares de Alemania. Salió tambien una version francesa de *Los Cuadros de Viaje*, pero al principio los franceses no acertaron á comprender el humor *heiniano;* sólo *Teófilo Gautier*, que conocia á fondo tambien las particularidades del genio español, comprendió desde luégo aquellas ocurrencias tan pintorescas, aquellos sarcasmos del escritor aleman, que llevan vestidos de brocado adornados con perlas de oro y que podrian servir de galas al mismo Apolo, si por añadidura no tuviesen cascabeles.

Hé aquí el desarrollo de *Heine:* la amargura de su alma sensible le hace cubrir en sus cantos y dramas el orbe entero como de un cendal de luto; pero ya en los *Cuadros de Viaje* su abatimiento cede á una risa burlona, y así como Goethe en su *Werther*,

y Schiller en los *Bandidos* y en *Intriga y amor* desenvuelve las llagas del presente, ostenta Heine lleno de humor el espadon de pata del arlequin, y cuando en la revolucion de Julio un pueblo conquistó su libertad en tres dias, el vate se presenta con lozanía y entusiasmo en la arena política, ciñendo la espada cual adalid de la libertad y, derribando toda la sociedad antigua, trata de construir sobre un fundamento mejor un nuevo régimen político, social y ético. Por estas tendencias revolucionarias se hizo *Heine* el padre espiritual de una escuela literaria llamada «la jóven Alemania», de que participaron los Laube, Mundt, Gutzkow y Wienbarg. Despues de una denuncia de parte del escritor aleman Wolfgang Menzel, los escritores presentes y hasta los libros futuros de todos estos literatos fueron prohibidos en 10 de Diciembre de 1835 por el decreto de la Confederacion germánica, decreto que fué suspendido en Prusia en el verano de 1842.

La lucha permanente con la censura y la necesidad de buscar siempre armas nuevas en el arsenal de su burla para eludir la manía del censor de borrar y matar los pensamientos, prestó al estilo de *Heine* aquellas sutilezas, aquellas puntas envueltas en flores, de modo que el gran humorista pudo lamentarse con cierta razon despues de la revolucion de Febrero de 1848 exclamando aquellas palabras

que son más que un mero chiste : « ¡ Ay ! no puedo escribir más , pues ya no hay censura. ¿ Cómo ha de escribir sin censura quien siempre vivió bajo su imperio? Ya cesará todo , estilo , gramática y buenas costumbres. Si hasta aquí escribí algo malo , pensaba yo : la censura lo borrará ó lo cambiará , y así me tranquilicé ; pero ahora me siento infeliz y perplejo y sigo esperando que esto no sea verdad y que la censura continuará. »

Cuando despues del advenimiento de Federico Guillermo IV al trono de sus mayores Prusia respiraba más libre , la lucha por la libertad política se renovó con gran entusiasmo de los bardos alemanes ; pero á las inspiradas poesías políticas de los Herwegh , Dingelstedt , Hoffmann de Fallersleben, Freiligrath, Prutz, Hartmann, Meissner y Beck, el ya desilusionado *Heine* no tenía que añadir sino acentos satíricos. Grande era su apuro al ver confiscada su pluma por los gobiernos alemanes , y mayor todavía su dolor porque la nacion alemana, contentándose con dedicar estatuas á Goethe y Schiller, no hizo nada para el poeta proscripto , y por fin resolvió participar de aquella gran limosna que el pueblo frances daba á los que buscaban refugio en el hogar hospitalario de Francia. Y como Godoy , el príncipe de la Paz , tambien el poeta aleman , que recibió de su tio Salomon una renta anual de cua-

tro mil ochocientos francos, gozó en Francia de una pension mensual que se extendió á cuatrocientos francos. Esta asignacion la recibió hasta 1848. A pesar de la ingratitud de los alemanes no dejó de ser *poeta aleman* y ni siquiera por forma queria ser frances naturalizado, pues entónces imaginaba parecerse á aquellos monstruos con dos cabezas que se encuentran en las tiendas de las ferias. «Me sería insufrible, decia Heine, si imaginase yo al hacer versos que la una de mis cabezas principiára de repente á recitar innaturales alejandrinos, miéntras la otra expresase sus sentimientos en los ingénitos metros del idioma germánico. No, el estatuario que ha de adornar mi monumento sepulcral con una inscripcion no debe esperar ninguna protesta cuando allí ponga las palabras: *Aquí descansa un poeta aleman.*»

Oigamos tambien lo que *Heine*, el hijo del Rhin, dice de sus paisanos (1): «Jamas desconoceré los méritos que Prusia contrajo respecto de las provincias rhinianas, ese país bastardo que fué reconquistado por Prusia para Alemania, pues le digo á V. con franqueza: nuestros paisanos no tuvieron jamas un carácter, no fueron jamas un pueblo, sino una grey que puede gobernar cualquier *rabulista;* ellos no son ni alemanes ni franceses; tienen los defectos de

(1) En una carta íntima dirigida á su amigo Varnhagen.

los primeros, sin poseer las virtudes de los últimos; al fin y al postre son *belgas.*» Todos los alemanes de distincion visitaron á *Heine* en París: así tambien *Ricardo Wagner*, que debe al autor de los *Cuadros de Viaje* la idea de su ópera *El Holandes volante.* No tardaron los franceses en admirar en el célebre huésped aleman un genio peregrino, y Alejandro Dumas decia: «Si Alemania no hace caso de *Heine*, nosotros le adoptamos; pero es una lástima que *Heine* ame á Alemania más de lo que merece.»

Heine, el poeta del amor libre, se enamoró en 1835 de una alegre francesa, el tipo de una *grisette* parisiense, Matilde Crescencia Mirat, que tenía un alma de niña, caprichos como todas las francesas y ojos vivos de golondrina. A esta llamó *Heine* «su pequeña mujer», sin estar unido con ella ante el altar. De ella decia el poeta: «Matilde tiene la virtud principal de no saber nada de literatura alemana y de no haber leido nada de mí ni de mis amigos ó enemigos.» Y Matilde añadió: «Dice el mundo que Enrique es un hombre ingenioso que ha escrito libros bellísimos; pero yo no advierto nada de eso y he de contentarme con creerlo por la fe.» A los ojos de Matilde, nuestro *Heine* no era el gran poeta que conoce el mundo entero, sino lo que negaba el mundo entero: el mejor, el más sincero de los hombres. Él mismo se volvió cándido al hablar

de Matilde, que era buena católica y tenía en su estancia un crucifijo y un niño Jesus de cera. Matilde era la pequeña muñeca de *Heine*, que queria adornarla con las galas más bellas que pudieran encontrarse en la capital de la moda; virtuosa y fiel permaneció siempre á su lado, y él pensaba sólo en ella y trataba de asegurar su porvenir, para el caso en que su muerte la dejase sola.

Ya muchos años ántes habia salvado su honor ante el mundo: el 31 de Agosto de 1841 se casó con ella en la iglesia de San Sulpicio, é invitó á sus bodas sólo aquellos amigos que eran, como él, partidarios del amor libre, para moverlos á imitar su ejemplo y á unirse con sus amigas por el lazo conyugal. «Ya vivo en el matrimonio más serio, decia *Heine* con su chiste acostumbrado, hago monogamia.» Y nosotros añadirémos: ¡Feliz quien pueda confundir con otro sér alma, penas, dicha, y amor. A los españoles y cervantistas les diré que *Heine* escribió en París tambien el prólogo de una edicion alemana del *Quijote*. Desde 1837 se ocupó en escribir sus *Memorias*, que debian ser su obra más importante, el resultado de sus más dolorosos estudios. Pero parece ser que estas *Memorias* fueron vendidas por la familia de *Heine* al Gobierno austriaco, que las enterró en los archivos secretos de la Biblioteca imperial.

Prescindiendo de las Memorias, su fertilidad literaria principió á disminuirse desde mediados de 1830. Todo el encono que durante su destierro se habia acumulado en su ánimo, se manifiesta en su infausto libro sobre un honrado compatriota, el republicano, el asceta, el nazareno, el escritor austero y puritano *Luis Boerne*, que habia ansiado para todos las sopas espartanas de la libertad, miéntras que *Heine*, el heleno, aborreciendo aquellas sopas, queria para todos ostras y vino del Rhin. Aquel libro lleno de invectivas indignas contra el que habia sido su amigo, lo lanzó *Heine* contra un muerto. ¡ Lástima grande que hiciese de un noble finado el pedestal de su propia gloria! Pero no hablemos más de ese libro, porque el mismo *Heine* se arrepintió de haberlo escrito.

Desde Febrero de 1840 continuó sus correspondencias en la *Gaceta Universal* de Augsburgo, que se distinguen por un miedo singular de que el comunismo alzára el cetro sobre el mundo destruyendo sin piedad alguna todas las estatuas de la belleza, aniquilando todos los juguetes fantásticos del arte, arrancando del suelo los lirios y las rosas, aquellas ociosas novias de los ruiseñores, y expulsando los ruiseñores como cantores inútiles.

En su poema humorístico *Atta-Troll* publicado en 1843, se despidió para siempre de las tradiciones

románticas de su juventud; y despues tomó parte en la poesía política de los alemanes, pero no con el entusiasmo propio de los Anastasio Grün, Cárlos Beck, Mauricio Hartmann, Meissner, Dingelstedt, Herwegh y Hoffmann de Fallersleben, sino hallándose sin esperanza alguna cual hombre satírico, escéptico y pesimista. Todas sus composiciones de aquel tiempo no contienen sino hiel, amarga hiel, pero en vasos bien pulidos.

El amor filial, el deseo ardiente de ver otra vez á su anciana madre, le condujo en Noviembre de 1843 á Hamburgo. El fruto de aquel viaje era la atrevida sátira *Alemania*, que salió en Setiembre de 1844; pero fué prohibida en Prusia.

El 23 de Diciembre de 1844 murió el tio del poeta, Salomon Heine, y su hijo y heredero universal, el obstinado Cárlos, se negó, á pesar de todas las cartas y súplicas humildes de nuestro vate, á pagar á éste, su primo, que habia sido su amigo más íntimo, la pension á vida que el generoso Salomon le habia otorgado. Herido mortalmente en el corazon, logró el poeta por su amigo Lasalle que el caballeresco príncipe de Pückler, uno de los últimos caballeros sin mancha de la aristocracia de la cuna, escribiese una carta al intruso de la aristocracia del dinero, dándole una leccion victoriosa acerca del honor y en pro del genio ofendido. Pero el dolor,

la indignacion, la emocion moral produjeron en 1845 aquella gravísima enfermedad del poeta, una parálisis que comenzó en el párpado del ojo izquierdo y acabó por extenderse sobre el pecho. Como Siegfried, fué muerto por la traicion de sus deudos; como Byron, debió á los alfilerazos de sus parientes una muerte prematura. ¡Él que no fué herido en cien batallas literarias ó políticas, habia de sucumbir á un solo golpe sentido en el seno de su familia por un hombre bajo á causa de una bagatela! Cuando era ya tarde, á fines de 1846, se reconcilió Cárlos Heine con su primo y le mandó la pension, pero en el corazon del malogrado poeta quedó una llaga incurable.

A *Heine*, cuya naturaleza era la negacion y cuyo gozo hasta en medio de su enfermedad terrible era la lucha, le causó un placer singular la agonía de la república francesa nacida en 1848. «¿Cómo podria fundarse una república, decia *Heine*, donde no hubiese republicanos?»

Ya medio ciego y medio paralítico, salió por última vez á la calle en los postreros dias de Mayo de 1848, para ver la Vénus de Milo, que en el trascurso de los siglos ha perdido sus brazos, sí, pero no su belleza peregrina, y ante aquel ideal de la beldad derramó el vate las lágrimas más amargas. Desde aquel paseo no abandonó más su lecho

triste y solitario, sufriendo, segun él mismo decia, mayores penas que jamas podria inventar la Inquisicion española. He dicho su lecho: pero debiera decir su tumba de colchones, pues como en un sepulcro yacia siempre sobre una media docena de colchones. Para él, que habia sido tan apasionado de la naturaleza y de las mujeres, no habia más montañas que escalar ni labios femeninos que besar. No podia gozarse más con la espesura y oscuridad de la enramada, ni con la frescura del viento, purificado por el suave aroma de la pradera esmaltada de flores. No vió más en la tierra el sol, el divino espejo del sumo Dios. El pobre *Heine* fué el Prometeo, el Job, el Lázaro de los poetas, el rival de los más malogrados bardos alemanes, de los Günther, Bürger, Kleist, Hoelderlin, Grabbe y Lenau. En su corazon habia una fragua de dudas que le lanzaron en una amargura espantosa. Su espíritu vivió en un reino intermedio entre el cielo y la tierra, y miraba desde arriba á su cuerpo martirizado y roto que se habia hecho un esqueleto espiritualista. «Tan miserables son mis nervios, que en la Exposicion Universal podrian reclamar la medalla de oro para premio de dolor y miseria.» En el espacio de pocos años del cuerpo de *Heine* no quedó sino la voz con que hablaba á los poetas franceses y alemanes que le visitaron, á las señoras francesas que querian ver al

cantor moribundo, á los niños en cuya presencia se complacia, y sobre todo, á su ángel, á Matilde. «A semejanza de un muerto, dice Teófilo Gautier, se encontraba el poeta áun viviendo enclavado en su ataud; pero al inclinar los oidos se escuchaba la poesía bajo la fúnebre mortaja, bajo el triste sudario.» La que en su retiro de Hamburgo no conocia jamas la verdad entera acerca del estado terrible de *Heine*, aquella á quien el poeta dirigió siempre cartas alegres que dictó á su amanuense, era su anciana madre. Ella le creia feliz, miéntras sollozos y hondos ayes de dolor escaparon del alma del poeta, que pudo exclamar:

«Ya mis horas serenas
Huyeron de la suerte á los azares,
Son mis amargas penas
Tantas como del rio las arenas,
Tantas como las olas de los mares» (1).

Como el ruiseñor ciego entonó *Heine* sus más bellos cantos en sus dolencias. Tambien una conversion religiosa se verificó en el poeta-mártir, aunque no negarémos que en ella tomaba parte la patología. La gran cuestion de Dios le tenía ocupado su vida entera: buscaba su solucion en Hegel, en los saint-simonistas, en el panteismo, y considerando

(1) D. Fernando Martinez Pedrosa.

cual fábula la encarnacion de Dios, proclamó Dios al mismo hombre. Pero la *Biblia* volvió á despertar en *Heine* el sentimiento religioso, y el humorista moribundo ha pronunciado la palabra santa, la palabra verdadera, la palabra eterna, diciendo: «Quien aspire á un Dios que pueda socorrernos, que es lo que importa, debe admitir un Dios personal superior al mundo, y dotado de los santos atributos de bondad, justicia y sabiduría infinitas.»

En el *Romancero* que vió la luz en 1851, se encuentran quejas y lamentos que parecen haber salido de una tumba, acentos que pudiéramos llamar terriblemente bellos, que ántes no podia oir jamas la poesía alemana, pues los cantó no un poeta, sino un cadáver.

Todos los dolores los sufrió con un estoicismo extraño en una naturaleza que parecia hecha sólo para el bienestar y los festines epicúreos. Ocho años largos duró la penosa agonía de *Heine*, ya reinaba en torno del enfermo la triste soledad; pero á fines de 1855 le encantó la última sonrisa del placer más inocente: gozó del trato de un sér misterioso, que aliviaba el peso de sus desgracias; vió volar en torno de su lecho una leve mariposa, una vírgen bella y graciosa con cabellos castaños y ojos azules, una vírgen de orígen aleman, en que se unia el sentimiento aleman y el ingenio frances.

Así como el cautivo ama al ave canora posada en la moldura de una ventana y la nutre con amoroso cuidado, para atraerla con halagos y hacerle agradable aquel lugar, para que olvide la selva umbría, así tambien *Heine* colmó de regalos á su fiel amiga y compañera, y con la mano que apénas podia echar garrapatos le escribió mil cartas dulces y apasionadas para invitarla á nuevas visitas. En aquellas epístolas tan originales oimos á la par los halagos más tiernos, la burla y la blasfemia, los suspiros más hondos y hasta las maldiciones de la desesperacion. «¡Ojalá que hubiese muerto! Miseria más profunda, tu nombre es *Enrique Heine*», exclamaba el poeta en una de sus últimas cartas dirigidas á aquella vírgen de veinte y ocho años (1). Y hubiera podido cantar con su hermano el vate español D. Ramon de Campoamor:

I.

«Como asegura un autor,
La muerte es un grande sueño;

---

(1) La que compartia los cuidados de Matilde en consolar á Heine en los últimos momentos de su vida, era una vírgen á quien el poeta llamaba *sa mouche*, es decir, su mosca. Esta habia ya cuando niña amado al vate por sus poesías, y serenó despues sus postrimerías. No sabemos de aquella vírgen más que lo que nos cuenta el amigo de Heine, el distinguido escritor y poeta Alfredo Meissner, pero ni éste ni Heine pudieron descorrer el velo que cubrió su pasado.

Si es bueno el sueño pequeño,
El grande será mejor.

II.

«La tumba es al lecho igual;
Pero bien sabido ten
Que en uno se duerme mal,
Y en la otra se duerme bien.»

Algunas horas ántes de su muerte dijo *Heine* á un amigo: «Dios me perdonará, ese es su oficio.» Eso lo decia aquel que pocos años ántes, cuando en París vivia en la calle de Amsterdam, habia dicho: «¿Qué le importa al elefante blanco del rey de Siam que un pobre ratoncillo de la calle de Amsterdam le tribute culto?»

En la noche del 16 al 17 de Febrero de 1856, el desgraciado poeta exhaló su espíritu. Jamas se vió un cadáver más hermoso. En un dia frio y nebuloso descendió al sepulcro: descansa al pié del Montmartre en el cementerio de los proscriptos, en el camposanto que encierra los restos mortales de Cavaignac, Ary Scheffer y Halevy. No se habló ninguna palabra ante su tumba, segun su propio deseo, pero del poeta-mártir se hablará siempre al hablar de la poesía del siglo XIX.

Sírvanos de consuelo que hasta el escéptico *Heine* decia en los últimos años de su vida, acerca de la inmortalidad: «Sólo el egoista puede familiari-

zarse con la idea de que su existencia habria de cesar completamente. Pero para quien tenga un corazon amante, aquella idea queda incomprensible. Yo, por ejemplo, no puedo imaginar que pudiera dejar solitaria á mi mujer.» No repetirémos aquí las burlas que el incorruptible humorista se permitió tambien contra la vida eterna: el poeta que pagó á su destino la pension de no conocer jamas la paz del alma y el interior sosiego, dones reservados al varon justo; el vate que por una enfermedad fatal cegó en la tierra, habrá visto en la eternidad, despues de librado de la prision de los miembros que sujetaban su alma, aquel paraíso embalsamado, donde cien valles vívidos florecen, aquella region de que habla el angélico Fr. Luis de Leon:

«Alma region luciente,
Prado de bienandanza, que ni al hielo,
Ni con el rayo ardiente
Fallece, fértil suelo,
Producidor eterno de consuelo.»

Quiero á *Heine* porque sabía rodear á su buena madre de un culto tan respetuoso y apasionado, y agobiado con el peso del dolor, hoy le envidio yo por no haber sentido lo que acabo de sentir, la hora postrera de una *madre queridísima*. ¡El que perdió á una madre, sabe lo que son los dolores! ¡Ah! que nadie volverá ya á amarme en el mundo como me

amaba ella. Ya no late ese corazon, mi único refugio, santuario único adonde podia retirarme á descansar de las tempestades de la vida, y nadie podrá ya llenar el espantoso vacío en que queda sumida el alma.

«Mi madre, que me amaba
Con desvarío,
Siempre al verme exclamaba:
«¡Consuelo mio!»
¡Y hoy, santo cielo,
Quien consolar pudiera
Á aquel consuelo!» (1).

¿Qué podria compararse con la dicha, con el júbilo inconmensurable con que leí delante de mi madre, hace apénas dos meses, aquel verso de mi cariñosa amiga doña Ángela Grassi:

¡Los que madre teneis, erguid la frente!

Entónces la estreché con efusion hácia mi corazon y cubrí sus labios de mis ardientes besos. Y hoy su corazon es mudo, y vertiendo abundoso llanto ante su sepulcro helado, exclamo con la poetisa:

«¡Bien sé que para el huérfano doliente
Guarda el mundo coronas de quebranto!.....
¡Los que madre teneis, erguid la frente!
¡Los que madre tuvisteis, verted llanto!»

Las últimas palabras que me dirigió mi santa

(1) D. Ramon de Campoamor.

madre en la noche de su muerte, eran propias de la que, no ambicionando los placeres del mundo, fué siempre cual Marta atenta á los cuidados del hogar. «Que pongan las llaves cerca de mi cabecera, hijo mio», me dijo. «Ya las tienes, madre de mi alma», contesté yo. Y no volvió á despertar. Su muerte fué tranquila como la de los justos, puesta siempre su alma en Dios. ¡Ay! ella tiene las llaves, pero no sólo las de su mansion terrenal: tiene para mí las del cielo, á do se estrella el mal, y la buscaré en la Sion eterna, porque áun desde allá me ama y me guia. Incansable en los quehaceres de la casa, poseia un sentimiento delicado y poético como la Ernestina de Voss.

Si yo soy un aleman español, ella tambien, é infinitamente más que yo era española de corazon, participando de todas mis satisfacciones españolas: á ella le eran familiares todos los nombres y las obras de mis buenos amigos los poetas y poetisas de la hermosa Iberia. Ella recibió con placer inefable los recuerdos y saludos tiernos que le mandaron desde el otro lado de los Pirineos los hijos del poético Mediodía, y ella los devolvió con suma gratitud. Bien saben los Hartzenbusch, Diana y Bueno, á los cuales dirigió unas sentidas cartas, y tambien los Aguilera, Lamarque de Novoa, Rodriguez Zapata y Delgado Lopez, que el corazon de esa ma-

dre estaba lleno de gratitud para los que aman tanto á su hijo.

Vierto lágrimas al leer las simpáticas palabas del venerable Hartzenbusch: «Alguna vez, mi querido amigo, se me habia pasado por la imaginacion la idea de un viaje á Colonia, en el cual entraba por mucho el gusto de haber visto á su señora madre.» He leido y releido muchas veces aquella carta llena de verdad profunda que me escribió mi querido amigo D. Ventura Ruiz Aguilera: «Profundamente me ha afectado la dolorosa nueva del fallecimiento de su santa madre. ¿Cuál no será la pena del buen hijo, que ha perdido lo que más amaba en la tierra, y lo que tan digno era de su cariño entrañable y de su veneracion?

»Pensamos en los primeros dias los que por tan dura prueba hemos pasado, que no hay nada que pueda apartar de nuestra boca el cáliz de esta amargura incomparable; y, sin embargo, en su fondo mismo encontramos, por disposicion divina, el remedio apetecido. El velo material, por limpio y diáfano que sea, viene á ser como nube más ó ménos densa, que impide ver en toda su hermosura y esplendor el astro del dia. Mucho ha amado V. á su amantísima madre dentro de las imperfecciones y trabajos de la vida humana: *yo aseguro á V., amaestrado por la experiencia* (y en esta enseñanza puedo

ser maestro), *que más ha de amarla en lo sucesivo, conservando en el santuario del corazon su imágen inmaculada, puesta en el trono de la gloria y del descanso eterno que conquistó* con sus virtudes durante su breve tránsito por este valle *de lágrimas* y que dirá con el tiempo: —«No ha muerto; no ha hecho más que pasar, trazándome con el ejemplo de una vida recta y justa el camino que debo seguir para ser digno de ella.» Ya ve V. si estos pensamientos, propios siempre de un alma cristiana, pueden ser fuente de alegría en medio de sus tribulaciones.

»Por otra parte, los que deben á Dios la dicha, nunca bastante agradecida, de ser poetas, encuentran en el arte consuelos inefables, cuando lo aplican, no á las satisfacciones de la vanidad, que sólo busca el vano ruido de los aplausos, sino á la glorificacion de las grandes ideas, de los grandes hechos y de los grandes y santos amores. En esa atmósfera, en ese mundo que el genio de los poetas crea, como que todo es puro, todo perfecto, no hay lugar al triste espectáculo de las cosas temporales.

»Llore V. hoy; es un tributo que áun el hombre más fuerte paga á la naturaleza: mañana, levantándose sobre el dolor, cante sereno el himno de la inmortalidad en el arte á la que ya ha comenzado á gozar la del cielo, contemplando al Sér infinita-

mente misericordioso, al Padre de todos, que, al llamarla á sí, ha querido colmarla de alegrías en la eterna bienaventuranza.

»Acompaña á V. de corazon en el presente duelo su mejor amigo

VENTURA RUIZ AGUILERA.»

Agradezco en el alma tambien las palabras de mi leal amigo Manuel Juan Diana: «Si me necesitas avísame y volaré á tu lado dejándolo todo.—El que sabe sentir, sabe tambien encontrar consuelos en la religion elevando su alma á Dios y respetando sus decretos.— En tu dolorosa situacion te conviene recordar ciertas máximas; leí en Hamlet: *Tu padre perdió un padre tambien. El que sobrevive limita la filial obligacion de su obsequiosa tristeza á un cierto término*; *pero continuar en interminable desconsuelo es una conducta de obstinacion impía.* — Grande es tu pérdida, irreparable; pero te quedan todavía corazones que te aman, que sienten tu dolor y te llaman hermano.»

Doy las gracias á mi cariñosa amiga doña Ángela Grassi, que me escribe: «Dios lo ha querido así, Dios así lo ha dispuesto: ellos primero, nosotros despues.— Si estuviera á su lado de V. le ofreceria mis lágrimas, juntaria mis oraciones con las suyas.»

A todos, á todos los amigos les agradezco del

fondo de mi corazon, y desde hoy los amaré áun más y amaré más tambien á mi virtuosa madre, fundando mi único consuelo en aquella santa creencia que embellece la vida transitoria y que me dice por boca de doña Ángela Grassi:

«El cáliz del dolor guarda en su fondo
Néctar sublime que su amargo ataja:
No es, no, tu madre ese despojo hediondo
Que yace envuelto en fúnebre mortaja;
Tu madre no está allí.....
Búscala en el Sagrario portentoso
En do la vida del mortal empieza.»

Tú no me abandonarás, ¡oh madre mia! No dejarás de ser el genio de mi hogar paterno, y oiré vibrar tu bendicion ferviente áun en las brisas perfumadas, y

«Como grato perfume que extasía,
Sin ver la flor que es su divino centro,
Sin verte y sin tocarte, madre mia,
Yo sé que junto al corazon te encuentro» (1).

¡*Madre* mia! en esa desgracia, que es la mayor de la vida, en ese pesar indeleble y eterno, tu alma angélica ha bajado para consolarme en la de una querida amiga mia, una noble española, *Doña Ángela Grassi*, que á tí te da la aureola de la poesía, y á mí, como á un hermano, el cariñoso tributo de su dolor sobre mis grandes dolores.

---

(1) Doña Ángela Grassi.

¡*Madre* mia! recibe mis gracias más ardientes por un saludo tan tierno; recíbelas en el cielo donde me aguardas para tenderme tus cariñosos brazos, despues de haber seguido las saludables sendas que tu seguiste. Tu corazon de madre no me ha abandonado, tu corazon de madre me habla en estos versos que acaba de dedicarte *Doña Ángela Grassi*, siendo para tí una corona; para mí un bálsamo:

«¿Dónde va el sol cuando los mares hiende
Buscando entre las olas sepultura?
¿Dónde va el ave que las alas tiende
Léjos del nido oculto en la espesura?

—

¿Dó el arroyo que esconde entre guirnaldas
De incultas florecillas sus cristales,
Y abandonando el cauce de esmeraldas
Se sumerge en los yertos arenales?

—

El sol va á iluminar otras regiones,
A fecundar el agua otros confines,
Y el ave á modular dulces canciones
Del espléndido Oriente en los jardines.

—

¡Ah, dejadlos partir!..... De Dios trasunto,
Obras del *Sér* á quien le plugo hacerlas,
Van á formar magnífico conjunto,
Vibraciones y luz, ecos y perlas.

—

Comprimir en el hueco de la mano,
No pretendais con ánsias enemigas,
El rayo que el calor esparce ufano,
La gota que produce mil espigas.

—

¡ Ah, dejadlos partir!..... Tambien las almas,
Chispas divinas del eterno foco,
Quieren volar en busca de otras palmas,
Las que brotan aquí teniendo en poco.

—

¡ No hagais cual niño que al brillante insecto
Por sujetarle á sí las alas trunca,
Y arrastrarse le ve entre el polvo abyecto,
Sin que el bello oropel recobre nunca!

—

¡ Ah, dejadlos partir!..... ¡Cuán venturoso
El nauta es que al traer rica presea
Ve dibujarse en el confin brumoso
El tosco campanario de su aldea!

—

¡ Dichoso el labrador que en la mañana
El terron quiebra con sudor regado,
Y por la tarde vuelve á su cabaña
En su carro de mieses recostado!

—

Ángel de paz y amor tu madre ha sido,
Le tejieron las gracias rica alfombra,
Sembró virtud: brotó verjel florido;
Llegó la noche, y se durmió á su sombra.

—

No vayas á verter lágrima triste,
Hijo feliz, bajo el cipres augusto,
Que ya tu madre en los espacios viste
Los ropajes espléndidos del justo.

A la que escribió versos tan delicados, á la que me dió esa reliquia, que me dará fe y esperanza en los momentos de desaliento, ¿qué podria ofrecerle sino otra reliquia? el retrato de mi buena madre, aquel retrato que hizo hablar á la inspirada poetisa Doña Angela Grassi: « Bien se ve en su fisonomía dulce

y simpática cuales eran los tiernos afectos que movieran su alma, bien se lee en su frente venerable cuán puros y santos serían los pensamientos que germinasen en ella. Guardaré su retrato junto con el de mi madre, que sin duda, ilusion de mi cariño, me parece que tienen alguna semejanza.» Por cierto la tienen, digo yo, pues mi cariñosa amiga continúa diciendo: «Mi madre era un ángel, y por esto el dolor que me causa su muerte, si bien intenso, no es amargo, por que estoy segura de volver á encontrarla en otra parte.

»Sí; las encontraremos; es tan dulce la fe cuando el alma experimenta estas bruscas sacudidas.

»Entre tanto, si puede servirle de algun consuelo el saber que hay aquí quien ruega á Dios para que calme su dolor de usted y para que dé reposo y paz á nuestras queridas difuntas, no dude usted que esta es mi primera plegaria por mañana y tarde.»

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

POESIAS ESCRITAS EN ALEMAN.

Un ramillete de romances españoles.	Un tomo.
Ecos de Andalucía.	Id.
Las maravillas hispalenses. . . .	Id.
Flores de Hesperia.	Id.
Siemprevivas de Toledo.	Id.
El libro de mis amigos españoles. . .	Dos tomos.
Los héroes alemanes de 1870. . . .	Un tomo.

OBRAS ESCRITAS EN CASTELLANO.

Pasionarias de un aleman-español. — Artículos acerca de la representacion de la Pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo en Oberammergau.

Está en prensa el tomo tercero de La Walhalla.

